Tarot y té: una serie de misterio

Asesinato por Manuscritto

Una Serie Cozy Victoriana
— Libro 4 —



Zia Bellamy

asesinato por manuscritto

Un Cozy Mystery Victoriano

tarot y té: una serie de misterio

libro cuatro

Zia Bellamy

Copyright © 2025 by Zia Bellamy

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

NOTA DE LA AUTORA
LA CARTA DEL TAROT
ÍNDICE DE REMEDIOS HERBALES
Acerca del Autor

uno

Mis observaciones de Marmalade

EN LA QUE *mi ama regala la tienda, remedio a remedio, y los problemas llegan con el periódico matutino.*

El rincón más cálido de todo Hawthorne & Wetherly está exactamente a tres pulgadas a la izquierda del centro del armario de hierbas, donde el calor de la estufa de abajo se acumula bajo las vigas.

Reclamé este territorio hace tres inviernos. Ninguna reorganización humana logrará desalojarme.

Lo han intentado.

Desde este puesto de observación, veo todo lo que merece ser visto—es decir, la destrucción metódica de nuestra comodidad a manos de las buenas intenciones. También al ratón que vive detrás de los tarros de matricaria, pero él es problema del martes.

Abajo, Clara realiza su ritual matutino de convertir mercancía provechosa en donaciones benéficas. El mortero y la maja resuenan con su ritmo habitual. Rasca-muele-rasca. Hoy toca matricaria y corteza de sauce. El agudo aroma medicinal me hace temblar los bigotes. Está preparando el remedio para la artritis de la señora Patterson. Otra vez.

Sé perfectamente cuánto cuesta esto: Cuatro chelines en materiales. Dos más del tiempo de Clara, si los humanos valoraran

eso como es debido.

También sé lo que la señora Patterson va a pagar: Tres chelines. Con suerte.

A este ritmo, para febrero tendré que cazarme el desayuno yo mismo. Qué humillación.

La tienda engaña a los visitantes esta mañana—todo calidez y bienvenida, hierbas colgando en haces ordenados, la luz de las lámparas convirtiendo los tarros de cristal en reinos de joyas diminutas. Una pequeña guirnalda de hoja perenne cuelga mustia en la ventana (el intento de Clara de aportar algo festivo—patético, pero al menos se esfuerza). Fuera, diciembre presiona su fría nariz contra los cristales, haciendo que el interior resulte acogedor.

Ser acogedora no compra nata. Ojalá la respetabilidad pudiera pagar el alquiler.

Estiro una pata naranja hacia adelante, luego la otra, probando mis uñas contra la madera lisa. El libro de cuentas acecha sobre el mostrador, cerrado pero no olvidado. Ayer examiné esos números mientras Clara dormía. Las cuentas son sencillas: En tres meses tendremos que cerrar la tienda, en dos si sigue regalando remedios a cada historia triste que cruce el umbral.

O en uno, si acoge a otro callejero.

Lleva tiempo echando el ojo a ese atigrado de la calle Chalton. La he visto dejar cabezas de pescado junto al escalón trasero. Como si necesitáramos más bocas a las que alimentar. Como si *yo* no llevara tres años proporcionando un servicio felino impecable.

Suenan las campanillas de la tienda. Mis orejas se giran hacia delante.

La señora Patterson entra, trayendo consigo diciembre—lana mojada y reuma, esa particular mezcla humana de necesidad y pobreza. Se mueve como si sus huesos hubieran olvidado cómo plegarse.

—Buenos días, señora Patterson. —Clara deja la maja, y lo oigo—esa debilidad en la voz humana que llaman "compasión".—Su tintura está casi lista.

—Eres un ángel, querida. —La señora Patterson se deja caer en el taburete como un haz de leña mal apilado.—Este frío se me ha

metido en las rodillas, no veas.

Ya está. La negociación que no es ninguna negociación.

—¿Cuánto le debo? —La anciana rebusca en su bolso. Puedo oír el triste tintineo de las monedas desde aquí. Demasiado poco. Nunca las suficientes.

Espera, que viene.

—Tres chelines es perfectamente razonable, señora Patterson. —Lo dijo como si la razonabilidad pudiese cuadrar los libros de cuentas.

Por supuesto que sí.

Me planteo tirar algo caro de la estantería. Sólo para dejar clara mi postura. Pero el ratón detrás de la matricaria me observa, y tengo prioridades.

Clara envuelve la botella con el mismo esmero que si preparase un encargo de la Reina. La señora Patterson se marcha al frío, caminando ya con más soltura—simplemente por saber que el alivio existe.

LOS HUMANOS. Tan fáciles de consolar con promesas.

Clara abre el libro de cuentas. Moja la pluma. Observo los números que sellan nuestra perdición: *Mrs. Patterson – Tintura para la artritis – 3s.*

Hora de intervenir.

Desciendo de mi atalaya con ese peso calculado—el que hace que crujan las tablas del suelo y que los humanos se giren a mirar. Dos pasos. Salto. Caigo directamente sobre el libro abierto, colocando mi imponente cuerpo naranja encima de las cuentas de toda la semana.

Empiezo a acicalar mi pata izquierda con intensa concentración.

—Marmalade.— Ese tono—mitad cariño, mitad exasperación, completamente ineficaz.—Necesito terminar de registrar eso.—

Me detengo a mitad de lametón, con la pata en alto, y la fijo con mi mirada más decepcionada. Esa que dice: *Nos estás arruinando con ese corazón blando de abuela.*

—Sé lo que estás pensando.—

No lo sabe. Si lo supiera, sabría que estoy calculando cuántos ratones tendré que cazar para sobrevivir al invierno cuando vivamos en el callejón.

—¿Pero qué otra cosa podía hacer? Lo necesitaba. Solo podía permitirse tres chelines.—

Retomo el acicalado, ahora examinando mi pata derecha como si encerrara los secretos del universo. Mi cola, mientras tanto, barre las cifras ordenadas, emborronando la tinta.

Una pequeña rebelión, pero satisfactoria.

—La abuela habría hecho lo mismo.—

Por desgracia, es cierto. Genevieve Wetherly padecía la misma dolencia: una generosidad crónica complicada por su incapacidad para dar la espalda al sufrimiento. Al menos Genevieve tenía el buen sentido de mantener pescado en la despensa. Pescado fresco. A diario.

Me dejo recolocar, pero no sin un chirrido de reproche. Clara termina su anotación, cierra el libro de cuentas y se queda mirándolo con esa expresión que ponen los humanos cuando se dan cuenta de que el agua moja y el fuego quema.

Se acerca a la ventana. Al otro lado de la calle, Mrs. Penfield coloca guirnaldas de invierno con un entusiasmo desbordante. Ella saluda con la mano. Clara responde al saludo.

Tanto saludo. Como si reconocer al otro pagara las facturas.

En algún lugar de la calle, unos villancicos atentan contra la melodía. Clara se detiene a escuchar, con la mano apoyada en el marco de la ventana, la expresión ausente.

Luego—porque es Clara y nunca deja de trabajar—vuelve a sus preparativos.

Estoy acomodándome de nuevo en mi rincón cálido cuando sucede.

Una ramita de lavanda cae de su gancho.

No ha sido una corriente de aire. Lo habría notado—los gatos percibimos todo lo que merece la pena sentir. La ramita aterriza con deliberada precisión sobre el libro de cuentas cerrado, y la temperatura desciende exactamente tres grados en un círculo perfecto alrededor del mostrador.

Ya no se me eriza el pelaje. No después de tres años con la presencia permanente de Genevieve. Me ha enseñado a saber lo que puedo esperar. Nunca me dio miedo, ni siquiera en vida. Solo me molestaba de vez en cuando con su afán por el orden.

El aroma llega después: rosas y lavanda, esa combinación peculiar que siempre llevaba. Como si las flores pudieran ocultar el olor de sus futuras intromisiones.

Está intentando decirle algo a Clara. Siempre está intentando decirle algo a Clara.

Normalmente, Clara finge no darse cuenta. Los humanos tienen una habilidad asombrosa para ignorar lo evidente—es así como logran sorprenderse con la salida del sol.

Pero hoy, Clara se gira. Se queda mirando la lavanda. La recoge con los dedos apenas temblorosos.

—Sí, abuela. Te oigo.—

Un avance. Solo ha hecho falta que caigan libros durante tres años y que las velas se apaguen en aire inmóvil. A este ritmo, Clara puede que asuma la realidad antes de que acabe la década.

Guarda la lavanda en el bolsillo del delantal y vuelve a abrir el libro de cuentas.

La campanilla de la tienda suena.

—Un momento—

Otro cliente. Otra ocasión para que Clara cobre de menos. Cierro los ojos y me centro en lo importante: el rayo de sol que avanza por el suelo, el ratón tras las matricarias tomando decisiones fatales, el curioso hecho de que la presencia de Genevieve parece hoy más insistente de lo habitual.

Más urgente.

La mañana transcurre como siempre. Los clientes llegan, describen sus males y se marchan con remedios que valen el doble de lo que pagan. Clara sonríe. Yo los juzgo a todos desde mi atalaya.

Entonces Clara anuncia que tiene que ir a por más lavanda al cobertizo.

Se envuelve con su chal—el azul, ese con el agujero al que tal vez contribuí—y se adentra en el abrazo de diciembre. La observo

desde la ventana mientras sale a la calle, su aliento formando nubecillas débiles y poco eficaces.

Un canillita dobla la esquina, voceando sus periódicos con la sutileza de un gato en celo:

—¡Prensa! ¡La edición de la mañana! ¡El editor aparece muerto! ¡Prensa!—

Clara se detiene. Levanta la mano. Intercambia un penique por un periódico desplegable.

No puedo leer los garabatos de los humanos desde aquí, pero sí puedo leer a Clara. La forma en que se le tensan los hombros. Ese quedarse quieta, demasiado quieta, empapándose de palabras que sí importan.

ALGO HA CAMBIADO.

Dobla el periódico, continúa hasta el cobertizo, regresa con lavanda. Pero ahora se mueve de otra manera—como una presa que ha olido a su depredador, pero no consigue identificar de dónde viene el peligro.

Deja los manojos de lavanda sobre la mesa de trabajo y vuelve a desplegar el periódico. Incluso desde mi puesto, las letras negras gritan su importancia:

RESPETADO EDITOR ENCONTRADO MUERTO EN SU ESCRITORIO El señor Philip Hartwick, de Hartwick & Sons, fallece aparentemente por un fallo cardíaco No hay signos de violencia, la muerte se atribuye a causas naturales

Clara lee con la intensidad que suele reservar para los recetarios de su abuela. Encontrado desplomado sobre los papeles. Veintiuno de diciembre. Le sobrevive su esposa, Caroline. Causas naturales. Hartwick & Sons, conocidos por publicar relatos sensacionalistas de crímenes y ruina, ahora se ve convertido en protagonista de uno de ellos.

Natural. Como si los humanos reconocieran lo antinatural si les mordiera. Lo cual, según mi experiencia, ocurre bastante a menudo.

Clara emite un pequeño suspiro—compasión por una viuda a la que no conoce, por una muerte que parece repentina pero corriente.

Londres mata gente a diario. Es tremendamente eficaz en eso.

Vuelve a atar la lavanda. La tienda recupera su ritmo habitual.

Entonces cae otra ramita.

Ésta aterriza justo sobre el periódico. Exactamente sobre el nombre de Philip Hartwick.

Ahora Clara presta atención. Se queda mirando la lavanda sobre la hoja como si le hablara. Que, por supuesto, es lo que hace. Genevieve nunca fue sutil, ni siquiera en vida.

—¿Qué intentas decirme? —susurra Clara al aire vacío.

El aire vacío no responde con palabras. Jamás lo hace. Pero la temperatura desciende otros dos grados, y la luz de la lámpara parpadea una vez, dos.

Clara guarda la segunda ramita de lavanda en su bolsillo junto a la primera, luego vuelve a coger el periódico. Lee más detenidamente, pasando el dedo por las palabras como si buscara lo que no está escrito.

Desciendo de mi puesto. Camino por el mostrador hasta sentarme junto al periódico. Si Clara va a investigar—y lo hará, tiene esa mirada—alguien tendrá que aportar algo de sensatez.

Ese alguien nunca es Clara.

Al final deja el periódico a un lado y retoma el trabajo. Pero yo permanezco en guardia, observando cómo la oscuridad prematura de diciembre se cuela por nuestro umbral.

La tienda que construyó Genevieve. La tienda que Clara adora. La tienda que me proporciona nata—cuando puede permitírsela.

El invierno golpea nuestros cristales. Los villancicos ya han seguido su camino. Empieza a nevar, suave y engañosa.

Me acomodo en un replegado ovillo junto al periódico, una oreja atenta a la calle, la otra controlando los movimientos de Clara. El ratón tras la matricaria ha enmudecido—even él nota el cambio.

Ratón listo. Quizá le perdone hasta el miércoles.

Clara tararea mientras trabaja, pero es forzado—el tipo de tarareo que hacen los humanos cuando intentan no pensar en lo que les ronda por la cabeza.

Sé en qué piensa: Un editor muerto. Una abuela fantasmal. Una advertencia traída en ramitas de lavanda.

La luz de la tarde se apaga, plateada primero, luego gris, luego desaparece. Clara enciende las lámparas, revisa los cerrojos, cuenta la patética recaudación del día.

Tres libras, dos chelines, seis peniques.

Hemos preparado remedios por valor de cuatro libras. Los hemos vendido por tres. Hasta un gatito vería el problema, pero al parecer, mi humana no.

Se queda de pie en la ventana, mirando cómo empieza a nevar—ocultando los pecados de Londres bajo un blanco efímero.

—Algo se acerca, ¿verdad? —dice. No me lo dice a mí. Se lo dice a la abuela que se niega a quedarse bien muerta.

La llama de una vela vacila sin corriente alguna.

La lavanda en su bolsillo libera su aroma sin ser aplastada.

Y yo—que llevo conviviendo con la intermitente presencia de Genevieve desde que Clara me acogió—yo sí sé la respuesta.

Sí.

Algo se acerca.

Algo relacionado con ese editor muerto. Algo que Genevieve quiere que Clara descubra.

Pero por ahora, lo que más me preocupa son los asuntos inmediatos.

Clavo en Clara mi mirada más significativa—esa que viene a decir *el horario de comidas existe por un motivo*—y recibo como premio una toma de conciencia cargada de culpa.

—¡Ay, Marmalade! Lo siento mucho. Déjame ponerte el pescado.

Ya era hora.

Cualquier problema que se esté gestando puede esperar veinte minutos.

Incluso los gatos tenemos prioridades.

CONTINUARÁ, *cuando mi dueña inevitablemente decida investigar asuntos que sería mejor dejar tranquilos.*

Conociendo a Clara, será mañana. O quizá esta misma noche.

Será mejor que descanse mientras pueda.

dos

Diciembre 22, 1857

CLARA WETHERLY medía manzanilla seca en precisos paquetes de media onza, sus movimientos automáticos tras años de práctica. El correo de la mañana yacía sin abrir junto al mostrador—facturas, probablemente, que podían esperar una hora más antes de exigir atención. A través de los cristales cubiertos de escarcha de Hawthorne & Wetherly, Bloomsbury se precipitaba en su frenesí prenavideño, con figuras abrigadas y expresiones apuradas.

La tienda se sentía especialmente silenciosa aquella mañana. Incluso Marmalade había abandonado su habitual atalaya por los rincones más cálidos del almacén, dejando a Clara sola con sus hierbas y esa inquietud persistente que se había instalado en ella desde que leyó sobre la muerte del señor Hartwick.

Dos veces más, la lavanda había aparecido en lugares insólitos—una vez sobre su libro de citas, justo en la fecha de hoy, y otra junto a su taza de té en el desayuno. Las advertencias de su abuela rara vez eran tan insistentes, aunque Clara no podía imaginar qué tendría que ver la muerte natural de un editor con su tienda.

La campanilla sonó, aguda en la quietud de la mañana.

—¿Clara?— Harriet Collins se encontraba en el umbral, apretando su bolso de mano y el ejemplar de esta mañana de *The London Whisper*. Su aspecto normalmente impecable mostraba señales de

preocupación—guantes desparejados, sombrero ligeramente ladeado.

—Harriet, entra, no te quedes en el frío.— Clara rodeó el mostrador, inquieta. No había visto a su amiga tan alterada desde aquel espantoso asunto en Halloween, cuando ayudaron a descubrir al asesino de Mary Wicken en la sesión de la señora Penfield.

—Probablemente estoy haciendo una montaña de un grano de arena.— Harriet entró, pero siguió de pie, cambiando el peso de un pie al otro. —Lo sé. Es solo que... algo me huele raro.

—¿Sobre qué? Siéntate, estás temblando.—

Harriet se sentó al borde de la silla, aún aferrada a la hoja de cotilleos. —El señor Hartwick. El editor que falleció. ¿Lo has oído?

—Infarto en su despacho. Sí, lo he leído. Trágico para su familia, más aún estando cerca la Navidad.—

—Eso es lo que dicen los periódicos serios. Pero las hojas de cotilleos...— Harriet desplegó *The London Whisper*, con las manos temblorosas. —Insinúan cosas.—

Clara cogió el periódico y leyó el relato sensacionalista: —*Las últimas horas del editor siguen envueltas en misterio... una mujer velada vista saliendo de sus oficinas bien entrada la noche... el señor Hartwick había empezado recientemente a despedir a sus empleados antes algunos días... los vecinos cuentan que un coche de caballos esperaba... ¿qué asunto exigía tanta discreción?... encontrado muerto en su escritorio a la mañana siguiente...*—

—Están insinuando que tenía una amante—dijo Clara, devolviéndole el periódico.—Por desgracia, es muy habitual, pero nada sorprendente. Estas hojas solo viven del escándalo.

—Lo sé. Lo sé.— Harriet retorcía los guantes sobre el regazo. —Es solo que... esto va a sonar completamente loco.—

Clara esperó con paciencia.

—Me recuerda a algo que escribí.— Las palabras salieron atropelladas, seguidas de una risa nerviosa. —Ridículo, ¿verdad? Pero no consigo quitármelo de la cabeza.—

—¿A qué te refieres?—

Harriet abrió su bolso y sacó una carta doblada. —He estado intentando vender mis relatos. Folletines baratos. Sabes que los

escribo solo para divertirnos, pero pensé que quizás...— Se interrumpió.—Mandé uno titulado "El pecado del editor" a varias editoriales. Esta fue la respuesta del señor Hartwick.—

Clara leyó la carta, alzando las cejas ante el lenguaje hiriente. *—...una fantasía femenina ridícula eso de que una mujer podría llevar a cabo un asesinato tan preciso... una idea absurda que un simple alfiler de sombrero pueda abatir a un hombre hecho y derecho... le sugiero que vuelva a escribir sobre asuntos que entienda...—*

—Qué crueldad tan innecesaria—dijo Clara, devolviéndole la carta.—El tono es especialmente ofensivo.—

—Eso es lo que me desconcierta. Firmo como 'H. Collins', precisamente para que no sepan. Y aun así, escribe como si supiera que soy mujer. Lo llama "fantasía femenina".— Harriet frunció el ceño.—¿Cómo lo habría adivinado? ¿Quizá por mi letra?—

Clara esperó, percibiendo que había más.

—La carta de rechazo llegó hace cinco días. Antes de que muriera.—La voz de Harriet se volvió un susurro.—Otras tres editoriales simplemente dijeron que no era lo que buscaban. Pero el señor Hartwick parecía... personalmente ofendido por mi historia.—

—¿DE qué trataba exactamente la historia? —preguntó.

Harriet bajó la mirada hacia sus guantes retorcidos. —Un editor que... que muere. En su despacho.

—Ya veo —Clara mantuvo un tono neutral—. ¿Y esto te inquieta porque el señor Hartwick también murió en su despacho?

—Es más que eso —Harriet la miró a los ojos—. En mi historia, todos piensan que ha sido por causas naturales. Un fallo cardíaco. Pero en realidad... —Se detuvo, visiblemente avergonzada—. Su amante lo mató.

—Ah —Clara empezó a comprender—. Y ahora las revistas de cotilleos insinúan que el señor Hartwick se veía en secreto con una mujer.

—¡Exacto! Oficinistas despedidos, reuniones privadas por la noche, una mujer con velo—todo eso aparece en mi historia. —

Harriet se puso en pie y comenzó a pasear de un lado a otro—. Pero es una locura, ¿no? La vida no imita al arte de esa manera. El señor Hartwick sufrió un fallo cardíaco. Eso dijeron los policías. Causas naturales.

—Por supuesto que han sido causas naturales —afirmó Clara con firmeza—. Los forenses de la policía saben lo que hacen.

—Tú crees que estoy siendo tonta.

—Creo que eres observadora y que las coincidencias te están inquietando —Clara se incorporó y fue a situarse junto a su amiga—. Dime, ¿cómo murió tu editor de ficción? En la historia, digo.

Harriet vaciló. —Es bastante concreto.

—Cuéntame.

—Con un alfiler de sombrero. Por la base del cráneo. Hasta la médula oblongada. —Lo dijo deprisa, como quien siente vergüenza —. Lo investigué a fondo—libros de medicina, revistas de anatomía. Causaría la muerte instantánea pero dejaría solo una pequeña herida, oculta por el cabello. Parecería exactamente una muerte natural, salvo para alguien que supiera dónde buscar.

Clara mantuvo una expresión cuidadosamente comprensiva. —Es muy imaginativo. Y bastante inquietante. Pero Harriet, que hayas imaginado algo así no significa que…

—¡Lo sé! Sé que no significa nada —Harriet volvió a hundirse en la silla—. Pero, ¿y si... y si se les pasó algo por alto? ¿Y si nadie pensó en mirar bien porque todos asumieron que era natural?

—La policía tiene sus procedimientos. El forense habría examinado…

—¿De verdad? ¿Seguro? ¿Con un editor de mediana edad que muere en su despacho? ¿O miraría un momento, diría 'fallo cardíaco' y seguiría con lo suyo?

Clara reflexionó. Harriet no iba del todo desencaminada. Los forenses de la policía, tan sobrecargados de trabajo, no siempre eran exhaustivos si la causa parecía evidente.

—¿Qué te ayudaría a sentirte mejor con todo esto? —preguntó Clara con suavidad.

—No lo sé. ¿Una confirmación de que realmente fue por causas naturales? ¿Que solo estoy siendo ridícula? —Harriet rio con

nerviosismo—. Alguien que me diga con certeza que mi imaginación se ha desbocado y que el señor Hartwick murió de un fallo cardíaco completamente corriente.

Clara tomó una decisión. —¿Te tranquilizaría si pidiera al inspector Redgrave que lo comprobara? Podría confirmar que no se observó nada fuera de lo normal, que el certificado de defunción dice causas naturales. ¿Eso te aliviaría?

—¿Haría eso?

—Creo que sí. Conoces a Graham—al inspector Redgrave. Es exhaustivo. Después de Halloween, sabe que no vamos persiguiendo fantasmas —Clara regresó al mostrador—. Podría pasarme por Scotland Yard esta tarde, explicarle que te inquietan ciertas coincidencias. Probablemente revise el informe, aunque solo sea para confirmar que todo fue normal.

—¿Te importaría ir esta tarde?

—Iré. Aunque quiero dejar claro que creo que no tienes de qué preocuparte. Editores de la edad del señor Hartwick mueren repentinamente constantemente. El cotilleo sobre una mujer que le visitaba puede significar cualquier cosa o nada en absoluto. Y tu historia no deja de ser eso: una historia.

—Tienes razón. Por supuesto que tienes razón —Harriet recogió sus cosas—. No he dormido bien desde que vi ese panfleto de cotilleos. Cada vez que cierro los ojos, imagino... bueno, imagino cosas imposibles.

—Entonces iré esta tarde. Pediré al inspector Redgrave que confirme que fue por causas naturales y así podrás estar tranquila.

—Gracias —Harriet fue hacia la puerta, luego se detuvo—. Clara, ¿tú no crees que... Bah, olvídalo.

—¿Qué?

—Nada. Solo es mi imaginación —forzó una sonrisa débil—. Me iré a casa, tomaré un té y trataré de ser sensata.

Cuando Harriet salió, Clara se quedó de pie junto al mostrador, pensativa. Su amiga estaba claramente alterada, viendo conexiones donde solo había casualidades. Los periódicos de cotilleos hacían lo que siempre: fabricar escándalos a partir de las desgracias.

Desde la trastienda, Marmalade apareció y saltó sobre el mostrador. Se sentó justo en el punto donde Harriet había dejado la hoja de cotilleos, y miró a Clara sin parpadear.

—Lo sé —le dijo Clara—. Abuela lleva días esparciendo lavanda. Pero eso no significa que estas cosas estén conectadas.

Marmalade se puso en pie, dio tres pasos muy deliberados y tiró el bolígrafo de Clara al suelo. Rodó hasta quedarse apuntando hacia la puerta—hacia Scotland Yard.

—Tan sutil como siempre —murmuró Clara, recogiendo el bolígrafo.

Iba a ir esta tarde, como había prometido. Graham confirmaría que fue por causas naturales, Harriet dejaría de preocuparse y la vida volvería a la normalidad.

Aun así, mientras volvía a guardar las bolsitas de manzanilla, persistía una pequeña duda: ¿Habría realmente examinado a fondo el forense, ante un editor corpulento muerto en su despacho? ¿O simplemente habría dado por hecho lo que todos ya suponían—que otro hombre de mediana edad se había matado a trabajar?

No importaba. No había nada que descubrir.

Probablemente.

tres

Clara permanecía frente a Scotland Yard, observando cómo su aliento se condensaba en el aire. Había pasado por delante de aquel edificio decenas de veces, pero nunca había entrado. Graham siempre era quien acudía a ella—para examinar pruebas, hacerle preguntas, tomar su té mientras fingía que no disfrutaba del calor de su tienda.

Podría haber enviado a un recadero. Probablemente debería haberlo hecho.

Pero la historia de Harriet había despertado su curiosidad y, siendo sincera—que, en realidad, no lo estaba siendo mucho—quería ver la cara de Graham cuando se lo contara. Tenía unas expresiones muy reveladoras cuando creía que nadie le miraba.

El vestíbulo la recibió con humo de tabaco y esa peculiar mezcla de lana mojada y fanfarronería masculina. Varios agentes levantaron la vista de sus escritorios, y sus semblantes aburridos se tornaron en interés al registrar la entrada de una mujer respetable y sola.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita? —El tono del sargento de guardia sugería que ayudar era lo último que pensaba hacer.

—Necesito hablar con el inspector Redgrave. Por favor, dígale que la señorita Wetherly está aquí.

—¡Redgrave! —bramó alguien desde el fondo—. ¡Tu amiga está aquí!

—La guapa de la herboristería —añadió otro, entre risitas.

—La que siempre visita por "investigaciones" —terció un tercero, dándole a la palabra un matiz de lo más impropio.

Un rubor subió por el cuello de Clara, pero mantuvo el rostro imperturbable. Así que las visitas de Graham no habían pasado desapercibidas para sus compañeros. Curioso.

Graham apareció en el umbral de una puerta y ella contempló cómo su expresión pasaba de un profesional interés a algo más sombrío al captar la escena: los agentes mofándose, Clara sola y destacando, y la diversión apenas contenida recorriendo la sala.

—Señorita Wetherly. —Su tono era lo bastante cortante como para cortar cristal—. Por aquí, por favor.

—Redgrave tiene una—

—Harkins. —La voz de Graham podría haber helado el Támesis —. A menos que quiera pasar la Navidad catalogando pruebas en el sótano, le sugiero que vuelva a sus informes.

La guió por un pasillo estrecho, la mano suspendida cerca de su codo pero sin llegar a tocarla. Clara sentía la irritación irradiando de él como el calor de una estufa.

—Estás enfadado —observó ella.

—No estoy enfadado.

—Aprietas los dientes. Sólo lo haces cuando estás enfadado.

Él se detuvo en seco.—¿Cómo puedes saber—? —Se contuvo y volvió a caminar—. No deberías haber venido.

—A menudo hago cosas que no debería. Ya me lo has dicho. Muchas veces.

—Esto es diferente.

—¿Por qué?

Abrió una puerta quizá con más fuerza de la necesaria, indicándole que pasara. Clara dudó un instante, con la curiosidad brillando en los ojos.—Lo admito —dijo con ligereza—, en parte quería ver dónde ocurre toda tu investigación. Siempre queda la duda de cómo es Scotland Yard más allá del vestíbulo.—

—Clara, esto es Scotland Yard, no tu tienda, y estás—

—Una mujer. Sí, ya me había dado cuenta. —Entró en su despacho, inmediatamente sorprendida por el orden casi militar del lugar. Todo archivador en su sitio, el tintero colocado con precisión

junto al secante, la pluma perfectamente alineada con el borde del escritorio. Solo una silla frente a la mesa. El único toque personal era una foto pequeña enmarcada, vuelta del revés.

Tan distinto del alegre caos de hierbas y remedios de su tienda.

—Iba a decir "desacompanhada" —concluyó él, cerrando la puerta con firmeza—. Tu reputación—

—Es cosa mía, no tuya.

—Ahí te equivocas. —Se colocó tras el escritorio, poniendo la debida distancia entre ambos—. Cuando esos hombres de ahí fuera empiezan a especular sobre por qué me visitas—

—Que especulen. Estoy aquí por la señorita Collins.

Él suspiró, y ella notó—no por primera vez—lo cansado que estaba. La luz del gas recortaba los ángulos de su rostro, las tenues sombras bajo sus ojos grises.

—¿Qué ha hecho ahora la señorita Collins?

—Nada. Le preocupa la muerte de Hartwick.

La expresión de Graham se agudizó enseguida.—¿En qué sentido? Por favor, dime que no ha vuelto a investigar por su cuenta. Los hermanos Kelly pueden estar en Newgate, pero—

—NO, nada de eso. No ha hecho nada peligroso. Aún.—

—Ese "aún" no resulta tranquilizador, Clara.—

—Está preocupada porque escribió un relato sobre un editor que muere en su despacho.—

—¿El editor?— Frunció el ceño. —Hartwick murió de un ataque al corazón, ¿no?—

—Eso es lo que se informó, sí.—

—¿Entonces por qué le preocupa a la señorita Collins una muerte natural?—

Clara se acomodó en la silla sin que la invitaran. —Porque en su historia, al editor lo asesinan. Y algunos detalles coinciden de manera bastante... concreta.—

—¿Qué detalles?— Graham se inclinó hacia delante ligeramente, incapaz de reprimir su instinto profesional.

—Las hojas de cotilleos mencionan a una mujer velada visitándole en privado la noche en que murió. Personal despedido. En el relato de la señorita Collins, el editor muere a manos de su amante, que le visita en secreto tras haber enviado a los empleados a casa.—

—La mitad de los editores de Londres tendrán amantes. Es lamentable, pero no es nada fuera de lo común.— Empezó a recostarse en la silla, pero entonces Clara añadió:

—Con un alfiler de sombrero.—

Graham se quedó completamente inmóvil. Sus dedos tamborilearon una vez sobre el escritorio—su gesto típico cuando algo llamaba su atención—y luego detuvo el movimiento. —Un alfiler de sombrero.—

—Por la base del cráneo. Hasta la médula oblongata. Lo investigó a fondo—textos de medicina, revistas de anatomía. Muerte instantánea, apenas sangre, una herida mínima y oculta entre el cabello.—

—Eso es... inquietantemente específico.— Graham le estudió el rostro. —¿Y qué piensa exactamente la señorita Collins? ¿Que alguien ha usado su método ficticio para matar a Hartwick?—

—Solo le incomodan las similitudes, nada más—dijo Clara con cautela—. Se pregunta si el parecido puede no ser simple coincidencia.—

—¿Cree que su ficción se ha hecho realidad?— Redgrave alzó las cejas. —Eso sí que es nuevo.—

—No está haciendo acusaciones—se apresuró a decir Clara—. Solo... está intranquila, especialmente porque ese editor en particular rechazó su relato de forma bastante despiadada. Es difícil ignorar algunos detalles.—

La expresión de Graham cambió ante aquello, dejando entrever un destello de interés tras su habitual reserva profesional. —¿La rechazó, dices? Eso sí que es inquietante.— Golpeó con el bolígrafo el secante, pensativo. —Aun así, he leído el informe y todo parecía normal.—

—No lo pediría si no fuera porque Harriet estaba realmente afectada esta mañana... y bueno, solo para que se quede tranquila.

—

Graham se levantó y fue hasta la ventana, las manos enlazadas a la espalda. Clara se sorprendió observando la línea de sus hombros, la forma en que se mantenía erguido, con esa energía contenida tan suya.

—Aunque quisiera examinar el cuerpo—which I don't—no hay caso. No hay investigación. No tendría autoridad.—

—Pero podrías mirar. De manera informal. Solo para confirmar que fue por causas naturales.—

—Clara.— Se volvió desde la ventana, y hubo algo en su expresión que hizo que el pulso de ella se acelerase apenas. —Sabes que no sé negarme cuando me pides estas cosas. Lo sabes y lo aprovechas.—

—Yo...—

—Podrías haber mandado un recado. Deberías haberlo hecho. Pero has venido tú porque sabías que no me resistiría si me lo pedías en persona.—

El rubor le subió a las mejillas. —Eso es bastante presuntuoso—

—¿Acaso no es cierto?—

Ella alzó la barbilla. —¿Vas a mirar?—

—Por supuesto que miraré.— Volvió a su escritorio, abriendo un cajón de un tirón innecesario. —Iré esta tarde, confirmaré que fue un fallo cardíaco y entonces tú y la señorita Collins podréis dejar de ver asesinatos en cada muerte.—

—Gracias.—

—No me des las gracias. Y la próxima vez, manda una nota.—

—Sabemos los dos que no lo haré.—

—No,—dijo en voz baja, sosteniéndole la mirada—. No lo harás.—

Un golpe en la puerta interrumpió el momento. —¿Redgrave? El jefe le reclama.—

—Dos minutos—llamó Graham, y luego bajó la voz—. Será mejor que te vayas. Te mandaré noticias esta tarde.—

—Perfecto. De todos modos, hoy me toca trabajar hasta tarde.—

—Siempre es así.— Se dirigió a la puerta, pero se detuvo. —Clara, si—y recalco si—hay algo que descubrir, la señorita Collins podría estar en peligro. Peligro real. ¿Lo entiendes?—

—Ella no le mató.—

—Lo sé. Tú lo sabes. Pero si alguien le mató usando su método, puede que no le agrade que le llamen la atención sobre ello.—

La idea le heló la sangre. —¿Tendrás cuidado?—

Algo se suavizó en el gesto de Graham. —¿Preocupada por mí?—

—Preocupada por tener que explicarle a la señorita Collins por qué te metí en un asesinato que no existe.—

—Por supuesto.— Abrió la puerta, y en vez de guiarla hacia el vestíbulo principal, la condujo por un corredor lateral hasta una puerta trasera. —Por aquí. Así evitarás la pasarela.—

—¿Protegiendo mi reputación?—

—Protegiendo mi cordura. Si Harkins hace un comentario más sobre mi "amiga especial", puede que acabe haciendo algo que me valga una tarde entera de papeleo.—

Salió a una calle lateral más tranquila y se volvió. —¿Graham?—

Él se detuvo en el umbral.

—Tu despacho. Es exactamente como me lo imaginaba.—

—¿DECEPCIONANTE?—

—Revelador.—

Antes de que él pudiera responder, ella se alejó, sabiendo que él la seguía con la mirada hasta que dobló la esquina.

Mientras regresaba a Hawthorne & Wetherly, Clara se sorprendió pensando en aquella fotografía retirada, en la total ausencia de detalles personales, en la forma en que él había pronunciado su nombre, como si fuese algo a la vez precioso y peligroso.

Había conseguido lo que buscaba—él examinaría el cadáver. Pero había descubierto algo más, algo que no estaba del todo preparada para analizar: Graham Redgrave era tan consciente de ella como ella lo era de él.

La cuestión era qué pensaban hacer al respecto cualquiera de los dos.

Por ahora, nada. Había que investigar un posible asesinato.

Pero cuando eso estuviera resuelto... bueno.

El tiempo lo diría.

LA CAMPANILLA de la tienda sonó justo cuando Clara se preparaba para cerrar por la noche. Graham Redgrave apareció en el umbral, con el gesto severo bajo la luz de gas.

—Tenías razón —dijo sin rodeos—. Es un asesinato.—

Las manos de Clara se detuvieron sobre la lavanda que estaba atando. Durante un instante, simplemente le contempló—la tensión en sus hombros, el cansancio en torno a sus ojos. Luego fue hacia la puerta, echó el cerrojo y giró el cartel a «Cerrado».

—Sube conmigo —dijo en voz baja—. Tenemos que hablar como es debido.—

Le condujo por la tienda hasta la estrecha escalera del fondo. Él se detuvo en el perchero junto a la puerta—una pieza sencilla de madera oscura que durante décadas había sostenido los chales de su abuela. Clara observó cómo, con deliberada precisión, se quitaba el abrigo y lo colgaba junto a su propia capa gastada. El sombrero ocupó el gancho superior.

Era la primera vez que hacía aquello. La primera vez que se mostraba tan... como en casa.

Algo se agitó en su pecho, pero se volvió de inmediato hacia las escaleras antes de que él pudiera darse cuenta.

El crujido familiar del tercer peldaño anunció su ascenso. Arriba, el pequeño salón de Clara les acogió con el calor que desprendía el fuego atizado—un rincón inalterado desde los tiempos de su abuela. Racimos de hierbas colgaban ordenadamente de las vigas, impregnando el aire de aroma a lavanda y romero. Una pequeña mesa junto a la ventana, con dos sillas dispuestas como si esperasen compañía. El sofá gastado, donde había pasado infinidad de tardes de niña, ocupaba una pared, y el viejo botiquín de Genevieve hacía guardia junto al hueco de la cocina.

Marmalade apareció de la nada, enredándose en ochos alrededor de las piernas de Graham con un afecto insistente.

—Quiere arenques ahumados —dijo Clara, encendiendo la lámpara de la mesa—. Siempre hace esto cuando vienes.—

—Debería haber traído alguno. —Graham miró al gato con algo similar al cariño—. La próxima vez.—

La próxima vez. Como si aquello empezase a ser costumbre.

Clara se entretuvo con la tetera, agradecida por esos movimientos conocidos. Agua de la jarra, tetera al fuego, la caja de té del estante. —Esta tarde la señora Penfield ha mandado tarta de manzana. ¿Has comido algo?—

—Desde el mediodía, nada.—

—Entonces vas a probarla.— Cortó dos buenas porciones, las colocó en los platos buenos de su abuela—aquellos con las pequeñas violetas pintadas. Cuando se giró, Graham ya se había acomodado en una de las sillas junto a la mesa, y Marmalade había ocupado la otra, con la dignidad de quien sabe que la casa le pertenece.

Que, a juicio de Clara, así era, en cierto modo.

—Déjame que…— Recogió en brazos a Marmalade, que protestó con un chirrido indignado, y lo dejó en el suelo. Inmediatamente, él volvió a enredarse alrededor de las piernas de Graham, ronroneando tan alto que hacía vibrar las tazas.

—Vaya criatura insistente —observó Graham.—

—Lo tenemos terriblemente mimado.— Clara sirvió el té y se acomodó en la silla que Marmalade acababa de abandonar. —Bien. Cuéntamelo todo.—

Graham tomó un sorbo de té y luego un bocado de tarta, cerrando los ojos un instante. —¿De la señora Penfield?—

—Dice que el secreto está en las manzanas. Algo sobre usar vinagre en la masa.—

—Dile que está riquísima.— Dejó el tenedor—. Esta tarde he examinado el cuerpo de Philip Hartwick. Todo lo que la señorita Collins describía en su manuscrito estaba allí. La herida de punción en la base del cráneo—mínima, precisa, exactamente donde ella indicó. Oculta entre el pelo, tal como había predicho. El forense que determinó causas naturales jamás se fijó tan detenidamente.—

La taza de Clara tintineó ligeramente cuando la dejó sobre la mesa. —Alguien siguió su método al pie de la letra.—

—Sí. Y funcionó tal y como ella lo escribió: muerte instantánea, apenas señales externas, muy fácil de confundir con causas naturales si nadie sabía en qué fijarse.— La voz de Graham sonaba

plana—. Lo que significa que Scotland Yard querrá detenerla mañana por la mañana.—

La taza de Clara chocó contra el plato. —¿Qué? ¿Detener a Harriet? Graham, es absurdo…—

—Ya la he interrogado.—

Aquellas palabras fueron una bofetada. —¿La has...? ¿Cuándo?—

—Esta misma tarde. Después de la autopsia.— La miró fijamente a los ojos—. Clara, no tenía alternativa. Nada más confirmar que era asesinato, tuve que seguir el procedimiento. La señorita Collins fue la primera en identificar el método. Posee un conocimiento detallado que nadie más tiene.—

—¡Porque lo escribió como ficción!— La voz de Clara se elevó, a pesar suyo—. Graham, no puedes pensar en serio…—

—NO LO HAGO.— Su tono fue firme, cortando de raíz su pánico. —Sé que la señorita Collins no le mató. Pero a mi superintendente no le importará lo que yo piense cuando vea esa carta de rechazo mañana.

Clara se obligó a respirar, a pensar. —¿Qué dijo Harriet? ¿Cómo está... está—?

—Aterrada. Como es lógico.— La mandíbula de Graham se tensó. —Pero se está manteniendo fuerte. Le he indicado que no debe salir de Londres. Si huye, solo dará la impresión de que es culpable.

—¿Así que se supone que debe esperar a que Scotland Yard venga a detenerla?

—Se supone que debe confiar en mí para encontrar al verdadero asesino antes de que eso ocurra.— Se inclinó ligeramente hacia delante. —Tengo como mucho hasta mañana por la tarde—quizá menos si mi superintendente decide actuar deprisa. Por eso he venido esta noche.—

La mente de Clara aún daba vueltas. —¿Y el cuerpo? ¿La autopsia? Seguro que hay más pruebas que la herida—

—Las hay.— Graham abrió su cuaderno, pasando las hojas hasta llegar a una marcada. —Y eso es lo que más me inquieta. El manuscrito de la señorita Collins no se limitaba a describir el método

—detallaba aspectos concretos que nadie incluiría a menos que realmente hubiese visto una muerte así. O la hubiera planeado minuciosamente.—

—¿Qué detalles?

—La posición. La víctima desplomada hacia delante en su escritorio, la frente apoyada sobre los brazos cruzados, como si simplemente se hubiese quedado dormida trabajando.— La voz de Graham adquirió un matiz más cortante.— Y la sangre. Un pequeño patrón de transferencia en el cuello de la camisa—en el lado derecho —por cómo se queda la cabeza apoyada tras el golpe. No es algo que se vea a simple vista. Ni que uno piense en simular salvo que sepa exactamente cómo es una muerte así.—

Clara sintió un escalofrío recorrerle la espalda. —¿Eso lo escribió Harriet?

—Palabra por palabra. "El magistrado le encontraría así, tan apacible como un hombre que descansa, salvo por la pequeña mancha oscura afeando su cuello donde su cabeza había reposado". — Graham citó de memoria, sin apartar los ojos del rostro de Clara. —No he podido comprobarlo esta noche. Pero lo revisaré en cuanto amanezca.—

—¿Y si está? ¿Tal como lo escribió?

—Entonces nos enfrentamos a alguien que no solo usó su método—lo llevó a cabo. Como si siguiera instrucciones de una obra de teatro. Como si quisiera demostrar que el manuscrito de ella funcionaba tal cual está escrito.— Cerró el cuaderno con precisión deliberada. —Quien haya hecho esto es extraordinariamente arrogante o está enviando un mensaje. Quizá ambas cosas.—

La habitación pareció encogerse de repente. Clara rodeó su taza de té con las manos, buscando cobijo en su calor. —La viuda—la señora Hartwick. ¿Cuál fue su reacción cuando le dijisteis que había que aplazar el funeral?

—Comedida. Quizá demasiado.— El rostro de Graham se endureció. —Mostró la angustia justa, dijo lo que debía decir. Pero cuando le expliqué que sería necesario conservar el cuerpo para más exámenes, que los preparativos del funeral tendrían que esperar hasta descartar definitivamente la causa de la muerte... Parecía más

irritada por el contratiempo que horrorizada ante el asesinato de su marido.—

—Quizá el shock afecta a la gente de formas distintas.— —Quizá.— Anotó algo en su cuaderno. —Hablaré otra vez con ella mañana.—

Clara guardó esa información, mientras su mente ya trenzaba hipótesis. —¿Y Harriet? ¿Exactamente qué le dijiste?

—La verdad. Que es sospechosa por el manuscrito y la carta de rechazo. Que no debe marcharse de Londres ni intentar intervenir de ninguna manera.— Su voz se suavizó ligeramente. —Y que confíe en mí para resolver esto. Le dije lo mismo que te digo a ti ahora.—

Algo en su tono hizo que Clara alzara la mirada, sobresaltada. —¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que he venido a informarte de la situación. No a pedirte ayuda.— La miró fijamente a los ojos. —Clara, te conozco. Sé cómo piensas. En cuanto supieses que la señorita Collins corre peligro, querrías investigar. Querrías hacer preguntas, recabar información, involucrar a las demás en tu... red.—

—Es mi amiga, Graham. Una de las Ladies. Por supuesto que quiero ayudar—

—Y la mejor forma en que puedes ayudar es manteniéndote al margen de esta investigación.— Su voz era firme, pero sin dureza. —Este asesino es sofisticado. Es peligroso. Alguien que puede planificar un asesinato con tanto esmero, que siguió un método ficticio con precisión quirúrgica—esa persona no dudaría en eliminar a quien suponga una amenaza.—

—Justamente por eso Harriet necesita—

—Necesita que yo haga mi trabajo sin complicaciones.— Se inclinó de nuevo ligeramente hacia ella. —Clara, por favor, escúchame. Tengo menos de veinticuatro horas para reunir pruebas sólidas que den a mi superintendente alternativas a la detención de la señorita Collins. Voy a interrogar sospechosos, examinar pruebas, seguir pistas que pueden ser peligrosas. No podré hacerlo bien si tengo que preocuparme de ti y de las Ladies haciendo preguntas que puedan alertar al asesino.—

Clara notó que algo ardiente y afilado le subía al pecho, pero mantuvo la voz serena. —¿Me estás pidiendo que no haga nada?

¿Que me quede aquí sentada mientras Harriet se enfrenta a una detención por un crimen que no cometió?

—Te pido que confíes en mí.— Sus ojos no se apartaron de los suyos. —Sé que la señorita Collins es inocente. Encontraré al verdadero culpable. Pero necesito que me prometas que no interferirás. Nada de investigaciones. Nada de preguntas. Déjame hacer mi trabajo.—

El silencio se instaló entre ellos. Fuera, la niebla presionaba contra los cristales. En algún lugar junto a los pies de Graham, Marmalade ronroneaba. El fuego chisporroteaba y crepitaba.

—TIENES MI PALABRA —dijo Clara finalmente, manteniendo la mirada fija en él—. No me entrometeré en tu investigación.

No era, estrictamente hablando, una mentira. No se entrometería en su investigación. Ella haría la suya propia.

Pero el tono de él estaba cargado de escepticismo.—Te conozco, Clara. Cuando dices que no vas a entrometerte, normalmente quieres decir que tendrás cuidado en cómo lo haces.

—Te he dado mi palabra. —Clara se incorporó y se dirigió hacia las escaleras—. Venga, tienes informes que redactar, y yo necesito... no entrometerme.

Graham se levantó y ella le siguió de vuelta a la tienda. En la puerta, recuperó su abrigo y su sombrero con el mismo cuidado deliberado con el que los había colgado. Cuando se volvió, algo en su expresión hizo que a Clara se le parara el corazón un instante.

—Clara... —Se detuvo, como si luchara por encontrar las palabras —. Sé que la señorita Collins es tu amiga. Sé que quieres ayudarla. Pero, por favor, confía en mí para encargarme de esto. Encontraré al verdadero culpable. No dejaré que una mujer inocente pague por ello.

—Lo sé.

—¿Y te mantendrás al margen?

Ella no respondió; simplemente abrió la puerta, dejando entrar el frío y la niebla de diciembre.—Ahora ve a resolver tu asesinato, inspector.

Él apretó la boca, pero asintió y salió a la noche.—Mañana por la tarde te informaré de lo que haya averiguado. Y Clara...

Ella esperó.

—Ten cuidado de todos modos. Incluso haciendo nada.

—Siempre. —La palabra le salió más suave de lo que había pretendido.

Le vio desaparecer entre la niebla, luego cerró la puerta y echó la llave. Durante un instante largo, se quedó allí de pie, con la mano apoyada sobre la madera, la mente ya repasando todo lo que había por hacer.

Marmalade se enroscó en sus tobillos, ronroneando de manera insistente.

—Sí, ya lo sé —murmuró—. Hay que contárselo a la señora Penfield.

Pero primero... necesitaba pensar. Graham había sido claro: mantenerse al margen de la investigación. Confiar en que él haría su trabajo. Y de hecho, confiaba en él. Era minucioso, inteligente, incansable cuando se enfrascaba en un caso.

Pero también estaba atado a las normas de Scotland Yard, su política, sus plazos. Menos de veinticuatro horas no era tiempo suficiente para una investigación adecuada, no cuando su superior presionaba para que hubiera un arresto rápido.

Clara cruzó la tienda hasta la pequeña mesa junto a su sillón, con la intención de coger su chal antes de ir a ver a la señora Penfield. Pero se detuvo en seco.

Tres cartas del tarot descansaban perfectamente alineadas sobre la mesa, aunque ella había guardado la baraja de su abuela hacía horas.

El Siete de Espadas. La Justicia Invertida. La Sacerdotisa.

Clara las recogió con los dedos, con sumo cuidado. La temperatura había bajado—solo un grado o dos, pero suficiente para notarlo. Y bajo los aromas familiares de lavanda y manzanilla en la tienda, percibió olor a rosas. Las rosas de su abuela.

El Siete de Espadas habla de engaño, de actuar en las sombras, susurró la voz de Genevieve en su memoria. *La Justicia Invertida*

advierte contra una acusación injusta, el inocente condenado. Y la Sacerdotisa... confía en tu intuición, busca el conocimiento oculto.

Alguien actuando en las sombras. Una mujer inocente a punto de ser condenada. Conocimiento oculto a la espera de ser descubierto.

Clara dejó las cartas sobre la mesa con delicadeza, tensando la mandíbula, decidida. Graham podía desear que se mantuviera al margen. Pero Harriet era una de las Damas.

Y las Damas no abandonaban a las suyas.

GOLPETAZO GOLPETAZO GOLPETAZO

El repentino golpeo en la puerta de la tienda la hizo dar un brinco, con el corazón en la garganta. El pelo de Marmalade se erizó y sus orejas se aplastaron contra la cabeza.

A través del cristal esmerilado, Clara pudo ver una silueta—alguien paseando nerviosa en el umbral, levantando el puño para volver a golpear.

GOLPETAZO GOLPETAZO GOLPETAZO

Clara corrió hacia la puerta, forcejeando con la cerradura. Tiró de ella y abrió para encontrar a la señora Penfield en el umbral, con su porte habitualmente impecable completamente deshecho. El cabello de la mujer mayor se escapaba de los pasadores, el chal torcido, la cara lívida bajo la luz de gas.

—¡Clara! —La señora Penfield le agarró el brazo con una fuerza sorprendente—. Gracias a Dios que sigues despierta. Tienes que venir. Ahora mismo. Es Harriet...

—¿Qué ha pasado? —Clara metió a la señora Penfield dentro, cerrando la puerta para frenar el frío—. ¿Está herida?

—No lo sé. Ha mandado al muchacho de su casera con un mensaje hace apenas un cuarto de hora...

La señora Penfield metió en la mano de Clara un trozo de papel arrugado. Sus propios dedos temblaban.—Es muy raro. Nada propio de Harriet. Pensé que quizá sabrías lo que significa.

Clara desplegó la nota con los dedos trémulos. La letra, normalmente pulcra de Harriet, era casi irreconocible—temblorosa, desesperada, las letras presionadas tan fuerte que casi atravesaban el papel:

Clara—

Ha ocurrido algo. Por favor, ven. No se lo digas a nadie. Por favor.
—H

A Clara se le heló la sangre. La letra por sí sola lo decía todo: no era rareza, era miedo puro.

—¿Cuándo ha llegado esto? —exigió Clara.

—No hace ni diez minutos...

Clara ya se estaba moviendo, cogiendo su chal del perchero.— Tenemos que irnos. Ya.

—Pero Clara, ¿qué...?

—Te lo explico por el camino. —Abrió la puerta—. Date prisa.

cuatro

—Algo después me preguntó dónde estaba el martes por la noche.—

Clara se inclinó hacia delante en el diminuto salón, con las manos entrelazadas con los fríos dedos de Harriet. El pequeño espacio—apenas unos tres metros cuadrados, con una cama angosta contra una pared y un escritorio bajo la ventana—parecía aún más reducido con tres mujeres apretadas dentro y el peso del miedo oprimiéndolas a todas.

—¿Qué le has dicho?—preguntó Clara.

—La verdad.—La voz de Harriet apenas era un susurro.—Que estuve en la fiesta de Navidad de mi hermana en Clerkenwell. Pero, Clara, salí dos veces. Una para ayudar con los niños, otra porque me mareé del calor. Veinte minutos, quizá treinta. Nadie puede confirmar dónde estaba en esos momentos. Y el inspector Redgrave lo apuntó todo en su libreta, y pude ver...—Su voz se quebró.—Pude ver que piensa que he sido yo.—

La señora Penfield dejó la tetera sobre el hornillo de alcohol con más fuerza de la necesaria.—Ni hablar. No vamos a permitirlo.—

—Señora Penfield, no creo que tengamos muchas opciones...—

—Tonterías.—La voz de la mujer mayor sonó autoritaria mientras medía el té en la tetera de Harriet.—Clara, díselo. Dile que no vamos a dejar que ocurra esto.—

Clara quiso ofrecer un consuelo falso, pero Harriet merecía la verdad.—El inspector Redgrave sabe que no has sido tú. Me lo dijo él

mismo.—Le apretó las manos.—Pero sus superiores quieren un detenido antes de Navidad, y eres la sospechosa evidente. Tiene menos de veinticuatro horas para encontrar al verdadero asesino antes de que le fuercen la mano.—

—¿Cree que soy inocente?—la voz de Harriet tembló con una esperanza desesperada.

—Sí. Pero eso no servirá de nada si su superior decide que las pruebas son concluyentes.—Clara mantuvo la voz firme.—Cuéntame exactamente qué te preguntó. Desde el principio.—

Harriet inhaló temblorosa.—Vino a mi puerta sobre las siete de la tarde. Muy educado, muy formal. Dijo que tenía que hacerme unas preguntas sobre mi manuscrito—el mismo por el que vine a verte.—Señaló su escritorio, donde la carta de rechazo yacía como una acusación.—Le enseñé la carta de rechazo. No tenía motivo para esconderla. Leyó cada palabra, me preguntó cuándo había llegado, cómo me sentí al recibirla...—

Clara sintió una punzada de culpa. Harriet había acudido a ella preocupada, y Clara le había prometido que el inspector Redgrave lo investigaría. Había cumplido esa promesa—y ahora Harriet era sospechosa de asesinato por ello.

—¿Qué más te preguntó?—sugirió Clara suavemente.

—Cuándo escribí el manuscrito. Cuándo lo envié. Si conocía personalmente al señor Hartwick—lo cual no, nunca lo conocí. Luego preguntó si sabía dónde estaban las oficinas de Hartwick & Sons.—La voz de Harriet bajó aún más.—Sí que lo sé. Pasé por delante una vez, después de recibir la carta de rechazo. Quería ver el edificio, comprender dónde habían despreciado tan a fondo mi trabajo. Preguntó si había estado alguna vez dentro. Dije que no. Me preguntó si estaba segura.—

La tetera empezó a silbar. La señora Penfield se ocupó del té, pero Clara vio cómo la mandíbula de la mujer mayor se apretaba con ira contenida.

—Luego preguntó sobre el método del manuscrito.—Harriet soltó las manos de Clara y se abrazó a sí misma.—El método exacto. Quería saber dónde había aprendido de anatomía. Sobre el ángulo y la precisión en la descripción.—

La mente de Clara iba a toda prisa. Graham le había confirmado lo que temía: el método del asesinato coincidía con el del manuscrito de Harriet. Alguien lo había seguido, convirtiendo la ficción en una realidad fatal.—¿Qué ha descubierto el forense? ¿Te ha contado algo el inspector Redgrave?—

—Una pequeña herida punzante en la base del cráneo.—La voz de Harriet era mecánica, recitando los hechos para no entrar en pánico.—Escondida por el cabello. No encontraron arma en la escena.—

—Eso podría ser cualquier cosa,—dijo la señora Penfield con un atisbo de esperanza.—Una hoja fina, quizá...—

—Fue un alfiler de sombrero.—La voz de Harriet era plana, convencida.—Lo sé. Es exactamente lo que escribí en mi manuscrito. Un alfiler de sombrero en la base del cráneo, inclinado hacia arriba. La víctima desplomada en su escritorio como si se hubiera quedado dormida. Así encontraron al señor Hartwick—lo leí en los periódicos. Derrumbado sobre su escritorio, tan tranquilo como si nada.—Sus manos temblaban alrededor de la taza de té.—Alguien leyó mi historia y la hizo realidad.—

CLARA INTERCAMBIÓ una mirada con Mrs. Penfield. El forense había encontrado una delgada herida punzante—eso era un hecho. Pero Harriet era quien insistía en que se trataba de un alfiler de sombrero, porque sabía lo que había escrito. Aun así, podía ser casualidad. Una hoja fina. Otra cosa completamente distinta.

Pero al ver la certeza aterrorizada de Harriet, Clara ya no estaba segura de que la casualidad fuese la respuesta.

Harriet miraba fijamente su taza de té.—Alguien ha leído mi historia y la ha utilizado para matarle. Y ahora voy a acabar en la horca por un asesinato que no he cometido.—

—No vas a acabar en la horca.—La voz de Mrs. Penfield fue contundente.—Porque no has matado a nadie, y vamos a demostrarlo.—

—¿Cómo?—La risa de Harriet sonaba amarga.—¿Cómo puedo demostrar que no he hecho algo?—

—Demostrando que otra persona sí lo hizo.—Clara se puso en pie, acercándose al escritorio donde reposaba la carta de rechazo. La cogió y repasó las páginas a la luz de la lámpara. La caligrafía de Philip Hartwick era enérgica y agresiva, atravesando tres páginas llenas de críticas. El tono era despreciativo, burlón. Había calificado su obra de "derivativa", su comprensión de la anatomía de "ingenuamente ridícula", y todo su intento de escribir novela policial de "una torpe imitación femenina de actividades masculinas".

—¿Cuándo llegó esto?—preguntó Clara.

—Hace tres días.—

La mente de Clara organizó la cronología. La carta de rechazo llegó hace tres días. Philip Hartwick murió el martes. El momento era comprometedora para Harriet—pero también significaba otra cosa.

—Ha citado fragmentos de tu manuscrito—observó Clara, repasando las páginas.—¿Del capítulo cinco, dijiste?—

—Sí.—Harriet aceptó una taza de té de manos de Mrs. Penfield con las manos temblorosas.—Donde la amante explica su metodología. Philip Hartwick usó mis propias palabras para demostrar mi supuesta ignorancia. Dijo que ninguna mujer podría comprender la precisión anatómica necesaria, que claramente me había inventado detalles que no entendía.—

—¿Así que leyó el manuscrito completo?—Mrs. Penfield se inclinó hacia adelante, con atención.

—Debió de hacerlo. Los primeros capítulos solo describen el método de forma básica—el instrumento, el ángulo, la posición del escritorio. Pero en el capítulo cinco está el monólogo interior del personaje explicando su investigación, su planificación. Ahí es donde están los detalles reales. Las estructuras anatómicas concretas, el razonamiento detrás de cada elección.—

Clara dejó la carta sobre la mesa, dándole vueltas en la cabeza.—Así que Philip Hartwick definitivamente leyó tu manuscrito completo. Pero, ¿quién más en la editorial pudo haberlo visto?—

Harriet negó con la cabeza, impotente.—No sé realmente cómo funcionan las editoriales. Pero sí sé que una carta de rechazo personal del propio propietario es algo inusual. La mayoría de los manuscritos reciben respuestas tipo de lectores anónimos—si es que

reciben respuesta.—Miró la carta de rechazo en las manos de Clara.—Para que Philip Hartwick haya escrito tres páginas enteras de críticas... mi manuscrito debió de pasar por varias manos antes de llegar a su mesa. Alguien lo leyó y pensó que merecía su atención. Quizá varias personas.—

—Así que probablemente varias personas en Hartwick & Sons lo leyeron—dijo Clara lentamente.

—Eso supongo. Pero no sé sus nombres ni sus cargos. Envié mi manuscrito por correo. Nunca visité las oficinas.—

—Eso nos dice algo—afirmó Clara.—Tu manuscrito llamó la atención. Ascendió hasta que el propio propietario se sintió obligado a responder—aunque esa respuesta fuera cruel. Eso significa que lo leyeron. Personas que no eres tú.—

—¿Pero por qué iban a usarlo?—preguntó Harriet.—¿Por qué iban a matar a Philip Hartwick usando un método de mi manuscrito? No tiene sentido.—

—A menos que quisieran implicarte,—sugirió Mrs. Penfield.—Hacer que pareciese que fuiste tú.—

Clara frunció el ceño.—¿Pero por qué alguien querría implicar a Harriet? No conoce a nadie de Hartwick & Sons. Envió un manuscrito por correo—para ellos no es más que un nombre en una portada.—Negó con la cabeza lentamente.—Si alguien quería matar a Philip Hartwick, había maneras más sencillas. Más discretas. Usar un método de un manuscrito rechazado parece... no sé. Deliberado, pero no dirigido a Harriet específicamente. Más bien alguien vio el método y le pareció ingenioso. O útil.—

—Así que no me están tendiendo una trampa,—dijo Harriet despacio.—Simplemente, ¿tengo mala suerte?—

—Quizá. O quizá hay una conexión que aún no vemos.—

—Por eso precisamente necesitamos investigar,—declaró Mrs. Penfield.—Tenemos que averiguar quién tuvo acceso al manuscrito. Quién lo leyó. Quién conocía los detalles.—

La mente de Clara ya estaba organizando el problema.—Tenemos que hacer dos cosas,—dijo despacio.—Primero, hay que demostrar que Harriet no pudo hacerlo. Verificar completamente su coartada,

demostrar que no tuvo oportunidad de cometer este asesinato. Así se frenará una detención inminente.—

—¿Pero cómo demostramos eso?—preguntó Harriet.

—Probándolo nosotras mismas.—Clara se inclinó hacia adelante, la mente trabajando deprisa.—Dijiste que estabas en casa de tu hermana en Clerkenwell. Saliste dos veces—en total, entre veinte y treinta minutos. Para haber cometido este asesinato, tendrías que haber salido de la fiesta, coger un coche de caballos, viajar hasta Hartwick & Sons en Bloomsbury, entrar en el edificio, matar al señor Hartwick y volver a Clerkenwell—todo en ese margen.—Miró fijamente a Harriet.—¿Dónde está exactamente la casa de tu hermana? ¿Y dónde están las oficinas de Hartwick & Sons?—

Harriet facilitó las direcciones, frunciendo el ceño, confusa.

—LO CRONOMETRAREMOS —dijo Clara—. Mañana tomaremos exactamente el mismo recorrido en coche de caballos. Incluso sin detenernos a cometer un asesinato, sospecho que el tiempo de viaje por sí solo demostrará que es imposible.

Los ojos de la señora Penfield se iluminaron al comprender. —Y si el trayecto en sí dura más de treinta minutos...

—Entonces Harriet no pudo haberlo hecho. Así de sencillo.

—Pero eso no basta por sí solo —replicó la señora Penfield, siguiendo el razonamiento de Clara.

—Exacto —asintió Clara—. El superintendente de Graham no va a pasar página sólo porque Harriet quede libre. Querrán detener a alguien igualmente. Así que, en segundo lugar, tenemos que dar al inspector Redgrave otros sospechosos. Personas que tuvieran acceso al manuscrito. Gente que pudiera haber querido muerto a Hartwick. Personas con una oportunidad real. —Miró alternativamente a Harriet y a la señora Penfield—. Si logramos ambas cosas—despejar a Harriet y señalar a verdaderos sospechosos—, entonces el superintendente de Graham tendrá que dejarle investigar como es debido. Tendrá el tiempo que necesita.

—Veinticuatro horas no bastan para resolver un asesinato —dijo la señora Penfield.

—No —coincidió Clara—. Pero quizá sean suficientes para liberar a una inocente y encontrar pistas mejores que un escritor de manuscritos rechazados.

Clara sintió una oleada de gratitud por la feroz lealtad de la señora Penfield. —Vamos a convocar una reunión de emergencia de las Damas. Primera hora de la mañana, ¿en tu salón?

—A las nueve en punto —confirmó la señora Penfield—. Enviaré mensajes esta noche.

—Y yo —dijo Clara, acercándose a la pequeña estantería de provisiones de Harriet—, me aseguraré de que descanses un poco.

—¿Cómo voy a poder dormir cuando...?

—Porque mañana necesitarás pensar con claridad —respondió Clara, encontrando la lata azul que Harriet guardaba en la balda— valeriana seca y melisa, algo rancias pero aún útiles. Siempre llevaba remedios básicos en su bolso para emergencias, y sin duda aquella noche lo era. Comenzó a medir las hierbas con destreza, sus manos firmes mientras las de Harriet temblaban.

Al menos esto podía controlarlo. No podía prometer que Harriet no sería detenida. No podía garantizar que Graham encontrara al verdadero asesino a tiempo. Pero sí podía asegurarse de que su amiga descansara unas horas tan necesarias como urgentes.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Harriet, mirándola con una curiosidad apagada.

—Algo para ayudarte a dormir. Valeriana para los nervios, melisa para calmar la ansiedad y manzanilla como base —La voz de Clara adoptó el tono sereno y didáctico que usaba con las clientas—. Necesitas descansar, Harriet. Descansar de verdad.

La señora Penfield trajo la tetera, ahora cantando suavemente entre vapores. Clara vertió el agua caliente sobre las hierbas y dejó la infusión reposar.

Cuando el té estuvo listo, Clara lo coló en una taza y se la puso a Harriet entre las manos. —Bébelo. Todo.

Harriet aceptó la taza, acunándola como si fuera un tesoro. —Gracias. A las dos. No sé qué haría sin...

—Te apañarías —intervino la señora Penfield con energía, aunque sus ojos eran bondadosos—. Pero no tienes por qué hacerlo. Ésa es

la cuestión.

En la puerta, Clara se detuvo. —Harriet, una cosa más. Tu manuscrito—el que presentaste. ¿Conservas una copia?

—Sí. En mi escritorio.

—¿Puedo cogerlo prestado? Me gustaría leer exactamente lo que leyeron los demás.

Harriet lo sacó sin dudar—un fajo de páginas atadas con una cuerda, el título "Death at la editorial" escrito en su pulcra caligrafía en la primera hoja. Clara lo guardó cuidadosamente en su bolso.

—Intenta dormir —dijo Clara—. Nos vemos mañana por la mañana.

Afuera, la niebla se había espesado hasta el punto de que Clara apenas veía dos pasos por delante. La señora Penfield le cogió del brazo y caminaron juntas en silencio por la noche, sus pasos amortiguados en el adoquinado.

En la puerta de la tienda, la señora Penfield le apretó el brazo. —Nueve en punto. Las Damas estarán preparadas.

Clara asintió y la vio desaparecer entre la niebla antes de entrar en la tienda a oscuras. Marmalade emergió de las sombras, enroscándose en sus tobillos con un maullido exigente.

—Sí, lo sé —murmuró Clara, agachándose para rascarle tras las orejas—. Es tarde. Y sí, le prometí a Graham que no interferiría en su investigación. —Se enderezó, mirando de reojo el manuscrito en su bolso—. Pero no dije nada de llevar la mía propia.

Marmalade la observó con su inescrutable mirada ámbar, y luego se fue hacia su cojín junto a la estufa fría. Su opinión era clara: los humanos tomaban decisiones complicadas y las llamaban obligaciones.

Clara encendió una lámpara y se sentó a la pequeña mesa de su abuela, sacando el manuscrito de Harriet. En algún lugar de esas páginas estaba la clave para entender quién había transformado la ficción en una realidad mortal.

La luz de la lámpara titiló. La temperatura bajó ligeramente. El aroma a lavanda se deslizó por la tienda—la lavanda de su abuela, presente siempre cuando se necesitaba orientación.

Tres cartas del tarot reposaban sobre la mesa, aunque Clara no las había colocado allí. El Siete de Espadas. Justicia invertida. La Suma Sacerdotisa.

Trabaja en las sombras. Injusticia por corregir. Confía en tu intuición.

—Lo sé, abuela —susurró Clara—. Lo intento.

Se dispuso a leer, con Marmalade ronroneando suavemente al fondo, y la presencia de Genevieve como un cálido abrazo en la oscuridad de diciembre.

Mañana, las Damas empezarían.

cinco

MIS OBSERVACIONES DE MARMALADE

EN LAS QUE *mi humana me abandona a la incompetencia.*

LA SEÑORA PENFIELD lo estaba haciendo todo mal.

Observaba desde mi sitio en la encimera—el sitio que nadie tenía permitido molestar, el sitio que había reclamado tras tres inviernos de paciente defensa territorial—mientras ella reorganizaba las estanterías cuidadosamente ordenadas por Clara con la seguridad propia de quien se equivoca profundamente.

Manzanilla junto a consuelda. Alfabéticamente, al parecer. Como si las dolencias se organizaran por la ortografía.

Clara guardaba la manzanilla con los remedios para dormir: valeriana, lavanda, melisa. La consuelda vivía con los tratamientos para heridas. Cualquier gato vería la lógica. Las hierbas agrupadas por su *propósito*, no por los arañazos arbitrarios que los humanos usan para ponerles nombre.

La señora Penfield no veía nada. Tarareaba mientras trabajaba—algún villancico sin melodía que me ponía las orejas completamente hacia atrás—y seguía con su destrucción sistemática del orden.

La menta ahora estaba junto al poleo. Un estómago aliviado. El otro, capaz de matar a una criatura por nacer si se usa mal. Pero ambos empezaban con P, así que, obviamente, debían ir juntos.

Consideré tirar algo de la estantería. Una pequeña corrección. Una ocasión de aprendizaje.

Pero la primera clienta de la mañana ya empujaba la puerta—la señora Henderson, que siempre olía a col hervida y queja.

—¡Buenos días! ¿Está Clara?— La señora Henderson asomó la cabeza por la tienda como si mi humana pudiera estar escondida detrás del romero seco.

—Ha salido esta mañana, me temo.— La voz de la señora Penfield tenía ese brillo especial que los humanos emplean cuando quieren parecer serviciales sin serlo en realidad. —Pero estoy al cargo de la tienda. ¿Qué puedo ofrecerle?—

Lo que siguió fue doloroso de presenciar.

La señora Henderson quería su habitual polvo para el dolor de cabeza. La señora Penfield le vendió la dosis equivocada: la mezcla para molestias leves, no el preparado concentrado que Clara guardaba específicamente para las célebres migrañas de la señora Henderson. Cuando la señora Henderson, inevitablemente, regresara mañana con la cabeza aún palpitando, culparía a Clara.

Enrollé la cola alrededor de mis patas y me resigné a observar. Intervenir estaba fuera de mis posibilidades. Era un gato, no un hacedor de milagros.

La mañana avanzó a paso lento, de pequeño desastre en pequeño desastre. La señora Penfield dio a don Abernathy el linimento para las articulaciones en vez del ungüento muscular—tarros parecidos, propósitos muy distintos. No encontraba el jarabe para la tos porque Clara lo guardaba en la trastienda, alejado del calor. Hizo el té en la tetera pequeña sin calentarla antes, resultando en una infusión que solo sabría a decepción.

Y sin embargo, se mantuvo inquebrantablemente alegre. Los humanos tenían una capacidad asombrosa para la confianza en medio de su propia torpeza.

Pensaba ya en echarme la siesta—poco más productivo se podía hacer—cuando la campanilla de la puerta sonó con otra calidad. Más aguda. Más decidida.

Reconocí esos pasos antes de verle.

Medidos. Deliberados. Un poco más de peso en el talón izquierdo —una vieja lesión, quizás, o sencillamente parte de su modo de andar. El paso de quien está acostumbrado a entrar en sitios y acaparar la atención.

El inspector.

Durante un instante ocupó el marco de la puerta, el abrigo girando, el sombrero en la mano. Sus ojos recorrieron la tienda con meticulosa profesionalidad—catalogando, juzgando, archivando detalles para su posterior análisis.

Reconocía ese comportamiento. Yo hacía lo mismo al entrar en un territorio nuevo. Solo que yo lo hacía mejor.

—Señora Penfield.— Su voz tenía ese matiz plano que utilizaba cuando se sorprendía. —Buscaba a la señorita Wetherly.—

—¡Inspector Redgrave!— Las manos de la señora Penfield volaron hacia su cuello, después a su cabello y de nuevo al mostrador. —Qué grata sorpresa. Clara no está ahora mismo, me temo. ¿Un té?—

Ya estaba buscando la dichosa tetera.

—¿Dónde está?—

—Oh, ha salido. Está de compras navideñas.— La mentira llegó envuelta en un exceso de alegría. —Con Harriet. La señorita Collins, ya sabe. Cosas de última hora. Hay tanto que hacer antes de las fiestas, ¿verdad? Nunca parece haber tiempo suficiente y ya casi es Nochebuena——

Hablaba demasiado. Hasta yo lo notaba, pese a mi limitada experiencia con las mentiras humanas. Cuando Clara mentía—lo que ocurría con lamentable frecuencia, generalmente respecto a investigaciones que había prometido no realizar—solía elegir muy bien sus palabras. Contenidas. Sabía que el silencio era la mejor herramienta de un depredador.

AL PARECER, la señora Penfield creía que suficientes palabras podían enterrar cualquier verdad incómoda.

El inspector se quedó completamente inmóvil.

Ya había visto esto antes—en los gatos callejeros que dominaban el territorio detrás de la pescadería. Justo el instante antes de la violencia, cuando el depredador se detiene por completo para evaluar si la situación exige usar los dientes.

No iba a morder a la señora Penfield. Probablemente. Pero algo en su expresión había cambiado, se había afilado, enfocado.

—Compras navideñas —repitió—. Con la señorita Collins.

—Sí, exacto. Ya sabe cómo es esto. Amigas ayudando a amigas. Las tiendas están tan concurridas en esta época del año—

—La señorita Collins. La mujer que actualmente está siendo investigada por asesinato.

El torrente de palabras de la señora Penfield por fin tropezó.—Bueno. Sí. Pero verá... es decir... Clara pensó que podría ayudar a—

Se detuvo. Tragó saliva. Lo intentó de nuevo.

—¿Té, inspector?

El inspector no quería té. El inspector quería a mi humana, presumiblemente para expresar su descontento ante la última aventura imprudente que estaba llevando a cabo con la sospechosa de asesinato a la que se le había ordenado explícitamente dejar en paz.

Conocía a Clara. Reconocía ese tono en su voz anoche, cuando prometió no interferir en su investigación. No había mentido, exactamente. Estaba definiendo términos.

Su investigación, quería decir. No *la mía*.

Juegos semánticos. A los humanos les encantan. Los gatos preferimos la violencia franca.

—¿Cuándo espera que regrese? —La voz del inspector se mantuvo cuidadosamente neutral.

—Oh, no sabría decirlo. Ya sabe, está de compras. Puede ser una hora, puede que... —La señora Penfield fue bajando la voz bajo su mirada.—Estoy segura de que no tardará mucho, ¿verdad?

La afirmación se convirtió en pregunta, la esperanza disfrazada de certeza.

—Esperaré.

La señora Penfield parpadeó.—¿Esperar? Pero, inspector, no estoy segura... quiero decir... podría tardar horas, y seguramente

tendrá asuntos importantes que atender—

—Tengo asuntos con la señorita Wetherly. —Observó la tienda, eligió la silla junto a la ventana—una vista clara tanto de la puerta como de la calle—y se acomodó con el porte de quien está dispuesto a resistir un asedio.—Esperaré.

La señora Penfield, sin saber cómo manejar a un inspector instalado en territorio ajeno, recurrió a lo que mejor saben hacer los humanos en situaciones incómodas.

—Al menos déjeme preparar té recién hecho. Y hay galletas—

—No será necesario.

—Por favor, no diga tonterías. ¡Va a coger una pulmonía con este frío—

Ahora iba de un lado a otro, avivando el fuego, haciendo ruido con el servicio de té, llenando el silencio con actividad. El inspector la observaba con la paciencia de un gato apostado ante la madriguera de un ratón.

Lo aprobaba, a mi pesar. La mayoría de los humanos se inquietan mientras esperan. Este simplemente existía. Alerta. Inmóvil. Conservando energía para cuando realmente fuera necesaria.

—Aquí estamos. —La señora Penfield dejó la bandeja del té a su lado.—Y debe contarme, ¿cómo va la investigación? Un asunto espantoso. Clara ha estado muy preocupada por la pobre Harriet—

—Señora Penfield. —Su voz no contenía reproche, solo constatación.—El té se agradece. El interrogatorio, no.

Ella tuvo la decencia de mostrarse incómoda.

La tienda cayó en silencio. La señora Penfield ordenaba cosas que no necesitaban ser ordenadas. El inspector permanecía inmóvil, mirando la calle.

Su mirada volvía una y otra vez a la propia tienda. El espacio de Clara. Las hierbas que había colgado con esmero, los tarros rotulados con su letra precisa, el mostrador desgastado donde su abuela había preparado remedios durante cuarenta años.

La estaba conociendo a través de su territorio. Reconocí el comportamiento—yo había hecho lo mismo cuando llegué por primera vez, una gata medio famélica valorando a la mujer que me había encontrado tras los cubos de basura.

Me di cuenta entonces: estaba completamente atrapado. Si él lo sabía ya, era otra cuestión.

La señora Penfield carraspeó.—Inspector, mañana será Nochebuena. Voy a organizar una pequeña reunión —las Damas, las amigas de Clara. Está usted invitado.

—Señora Penfield, le agradezco la invitación, pero—

—No puede pasar la Nochebuena solo en Scotland Yard. —Su voz ganó una firmeza repentina.—A las siete. En mi casa. Estará Clara. Vamos a comer oca.

—Tengo responsabilidades—

—Que podrán esperar hasta el día después de Navidad. —Le dirigió una mirada que, sin duda, había sofocado muchas objeciones a lo largo de los años.—Está decidido.

Me miró desde el otro lado de la tienda. Moví la cola una vez, en lo que podría interpretarse como simpatía.

Iba a asistir. Los dos lo sabíamos.

—A las siete —dijo en voz baja.—Estaré allí.

—Estupendo. —Ella sonrió como si hubiese aceptado por propia voluntad.—¿Más té?

La mañana se estiró hasta casi el mediodía. Los clientes iban y venían, soportando las alegres evasivas de la señora Penfield. El inspector permanecía junto a la ventana, aceptando té que no bebía.

Me adormilaba. La vigilancia de una gata nunca descansa del todo, pero había poco que vigilar más allá del lento desastre de la gestión de la tienda por parte de la señora Penfield.

Las campanas de la iglesia marcaron la una.

Entonces lo oí—el traqueteo particular de un coche de alquiler aminorando la marcha, los cascos deteniéndose en vez de pasar de largo.

El inspector también lo oyó. Su postura cambió.

Las manos de la señora Penfield se quedaron quietas.

Me incorporé, con las orejas erguidas.

Mi humana no tenía ni idea de lo que le esperaba.

Continuará, cuando mi humana cruce la puerta hacia las consecuencias de sus decisiones.

seis

Se tardaron casi siete minutos en encontrar un coche de alquiler.

Clara lo anotó mentalmente mientras por fin se alejaban de la casa de la hermana de Harriet en Clerkenwell—siete minutos de pie bajo el frío de diciembre, con el aliento convirtiéndose en vaho y contemplando calles vacías, mientras Harriet, a su lado, se iba quedando cada vez más pálida.

Siete minutos. Ya se había esfumado un tercio de esa supuesta ventana de oportunidad de Harriet antes incluso de que hubieran avanzado un solo metro.

—La fiesta fue un martes por la noche —dijo Clara mientras el coche retumbaba sobre los adoquines—. ¿Habría sido más fácil o más difícil encontrar un carruaje?

—Más difícil. —Harriet se arrebujó en la capa, observando cómo desfilaban las calles conocidas de Clerkenwell—. Aquella noche nevaba. Y después, pasada ya las siete cuando salí por segunda vez. Los cocheros no suelen querer trabajar tarde si hace mal tiempo.

Clara archivó esa información. Siete minutos en buenas condiciones. Diez, quizá quince, en una noche nevada.

El coche giró hacia el sur, dejando atrás los talleres de relojeros y la modesta respetabilidad de Clerkenwell. Las calles se estrecharon, para luego ensancharse de nuevo al acercarse a Smithfield.

Incluso dos días antes de Navidad, el mercado de carne palpitaba de actividad. Los carniceros voceaban precios, los carros se peleaban por un hueco, y el olor metálico de la sangre cortaba el aire frío.

Clara se apretó el pañuelo contra la nariz. Harriet, por su parte, se limitaba a mirar por la ventana, perdida en sus pensamientos.

—Cuéntame cómo enviaste el manuscrito —dijo Clara—. ¿Lo mandaste por correo?

—Lo envolví en papel marrón, lo dirigí a Hartwick & Sons y lo llevé yo misma a la oficina de correos. —La voz de Harriet sonó plana, ensayada; Clara se dio cuenta de que ya había relatado esa historia a inspector Redgrave. Seguramente más de una vez—. Envié a otras editoriales también. Las demás me devolvieron rechazos tipo en pocas semanas. Hartwick & Sons lo retuvieron meses antes de responder.

—¿Y nunca fuiste a las oficinas? ¿No llegaste a conocer a nadie allí?

—Nunca. Todo se hizo por correspondencia. —Las manos de Harriet se retorcían en su regazo—. Cuando llegó la carta de rechazo, pasé una vez junto al edificio. Solo por verlo. Pero no entré. No fui capaz.

Atravesaron Smithfield y entraron en la City propiamente dicha. Allí los edificios crecían en altura e imponencia—bancos y casas de cambio, motores del imperio. Hombres vestidos con abrigos oscuros pasaban a buen paso, con el aire apremiante de quienes saben que su tiempo equivale directamente a dinero.

—Harriet. —Clara esperó hasta que su amiga le sostuvo la mirada —. Hay algo que me inquieta de esa carta de rechazo. Presentas tus manuscritos como H.J. Collins—deliberadamente ambiguo. Y, sin embargo, Hartwick calificó tu obra como "fantasía femenina". Escribió como si supiera que eras una mujer.

El rostro de Harriet se ensombreció.—Yo también me lo he preguntado. ¿Cómo pudo adivinarlo?

—¿Por tu letra, tal vez?

—Puede. O quizá simplemente supuso que cualquier historia protagonizada por una asesina ingeniosa solo podía estar escrita por una mujer. —Se rió, pero sin pizca de humor—. Como si los hombres no escribieran villanas. Como si la imaginación entendiera de géneros.

Durante un largo instante, ninguna dijo nada. Las ruedas del coche retumbaban sobre las piedras irregulares. En algún lugar cercano, una campana marcó la media hora.

—Hay otra posibilidad —dijo Clara despacio—. Alguien se lo contó.

Harriet se volvió bruscamente.—¿Quién...— Se detuvo—. ¿Te refieres a alguien de la editorial? ¿Alguien que manejó mi manuscrito?

—La carta de presentación, tu letra, incluso el matasellos— cualquiera de esos detalles podría haberte delatado. O quizás alguien decidió simplemente iluminar al señor Hartwick sobre la verdadera identidad de H.J. Collins. —Clara volvió a mirarla—. La pregunta es: ¿quién y por qué?

Harriet no tenía respuesta. Volvió el rostro hacia la ventana y se quedó mirando cómo Londres desfilaba ante sus ojos.

La cúpula de la catedral de San Pablo se alzó ante ellas, recortándose sobre el cielo gris. El coche redujo la marcha mientras el tráfico se espesaba—carruajes, carros y ómnibus, todos confluyendo en el antiguo corazón del mundo editorial de Londres.

—PATERNOSTER ROW —gritó el cochero desde el asiento delantero —. ¿Dónde exactamente, señorita?

Clara se inclinó hacia delante. —Aquí está bien. Caminaremos el resto del trayecto. —Se volvió hacia el cochero—. Podemos tardar un rato. ¿Podría esperarnos?

—Le costará un suplemento, señorita.

—Está bien. —Una extravagancia, pero necesaria; lo necesitarían para el viaje de vuelta y así completar el cálculo del tiempo.

Ayudó a Harriet a bajar a la estrecha calle.

Paternoster Row era todo lo que Clara había imaginado y, al mismo tiempo, nada que ver con ello. Los edificios se apretaban a ambos lados, y los pisos superiores casi se tocaban por encima de sus cabezas. Los letreros proclamaban editoriales una tras otra: Longman’s, con sus catorce ventanas; Simpkin y Marshall; Whittaker y Compañía. A través de cristales sucios, Clara atisbó torres de

libros, manuscritos apilados en cada superficie, empleados inclinados sobre sus escritorios cual monjes en oración.

Y, por todas partes, hombres. Hombres con chaquetas manchadas de tinta apresurándose entre edificios. Hombres discutiendo en las esquinas sobre tiradas y derechos de autor. Hombres observando a Clara y Harriet con expresiones que iban de la curiosidad a la desaprobación.

No había ni una sola mujer a la vista.

—He pasado por aquí una vez —dijo Harriet en voz baja—. Después del rechazo. Quería ver dónde habían despreciado mi trabajo de forma tan rotunda. —Miró a su alrededor, a los empleados atareados, las fachadas imponentes—. Entonces parecía diferente. Menos... amenazador.

Clara le apretó el brazo. —Vamos. Veamos qué podemos averiguar.

Anduvieron despacio; Clara contaba los pasos y anotaba la hora. Hartwick & Sons ocupaba un edificio estrecho a mitad de la calle—más pequeño que el de Longman's, menos imponente que el de Simpkin y Marshall, pero lo bastante respetable. Las ventanas estaban oscuras, la puerta cerrada. Una corona negra colgaba del llamador.

Harriet se detuvo. Se quedó mirando.

—La última vez que estuve aquí, me imaginé a editores enfadados leyendo mi manuscrito y riéndose de mí. —La voz se le quebró—. Jamás pensé que acabaría siendo la escena de un crimen.

Clara le apretó el brazo. —Tenemos que aprender más sobre cómo funcionan las editoriales. Quién podría haber leído tu manuscrito antes de que llegara al señor Hartwick.

—No podemos simplemente entrar y preguntar. ¿Dos mujeres, sin avisar?

—No. —Clara asintió hacia un edificio al otro lado de la calle, donde un cartel pintado anunciaba THE CHAPTER COFFEE HOUSE – ESTABLISHED 1715—. Pero los autores se reúnen allí, ¿no? Para encontrarse con los editores, cotillear, desahogarse...

—Las hermanas Brontë se alojaron allí cuando vinieron a Londres —dijo Harriet, y su expresión cambió; seguía asustada, pero en ella

había también otra cosa. Curiosidad, quizá. El instinto de escritora que quiere observar—. ¿Crees que alguien nos hablaría?

—Creo que los escritores disfrutan hablando de la edición casi tanto como la odian. Vamos.

The Chapter Coffee House era cálido, bullicioso y estaba impregnado de humo de pipa. Los ojos de Clara se humedecieron al entrar, mientras se adaptaba a la penumbra y al estruendo—voces discutiendo, riendo, debatiendo con la intensidad propia de quienes se apasionan por asuntos que al resto del mundo le parecen insignificantes.

Varias cabezas se volvieron. Dos mujeres solas en una cafetería literaria era algo lo bastante inusual para llamar la atención. Clara notó el peso de las miradas; algunas curiosas, otras reprobatorias, unas pocas francamente hostiles.

Alzó la barbilla y condujo a Harriet hacia una mesa pequeña cerca del fuego.

—Té, por favor —le pidió a la camarera—. Y los pasteles que estén recién hechos.

Apenas se habían acomodado cuando se les acercó un caballero —mayor, quizás de sesenta años, con una barba gris bien cuidada y manchas de tinta en los puños que delataban a un escritor de verdad, no a un simple aficionado.

—Perdonen mi atrevimiento. —Su voz era cálida, sinceramente curiosa—. Es raro ver damas aquí. ¿Son escritoras, acaso? Si es así, tienen valor.

Clara sonrió. —Mi amiga sí lo es. Yo solo hago de apoyo moral.

—Ah. —Arrastró una silla sin esperar invitación—privilegio de la edad, o quizá mera costumbre del lugar—. Entonces, han venido al sitio adecuado. Soy Whitfield. Theodore Whitfield. Llevo treinta años publicando con Longman’s, y he visto cómo este oficio devora a los escritores jóvenes.— Asintió hacia Harriet—. ¿Qué escribes, querida?

Harriet vaciló. —Ficción sensacionalista. Sobre todo novelas de asesinatos.

—¡Estupendo! Para mí, el único género que merece la pena leer. Todo ese drama literario... —Hizo un gesto despectivo—. Dame un

buen asesinato cualquier día. ¿A qué editoriales has enviado tu manuscrito?

Clara vio cómo Harriet se relajaba un poco, arrastrada por el entusiasmo sincero de Whitfield. En cuestión de minutos, ya estaban inmersos en una conversación sobre el proceso editorial: los montones de manuscritos no solicitados, los lectores junior saturados de trabajo, la cadena de aprobaciones que iba desde el modesto empleado hasta el editor jefe, y a veces, el propio editor.

—¿Que el propietario escriba un rechazo personal? —Whitfield negó con la cabeza, maravillado, cuando Harriet mencionó—con delicadeza, sin dar detalles—una carta de rechazo especialmente elaborada—. ¿De tres páginas, dices? Es extraordinario. La mayoría de los propietarios jamás ven ningún trabajo no solicitado. Si este editor se tomó la molestia de escribirte tres páginas de crítica, tu manuscrito dejó huella.

—PERO ESO SIGNIFICA que otros lo leyeron antes —dijo Clara—. Antes de que llegara a él.

—Oh, por supuesto. Un manuscrito puede pasar por tres o cuatro escritorios antes de que alguien decida su destino. Lectores novatos, editores senior, quizá hasta un lector consultor si el tema es especializado. Todo el mundo tiene una opinión. Todos lo comentan. — Se rió. —Las editoriales son un coladero. Si un manuscrito es interesante—de verdad interesante—la mitad de la oficina se entera antes de que el propietario vea siquiera la portada.

Clara intercambió una mirada con Harriet. La mitad de la oficina. Quizá más.

—Qué asunto tan desagradable lo de Hartwick, ¿verdad? —aventuró Clara, fingiendo ligereza. Cotilleo de mujeres. Nada más.

La expresión de Whitfield cambió—algo astuto cruzó por su rostro.—Terrible para su familia, por supuesto. Aunque confieso que el mundo editorial no va a llorar mucho su pérdida.

—¿Ah, sí? —Clara abrió los ojos con cara de inocencia.—Pensé que era muy respetado.

—¿Respetado? —bufó Whitfield.—Temido, quizá. El hombre tenía fama de... digamos, una contabilidad creativa. Los autores que firmaban con Hartwick & Sons solían descubrir que sus regalías eran bastante menores de lo prometido. Derechos de publicación en el extranjero vendidos sin compensación. Tiradas misteriosamente más cortas de lo anunciado.— Negó con la cabeza.—No es casualidad que la mitad de su plantilla se marchara a Richardson & Gray el año pasado. Longman ha fichado a dos más solo este otoño.

—Qué horror —murmuró Harriet, y Clara pudo ver cómo se agitaban sus pensamientos. Más gente con agravios. Más sospechosos.

—Ojo, que solo conozco rumores.— Whitfield se recostó.—Pero en este oficio, los rumores suelen tener fundamento. Hartwick se ganó enemigos—autores, rivales, hasta su propio personal, si los susurros son ciertos.— Bajó la voz en tono conspiratorio.—Por ahí dicen que al final no fueron causas naturales. Asesinato, si pueden creerlo.

—¡Asesinato! —Clara fingió escándalo.—¿Quién haría una cosa así?

—La mitad de Paternoster Row, si pensaran que podían salirse con la suya.— Whitfield se rió, pero enseguida se contuvo.— Perdóneme. No es propio hablar mal de los muertos. Pero aquel hombre no era ningún santo, por mucho que digan las esquelas. Se habla de una amante, ya sabe. Una chica de su propio despacho— una tipógrafa, según dicen. Y ahora circula el rumor de que está...— Miró a su alrededor y bajó aún más la voz.—Embarazada.

Clara sintió cómo Harriet se ponía rígida a su lado.

En el manuscrito, el editor tenía una amante embarazada. Una tipógrafa. Clara había leído esas páginas hacía apenas unas horas, acurrucada en su sillón mientras Marmalade la observaba desde la chimenea.

Se obligó a seguir respirando con normalidad. Casualidad. Tenía que ser casualidad. Los editores tenían amantes. Algunas de esas amantes se quedaban embarazadas. Eso no demostraba nada.

Pero al mirar a Harriet, vio que su amiga se había puesto blanca como la cal.

—Escandaloso —acertó a decir Clara.—Pobre señora Hartwick.

—Desde luego. Aunque hay quien dice que le ha hecho un favor. — Whitfield se encogió de hombros.—El matrimonio es solo un negocio para ese tipo de gente. Dudo que hubiera mucho amor perdido entre ellos.

Un movimiento llamó la atención de Clara. Un hombre en la esquina—más joven que Whitfield, de pelo oscuro, apurando una copa con la intensidad de quien quisiera que el mundo entero lo dejara en paz. No había hablado con nadie desde que ellas habían llegado. Solo estaba sentado, sumido en sus pensamientos, irradiando infelicidad como el calor de una estufa.

Whitfield siguió su mirada. Bajó la voz.

—¿Ves a ese tipo? Creo que escribía para Hartwick & Sons. Algo debió de ir mal allí—no sé los detalles, pero lleva así semanas. Pobre hombre. La muerte de Hartwick no parece haberle levantado el ánimo precisamente.

Clara observó al hombre—puños manchados de tinta, mejillas hundidas, el aspecto de quien ha dejado de dormir bien. Él se dio cuenta de que lo miraba y apartó la vista, encorvándose sobre su bebida.

Registró mentalmente la observación. Para más tarde.

Agradecieron a Whitfield su tiempo, pagaron el té y salieron de nuevo a Paternoster Row. El frío golpeó a Clara como una bofetada tras el calor de la cafetería.

Harriet le cogió del brazo en cuanto estuvieron fuera del alcance del oído.—Clara. Una amante embarazada. Una tipógrafa. Eso es—

—Lo sé —susurró Clara.—Sale en tu manuscrito.

—¿Cómo es posible? ¿Cómo puede coincidir mi historia tan exactamente?— La voz de Harriet se alzó, y Clara le apretó el brazo para que se calmara.—El método tal vez sea casualidad. ¿Pero una amante embarazada? ¿Una tipógrafa de su propia oficina?

—No sabemos si es cierto. Es solo un rumor.

—Un rumor con fundamento, ha dicho él. Los rumores suelen tener raíces.— Harriet temblaba ahora.—Alguien leyó mi manuscrito, Clara. Alguien lo leyó y... ¿y qué? ¿Lo ha hecho realidad? O quizá

yo...—Se llevó una mano a la boca.—¿He escrito sobre algo que ya estaba ocurriendo?

—No podías saberlo. Nunca has conocido a nadie de Hartwick & Sons.

—ENTONCES, ¿cómo lo explicas?—

Clara no tenía respuesta. En la historia de Harriet, la amante embarazada mataba al editor porque él se negaba a casarse con ella. Pero Hartwick ya estaba casado. Si existía de verdad una amante embarazada, la situación sería completamente distinta.

¿No lo sería?

—Necesitamos más información—dijo Clara al fin—. Ahora mismo, tenemos coincidencias. Inquietantes, sí, pero nada que demuestre que usaron tu manuscrito. La herida podría deberse a cualquier hoja afilada. Los editores tienen amantes. Nada de esto es una prueba.—

—Parece una prueba.—

—Los sentimientos no son pruebas. El inspector Redgrave va a necesitar algo más que cotilleos y casualidades.—Clara le tomó el brazo con firmeza—. Vamos. Aún tenemos trabajo que hacer.—

Su coche de caballos aguardaba donde lo habían dejado, el cochero golpeando los pies en el suelo para combatir el frío. Clara ayudó a Harriet a subir y luego se volvió hacia él.

—Un momento. Tengo una pregunta.—

El cochero—mayor, curtido, con una bufanda roja enrollada al cuello—arqueó una ceja.—¿Señorita?—

—¿Suele llevar pasajeros a esta calle? ¿A Paternoster Row?—

—Con frecuencia. Editores, autores, oficinistas. Buen negocio.—

—¿Estaba usted trabajando el martes por la tarde? La noche del... incidente en Hartwick & Sons?—

Un destello de interés apareció en sus ojos.—¿El asesinato, quiere decir? Sí, me he enterado. ¿Muerte natural? Y una mierda—toda la calle anda revolucionada con el tema.—

—¿Vio algo fuera de lo normal esa tarde?—

Se rascó la barbilla, pensativo.—Noche ajetreada para ese edificio, ahora que lo menciona. Un caballero me paró cerca de allí, serían las seis, más o menos. Estaba muy alterado. Murmuraba para sí, no paraba quieto en el coche.—

—¿Y?—

—Luego, más tarde—debían de ser cerca de las siete, sonaban las campanas—, salió una mujer. Iba llorando. Estaba como un flan. Casi se mete debajo de un carro, así de despistada iba.—

El corazón de Clara se aceleró.—¿Llorando?—

—Sí. No pude verle bien la cara; llevaba la cabeza gacha y ya anochecía. Pero estaba fatal, eso seguro.—

Dos visitantes. Un hombre alterado a las seis. Una mujer llorando a las siete. Ambos salían de Hartwick & Sons la noche del asesinato.

—Gracias—dijo Clara—. Es de gran ayuda.—

Subió al coche, la mente a mil por hora por todo lo que habían averiguado. Dos visitantes a Hartwick & Sons esa noche—un hombre nervioso a las seis, una mujer llorosa a las siete. Cualquiera de los dos podría estar relacionado con el asesinato. O ninguno. Pero era más de lo que tenían antes.

—Veintidós minutos de vuelta—dijo Clara, mirando la hora—. Suma los siete para encontrar un coche, veintidós de ida, veintidós de vuelta... son más de cincuenta minutos solo en trayecto. Y tú solo estuviste fuera—

—Veinte minutos. Treinta como mucho.—La voz de Harriet se afirmaba.—El inspector Redgrave tendrá que verlo ahora. Las cuentas demuestran que yo no pude hacerlo.—

—Lo verá.—Clara le apretó la mano.—Tenemos pruebas.—

Pero la expresión de Harriet seguía preocupada.—Los tiempos me exoneran. Pero, Clara, la amante embarazada, el método, todo coincide con mi manuscrito... alguien usó mis palabras para matar a un hombre. Aunque no me arresten, sigo estando metida en esto. Mi historia lo hizo posible.—

Clara no supo cómo consolarla por eso. Pero podía ofrecerle razones.

—Harriet, aún no sabemos si el asesinato tiene algo que ver con tu manuscrito. La herida pudo hacerla cualquier hoja afilada. Y

hombres casados con amantes embarazadas los hay a patadas—triste, pero no raro.—Mantuvo la voz firme—. Todo podría ser una coincidencia.—

Incluso al decirlo, Clara se dio cuenta de que ya casi no lo creía. Demasiados detalles coincidían. Demasiados ecos de la ficción de Harriet en los rumores que envolvían la muerte de Hartwick.

Pero Harriet necesitaba consuelo, no más temores.

Permanecieron en silencio un momento, el coche oscilando suavemente cuando la yegua cambiaba de peso.

—Ahora—dijo Clara—. Tenemos pruebas de tu inocencia y dos visitantes que salieron de Hartwick & Sons esa noche. Un hombre alterado. Una mujer que lloraba. Es más de lo que teníamos esta mañana.—

—¿Será suficiente?—

Clara pensó en Graham, esperando en Scotland Yard—or, lo más probable, siguiendo pistas por su cuenta. Pensó en el hombre del café, meditabundo ante su taza, algo torcido entre él y Hartwick & Sons. Pensó en la mujer que lloraba, invisible en la oscuridad de diciembre.

—Es un comienzo—dijo—. Vamos. Debemos regresar a la tienda. Mrs. Penfield se preguntará dónde nos hemos metido.—

No tenía ni idea de cuánta razón llevaba.

siete

Clara vio su silueta a través del escaparate antes de llegar a la puerta—esa figura tan familiar, alta y de hombros rectos, inconfundible incluso a través del cristal empañado.

A pesar de sí misma, sonrió.

No iba a analizar por qué la presencia del inspector Graham Redgrave en su tienda la complacía tan visiblemente. No pensaba preguntarse por ese pequeño aleteo bajo las costillas ni por la manera en que sus pasos se aceleraban sobre los adoquines. Hay cosas que es mejor no cuestionar.

Alargó la mano hacia el pomo de la puerta, anticipando ya la sonrisa que él le dedicaría—la que suavizaba sus rasgos severos, esa misma que se negaba a admitir que le hacía dar un vuelco al pecho.

Pero, cuando entró acompañada de Harriet, no fue una sonrisa lo que la recibió.

Graham Redgrave estaba junto al mostrador, los brazos cruzados, el gesto cincelado en piedra. Mrs. Penfield rondaba cerca del servicio de té, el rostro un poema de angustiada disculpa. Y Marmalade, traidor como era, se sentaba en el mostrador con un aire profundamente satisfecho con la situación.

El aleteo en el pecho de Clara se convirtió en plomo.

—Señorita Wetherly. —La voz de Graham era cuidadosamente controlada—. Señorita Collins. Qué suerte. Empezaba a pensar que os habíais marchado de Londres para siempre.

Clara notó cómo Harriet se encogía a su lado. Ella se irguió.

—Inspector Redgrave. Qué agradable sorpresa.

—¿Ah, sí? —Se apartó del mostrador—. Mrs. Penfield me cuenta que habéis estado de compras navideñas. Durante tres horas. Por Clerkenwell y... ¿dónde más era?

Mrs. Penfield se retorcía las manos—. Lo siento mucho, Clara. Me preguntó directamente y yo…

—No pasa nada, Mrs. Penfield. —Clara sostuvo la mirada de Graham sin titubear—. No estábamos de compras.

—No. Ya me lo imaginaba. —Se volvió hacia Harriet y su voz se suavizó un poco—. Señorita Collins. Tiene mala cara. Quizá debería sentarse.

Harriet se dejó caer en la silla junto a la ventana. Clara permaneció de pie.

—Estábamos llevando a cabo nuestra propia investigación —dijo Clara. No tenía sentido fingir—. Demostrar la inocencia de Harriet.

—¿Llevando a la principal sospechosa de paseo por la escena del crimen?

—Cronometrando el camino desde la casa de su hermana a Paternoster Row. Siete minutos para encontrar un coche de caballos. Veintidós minutos para llegar al distrito editorial. Veintidós minutos para regresar. —Clara alzó la barbilla—. Solo el trayecto ya lleva más de cincuenta minutos, sin contar el tiempo necesario para entrar en el edificio, encontrar al señor Hartwick, cometer el asesinato y salir sin ser vista. Harriet estuvo fuera de la fiesta de su hermana veinte minutos. Treinta como mucho.

Graham la observó largo rato. Algo se agitó en su expresión; no era precisamente sorpresa. Más bien resignación.

—El trayecto dura dieciocho minutos en condiciones óptimas —dijo en voz baja—. Veinticinco o treinta con tráfico y niebla por la tarde. Lo he cronometrado yo mismo esta mañana.

A Clara se le encogió el estómago—. Ya lo sabías.

—Esta mañana he comprobado la coartada de la señorita Collins. Ocho testigos confirman que estuvo en casa de su hermana en Clerkenwell desde las seis de la tarde hasta bien pasadas las once. Salió al exterior dos veces, una para ayudar con los niños y otra para tomar el aire, y nunca estuvo ausente más de veinte minutos. —Miró

a Harriet y su voz se volvió aún más suave—. Señorita Collins, ha quedado libre de toda sospecha. He venido para informar a la señorita Wetherly.

Harriet emitió un pequeño sonido—alivio y confusión entrelazados.

—¿Libre? —Clara lo contempló boquiabierta—. Entonces, ¿por qué no—por qué nos dejaste…?

—No os he *dejado* hacer nada. Cuando llegué, ya os habíais marchado en vuestra aventura poco sensata. —La dulzura desapareció de su voz—. ¿Sois consciente de lo que habéis arriesgado? ¿Llevar a una sospechosa—una sospechosa *absuelta*—a la escena del crimen? Si alguien llega a reconocer a la señorita Collins, si alguien informa de que la han visto preguntando por Hartwick…

—NADIE LA RECONOCIÓ.—

—No lo sabes. No puedes saberlo.— La mandíbula de Graham se tensó. —Te pedí expresamente que no interfirieras en esta investigación.—

—No he interferido en *tu* investigación. He realizado la mía propia.—

—No.— La palabra salió cortante. —No juegues conmigo, Clara. Sabías perfectamente lo que hacías y sabías que yo no lo aprobaría. —

El uso de su nombre de pila—delante de Mrs. Penfield y Harriet—quedó flotando en el aire entre ellos. Clara sintió cómo se le encendían las mejillas.

—Tienes razón,— dijo ella en voz baja. —Lo sabía. Y aun así lo hice, porque Harriet es mi amiga y no podía quedarme de brazos cruzados mientras se enfrentaba a un arresto por algo que no había hecho.—

—No se enfrentaba a un arresto. Te dije que creía que era inocente.—

—Me dijiste que tu superintendente quería a alguien arrestado antes de Navidad. Me dijiste que te quedaban menos de veinticuatro

horas.— Clara sostuvo su mirada. —¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Confiar en que todo saldría bien? ¿Esperar que la justicia prevaleciera?—

—Sí.— La voz de Graham bajó. —Se suponía que debías confiar en mí.—

Las palabras cayeron como piedras en agua tranquila. Clara sintió su peso, sus ondas.

Mrs. Penfield carraspeó. —Quizá debería preparar un poco de té. —

Nadie le respondió. Se retiró a la habitación trasera igualmente, sus pasos desvaneciéndose en un silencio misericordioso.

Clara inspiró hondo. —Hemos descubierto cosas. Cosas que podrían ayudar.—

—¿Como cuáles?—

—Hubo dos visitantes en Hartwick & Sons la tarde del asesinato. Un hombre que se marchó sobre las seis, muy alterado. Y una mujer que se fue cerca de las siete—estaba llorando.—

El gesto de Graham cambió. No era sorpresa—era demasiado comedido para eso—pero sí interés. —¿Cómo lo sabéis?—

—Un cochero que hace la ruta de Paternoster Row. Se acordaba porque fue inusual—dos carreras desde el mismo edificio en una tarde, ambos visiblemente afectados.—

—¿Dijo adónde los llevó?—

Clara abrió la boca. La cerró.

—Los destinos,— insistió Graham. —¿Dónde los dejó? Eso nos diría quiénes eran.—

—Yo...— Clara sintió que el calor en sus mejillas aumentaba. —No lo pregunté.—

—¿Cómo era ese cochero? ¿Su número de licencia? ¿De qué parada trabaja?—

—Era mayor. Pelo canoso. Rostro curtido.— Los detalles le parecieron ridículamente escasos al decirlos. —No se me ocurrió——

—Hay cuatro mil cocheros en Londres, Clara. La mitad son hombres mayores, de pelo canoso y rostro curtido.—

—Bufanda roja.—

Tanto Clara como Graham se giraron. Había sido Harriet—su voz era suave pero firme.

—El cochero,— continuó Harriet. —Llevaba una bufanda de lana roja, algo gastada. Tenía un diente delantero roto—el izquierdo. Su yegua era una alazana con una mancha blanca en el hocico, en forma de rombo.— Hizo una pausa. —Y el número de la licencia era 2847.—

Graham la miró estupefacto. Clara la miró estupefacta.

—Soy escritora,— dijo Harriet simplemente. —Me fijo en los detalles.—

Por un momento, nadie dijo nada. Entonces Graham sacó su cuaderno y escribió deprisa.

—Bufanda roja. Diente izquierdo roto. Yegua alazana, mancha blanca, forma de rombo. Cochero 2847.— Levantó la vista hacia Harriet con algo que se acercaba al respeto. —Muy útil, señorita Collins. Muy útil.—

—¿Serás capaz de encontrarle?— preguntó Clara.

—¿Con estos detalles? Sí.— Graham guardó el cuaderno. —Hablaré con él hoy. Averiguaré adónde llevó a esos pasajeros.—

—Entonces hemos ayudado.— Clara no pudo evitar que asomara la satisfacción en su voz. —No sabías nada de los dos visitantes.—

—No.— Graham lo admitió a regañadientes. —No lo sabía. La investigación oficial se centró en el edificio—quién tenía llaves, quién fue visto entrando y saliendo por el vigilante nocturno. No pensamos en preguntar a los cocheros.— Hizo una pausa. —Era una pista útil. Yo mismo debería haberlo pensado.—

Viniendo de Graham, eso era casi una disculpa.

—Hay más,— dijo Clara. —Hablamos con un escritor en el Chapter Coffee House. Un tal señor Whitfield. Nos habló de la reputación de Hartwick—estafando a autores, cuentas poco claras, vendiendo derechos extranjeros sin compensación. La mitad de sus escritores se marcharon con otros editores el último año.—

—Conozco sus prácticas empresariales. Hemos interrogado a su personal.—

—¿Sabías que hay rumores sobre una amante? ¿Una cajista de la propia editorial?— Clara observó con atención su rostro. —Dicen que

está embarazada.—

El gesto de Graham vaciló—solo un instante—antes de volver a la neutralidad profesional. —He oído los rumores.—

—En el manuscrito de Harriet, el editor tiene una amante embarazada. Una cajista.—

—SOY CONSCIENTE DE LOS PARALELISMOS.

—El método. La amante embarazada. El tipógrafo.— Clara se acercó más. —¿Cuántas casualidades hacen falta antes de que deje de ser casualidad?

—Las casualidades no son pruebas.— La voz de Graham sonó firme. —La herida podría haberla causado cualquier hoja fina: un estilete, un abrecartas, un picahielos. Mientras no encontremos el arma real, no podemos demostrar la conexión con el manuscrito. Además, los hombres de la posición de Hartwick suelen tener amantes. Que ésta esté embarazada y trabaje en su oficina resulta sugestivo, sí, pero no es más que eso.

—¿Pero la estás investigando? ¿A la amante?

—Estoy investigando a cualquiera que tenga medios, motivo y oportunidad.— Sostuvo la mirada de Clara. —Incluida la posibilidad de que alguien haya usado el manuscrito de la señorita Collins como guía para cometer un asesinato. Pero no haré acusaciones que no pueda respaldar con pruebas.

Clara asintió despacio. Era la respuesta que esperaba: cuidadosa, metódica y exasperante por su contención. Pero también era la respuesta de un buen detective. De uno concienzudo.

—¿Y ahora qué pasará?— preguntó Harriet. Su voz sonaba más firme que antes—algo del terror por fin se iba disipando—. Si quedo libre de sospecha, ¿qué ocurre con la investigación?

—Continúa.— Graham se volvió hacia ella. —Tú no cometiste el asesinato. Fue otra persona—y pienso encontrarla.

—Y podemos ayudar— —apareció de nuevo la señora Penfield en el umbral, con una bandeja de té en las manos.

—No.— La voz de Graham era firme, pero no dura. —Agradezco lo que habéis hecho—la información sobre los dos visitantes es

realmente útil. Pero la señorita Collins está libre de sospecha. Vuestra implicación termina aquí.

Clara abrió la boca para protestar, pero ¿qué podía decir? Harriet estaba a salvo. No había sido necesario demostrar el tiempo, pero aun así habían averiguado información valiosa. No había motivo para seguir adelante.

—Prométemelo,— dijo Graham en voz baja, girándose hacia Clara. —Prométeme que dejarás esto en paz ahora.

Las palabras flotaron entre ambos. Clara pensó en todas las promesas que le había hecho antes—aunque luego las interpretase como mejor le convenía.

Pero esto era distinto. Harriet estaba libre de toda sospecha. El peligro había pasado.

—Lo prometo,— dijo. Y, esta vez, era cierto.

Graham sostuvo su mirada un instante más, como si calibrase la sinceridad de sus palabras. Luego asintió.

—Gracias por vuestra ayuda. De verdad.— Recuperó su sombrero del mostrador. —Señora Penfield, creo que ha mencionado algo sobre la cena de Nochebuena, ¿verdad?

—¡A las siete!— La señora Penfield sonrió, dejando la bandeja de té sobre la mesa. —En mi casa. Estáis invitado, inspector. No aceptaré un no por respuesta.

—Entonces allí estaré.— Se giró hacia Harriet. —Señorita Collins, me alegro de traerle mejores noticias de las que esperaba.

Echó una última mirada a Clara—algo quedó en el aire entre los dos—y luego salió al frío. La campanilla de la puerta sonó tras él.

La tensión se deslizó de los hombros de Clara al cerrarse la puerta tras él.

—Bueno,— dijo la señora Penfield con alegría. —Ha ido bastante mejor de lo que esperaba.

Harriet se echó a reír; fue una risa algo histérica, pero risa al fin y al cabo. —Estoy libre de sospecha. De verdad estoy libre.

—Lo estás.— Clara le apretó la mano. —Se acabó.

—¿Seguro?— La sonrisa de Harriet vaciló. —Alguien ha usado mi manuscrito para matar a un hombre. Y ese alguien sigue suelto.

—E Inspector Redgrave lo encontrará.— Clara lo dijo con decisión, tanto para convencerse a sí misma como a Harriet. —Ya no es asunto nuestro.

La señora Penfield puso una taza de té entre las manos de Harriet. —Exactamente. Has pasado unos días horribles y mañana es Nochebuena. Nos queda mucho por celebrar.

Clara se acercó a la ventana, observando cómo la figura de Graham se perdía entre la multitud de Belrose Lane. Caminaba con determinación, los hombros rectos, centrado ya en su siguiente tarea. Encontrar al cochero. Seguir las nuevas pistas.

Se había enfadado. De verdad—no sólo por sus métodos, sino por el riesgo que había asumido. Por la confianza que no le había demostrado.

Se suponía que debías confiar en mí.

Ella había confiado en él. Confiaba en él. Pero también confiaba en sí misma, en sus amigas, en su propia capacidad para ayudar. ¿Estaba tan mal?

Marmalade saltó del mostrador y se enroscó entre sus tobillos, ronroneando.

—Lo sé,— murmuró, agachándose para rascarle tras las orejas. —Lo sé.

La investigación continuaría—pero sin ella. Graham encontraría al cochero, descubriría adónde habían ido aquellos pasajeros. Seguiría las pistas, interrogaría a los sospechosos, desentrañaría los hilos oscuros que unían el manuscrito de Harriet con la muerte de Philip Hartwick.

Y Clara cumpliría su promesa. Celebraría la Navidad con sus amigas, atendería su tienda y dejaría los asesinatos en manos de Scotland Yard.

ocho

—Y no puedes pasar la Nochebuena en Scotland Yard —declaró la señora Penfield, bloqueando la puerta con la determinación de una mujer que ha criado a cuatro hijos y ha enterrado a un marido—. Te lo prohíbo rotundamente.

Graham permanecía en el umbral, con el sombrero en la mano, pareciendo desear con todas sus fuerzas estar en cualquier otro lugar. —Señora Penfield, le agradezco la invitación, pero no me había dado cuenta... —Echó una mirada por encima de ella hacia el salón, donde Clara estaba sentada entre las Damas—. Es decir, no quisiera entrometerme en una reunión privada.

—¿Entrometerte? Qué tontería.

—Solo es que esperaba... —Se aclaró la garganta—. Supuse que habría otros caballeros presentes. No quisiera importunar a—

—¿Incomodar a quién? ¿A una casa llena de mujeres? —La señora Penfield se irguió todo lo que su modesta estatura le permitía —. Inspector, nos vendría bien un fornido agente de policía para protegernos de las travesuras de la Nochebuena. ¿No te parece, Clara?

Clara alzó la vista desde el sofá, donde fingía atender a la señora Turner mientras ésta disertaba sobre las opiniones de su difunto marido acerca del pudin navideño. El corazón le había dado un vuelco incómodo en cuanto Graham apareció en el umbral, algo a lo que se negaba a dar demasiadas vueltas.

—Londres es terriblemente peligroso al anochecer —dijo, procurando que su voz sonara seria—. ¿Quién sabe qué clase de criminales pueden andar al acecho en Nochebuena? Coros de villancicos, entonadores de wassail, pandillas de niños recorriendo la ciudad con naranjas.

La señora Winters resopló en su copa de vino.

—Deberías quedarte —añadió Clara, esta vez en voz más baja—. Han exculpado a Harriet. Es Nochebuena. Y la oca de la señora Penfield está realmente buena.

—La oca es excepcional —corrigió la señora Penfield—. Y hay vino especiado, y pastas de mantequilla, y ya he puesto un cubierto extra porque sabía que al final entrarías en razón. Ahora dame tu abrigo y deja de quedarte en la puerta como si fueras un repartidor.

La mirada de Graham buscó la de Clara al otro lado de la sala. Clara percibió la pregunta en sus ojos —*¿de verdad quieres que me quede?*— y algo se le encogió en el pecho.

Ella asintió, apenas perceptiblemente.

Él le entregó el abrigo.

EL COMEDOR de la señora Penfield podía acoger cómodamente a doce personas —Clara lo había visto lleno durante la infame sesión de espiritismo del otoño pasado—, pero esta noche la anfitriona había dispuesto los seis cubiertos en uno de los extremos de la larga mesa.

—Por la sensación de recogimiento —afirmó la señora Penfield, indicándoles los asientos—. No tiene sentido sentarnos como desconocidos en una posada de carretera. Es Nochebuena. Deberíamos poder alcanzar la salsa sin hacer señales de humo.

Eso implicaba que los codos chocaban y que pasar las fuentes requería maniobras delicadas. Clara acabó sentada entre Graham y la señora Winters, lo bastante cerca como para captar el aroma a lana, jabón y ese algo indefinible que era sencillamente *él*.

Ella se inclinó para coger su copa de vino justo cuando él iba a tomar el salero. Sus brazos se rozaron. Ninguno reconoció el gesto.

—¿Quiere más patatas, inspector? —La señora Penfield blandía la cuchara de servir con precisión militar.

—No podría, de verdad—

Las patatas terminaron en su plato igualmente. —Estás demasiado delgado. Tanto correr detrás de criminales... Clara, pásale la salsa al inspector.

Clara pasó la salsa. Sus dedos se rozaron en el asa. Clara apartó la mano demasiado rápido y estuvo a punto de tirar el vino de la señora Winters.

—Tranquila —dijo la señora Winters sin alterarse, rescatando su copa—. Solo es salsa.

Harriet —bendita, maravillosa Harriet, que pareciera empeñada en salvar a Clara de sí misma— se inclinó hacia delante. —Inspector, ¿dijo que ha estado trabajando hoy a pesar de ser festivo?

Graham dejó el tenedor, y Clara notó cómo cambiaba su postura, de invitado incómodo a algo más conocido. El inspector ocupando su papel.

—He localizado al cochero —dijo—, el que la señorita Collins describió con tanta precisión. —Asintió hacia Harriet—. Tu ojo para el detalle ha sido inestimable. Bufanda roja, diente mellado, yegua alazana con una mancha en forma de diamante, coche de punto número 2847... Lo encontré en menos de dos horas.

HARRIET SE SONROJÓ DE PLACER. —Me fijo en las cosas. Para mis escritos.

—Te fijas en las cosas como una detective —dijo Graham, con auténtico respeto en la voz—. Las descripciones eran mejores que la mayoría de declaraciones que recibo de agentes entrenados.

—¿Y qué te ha contado el cochero? —preguntó Mrs. Turner, dejando el tenedor sobre la mesa con el aire de quien encuentra el misterio mucho más interesante que el ganso.

Graham vaciló. Clara reconoció la expresión: el debate interno entre la discreción profesional y el deber social. Era invitado en una cena de Navidad. Esas mujeres habían ayudado a exculpar a una

sospechosa inocente. Y todas lo miraban con la intensidad con la que los gatos vigilan la madriguera de un ratón.

—Ha confirmado lo que averiguó la señorita Wetherly —dijo Graham con cautela—. Dos visitantes salieron de Hartwick & Sons la noche del asesinato. Un hombre, muy alterado, sobre las seis. Una mujer, visiblemente angustiada, alrededor de las siete.

—¿Y adónde los llevó? —exigió Mrs. Penfield.

Otra vacilación. Luego: —Al hombre lo dejó en una taberna de Cheapside. Coincide con la descripción de un escritor que se sabe que discutió públicamente con Hartwick... Aún no he confirmado su identidad, pero se marchó mucho antes de la hora de la muerte. La mujer... —Graham hizo una pausa—. La mujer fue dejada en una pensión cerca de Paternoster Row. Una tal señorita Lily Dobbs.

El tenedor de Mrs. Winters resonó contra el plato.

Todos se giraron para mirarla.

—¿Dobbs? —repitió Mrs. Winters—. ¿Lily Dobbs?

—¿Conoces el nombre? —La voz de Graham se agudizó.

—Conozco ese nombre. —Mrs. Winters dejó la servilleta con un cuidado deliberado—. Hace pedidos en Madame Fournier, en Regent Street. Sombreros. Caros, mucho más de lo que una tipógrafa podría permitirse con su sueldo. —Se detuvo, el rostro práctico marcado por la preocupación—. Las facturas siempre se envían a otra dirección. La dirección de un caballero. Siempre supuse...

No terminó la frase. No hacía falta.

Clara sintió cómo las piezas encajaban. La tipógrafa embarazada de los cotilleos de Whitfield. Lily Dobbs. Sombreros caros pagados por alguien más. Alguien con dinero. Alguien con motivo para que su amante estuviera bien vestida.

—Entonces es cierto lo del romance —dijo Harriet en voz baja—. La amante. No son solo habladurías.

—Eso parece —el rostro de Graham se volvió cauteloso, profesional—. Vieron marcharse a la señorita Dobbs llorando, aproximadamente una hora antes de cuando creemos que se cometió el asesinato.

—Ella no lo hizo. —Las palabras salieron de la boca de Clara antes de que pudiera evitarlo.

Todos la miraron ahora.

—Parece que lo tienes muy claro —dijo Graham—. ¿Por qué?

Clara negó despacio con la cabeza. —No lo sé. Algo no encaja. Una mujer llorando que se marcha una hora antes... —Se detuvo, incapaz de dar forma a la intuición que le cosquilleaba en la nuca.

—La intuición no es prueba —dijo Graham, pero su voz fue suave.

—No. Pero es un comienzo.

El silencio se instaló alrededor de la mesa: ese silencio cómodo de quienes digieren tanto la comida como la información. Marmalade, que había estado acechando bajo la mesa con la esperanza de que cayera algo de ganso, salió y se enroscó entre las patas de las sillas. Se detuvo junto a los pies de Graham, y Clara observó cómo la mano del Inspector descendía automáticamente para rascarle detrás de las orejas anaranjadas.

Marmalade lo consintió. Una muestra de aprecio muy rara.

—Bueno —dijo Mrs. Penfield con energía, rompiendo el ambiente reflexivo—, todo esto es terriblemente fascinante, pero hemos dejado claro que Harriet es inocente, es Nochebuena, y me niego a dejar que un asesinato acapare toda la velada. ¿Quién quiere más vino?

SE RETIRARON al salón para disfrutar del pudin navideño de Mrs. Penfield, denso, oscuro y bañado en salsa de brandy. Clara se acomodó en un pequeño diván y, cuando Graham se sentó a su lado —realmente era el único asiento libre, se dijo—, no se apartó.

El fuego crepitaba. Mrs. Winters y Mrs. Turner debatían los méritos de distintas tradiciones navideñas. Harriet, ya con algo de color en las mejillas, ocupaba la butaca de la esquina y reía por algo que Mrs. Penfield contaba sobre un goose desastroso en la Navidad de 1849.

Clara se dio cuenta de que aquello se sentía como una familia. No la familia en la que había nacido—su madre muerta antes de que pudiera recordarla, su padre desaparecido en circunstancias que aún no comprendía del todo, su abuela fallecida hacía ya tres años—,

sino algo que había construido casi sin querer. Esas mujeres que se reunían en su tienda, que confiaban en ella sus dolencias y sus secretos. Aquel hombre a su lado, que sin permiso, se había vuelto imprescindible.

—Estás callada —dijo Graham, lo bastante bajo para que solo ella pudiera oírlo.

—Estoy pensando.

—¿En el caso?

—En... —dudó—. En lo raro que es todo. Hace un año, habría pasado la Nochebuena sola en mi tienda. Ahora estoy aquí. Con todas ellas. Contigo.

Él no respondió enseguida. Al mirarle de reojo, su expresión era indescifrable a la luz del fuego.

—¿Eso es una queja?

—No —la palabra salió más suave de lo que pretendía—. En absoluto.

LA VOZ de la señora Penfield rompió el momento. —Inspector, no ha probado el pudin. ¿No es de su gusto?

Graham se irguió, el hechizo roto. —Está excelente, señora Penfield. Perdone—me he distraído.

—Por el caso, sin duda —resopló la señora Penfield—. Siempre igual con vosotros, los hombres de Scotland Yard. Bueno, dejemos eso ahora. Harriet, querida, cuéntanos más sobre tu manuscrito. Confieso que siento muchísima curiosidad por ese método de asesinato del que todo el mundo habla. Una aguja para sombrero parece un arma de lo más improbable.

Clara notó cómo Graham se tensaba a su lado.

—¿Una aguja para sombrero, dices? —articuló lentamente—. Como arma homicida. Parece… poco probable.

—¿Por qué? —Clara se giró del todo hacia él—. ¿Porque es un objeto de mujer?

—Porque normalmente no se considera un arma en absoluto.

Clara llevó la mano a su propio peinado—sencillo para la cena, pero sujeto igualmente—y extrajo una larga aguja de acero. Quince

centímetros de metal fino y mortal.

—¿Esto? —la sostuvo en alto, permitiendo que el fuego resaltara la punta—. Esto podría matar a un hombre, inspector. Cualquier mujer que haya caminado sola por Londres sabe perfectamente lo peligrosas que son. Las llevamos para protegernos.

La señora Turner asintió con firmeza. —Nunca salgo sin una bien colocada, lista para cogerla enseguida. Para defensa propia, ya sabe.

—Defensa propia —repitió Graham, mirando la aguja en la mano de Clara como si la viera por primera vez.

—La mitad de las mujeres de Londres llevan armas ocultas en el pelo —dijo Clara—. Es que los hombres simplemente nunca reparan en ello.

Graham guardó silencio un largo instante. Luego: —Pero la mitad de las mujeres de Londres no tenían acceso al despacho de Hartwick. Necesitamos detalles. Una aguja concreta, de alguna persona concreta, que pueda vincularse al crimen.

—¿Habéis encontrado el arma homicida? —preguntó la señora Penfield.

—No. Hemos registrado el despacho a fondo. Nada.

—En mi manuscrito —dijo Harriet despacio—, la asesina no se deshace de la aguja para sombrero en absoluto.

Todos quedaron inmóviles.

—¿A qué te refieres? —la voz de Graham se había agudizado.

—La vuelve a colocar —los ojos de Harriet estaban ausentes, visualizando su propia historia—. La vuelve a poner en su sombrero. Escondida entre todas las demás. Nadie pensaría buscar un arma homicida en la colección de agujas de una dama. Sería solo… una más entre tantas. Invisible a plena vista.

Clara observó el rostro de Graham cuando la idea le golpeó.

—El cochero mencionó que la señorita Dobbs llevaba un sombrero recargado cuando se marchó esa noche —dijo despacio—. Un sombrero así necesita varias agujas para sujetarlo. Largas. —Alzó la mano antes de que nadie pudiera intervenir—. Pero seguimos sin pruebas de que la aguja fuera el arma. El forense encontró una herida de punción fina—podría haber sido cualquier objeto. Un estilete. Un punzón. Un abrecartas.

—Pero si *fue* una aguja para sombrero —insistió la señora Penfield—, y esa señorita Dobbs estuvo allí esa noche con el sombrero lleno de ellas…

—Entonces tendríamos una posible sospechosa entre muchas —el tono de Graham era paciente pero firme—. Partís de la base de que la asesina es una mujer. Y, por lo poco que he averiguado en un solo día de preguntas, Hartwick no era precisamente querido. Engañaba a sus autores. Se hacía enemigos. El hombre alterado que salió a las seis—un escritor que discutió públicamente con Hartwick —sinceramente, me parece un sospechoso mucho más probable que una chica llorosa con un sombrero.

—¿Por qué? —preguntó Clara—. ¿Porque es un hombre?

Graham la sostuvo la mirada con firmeza. —Porque un estilete en manos de un hombre enfadado es un arma homicida mucho más habitual que una aguja en manos de una mujer alterada. Yo trabajo con probabilidades, señorita Wetherly. No con suposiciones.

Clara, quiso corregirle. Pero no aquí, no delante de todos.

—El inspector tiene razón —concedió a regañadientes la señora Winters—. Estamos construyendo castillos en el aire.

—Pero aún así merece investigarse —admitió Graham—. Miss Dobbs, la escritora, la señora Hartwick, cualquiera con acceso y motivo. Pero no voy a limitar mi investigación por coincidencias y conjeturas.

—¿La señora Hartwick? —la señora Penfield se inclinó hacia delante, ojos brillantes—. ¿La esposa es sospechosa, inspector?

En el rostro de Graham asomó fugazmente—la brevísima expresión de quien ha dicho más de lo que debería. —Ahora mismo, todos los que tenían acceso al edificio nos interesan.

—Pero la esposa, sin duda, tendría un motivo —empujó la señora Turner—. Si su marido tenía una amante—y encima, le pagaba sombreros carísimos…

—Una esposa humillada no es precisamente una asesina inverosímil —añadió la señora Winters—. Hay mujeres que han hecho cosas peores por menos.

—Señoras —Graham levantó una mano—. No debería… es una investigación en curso. Ya he dicho más de la cuenta.

—Tonterías —cortó vivazmente la señora Penfield—. Ya somos casi sus asesoras. ¿A que sí, Clara?

Clara cruzó una mirada con Graham. Él parecía ligeramente acorralado.

—Deberíamos dejar que el inspector haga su trabajo —dijo ella, apiadándose de él—. Seguirá las pruebas adonde le lleven.

GRAHAM LE DIRIGIÓ una mirada agradecida.

Clara se sorprendió agradecida por su cautela, aunque las piezas seguían tirando de su mente. Mujer llorando. Un sombrero elaborado. Un editor muerto. Un manuscrito que describía exactamente ese método. Y ahora la esposa, rondando en los márgenes de la escena.

Algo seguía inquietándola. Algo que no acababa de encajar.

—¿Habría sangre? —preguntó Mrs. Turner—. Si era una aguja de sombrero—o un estilete, o lo que fuera—, ¿no mostraría el arma alguna evidencia?

—Sangre mínima por esa herida —dijo Harriet—. Una mancha o dos como mucho, fácil de limpiar o de pasar por alto. Y si la aguja se devolvía a una colección de alfileres similares, en un sombrero lleno de adornos…

—Nadie lo notaría —concluyó Clara—. A menos que supieran qué buscar.

Graham ya se estaba levantando del sofá.—Necesito…—

—Siéntese. —La voz de Mrs. Penfield sonó como un latigazo—. Es Nochebuena, inspector. Los alfileres de Miss Dobbs seguirán ahí mañana. La mujer a la que busca—sea quien sea—no va a ir a ningún sitio esta noche. Terminará su pudding, se quedará para los villancicos y no va a estropear la velada saliendo corriendo a inspeccionar complementos de señora.

Graham permaneció inmóvil, atrapado entre el deber y el compromiso social.

Clara le rozó la manga—apenas un contacto de sus dedos en la lana.—Tiene razón. Mañana. Esta noche es Navidad.

Él la miró. Algo pasó entre ellos que ella no supo definir.

—Mañana —aceptó él, volviendo a sentarse.

Pero Clara advirtió que él había llevado la mano al bolsillo del abrigo, donde sospechaba que guardaba la libreta. El Inspector nunca dejaba realmente de trabajar.

LA VELADA TRANSCURRIÓ hasta su final con villancicos entonados fatal pero con entusiasmo, más vino caliente del que sería recomendable y la dramática narración de Mrs. Penfield sobre la Navidad en la que su difunto marido intentó asar un ganso y casi incendia la cocina.

Clara se sorprendió riendo—riendo de verdad—por primera vez en días. El peso de la investigación no se había desvanecido del todo, pero sí se había desplazado, repartido entre aquellas mujeres que, de algún modo, se habían convertido en su círculo. Y Graham, sentado a su lado durante toda la noche, se había ido relajando poco a poco hasta alcanzar algo casi cómodo.

Tenía una risa agradable, se dio cuenta. Poco frecuente, arrancada por sorpresa ante los gestos teatrales de Mrs. Penfield, pero genuina cuando surgía. Le cambiaba la cara por completo.

Se sorprendió mirándole y apartó la vista de inmediato.

—¡Bueno! —Mrs. Penfield se levantó de la silla con el aire de una general contemplando una campaña exitosa—. El reloj acaba de dar las doce—oficialmente, es Navidad—y creo que hemos resuelto un asesinato, celebrado una reivindicación y devorado un ganso entero. Una velada productiva, lo mires como lo mires. —Empezó a recoger copas vacías con eficiencia experta—. Harriet, querida, Mrs. Turner se ha ofrecido a acompañarte a casa—no deberías ir sola a estas horas. Mrs. Winters, te pediré un coche. Clara, Inspector… —Hizo una pausa, algo calculador reluciendo tras su expresión alegre—. Clara, haz el favor de acompañar al Inspector a la puerta, ¿quieres? Tengo que buscar mis gafas. Las he dejado en algún sitio…

Se esfumó hacia la parte trasera de la casa, dejando convenientemente a Clara y Graham solos en el recibidor.

Las otras señoras cogieron sus abrigos con lo que pareció una deliberada parsimonia, intercambiando miradas que Clara fingió no

notar. Harriet le apretó la mano al pasar. Mrs. Winters dio unas palmaditas en su hombro. Mrs. Turner simplemente sonrió.

Luego se marcharon, y la casa quedó en silencio.

Graham cogió su abrigo del perchero. Clara se quedó de pie junto a la puerta, sin saber de pronto qué hacer con las manos.

—Gracias —dijo él, encajándose la pesada lana—. Por hacer que me quedase. No habría… Yo no suelo…

—Lo sé.

—Ha estado bien. —Parecía casi sorprendido—. La velada. La compañía. Ha estado bien.

—¿Incluso la charla sobre la investigación?

Una sombra de sonrisa.—Incluso eso. Tus señoras son formidables. Y Miss Collins… —Negó con la cabeza—. Ese detalle de la aguja de sombrero. Devolverla a la colección. Jamás se me habría ocurrido.

—Porque no eres una mujer —dijo Clara—. No piensas en los alfileres de sombrero como armas. No piensas en lo invisibles que son las cosas de mujeres para los hombres.

—No —asintió—. No lo hago. Debería.

Ya tenía el abrigo puesto, el sombrero en la mano. Debería irse. Ella debería abrir la puerta.

Ninguno de los dos se movió.

—Graham… —empezó ella, y se detuvo. No sabía bien qué quería decir.

Él esperó, paciente como siempre.

—Feliz Navidad —acabó, con unas palabras insuficientes para todo lo que no podía expresar.

Algo cambió en el rostro de él—cálido, incierto y, por un instante, completamente sincero.—Feliz Navidad, Clara.

Ella debería abrir la puerta.

En su lugar, miró hacia arriba—por costumbre, por algún instinto inexplicable—y sintió el calor subirle al rostro.

Muérdago. Una ramita pequeña, atada con un lazo rojo, colgaba justo sobre ellos.

LA SEÑORA PENFIELD. Por supuesto. La mujer había orquestado todo este momento con la precisión estratégica de una campaña militar.

Graham siguió su mirada. Su mandíbula se tensó casi imperceptiblemente.

El silencio se extendió entre ellos, cargado de posibilidades.

El corazón de Clara hacía algo ridículo. Tal vez estaban separados por apenas treinta centímetros. La vela sobre la mesa del vestíbulo parpadeaba, proyectando sombras sobre su rostro. Ella podía dar un paso al frente. Él podía inclinarse. El muérdago colgaba allí, tradicional e implacable.

Pero este era Graham. Su Inspector. Su compañero en investigaciones que no debería estar llevando a cabo. Todo entre ellos ya era suficientemente complicado sin añadir—

Él extendió la mano.

Clara la miró fijamente.

—Feliz Navidad —dijo él, con la voz un poco ronca—. Clara.

Un apretón de manos. Debajo del muérdago, le ofrecía un apretón de manos.

Algo entre el alivio y la decepción la recorrió—una sensación que se negó rotundamente a analizar. Aceptó su mano. Sus dedos se cerraron sobre los de ella, cálidos y firmes.

—Feliz Navidad, Graham.

Se estrecharon la mano. Una vez. Formal, correcto y absolutamente apropiado.

Pero ninguno soltó de inmediato. Permanecieron así, manos unidas, miradas entrelazadas, el muérdago por encima siendo testigo silencioso de todo lo que podría haber pasado y no sucedió.

Por fin, lentamente, él la soltó.

—Mañana —dijo él—. Los alfileres de sombrero.

—Mañana —asintió ella.

Él mismo abrió la puerta, dejando que entrara una ráfaga de aire frío. Se detuvo en el umbral.

—Gracias —repitió. Y entonces desapareció, con sus pasos desvaneciéndose en la oscuridad.

Clara cerró la puerta y se apoyó en ella, llevándose una mano al pecho, donde su corazón aún retumbaba.

Un apretón de manos. Habían estrechado la mano bajo el muérdago.

Y de alguna manera, increíblemente, había sentido que era más que un beso.

OBSERVACIONES DE MARMALADE

EN LA QUE *los humanos ejecutan el ritual de no cortejo más elaborado que he presenciado jamás*

SE DIERON LA MANO.

Horas he invertido en esta velada. Horas de posicionamiento estratégico, de soportar la inagotable energía de la señora Penfield, de permitir que el Inspector me rascara las orejas. Me contuve de volcar el bol de ponche, aunque tuve la ocasión dos veces. Incluso trasladé el muérdago: no fue más que trepar a la mesa del vestíbulo, soltar la cinta de un manotazo y llevar esa cosa detestable hasta el gancho sobre la puerta principal. La cinta sabía a polvo y a antiguo sentimentalismo. Trabajo indigno, pero necesario.

¿Y para qué?

Se dieron la mano.

Observé desde debajo de la mesa del vestíbulo mientras sus dedos se entrelazaban. Cuatro segundos. Cinco. Sus miradas haciendo eso que los humanos hacen cuando creen que no los ven: mirar como si el resto del mundo hubiese dejado de existir por un instante.

Luego se soltaron. El Inspector salió a la noche. Mi humana se apoyó en la puerta, la mano en el pecho, respirando de esa manera tan particular que indica frecuencia cardíaca elevada y confusión emocional.

Un apretón de manos.

Cualquier criatura sensata habría marcado territorio y asunto resuelto. Un enfoque directo. Quizá un mordisco suave para dejar

claro a quién pertenece. Pero los humanos insisten en estos rituales enrevesados de casi-pero-no.

La señora Penfield apareció, con las gafas ya en la nariz—gafas que, evidentemente, jamás había perdido.

—¿Y bien? ¿La ha besado?

—Nos hemos dado la mano —dijo mi humana.

La expresión de la señora Penfield reflejaba exactamente mi propio sentir.

—El año que viene —proclamó—, os encierro a los dos en el armario de los abrigos.

Le acercó un paquete envuelto a mi humana. —El Inspector ha traído pescado ahumado. Demasiado para mí. Llévatelo para ese gato tuyo—ha tenido un comportamiento extraordinario esta noche.

Extraordinario, dijo. Como si comportarse de forma ejemplar requiriera algún esfuerzo.

Pero aprobaba el tributo. El portador de pescado entendía el valor de las ofrendas, aunque siguiera siendo absolutamente inepto en materia de cortejo.

Mi humana me llevó al exterior, envolviéndonos a ambos con su chal contra el frío. Las calles estaban en silencio. La Navidad posándose sobre Londres como una respiración contenida.

—Feliz Navidad, Marmalade —murmuró en mi pelaje.

Permití el gesto. Al fin y al cabo, era fiesta.

Mañana, el Inspector buscará alfileres de sombrero. Mi humana encontrará alguna excusa para meterse en medio. Y quizá, con el tiempo, estas dos criaturas ridículas hagan algo más que darse la mano bajo un muérdago que yo personalmente he recolocado para su beneficio.

Alguien tiene que mantener el listón.

Territorio asegurado. Tributo aceptado. Navidad celebrada.

Todo en orden.

(Por ahora.)

nueve

Clara echó un vistazo al tiempo y decidió que, desde luego, hoy no pensaba salir de la tienda.

La lluvia azotaba los cristales, empujada por un viento que hacía vibrar las contraventanas y arrancaba chirridos al letrero de la tienda.

Un día perfecto para quedarse dentro, ocuparse de su inventario y terminar de leer el manuscrito de Harriet.

Encendió las lámparas para combatir la penumbra gris de la mañana, removió el fuego en la pequeña chimenea y puso agua a hervir. No iba a haber muchos clientes hoy—nadie salía en un día como este salvo por necesidad absoluta, y los remedios de hierbas podían esperar a que amainara la tormenta.

Marmalade se había adueñado ya de su sitio en el cojín desgastado junto a la mesa de trabajo, hecho una bola naranja apretada contra el frío. Abrió un ojo al ver cómo Clara se acomodaba en su silla, evaluó sus intenciones y, al parecer, las aprobó. Su ronroneo tomó fuerza cuando ella se inclinó para rascarle detrás de las orejas.

—Hoy estamos solos tú y yo —le dijo—. Y el manuscrito de Harriet.

El ronroneo se intensificó. Marmalade tenía opiniones firmes sobre los días de encierro.

Clara se acomodó con una taza de té y el manuscrito de Harriet: *Muerte en la Editorial*. Llevaba leyéndolo a ratos perdidos desde la

Nochebuena, y había algo en él que no dejaba de inquietarla. No era la trama—competente, aunque algo melodramática—, sino algún detalle. Algo que no conseguía identificar.

Pasó al capítulo que había marcado con una cinta, la escena en que el asesino ficticio cometía el crimen:

Él no levantó la vista cuando ella entró. ¿Por qué iba a hacerlo? Ella formaba parte del lugar tanto como los tinteros y los libros de contabilidad. Siempre había pertenecido allí.

Ella se movió en silencio, aunque sin furtividad. No tenía por qué esconderse. Estaba justamente donde debía, haciendo exactamente lo que había que hacer.

Clara leyó el pasaje de nuevo. Y una tercera vez.

El asesino no era un intruso. No era alguien a quien la víctima temiera o sospechara. *Pertenecía* a esa oficina. Él estaba tan cómodo con su presencia que ni siquiera levantó la vista de su trabajo.

Sin signos de lucha, había dicho Graham sobre el asesinato real. Hartwick había muerto sentado en su escritorio, con los papeles delante. Tranquilo. Sin sospechar nada.

¿Con quién se sentiría Philip Hartwick tan cómodo? ¿Un empleado? ¿Un familiar? ¿Alguien a quien viese todos los días y en quien jamás pensaría como una amenaza?

Clara dejó la taza de té, frunciendo el ceño ante el manuscrito. La pregunta le daba vueltas en la cabeza sin llegar a ninguna conclusión útil.

Marmalade se estiró a su lado, extendiendo una pata sobre el borde de las páginas, como adueñándose del manuscrito.

—No ayudas nada —le dijo Clara.

Él ronroneó aún más fuerte.

La tienda se había enfriado. Miró el fuego—seguía ardiendo con firmeza—y se frotó los brazos. Quizá era una corriente. Este edificio antiguo tenía cien maneras de dejar colarse el frío.

Volvió a la lectura, aunque sus ojos regresaban una y otra vez al mismo pasaje. *Pertenecía a ese lugar.*

Un golpe al otro lado de la habitación la sobresaltó. La cabeza de Marmalade se irguió, las orejas atentas.

Su abrigo yacía en el suelo bajo el perchero, como si se hubiese arrojado él solo en señal de protesta. Clara lo miró un instante, luego cruzó la estancia y volvió a colgarlo.

—Tranquilízate —murmuró, aunque ni ella supo si se dirigía al abrigo, al edificio o al fantasma de su abuela.

Regresó a su té y al manuscrito. Marmalade, tras un instante de atenta vigilancia, volvió a acomodarse y reanudó su siesta.

Tres páginas después, el abrigo volvió a estar en el suelo.

Esta vez Clara lo colgó con más firmeza, encajando el gancho bien por la presilla del cuello. —No voy a salir con este tiempo. Sea lo que sea lo que insinúas, la respuesta es no.

Un tenue aroma a lavanda se deslizó por la tienda. Débil, pero inconfundible. El sello de Genevieve.

—No —dijo Clara en tono firme al aire vacío—. Ahí fuera hace un día de perros. ¡Como salga, cojo una pulmonía!

SE SENTÓ DE NUEVO, acercó el manuscrito y, deliberadamente, ignoró el abrigo. Marmalade había abandonado toda apariencia de estar dormido y observaba lo que sucedía con la intensidad de una criatura que sospecha que su plácida mañana estaba a punto de verse interrumpida.

Durante unos cuatro minutos, reinó la paz.

Cuando Clara volvió a levantar la vista, sus guantes estaban sobre el mostrador. Ella no los había puesto allí. Habían estado en el bolsillo de su abrigo, y el abrigo seguía colgado en su percha.

—Abuela.

La puerta de la tienda se abrió suavemente, dejando entrar una ráfaga de viento frío y húmedo.

Clara se levantó y la cerró. Con decisión.

Volvió a abrirse.

La cerró con más fuerza, comprobando el pestillo.

Chirrió y se abrió por tercera vez, y esta vez su bufanda salió volando de la percha junto a la puerta y aterrizó a sus pies hecha un montón empapado.

—¡Por el amor de Dios!

Clara permaneció de pie en su tienda, rodeada por su ropa de abrigo misteriosamente migratoria, mientras todo su instinto le decía que debía quedarse exactamente donde estaba.

El aroma de lavanda se intensificó.

Marmalade maulló—un sonido evidente y crítico que transmitía claramente su descontento ante el frío que ahora circulaba por la tienda.

—Lo sé —le dijo Clara—. Pero, por lo visto, la abuela tiene otros planes.

Cogió el abrigo y empezó a abotonarlo, aún sin tener claro adónde se suponía que debía ir. ¿El manuscrito? ¿Algo relacionado con el manuscrito? ¿O tal vez otra cosa por completo?

Sonó la campanilla de la tienda—la auténtica, movida por una mano real—y Mrs. Winters entró ajetreada, sacudiendo el agua del paraguas.

—¡Clara! Menos mal que sigues aquí. Me temía que ya habrías salido.

—Estaba esforzándome mucho por no hacerlo —dijo Clara, echando un vistazo a sus guantes, que de algún modo se habían desplazado del mostrador a su mesa de trabajo—. Pero aparentemente tengo que estar en otra parte.

—Bueno, antes tienes que escuchar esto. —Mrs. Winters ya sacaba de su bolso un pequeño libro de cuentas; su rostro, siempre práctico, se animaba con la emoción del descubrimiento—. He encontrado esas facturas de sombreros, las de Miss Dobbs. La mujer que lloraba de la que habló el inspector Redgrave la Nochebuena.

—La de gustos caros en sombreros, según dijiste.

—Muy caros. Tres encargos en los últimos seis meses, diseños franceses de lo más elaborados. —Mrs. Winters abrió el libro de cuentas y señaló una anotación—. Di por hecho que las facturas iban a nombre de Philip Hartwick—un caballero pagando los sombreros de una dama... en fin, todos podemos sacar conclusiones. Pero mira.

Clara miró. La letra era clara y precisa: *Factura a Mrs. Caroline Hartwick, Hartwick & Sons Publishing, Paternoster Row.*

—La esposa —dijo Clara lentamente.

—La esposa. —Mrs. Winters dio golpecitos al libro de cuentas—. No Philip. Caroline Hartwick ha estado pagando los sombreros de Miss Dobbs.

La mente de Clara iba a toda velocidad. En la cafetería, Whitfield había mencionado rumores sobre una amante embarazada—una tipógrafa de la oficina. Ahora tenían a Miss Dobbs: una tipógrafa, vinculada a regalos caros, huyendo del edificio entre lágrimas la noche del asesinato.

—Miss Dobbs es la amante —dijo Clara—. Tiene que serlo. Una tipógrafa que recibe sombreros franceses que valen más que su sueldo mensual…

—Eso mismo pensé yo. Pero entonces, ¿por qué es la *esposa* quien paga las facturas? —los ojos de Mrs. Winters brillaban ante el enigma—. Si Philip Hartwick mantenía a Miss Dobbs, lo lógico sería que él pagase sus sombreros. ¿Por qué involucrar a la esposa?

—Quizá Mrs. Hartwick se encarga de todas las cuentas. Las facturas van a ella porque es quien lleva el dinero.

—Tal vez. Pero ¿no intentaría un hombre ocultar esos gastos a su esposa? A menos que… —Mrs. Winters dejó la idea en el aire.

—A menos que ella ya lo supiera. —Clara se quedó mirando la anotación—. Caroline Hartwick sabía lo de la aventura. Sabía lo de los sombreros. Y en vez de enfrentarse a su marido, sencillamente… pagaba las facturas.

La pregunta era—¿qué significaba aquello? ¿Una esposa que toleraba las infidelidades de su marido? ¿O algo más turbio?

—El inspector Redgrave tiene que ver esto —dijo Clara—. Debe saberlo antes de hablar con Mrs. Hartwick.

—Entonces será mejor que te des prisa. —Mrs. Winters ya se estaba colocando detrás del mostrador—. Yo me quedo en la tienda.

—¿Con este tiempo?

—Parece ser que sí. —Clara miró de reojo la puerta, que desde la llegada de Mrs. Winters permanecía amablemente cerrada—. La abuela parece opinar que es urgente.

Mrs. Winters siguió su mirada, luego asintió.—Últimamente está inquieta, ¿verdad? Noté que los ramilletes de lavanda se recolocaban solos la semana pasada cuando pasé por aquí. —Lo dijo con la

aceptación pragmática de quien hace mucho tiempo dejó de cuestionar los aspectos más extraños de la vida de Clara—. Siempre tuvo opiniones sobre todo. No me sorprende que la muerte no haya cambiado eso.

Clara la miró fijamente. En cuatro años al frente de la tienda, nunca había hablado abiertamente sobre la… presencia de Genevieve. Había supuesto que las Damas simplemente no se habían dado cuenta, o que habían preferido ignorar algún que otro suceso inexplicable.

—¿LO sabíais?—

—Querida, todas nos hemos dado cuenta.— Mrs. Winters le dio una palmadita en el brazo. —No hablamos de ello porque parecías incómoda. Pero sí. Lo sabemos.—

Clara no sabía qué decir. Todo este tiempo, había pensado que lo ocultaba—o que estaba perdiendo la cabeza—y las Damas simplemente... lo habían aceptado.

—Ahora vete,— dijo Mrs. Winters con energía, como si no hubieran estado hablando de nada más extraordinario que del tiempo. —Antes de que Genevieve empiece a lanzar cosas.—

Clara cogió sus guantes—que, inexplicablemente, estaban ahora justo a su lado—y se dirigió hacia la puerta.

La puerta se abrió antes de que ella la tocara.

Sí, abuela. Ya voy.

LA MENTE de Clara barajaba posibilidades mientras el coche de caballos la llevaba hacia Scotland Yard. Caroline Hartwick pagando los sombreros de la amante de su marido. Una esposa que sabía del affaire y no decía nada. ¿Qué significaba todo eso?

El sargento de guardia alzó la vista al verla entrar, y su rostro curtido se iluminó con una sonrisa cómplice. —La boticaria. Otra vez. —

—¿Está el inspector Redgrave?—

—Acaba de regresar, precisamente.— El sargento asintió hacia el pasillo. —¿Le aviso de que ha llegado su consultora?—

Clara no sabía si el hombre se estaba burlando de ella o no. Antes de que pudiera responder, Graham apareció por el pasillo, papeles en mano, claramente absorto en lo que estaba leyendo.

Alzó la vista. Se detuvo.

—Señorita Wetherly.— Su voz era cuidadosamente neutral, pero Clara percibió un destello de algo—sorpresa, tal vez un atisbo de resignación—tras su máscara profesional. —Creí que habíamos quedado en que me mandarías una nota si—

—La esposa pagaba los sombreros de la amante.—

Graham se quedó totalmente quieto.

—Mrs. Winters encontró los registros de la sombrerería esta mañana. Miss Dobbs—la mujer que lloraba, la que mencionó tu cochero—lleva recibiendo caros sombreros franceses desde hace meses. Pero las facturas no se enviaban a Philip Hartwick. Se enviaban a Caroline. La esposa ha estado pagando los sombreros de la amante de su marido.—

Un músculo se tensó en la mandíbula de Graham. —¿Estás segura?—

—He visto el libro de cuentas con mis propios ojos.—

Él asimiló la información durante un instante, luego miró al sargento, que no hacía ningún esfuerzo por disimular que escuchaba.

—Necesito interrogar a la viuda,— dijo Graham, más para sí mismo que para Clara. —Hoy, si es posible.—

—Voy contigo.—

—Ni hablar.—

—Una viuda afligida hablará más libremente si hay otra mujer presente.— Clara mantuvo la voz serena, como si fuera lo más lógico del mundo. —A ti te verá como a un interrogador. A mí me verá como a una compañía comprensiva. Alguien que entiende las dificultades de llevar una casa, de tratar con... complicaciones domésticas.—

—Complicaciones domésticas.— El tono de Graham era seco.

—Si Mrs. Hartwick sabía lo del affaire—lo suficiente como para pagarle los sombreros a esa mujer—puede que esté más dispuesta a

hablar si hay una mujer en la sala. Estas no son cosas que una dama confiese con facilidad a un inspector de policía.—

Ella podía verle sopesándolo—lo inapropiado de llevarla consigo frente a la utilidad de su presencia. El sargento ya los miraba con un interés apenas disimulado, y una ligera sonrisa se insinuaba en la comisura de su boca.

—Si vienes,— dijo Graham despacio, —te quedas en silencio y dejas que yo haga la entrevista.—

—Por supuesto.—

—Lo digo en serio, Clara.—

—Te he oído.—

La miró largamente, y entre ellos pasó algo—exasperación, sí, pero también algo más cálido. El reconocimiento de que estaban en esto juntos ahora, le gustara a él o no.

—De acuerdo.— Se volvió hacia la puerta. —Pero esta vez, eres tú quien le explica a mi superior por qué la boticaria sigue apareciendo en mis investigaciones.—

—Le diré que estoy haciendo un estudio a largo plazo sobre los efectos del trabajo policial en la salud. Muy científico.—

Graham hizo un sonido que podría haber sido una risa, rápidamente contenida. —Venga, anda. Antes de que me lo piense mejor.—

EL COCHE de caballos era pequeño y antiguo, con asientos de cuero rajados y un persistente olor a lana húmeda. Dentro, el espacio era reducido—las rodillas casi tocándose, los hombros a pocos centímetros.

—Podrías haberme avisado,— dijo Graham, mirando fijamente por la ventanilla.

—¿Avisarte de qué?—

—De que ibas a aparecer en Scotland Yard. Otra vez. Delante del sargento Morrison. Otra vez.—

—Ajá.— Clara se recolocó cuando el coche dio una brusca curva. —¿Es un problema?—

—Ha empezado una porra.—

—¿Una porra?—

—Sobre cuándo voy a...— Graham se detuvo de golpe.

—¿Cuándo vas a qué?—

—NO IMPORTA.—

Clara se sorprendió sonriendo a pesar del lúgubre motivo de su viaje. —¿Qué probabilidades había?—

—No pienso hablar de esto.—

—¿Tan mal está?—

Él se giró para mirarla, y algo en su expresión le hizo contener el aliento. Irritación, sí, pero bajo ella—algo más. Algo que le recordaba la Nochebuena, el muérdago, un apretón de manos que había durado varios segundos de más.

El coche tropezó con un bache especialmente traicionero y Clara salió despedida de lado. Graham extendió la mano, sujetándola del brazo y estabilizándola. Por un instante quedaron muy cerca, los dedos de él rodeando su codo, su hombro apoyado contra el pecho de él.

Ninguno se movió.

—Gracias,—dijo Clara, molesta al notar que la voz le salía levemente entrecortada.

—Las carreteras,—explicó Graham a modo de justificación. Aún no le había soltado el brazo.

—Terribles,—asintió ella.

El coche dio otro bote y esta vez él la soltó, carraspeando y volviendo su atención a la ventana con determinación fingida.

Clara alisó su falda e intentó recomponerse. Era absurdo. Era una mujer adulta, una boticaria profesional, y se dirigían a entrevistar a una viuda sobre el asesinato de su marido. No podía permitirse distraerse por... por lo que fuera que esto era.

—Bien,—dijo, aferrándose al terreno profesional. —Una esposa que paga los sombreros de la amante de su marido. ¿Qué nos dice eso?—

—Que estaba al tanto del affaire. Más allá de eso...—Graham negó con la cabeza.—Podría significar muchas cosas. Tal vez

gestiona todas las cuentas domésticas y sencillamente pagó sin hacerse preguntas. Quizá lo sabía y prefirió mirar hacia otro lado. O quizás…—

—Quizá estaba controlando la situación. Monitoreando.—

Él la miró de reojo. —Esa es una interpretación bastante cínica.—

—¿Lo es? Si mi marido tuviera una amante, querría saber exactamente cuánto gastaba en ella. Cada sombrero, cada lazo, cada horror francés.—Clara hizo una pausa.—Es información. Y la información es poder.—

—¿Crees que la señora Hartwick estaba reuniendo pruebas contra su marido?—

—Creo que una mujer que paga facturas ve exactamente a dónde va el dinero. Y una mujer que sabe a dónde va el dinero sabe mucho sobre los secretos de su marido.—

Graham guardó silencio unos segundos, sopesándolo. —No mencionamos las facturas de los sombreros directamente. No al principio. Quiero ver qué nos cuenta sobre la señorita Dobbs antes de revelar lo que sabemos.—

—¿Y si dice que lo ignoraba?—

—Entonces sabremos que miente.—

El coche redujo la marcha al girar hacia una calle más tranquila.

—¿Qué hay del manuscrito?—preguntó Clara.—La historia de Harriet. El método del asesinato—la aguja de sombrero, oculta a la vista. ¿Vais a preguntar por eso?—

—Ni siquiera sabemos si el arma homicida era una aguja de sombrero,—dijo Graham.—El forense encontró una herida punzante fina. Podría haber sido un estilete, un punzón, un abrecartas... mil objetos distintos.—

—Pero el manuscrito...—

—Describe una aguja de sombrero, sí. Y la señorita Dobbs—la amante—tendría agujas de sombrero a mano sin problemas. Entiendo por qué ves relación.—Él la miró a los ojos.—Pero no puedo construir un caso sobre coincidencias y suposiciones. Necesito pruebas. Si empiezo preguntando por manuscritos y agujas de sombrero, muestro mis cartas—y si me equivoco con el método, habré desvelado mi línea de pensamiento para nada.—

Clara quiso protestar, pero veía su lógica. El manuscrito le parecía significativo—demasiado como para ignorarlo. Pero Graham tenía razón. No lo sabían. Todavía no.

—Así que no diremos nada sobre ello.—

—Esperaremos a ver qué nos cuenta la señora Hartwick primero. Si menciona manuscritos, correspondencia inusual, cualquier cosa relacionada con la historia de la señorita Collins—entonces lo perseguiremos. Pero no partiré de suposiciones.—

El carruaje se detuvo bruscamente. A través de la ventana, Clara vio una elegante casa adosada, sus ventanas resplandecían cálidas en la grisácea tarde.

—Recuerda,—dijo Graham, abriendo la puerta.—Guarda silencio. Déjame a mí...—

—Dirigir la entrevista. Sí, inspector.—Clara se recogió el abrigo sobre los hombros.—Seré un monumento silencioso a la discreción femenina.—

—Me cuesta creerlo.—

—Qué poca fe tienes en mí.—

Se detuvo, con la mano en el pomo de la puerta, y la miró. Algo titiló en su expresión—diversión, calidez, y bajo todo ello, algo que hizo que el corazón de Clara latiera aún más deprisa.

—Al contrario,—dijo en voz baja.—Tengo muchísima fe en ti. Eso es lo que me preocupa.—

Antes de que pudiera responder, él empujó la puerta y salió.

Clara le siguió, notando algo muy inoportuno en su pecho.

Una corona negra colgaba en la puerta principal, y a través de las ventanas se distinguían las siluetas oscuras de cortinas de luto cerradas contra la luz del día. La casa se alzaba ante ellos, con sus secretos ocultos tras ladrillos respetables y crespón negro.

diez

La doncella que abrió la puerta era joven, con el uniforme almidonado y un aire de absoluto desinterés.

—La familia no recibe visitas —dijo. Comenzó a cerrar la puerta antes de que Clara pudiera siquiera abrir la boca.

Graham dio un paso al frente, colocándose en la rendija antes de que se cerrara del todo.—Inspector Redgrave, Policía Metropolitana. Vengo para hablar con la señora Hartwick sobre la muerte de su marido.

El gesto de la doncella pasó del desdén al fastidio, pero se hizo a un lado y abrió más la puerta.—Esperen aquí. Veré si la señora Hartwick puede atenderles.

Desapareció en el interior sombrío de la casa, dejándoles en un recibidor cubierto en crespón negro. Todos los espejos estaban tapados, cualquier superficie brillante, apagada. La casa olía a flores de invernadero y cera de vela: ese aroma tan particular del luto caro.

—Cuando estemos dentro —dijo Graham en voz baja, lo justo para que Clara pudiera oírle—, no digas nada a menos que se dirija a ti directamente.

—Ya me lo has dicho.

—Lo digo en serio. El silencio es una herramienta. La mayoría no lo soporta: se apresuran a llenarlo, acaban diciendo más de lo que pretendían. —Dirigió la mirada hacia la escalera por donde había desaparecido la doncella—. Si hago una pregunta y después espero,

déjame esperar. No le ayudes. No suavices la situación. Que el silencio haga su trabajo.

Clara asintió. Entendía el concepto, aunque no estaba segura de poder resistir la tentación de hablar.

Sonaron pasos en la escalera. La doncella reapareció, su actitud apenas menos hostil.

—La señora Hartwick les recibirá en el salón. Por aquí.

La siguieron por un pasillo adornado con retratos—generaciones de Hartwick o Ashford, Clara no sabía distinguir—y entraron en un salón que lograba ser elegante y opresivo a la vez. Más crespón negro, más espejos tapados. Las cortinas pesadas impedían que entrara casi toda la luz del día, y las lámparas estaban encendidas para combatir la penumbra.

Clara reparó en que los muebles eran antiguos pero de calidad, de esos que indican herencia y no éxito ganado. El sofá era georgiano, la alfombra turca, los cuadros auténticos óleos y no meras reproducciones. No era una casa construida con las ganancias de una editorial reciente.

Caroline Hartwick se levantó de su silla, junto al fuego.

Tendría unos cincuenta años, vestida de riguroso luto, que extrañamente lograba favorecerla en lugar de empequeñecerla. El cabello oscuro, con vetas de plata, lo llevaba recogido de manera severa, y su rostro—atractivo más que bello—mostraba los signos apropiados del duelo: ojeras, una leve palidez. Pero su postura era impecable y su mirada, directa.

—Inspector Redgrave. —Su voz era baja y contenida—. Me preguntaba cuándo volvería. Por favor, tomen asiento. —Hizo un gesto hacia un sofá frente a su silla y advirtió la presencia de Clara —. ¿Y ha traído a…?

—La señorita Wetherly me está ayudando con las indagaciones —respondió Graham con naturalidad—. Por una cuestión de decoro; pensé que estaría usted más cómoda con otra mujer presente.

La mirada de Caroline recorrió a Clara, evaluándola, catalogándola, y Clara tuvo la incómoda sensación de haber sido medida y pesada en un solo vistazo.

—Qué considerado. —El tono de Caroline no dejó traslucir nada —. Por favor, siéntense ambos. ¿Desean que haga llamar al té?

—No será necesario, señora Hartwick. No le quitaré mucho tiempo.

Se acomodaron en el sofá mientras Caroline volvía a sentarse en su butaca. El fuego crepitaba entre ellos, único sonido en un silencio denso.

Graham dejó que el silencio se prolongara.

Clara observó el rostro de Caroline. La mujer no se movía, no parecía ansiosa por romper el silencio. Simplemente esperaba, las manos entrelazadas en el regazo, el gesto sereno.

Por fin Graham habló.—Sé que este es un momento difícil, señora Hartwick. Le agradezco que esté dispuesta a hablar conmigo nuevamente.

—A mi marido lo asesinaron, inspector. Quiero que encuentren a quien lo hizo. —Directa y sencilla, con ese matiz de duelo contenido justo en su medida—. Ayudaré en todo lo que esté en mi mano.

—Querría preguntarle por algunas de las personas relacionadas con los negocios de su marido. Sus empleados, sus autores, cualquier persona que pueda haber tenido... problemas con él.

Caroline inclinó la cabeza.—Philip era un hombre de negocios. Los negocios generan roces. No todo el mundo estaba satisfecho con cada decisión que tomaba.

—¿Alguien en particular?

Hubo una pausa—no evasiva, pensó Clara, sino de reflexión.—Últimamente ha habido ciertas tensiones. Nos hemos retrasado en los pagos al impresor—una situación temporal, pero el señor Crouch ha expresado su descontento de manera muy clara.

—¿El señor Crouch?

—Nuestro impresor. Ha amenazado con llevarse su negocio a otra parte. —La boca de Caroline se tensó levemente—. Los impresores siempre amenazan. Rara vez hace falta tomárselo en serio.

—¿Alguien más? ¿Algún autor, quizás?

—Los autores son temperamentales por naturaleza, inspector. Siempre creen merecer más dinero, más atención, más reconocimiento. Philip solventaba sus quejas lo mejor que podía.

—¿Alguna queja concreta últimamente?

Caroline guardó silencio un momento.—Edgar Covington ha sido especialmente problemático. Algo relacionado con los derechos en América. Creía que Philip le debía regalías adicionales. —Hizo un gesto con la mano, quitándole importancia—. No sabría decirle los detalles. Philip siempre manejaba él mismo los contratos con los autores.

GRAHAM ASINTIÓ LENTAMENTE. Clara se dio cuenta de que no escribió nada—simplemente escuchó, asimiló, esperó.

—Ya veo —dijo él—. ¿Y qué hay del personal en la editorial? ¿Alguna dificultad con ellos?

—Nuestro personal lleva años con nosotros. Son leales —la voz de Caroline sonó firme—. No puedo imaginar que ninguno de ellos quisiera hacerle daño a Philip.

—¿Y Miss Dobbs?

Algo cruzó fugazmente el rostro de Caroline—tan rápido que casi se le escapó a Clara. Pero estaba atenta, y lo vio: una tensión alrededor de los ojos, un leve endurecimiento en los hombros.

—Miss Dobbs —repitió Caroline, con la voz cuidadosamente neutral—. Nuestra cajista. ¿Qué pasa con ella?

—Tengo entendido que estuvo en la editorial la noche en que falleció su esposo. Mis agentes localizaron a un cochero que la recogió fuera del edificio sobre las siete. Por lo visto, estaba bastante alterada.

El silencio se prolongó. Clara se fijó en las manos de Caroline—aún entrelazadas, aún serenas, pero los nudillos se habían puesto un poco blancos.

—Ya veo —la voz de Caroline permaneció serena—. No era consciente de ello.

Graham no dijo nada. Simplemente aguardó.

El fuego crepitaba. Un carbón se desplazó. En algún lugar de la casa, un reloj dio el cuarto de hora.

Caroline fue la primera en romper el silencio—no de forma dramática, sino con un suspiro leve y controlado—. Supongo que no

tiene sentido andarse con delicadezas. Lo descubrirán en seguida, si no lo saben ya. Miss Dobbs era la amante de mi marido.

Lo soltó de forma plana, sin emoción, como si hablase del tiempo.

—Lo sabía —dijo Graham.

—Lo sé desde hace más de un año. Philip no era precisamente discreto, y yo no soy tan ingenua —la mirada de Caroline se mantuvo firme—. Esos arreglos no son raros, inspector. Las esposas aprenden a mirar hacia otro lado.

—Debe de haber sido difícil.

—¿De veras? —una leve sonrisa cruzó los labios de Caroline—. Philip y yo no teníamos un matrimonio real desde hacía muchos años. Éramos socios en los negocios, inspector. Compañeros en cierto modo. Pero no— —Se detuvo, escogiendo las palabras—. No íntimos. El consuelo que encontrase con Miss Dobbs no suponía ninguna amenaza para mí.

Clara pensó en las facturas de los sombreros. Caros diseños franceses, pagados por la esposa. No era una amenaza, decía Caroline. Pero había estado atenta. Llevando la cuenta.

—¿Cuándo vio por última vez a Miss Dobbs? —preguntó Graham.

—No sabría decir con precisión. Ella trabaja en la editorial—en la composición. La veo de pasada cuando estoy allí, pero no hablamos. No habría nada que decir.

—¿Nunca la enfrentó? ¿Nunca le habló del asunto?

—¿Para qué? —la voz de Caroline era fría—. Es una joven en una posición complicada. Enfrentarla no lograría nada salvo humillarnos a las dos.

De nuevo Graham dejó que se impusiera el silencio. Caroline lo sostuvo con la misma compostura de antes, esperando a que él continuase.

—Señora Hartwick —dijo Graham finalmente—, tengo que preguntar: ¿dónde estaba usted la noche en que murió su marido?

Si la pregunta le molestó, no lo demostró. —Estaba reunida con uno de nuestros autores. Edgar Covington, el que mencioné. Intentaba apaciguar las cosas. —Hizo un gesto con la mano—. Los autores pueden ser temperamentales cuando se sienten

menospreciados. Encuentro que un oído comprensivo y una copa de vino a menudo evitan... inconvenientes.

—¿Y dónde tuvo lugar esa reunión?

—En el King's Arms, en Threadneedle Street. Nos reunimos sobre las seis y media y hablamos hasta casi las nueve. Cogimos un salón privado—más discreto para asuntos de negocios.

—¿Y el señor Covington puede confirmarlo?

—Supongo que sí. El personal también, imagino.

Graham asintió.

—Una pregunta más, señora Hartwick. El negocio de su marido—los manuscritos, las decisiones editoriales. ¿Qué implicación tenía usted en esa parte?

La expresión de Caroline no varió, pero algo cambió en su mirada. —Yo llevo las cuentas. Las finanzas, los pagos, los asuntos prácticos. Philip tomaba las decisiones editoriales—qué manuscritos aceptar, cuáles rechazar. Eso era cosa suya.

—Entonces no sabría nada de manuscritos que pudieran haberle alterado. ¿Nada inusual que pasara por su mesa?

—No sabría nada sobre manuscritos rechazados —dijo Caroline con soltura—. Como ya he dicho, Philip gestionaba la correspondencia con los autores. Yo me ocupaba del lado empresarial.

Graham esperó.

Caroline no añadió nada.

—Entiendo —dijo Graham por fin—. Muchas gracias, señora Hartwick. Ha sido usted de gran ayuda.

—Quiero que encuentren a su asesino, inspector. —Caroline se levantó, señalando el final de la entrevista—. Philip tenía sus defectos, pero no merecía morir en su propio despacho. Lo que pueda hacer para ayudar a llevar a su asesino ante la justicia, solo tiene que pedirlo.

Volvieron al vestíbulo escoltados por la misma criada, que los miraba con desaprobación. Caroline no los acompañó—se quedó en el salón, recortada contra el fuego, observándoles marchar.

Afuera, la tarde gris se oscurecía hacia la noche. Clara se ajustó el abrigo contra el frío mientras se alejaban de la casa.

—¿Y bien? —preguntó Graham en voz baja.

—Miente.

—¿Sobre qué?

—Sobre los manuscritos. Ha dicho que Philip tomaba todas las decisiones editoriales, que no sabría nada de los manuscritos rechazados. Pero una mujer que lleva las cuentas con la precisión que ella dice—que sabe exactamente lo que gasta su marido en los sombreros de su amante—esa mujer sabe todo lo que ocurre en su negocio. Todo.

Graham asintió lentamente. —¿Algo más?

—La coartada. Fue muy precisa. De seis y media a casi las nueve. El King's Arms en Threadneedle Street. Salón privado. —Clara frunció el ceño—. Sonaba ensayado.

—O simplemente bien recordado.

—O ensayado.

Anduvieron en silencio un rato. Los faroles de gas se iban encendiendo, uno tras otro, a lo largo de la calle.

—No parecía sorprendida —dijo Clara despacio—. Cuando le has dicho que Miss Dobbs estuvo en el edificio esa noche. Dijo que no lo sabía, pero no se sorprendió. Como si ya lo supiera, o lo hubiera sospechado.

—ES UNA MUJER CAUTELOSA —asintió Graham—. Controlada. Muestra muy poco de sí misma.

—La casa —dijo Clara—. El mobiliario. Eso no se construyó con ganancias editoriales.

—No. Los Ashford eran baja nobleza—su padre era un terrateniente rural. Caroline aportó dinero al matrimonio. Por lo que tengo entendido, bastante dinero. —La expresión de Graham se volvió pensativa—. Se casó por debajo de su posición. Philip Hartwick era encantador y ambicioso, pero era de clase mercantil.

—Así que invirtió su herencia en el negocio de él. Lo hizo prosperar. Y él se lo paga con una amante.

—Si eso es un motivo para matar, la mitad de las esposas de Londres serían asesinas. —Graham negó con la cabeza—. Y ella

tiene coartada. Si Covington confirma que estuvieron juntos desde las seis y media hasta las nueve...

—Entonces no pudo haber matado a su marido.

—No.

Clara frunció el ceño. Algo seguía rondándole en la cabeza. —Vaciló. Cuando preguntaste por los manuscritos—hubo una pausa antes de que respondiera.

—La gente titubea. Eso no los hace asesinos.

—Pero dijo que lleva las cuentas y que Philip se encarga de los manuscritos. Una mujer que controla hasta el último recibo de sombreros para la amante de su marido no ignora así sin más la mitad del negocio.

—Quizá. O quizá realmente dejó los asuntos editoriales en manos de su marido. —Graham se detuvo. Habían llegado a una calle más transitada; pasaban coches de caballos, y un chico voceaba los titulares en la esquina—. En cualquier caso, tengo que confirmar esa coartada. Y hablar con la señorita Dobbs.

—¿La has encontrado?

—Todavía no. No está en su pensión—una vecina dijo que se ha ido a casa de unos familiares. En algún sitio de Clerkenwell. Estoy intentando averiguar la dirección.

—¿Y la editorial?

—Cerrada por el Boxing Day. Mañana hablaré con el personal, veré la oficina. —Levantó una mano para detener un coche de caballos que pasaba—. Te devolveré a tu tienda antes de que la señora Winters organice una expedición de rescate.

—Qué considerado por tu parte.

—Soy un hombre considerado.

—Eres un hombre que no quiere que la señora Penfield irrumpa en Scotland Yard exigiendo saber qué has hecho conmigo.

La comisura de los labios de Graham se curvó. —Eso también.

Un coche de caballos se detuvo, y Graham abrió la puerta. Clara fue a subir, pero se detuvo.

—Mañana. Cuando entrevistes a la señorita Dobbs—

—No.

—Ni siquiera sabes lo que iba a decir.

—Ibas a sugerir que deberías estar presente. La respuesta es no.

—Es una joven, está sola, asustada. Si los rumores son ciertos y estuvo... involucrada con Hartwick, estará aterrorizada solo de pensar en lo que eso implica ahora. No va a confiar en un inspector de policía.

—Tampoco va a confiar en una desconocida.

—Pero quizá hablaría con más libertad si hubiera otra mujer en la habitación. Alguien que no esté allí para juzgarla.

La mandíbula de Graham se tensó. —Esto no es una visita social, señorita Wetherly.

—Ya lo sé. —Clara sostuvo su mirada—. Pero si entras exigiendo respuestas, no te dirá nada. Lo sabes.

Él guardó silencio un largo instante. Un músculo le temblaba en la mandíbula.

—Mañana te avisaré —dijo al fin—. Si consigo localizarla.

—Eso no es un sí.

—Tampoco es un no. Sube al coche antes de que nos congelemos los dos.

Clara subió. Graham cerró la puerta, pero antes de que el cochero pudiera arrancar, se inclinó por la ventanilla.

—Hoy lo has hecho bien —dijo en voz baja—. Lo de la pausa. Los recibos de los sombreros. Te fijas en los detalles.

—¿Eso ha sido un cumplido, inspector?

—No dejes que se te suba a la cabeza.

Retrocedió y golpeó el lateral del coche. El cochero chasqueó las riendas y se pusieron en marcha.

Clara miró por la ventana mientras la figura de Graham se alejaba, desdibujada entre el resplandor del gas y las sombras. Él permaneció en la acera, las manos en los bolsillos, viéndola marchar.

Siguió mirando hasta que el coche giró en una esquina y lo perdió de vista.

Ya había oscurecido cuando llegó a Bloomsbury. La señora Winters seguía tras el mostrador, con la lámpara encendida, remendando algo a la cálida luz.

—¡Ahí estás! —Dejó a un lado la costura—. Empezaba a preocuparme. ¿Cómo ha ido?

Clara se dejó caer en la silla junto al fuego, de pronto agotada. Marmalade no tardó en aparecer y, dando un salto, se instaló en su regazo, ronroneando en señal de perdón por su larga ausencia.

—La señora Hartwick sabía lo de la aventura —dijo Clara, acariciando el pelaje de Marmalade—. Lo reconoció abiertamente; dijo que hacía años que no tenían un matrimonio real. Afirma que no le importaba.

—¿La crees?

Clara se lo pensó. La voz controlada. La compostura cuidadosa. Las manos que no temblaban, pero cuyos nudillos se ponían blancos.

—Creo que quiere que lo creamos —dijo por fin—. Si es verdad o no... no lo sé.

Sonó la campanilla de la tienda y la señora Penfield entró a grandes zancadas, seguida de la señora Turner con su bastón rematado en plata y Harriet Collins, pálida pero decidida. Las tres llegaban bien abrigadas, las mejillas sonrojadas por el viento.

—¡Aquí está! —proclamó la señora Penfield—. Adelaide ha dicho que te has ido disparada a Scotland Yard en pleno temporal. ¿Algo sobre cuentas de sombreros?

—Y asesinato —añadió la señora Turner con sequedad—. No olvides el asesinato.

Harriet se quedó junto a la puerta, retorciendo los guantes entre las manos. —¿Hay noticias? ¿El inspector Redgrave ha averiguado algo sobre... sobre el manuscrito?

A Clara se le escapó una sonrisa a pesar del cansancio. —Primero el té. Luego os lo cuento todo.

La señora Winters ya estaba poniendo la tetera al fuego. La señora Penfield se adueñó del segundo mejor sillón con el aire de una generala estableciendo su cuartel. La señora Turner se sentó más despacio, dejando su bastón al alcance de la mano. Harriet se acomodó en el borde de un taburete, aún aferrada a sus guantes, la esperanza y el temor reflejados en su cara.

Y Clara, rodeada de su círculo, comenzó a hablar.

once

—A na esposa siempre sabe más de lo que aparenta —proclamó la señora Penfield, acomodándose en la segunda mejor silla con el porte de una general que establece su cuartel general—. Fíjate en lo que te digo.

Clara apenas había terminado de contar la entrevista con Caroline Hartwick cuando la señora Penfield ya se había formado una opinión—en voz bien alta y con considerable seguridad.

—Tener una coartada no la hace inocente de saber cosas —añadió la señora Turner, más comedida, mientras colocaba su bastón a mano.

—Pero sí la hace inocente de asesinato —replicó la señora Winters, siempre práctica—. Si el señor Covington confirma que estuvieron juntos desde las seis y media hasta las nueve, no pudo matar a su marido.

Clara se hundió aún más en su sillón junto al fuego, agotada. Marmalade se había instalado en su regazo en cuanto se sentó, y su ronroneo recorría su cuerpo como un pequeño y peludo motor de satisfacción.

—A menos que la coartada sea falsa —dijo la señora Penfield, oscura—. Esas cosas se pueden arreglar.

—O quizá —aventuró Harriet desde su sitio en el borde de un taburete—, quizás ella no lo hiciera en absoluto. Tal vez fue otra persona completamente distinta.

Todas las miradas se dirigieron hacia ella. Retorcía sus guantes entre las manos, pálida pero resuelta.

—Mi manuscrito —dijo en voz baja—. ¿Ha dicho algo más el inspector Redgrave sobre la conexión? ¿Sobre si alguien usó realmente mi historia?

Clara dudó. —Aún no lo ha confirmado. El forense encontró una fina herida punzante—podría haber sido un alfiler de sombrero, pero también podrían haber sido otras cosas. Graham dice que no puede construir un caso solo con coincidencias.

—Pero NO es una coincidencia, ¿verdad? —la voz de Harriet se quebró un poco—. Alguien leyó mi historia y la usó. Alguien convirtió mi imaginación en asesinato.

La señora Penfield alargó la mano y le dio una palmada a Harriet —. Tonterías. La responsable es la asesina, no tú. Tú escribiste una historia. Nada más.

—Una historia que describía exactamente cómo matar a un editor y ocultar el arma. —Los ojos de Harriet brillaban con lágrimas contenidas—. Si mi manuscrito le dio a alguien la idea...

—Entonces esa persona ya buscaba una forma de cometer un asesinato —zanjó la señora Turner—. Tu historia no creó a una asesina, señorita Collins. Solo le proporcionó el método.

Harriet no parecía convencida, pero asintió y guardó silencio.

La señora Winters sirvió el té con una gracia eficiente, y durante un instante el único sonido fue el tintineo de la taza contra el platillo y el incesante ronroneo de Marmalade.

—Hablando de investigaciones —dijo la señora Penfield, rompiendo el silencio con su habitual brusquedad—, nosotras también hemos hecho algunas averiguaciones.

Clara levantó la mirada. —¿De verdad?

—Por supuesto que sí. ¿Acaso crees que íbamos a quedarnos aquí sentadas bebiendo té mientras una asesina anda suelta? —el tono de la señora Penfield sugería que la respuesta era evidente—. Tenemos nuestros métodos.

—Y se nos dan bastante bien, si lo recuerdas —añadió la señora Winters.

A Clara se le dibujó una sonrisa a pesar del cansancio. —¿Qué habéis averiguado?

La señora Turner fue la primera en hablar, su voz cargada con el peso de una información fiable. —He hecho averiguaciones a través de los contactos de mi difunto marido. Una comadrona que atiende a familias cerca de Paternoster Row confirmó que la señorita Dobbs —la joven de la editorial— consultó con ella hace unos meses. Está embarazada.

—Así que los rumores son ciertos —murmuró la señora Winters.

—Una mujer embarazada —dijo la señora Penfield—, abandonada por su protector, enfrentándose a la ruina absoluta. Suficiente motivo para matar, diría yo.

—Y ha desaparecido —añadió la señora Winters—. Mi sobrino Timothy reparte paquetes por toda esa zona. Dice que no han vuelto a ver a la señorita Dobbs desde el asesinato. Se ha esfumado. Su casera está que no vive de la preocupación.

—¿Por qué huiría una mujer inocente? —preguntó la señora Penfield retóricamente.

CLARA PENSÓ en las palabras de Graham—que la señorita Dobbs se había marchado a quedarse con su familia en Clerkenwell. No había huido, exactamente. Pero desde luego se estaba escondiendo.

—¿Y qué pasa con Edgar Covington? —preguntó Clara—. El autor del que habló Graham, el que tiene la disputa por los derechos de autor.

La expresión de la señora Turner se volvió grave. —También hice averiguaciones sobre el señor Covington. No es solo que esté enfadado, Clara. Está casi arruinado. Esos derechos que reclama... los necesita desesperadamente. Sin ese dinero, se enfrenta a la prisión por deudas.

—Y tiene un temperamento violento —añadió la señora Penfield con evidente satisfacción—. Una señora de mi partida de whist lo vio montar un buen escándalo en una librería el mes pasado. Gritando, amenazando. El propietario tuvo que amenazar con llamar a la policía.

—¿Un hombre desesperado con mal genio al que le han estafado el dinero que tanto necesita? —la señora Winters negó con la cabeza —. Eso son motivo y medios.

—No olvidéis al impresor —continuó la señora Penfield—. El señor Crouch. Está amenazando con acciones legales por facturas impagadas. Han asesinado a editores por menos.

—Y si Philip Hartwick rechazó el manuscrito de Harriet de una forma tan cruel —la señora Penfield hizo un gesto hacia Harriet—, y era excelente, que conste—¡imaginaos cómo trataba a los demás! Los autores pueden guardar rencores terribles.

Harriet se encogió al oír mencionar su manuscrito, pero no dijo nada.

—¿Pero qué pasa con la señora Hartwick? —preguntó Clara—. Caroline. También tenía un motivo: su dinero levantó ese negocio, y él se lo pagó con una amante.

—Sí, pero tiene coartada —señaló la señora Winters—. Estaba con el señor Covington esa noche. Se confirman mutuamente.

—Y sinceramente —añadió la señora Turner—, si hubiera aceptado la infidelidad—y parecía que así era—, ¿por qué iba a matarlo ahora? ¿Qué cambió?

—Quizá no cambió nada —reflexionó la señora Penfield—. Quizá fue la amante, después de todo. Desesperada, aterrada, viendo cómo su vida entera se desmoronaba.

—O el autor —dijo la señora Winters—. Desesperado por dinero, furioso por haber sido engañado.

—O alguien que ni siquiera hemos considerado aún —concluyó la señora Turner.

El fuego crepitaba. El ronroneo de Marmalade continuó, imperturbable ante las elucubraciones humanas.

Clara fijó la mirada en las llamas, pensativa. Lily Dobbs: embarazada, desesperada, en fuga. Edgar Covington: violento, arruinado, presente aquella noche. Caroline Hartwick: traicionada, astuta, pero aparentemente eximida por su coartada.

—El inspector Redgrave está intentando localizar a la señorita Dobbs —dijo finalmente Clara—. Se aloja con su familia en algún

lugar de Clerkenwell. Tiene previsto interrogarla. Y mañana vamos a la editorial; para ver dónde ocurrió y hablar con el personal.

—¿Vamos? —la ceja de la señora Penfield se arqueó—. ¿Te permite acompañarle?

—Puede que... haya insistido.

La señora Penfield sonrió radiantemente. —Estupendo.

Entre todas se instaló un silencio cómodo. La señora Winters rellenó las tazas de té. El fuego crepitó. Marmalade, que había estado observando desde la mesa, saltó al suelo y comenzó su ritual vespertino de aseo con entrega absoluta.

—Sabéis —dijo la señora Penfield, cambiando el tono a algo mucho más confidente—, hablando de tu salida apresurada esta mañana... Adelaide me comenta que Genevieve fue bastante insistente en sacarte de casa.

Clara sintió cómo le subía el color a las mejillas. Sabía que esa conversación llegaría tarde o temprano, pero no estaba preparada.

—No sé de qué habláis.

—Oh, no pongas esa cara, querida. Todas nos hemos dado cuenta —la señora Penfield hizo un gesto despreocupado con la mano—. Tu abuela nunca dejó que un pequeño detalle como la muerte le impidiera opinar.

Clara miró a la señora Winters, que asintió con toda naturalidad. A la señora Turner, que le dedicó una sonrisa amable. A Harriet, que parecía más intrigada que asustada.

—¿Lo sabéis... todas?

—Querida —dijo la señora Penfield—, el jarabe para la tos que apareció en el mostrador el invierno pasado—ese que juraste que aún no habías preparado—me salvó la vida. Claro que lo sé.

—El té que siempre está infusionado cuando llegamos de improviso —añadió la señora Turner—. Justo la mezcla que prefiere cada una. Tu abuela siempre supo cómo hacer sentir bienvenidos a los demás.

—Los ramilletes de lavanda que se recolocan solos —dijo la señora Winters—. Lo noté hace semanas. Simplemente no lo mencionamos porque parecía que... te incomodaba.

Clara no sabía si reírse o echarse a llorar. —Pensaba que lo ocultaba. O que estaba perdiendo la cabeza.

—Ni una cosa ni la otra, querida —la señora Penfield le cogió la mano y la palmeó—. Tu abuela te quiere. Eso es todo. Te cuida desde dondequiera que esté ahora.

—Pero precisamente por eso —dijo Clara despacio, expresando en voz alta la preocupación que le rondaba hacía tiempo—. ¿Por qué se queda? ¿No debería haber encontrado la paz? ¿No necesitan los fantasmas... marcharse?

La habitación se quedó en silencio. Incluso el ronroneo de Marmalade pareció suavizarse.

La señora Turner habló con dulzura. —Algunos espíritus tienen asuntos pendientes, querida. Asuntos que no pudieron resolver en vida.

—¿Asuntos pendientes? —Clara frunció el ceño—. ¿Pero qué podría quedarle pendiente a la abuela? Llevo su tienda, sus recetas, su legado. No veo qué podría retenerla aquí.

—QUIZÁ NO TENGA nada que ver con la tienda —dijo la señora Penfield, con una suavidad inusual en su voz.

Clara reflexionó sobre ello. ¿Qué más podría ser? Su abuela había vivido una vida plena, había amado a su marido, había levantado un negocio próspero, había transmitido su conocimiento—

Debería querer que Genevieve encontrase la paz. Debería desear que su abuela siguiera adelante, que hallase el descanso o la dicha que le esperasen más allá de este mundo.

Pero si Clara era honesta consigo misma—realmente honesta—no podía soportar la idea de que su abuela desapareciera para siempre. No cuando seguía sintiendo tan claramente su presencia. El calor que llenaba la tienda en los momentos más inesperados. El olor a lavanda cuando necesitaba orientación. La sensación de estar protegida, cuidada, amada.

¿Cómo iba a seguir adelante sin todo eso?

¿Era egoísta? ¿Desear que su abuela se quedase, aunque eso significase que Genevieve no pudiera encontrar la paz? ¿Era Clara

quien la retenía aquí—incapaz de dejarla marchar, aferrándose a una presencia que debería liberar?

La culpa se alojó en su pecho, pesada y fría.

Su mente, sin querer, fue a parar a su padre. A las preguntas que nunca se había atrevido del todo a formular. A la forma en que su muerte nunca había terminado de cuadrar, a los detalles que no encajaban del todo. Ella era tan joven cuando sucedió, y la Abuela siempre cambiaba de tema cuando Clara intentaba preguntar...

Pero no. Era absurdo. Su padre había muerto de fiebre. Nada más.

—¿Algún misterio sin resolver en la familia? —preguntó la señora Penfield con aire animado—. ¿Rencores no resueltos? ¿Tesoros ocultos?

Clara negó con la cabeza, apartando ese pensamiento. —Nada que yo recuerde.

—Quizá se revele con el tiempo —dijo la señora Turner—. Estas cosas suelen hacerlo.

Marmalade eligió ese momento para saltar del regazo de Clara y deslizarse entre sus tobillos, ronroneando sonoramente. Una distracción. Un consuelo.

—¿Lo sabe su inspector? —preguntó la señora Penfield, sin poder contenerse—. ¿Lo de Genevieve?

—No es mi inspector—

—Oh, basta. ¿Lo sabe?

Clara notó cómo se le encendían las mejillas. —No. No lo sabe. Es un hombre de pruebas y lógica, señora Penfield. Pensaría que estoy... —Se detuvo, incapaz de pronunciar la palabra.

—Pensaría que eres extraordinaria —dijo la señora Turner con firmeza—. Porque lo eres.

—Los fantasmas no son pruebas admisibles en un tribunal —murmuró Clara—. ¿Cómo iba a explicarlo? 'Sí, inspector, sé que la víctima estaba tranquila porque mi abuela muerta me recolocó la lavanda para decírmelo'.

La señora Winters sonrió. —Quizá algún día. Cuando estés preparada.

—Quizá. —Pero el tono de Clara sugería *poco probable*.

—Un fantasma que resuelve crímenes —dijo de pronto Harriet, dejando traslucir que su mente de escritora seguía funcionando, a pesar de la ansiedad—. ¿Y si pudiera ver cosas que los vivos no ven? ¿Guiar al detective hacia las pistas?

Las Damas rieron suavemente.

—Harriet Collins —dijo la señora Penfield con fingida severidad—, ¿estás tramando tu próximo libro mientras estamos en medio de un ASESINATO DE VERDAD?

Harriet se sonrojó. —La mente de una escritora nunca descansa. No puedo evitarlo.

—La abuela no funciona exactamente así —dijo Clara, sonriendo a pesar de sí misma—. No es que me lleve hasta las pistas, más bien... me empuja hacia puertas por las que tengo que cruzar. Abrigos que se caen de los percheros. Guantes que aparecen donde no deberían estar.

—Pero en una HISTORIA —dijo Harriet, cada vez más entusiasmada—, podría ser más activa. Podría mover objetos para formar mensajes, o aparecer en espejos, o—

—Quizá deberíamos centrarnos en el asesinato que tenemos delante antes de que escribas tu próxima novela —sugirió la señora Turner con ironía.

—Por supuesto. Sí. Perdón. —Pero ahora los ojos de Harriet brillaban, el miedo temporalmente sustituido por la emoción creativa.

La señora Penfield se levantó, las faldas susurrando. —Las cartas. Tu abuela siempre hacía las cartas en noches como esta. Quizá se manifieste a través de ellas.

Clara fue a buscar la baraja del tarot del cajón tras el mostrador —la baraja desgastada que había pertenecido a Genevieve, y antes a su madre. Tres generaciones de sabiduría femenina reunidas en setenta y ocho cartas.

Cuando dejó la baraja sobre la mesa, Marmalade saltó con puntualidad perfecta y se sentó directamente sobre las cartas, la cola enroscada alrededor de las patas, mirándolas con la típica superioridad felina.

—Creo que Marmalade tiene opiniones sobre la lectura —observó la señora Penfield.

—Marmalade tiene opiniones para todo —dijo Clara, alargando la mano para cambiarle de sitio.

Él se dejó trasladar con dignidad herida, instalándose en el borde de la mesa donde podía observar lo que ocurría con aire de magistrado ante un juicio especialmente tedioso.

Clara barajó las cartas; el peso y la textura familiares la anclaron en el presente. ¿Cuántas veces había visto hacer eso a su abuela? ¿Cuántas veces se habrían deslizado las manos de Genevieve por esas mismas cartas, desvelando el destino y el futuro a través de imágenes y símbolos?

—Cada una coge una —indicó la señora Penfield, como si Clara no lo supiera—. La carta que te llame.

MRS. PENFIELD FUE LA PRIMERA, con la mano flotando sobre la baraja extendida antes de escoger una carta cerca del centro. La dio la vuelta.

El Tres de Copas.

—¡Oh, qué bonito! —dijo Mrs. Penfield, iluminándose ante la imagen de tres mujeres alzando copas en señal de celebración—. Amistad, reuniones, alegría. Las cartas saben que estamos hechas para estar juntas.

Mrs. Turner sacó la siguiente, moviéndose más despacio, con más deliberación. Volteó su carta y mostró el Cuatro de Espadas: una figura tumbada en reposo, descansando, esperando.

—Descanso y recuperación —comentó con una media sonrisa irónica—. Se necesita paciencia. Mi cadera me lo recuerda últimamente.

Mrs. Winters escogió el Diez de Oros: una carta que mostraba un hogar familiar próspero, legado, estabilidad.

—Bueno, eso sí que tranquiliza —dijo ella, tan práctica como siempre—. Hogar y familia. La tienda, mi sobrino. Todo como debe estar.

Harriet sacó una carta con dedos temblorosos. La giró despacio.

La Justicia.

Exhaló bruscamente, el alivio inundando sus facciones. La figura de la carta sostenía una balanza y una espada, equilibrada, imparcial. La verdad saldrá a la luz.

—La verdad saldrá a la luz —susurró Harriet—. Tiene que hacerlo.

Clara fue la última en sacar. Su mano se movió sobre las cartas, buscando… algo. No sabía qué. Los dedos se detuvieron, se asentaron y sacaron una carta.

La Luna.

Se quedó mirando la imagen: una luna colgando sobre el agua, un sendero serpenteante entre dos torres, un cangrejo emergiendo de las profundidades. Misterio. Ilusión. Cosas ocultas bajo la superficie.

—No todo es lo que parece —dijo Mrs. Penfield en voz baja, leyendo la carta—. Confía en lo que sientes, no solo en lo que ves.

Clara estudió la carta. La Luna: una carta de intuición, de mirar bajo la superficie, de fiarse más del instinto que de las pruebas. Qué distinto del mundo de Graham, hecho de hechos, pruebas y evidencias admisibles.

Pero quizá esa era la clave.

—¿Qué significa? —preguntó Harriet—. ¿Para la investigación?

—Significa —dijo Mrs. Turner pensativa— que Clara debe confiar en su propio juicio. La verdad puede que no sea evidente.

Clara estudió la carta. La Luna: una carta de intuición, de mirar bajo la superficie, de confiar en los instintos más que en las pruebas. Qué opuesto al mundo de Graham, donde reinan los hechos y la prueba tangible.

Pero quizá ahí estaba la clave. Quizás necesitaba ambas cosas: su lógica y sus propios instintos trabajando a la par.

Confía en lo que sientes, no solo en lo que ves.

La estancia se había vuelto más cálida. O quizá era solo el fuego. Clara creyó—solo por un momento—sentir un leve aroma a lavanda, aunque bien podría ser de los ramilletes secos que colgaban de las vigas.

Podría ser.

Mrs. Penfield recogió las cartas con respeto reverente.—Tu abuela estaría orgullosa de ti, Clara. Resolviendo asesinatos, plantando cara a ese apuesto inspector. Viviendo de verdad.

Clara sonrió, pero no dijo nada. El aroma a lavanda se desvaneció —si es que realmente había estado allí.

Las damas comenzaron a prepararse para marcharse, abrigándose contra el frío, recogiendo guantes, bolsos y bastones.

Harriet se detuvo en la puerta, con una mano apoyada en el marco.—Clara. Mañana, cuando vayas a la editorial.

—¿Sí?

—Mañana, en la editorial. Si Miss Dobbs tiene allí un sombrero… revísalo. Revisa los alfileres del sombrero —la voz de Harriet sonó urgente—. Si alguien siguió mi manuscrito, ahí es donde estaría el arma.

—Lo haremos —prometió Clara. Graham había dicho que registrarían la oficina y hablarían con el personal. Si había un sombrero, lo encontrarían.

Harriet asintió y se deslizó hacia la noche, seguida del coro de despedidas de las demás damas y sus recordatorios de tener cuidado y su exigencia de estar al tanto de todo.

Luego Clara se quedó sola con Marmalade, el fuego moribundo y las cartas aún dispuestas sobre la mesa.

Volvió a mirar La Luna. Confía en tu instinto.

Su mente volvió a las palabras de Mrs. Turner. Asuntos pendientes. La presencia de su abuela aún flotando, vigilando, guiando.

¿Qué había dejado pendiente Genevieve?

Y por qué, cuando Clara lo pensaba, su mente seguía volviendo una y otra vez a su padre. A preguntas que no pudo hacer en su momento, a detalles que nunca terminaron de encajar. A cómo la abuela siempre cambiaba de tema...

Marmalade maulló —un sonido agudo y exigente.

—La cena. Sí. Lo sé.

Clara sacudió el humor y empezó a recoger las tazas de té. Mañana iría con Graham a la editorial. Mañana buscarían el sombrero de Lily, el arma del crimen, las respuestas.

Esa noche tenía un gato al que alimentar, cartas que recoger y un fuego que atizar.

Recogió las cartas, pero antes de guardar La Luna, se detuvo. La dejó a un lado, apoyada en la repisa junto a un tarro de manzanilla seca.

Un recordatorio.

Después apagó las velas y fue en busca de la cena de Marmalade.

doce

LAS OBSERVACIONES DE MARMALADE

En las que mi humana se comporta de manera extraña y me deja por fin en paz.

TRES SOMBREROS.

Clara se ha probado tres sombreros esta mañana, plantada ante el espejo que suele ignorar, salvo cuando revisa si tiene manchas de hierbas. El azul. El gris. Otra vez el azul.

Alisa las faldas. Se mira en el reflejo. Vuelve a alisar las faldas.

Esto no es su rutina habitual de mañana. Lo normal es ser eficiente—preparar remedios, organizar el inventario, abrir las contraventanas. Esto es un ir y venir innecesario. Una energía nerviosa que hace que me tiemblen los bigotes.

Viene su inspector. Es evidente.

La observo desde el mostrador mientras cruza hacia el atril de lectura. El libro de la abuela está allí—ese grande, con flores prensadas y olor a papel antiguo. Clara lo abre, buscando algo.

Las páginas revolotean. No hay brisa. No hay corriente. Simplemente ese movimiento que significa que el fantasma está interfiriendo.

El libro se abre solo. A la página equivocada, está claro.

La mano de Clara va a pasar de hoja, se detiene. Lee. Se le pone la cara roja. Muy roja, del cuello a la frente.

Cierra el libro de golpe. Con fuerza.

—Abuela —murmura—. Eso no ayuda nada.

El aroma de lavanda flota por la tienda. Lavanda satisfecha.

No apruebo que los fantasmas se entrometan en asuntos de amor. Es muy poco digno.

Clara se coloca el sombrero azul en la cabeza—ahora decidida. Alisa sus faldas por última vez. Acomoda su expresión con una calma que no me engaña en absoluto.

Suena la campanilla de la tienda.

Entra su inspector, quitándose el sombrero. —Señorita Wetherly. Buenos días.

—Inspector. Estoy lista.

Se miran. Demasiado tiempo para un saludo, no lo bastante para resultar incómodo. El ambiente cambia. Baja medio grado la temperatura. Ninguno se mueve.

Entonces él señala la puerta. —¿Vamos?

Ella recoge los guantes y el pequeño bolso. Se detiene para rascarme detrás de las orejas. —Pórtate bien, Marmalade.

Como si yo fuese quien necesita que le den instrucciones.

Se marchan juntos. Guardando una distancia prudente. Sin mirarse el uno al otro. Pero pendientes de cada movimiento.

Los humanos creen que son discretos.

La campanilla marca su salida.

Por fin. Tranquilidad.

Sin señoras parloteando. Sin Clara trasteando por ahí. Sin su inspector ocupando el espacio.

Me tumbo en mi rayo de sol. Calor suficiente para vigilar y dormir la siesta.

Ser guardián resulta agotador.

CAMINAR al lado de Graham se sentía distinto esta mañana. Clara se repetía que era por la investigación, por la expectación. Desde luego que no tenía nada que ver con cómo se le aceleraba el pulso cada vez que la manga de él rozaba la suya al sortear un puesto de la calle.

Se estaba comportando de manera ridícula.

—¿Ese es un sombrero nuevo? —preguntó Graham.

La pregunta fue tan inesperada que Clara casi tropezó. —¿Cómo? No. ¿Por qué lo dices—?

—Pareces... diferente.

Diferente. Ni mejor, ni peor. Diferente. Lo cual significaba que la había mirado con la suficiente atención como para notarlo.

—Es el mismo sombrero de siempre —mintió, evitando su mirada.

—Mm.

Ese sonido. Ese maldito sonido de quien sabe demasiado. Clara luchó contra el impulso de revisar el lazo por cuarta vez esa mañana.

—¿Mrs. Penfield se encarga de la tienda? —preguntó, cambiando de tema para alivio de Clara.

—Bajo estrictas órdenes de no reorganizar nada.

—¿Confías en que lo cumpla?

—En absoluto. Pero la alternativa era cerrar todo el día y no me lo puedo permitir— —Clara se detuvo. Casi había dicho demasiado. —Está bien. Se las arreglará.

Graham la miró de reojo, pero no insistió. Otro pequeño gesto que Clara no se esperaba.

Doblaron hacia Paternoster Row—una calle que Clara había cruzado docenas de veces sin fijarse realmente. Hoy le parecía distinta. Más real. Allí fue donde Philip Hartwick construyó su imperio de mentiras. Donde trabajó Lily Dobbs. Donde alguien cometió un asesinato.

Hartwick & Sons se alzaba a mitad de la calle, el crespón negro de luto destacando contra la piedra clara.

—¡Un penique por las noticias! —la voz de un niño resonó—. ¡Asesinato! ¡Lea sobre el asesinato del editor!

Graham compró un periódico, su expresión se volvió impenetrable mientras leía el titular. Clara alcanzó a ver: EL IMPERIO DEL EDITOR, EDIFICADO SOBRE MENTIRAS.

—No han tardado nada —dijo ella en voz baja.

—Nunca lo hacen —Graham dobló el periódico con movimientos precisos y secos—. Cuando un hombre muere, a todos se les ocurre de repente cuánto le odiaban.

—¿PERO de verdad lo era—?

—Sí. —La voz de Graham sonó monótona—. Todo lo que están publicando probablemente sea cierto. Incluso puede que lo estén suavizando.

Clara pensó en la carta de rechazo de Harriet. La crueldad despreocupada de aquellas palabras: desestimando el trabajo, burlándose del intento. Y él se lo había escrito a una desconocida, alguien cuyo manuscrito simplemente había llegado por correo. Si Philip Hartwick había tratado con tanto desprecio a una autora a la que no conocía, ¿cómo habría tratado a la gente que trabajaba para él? ¿A los que no podían escapar?

El crespón negro de las ventanas ondeó con una ráfaga de viento frío.

Graham empujó la puerta y entraron.

EL VESTÍBULO OLÍA a papel y tinta; aromas familiares que recordaban a Clara los libros de cuentas y los recibos. Pero bajo ese olor, había algo más. Ansiedad, tal vez. Ese aroma rancio y particular de los lugares donde la gente ya no se siente segura.

Un joven estaba sentado en un escritorio junto a la puerta, con papeles esparcidos ante él en un caos que parecía deliberado. Tenía tinta en el cuello de la camisa y un gesto nervioso de empujar las gafas hacia arriba cada pocos segundos. Cuando levantó la vista y los vio, su expresión pasó de la distracción a una curiosidad educada.

—¡Oh! Vaya. ¿Puedo ayudaros? —Se puso en pie de un salto, casi tirando el tintero de lo rápida que fue la maniobra.

Graham sacó su tarjeta. —Inspector Redgrave, de Scotland Yard. Esta es la señorita Wetherly, que está colaborando en ciertos aspectos de la investigación.

Los ojos del joven se abrieron mucho tras sus gafas. —¡Scotland Yard! Sabía que vendríais. Llevo dándole vueltas toda la noche... a lo del martes, quiero decir. No he podido dormir, en realidad. No he dejado de imaginarme situaciones—bueno, da igual. —Volvió a subirse las gafas—. Soy George Simmons. Jefe de oficina, aunque es

un título bastante pomposo teniendo en cuenta que ahora solo quedamos tres. Antes éramos cuatro... bueno. Antes.

Hablaba demasiado deprisa, y sus manos jugaban nerviosas con los papeles del escritorio. Clara reconoció los signos: alguien que había guardado información y necesitaba soltarla desesperadamente.

—Necesitamos hablar con el responsable —dijo Graham—. Y examinar el despacho del señor Hartwick.

—El señor Whitmore, sí, es el gerente principal. Está arriba. Puedo ir a buscarle, pero antes… —Simmons se inclinó confidencialmente, bajando la voz—. Debería contaros lo del martes. He estado pensando en ello sin parar. Atando cabos. Soy bastante bueno fijándome en detalles. Es lo que tiene archivar la correspondencia... acabas viendo patrones en los hábitos de la gente.

Graham sacó su libreta, y Simmons prácticamente tembló de importancia.

—¿Trabajabas aquí el martes? ¿El día que murió el señor Hartwick? —preguntó Graham.

—Hasta las seis, como siempre. Bueno, normalmente me quedo hasta y media, pero el martes me fui puntual porque... —Volvió a subirse las gafas—. Porque el señor Covington había estado gritando, y pensé que era mejor marcharse antes de que hubiera más problemas.

Clara notó cómo se agudizaba su atención. —¿El señor Covington? ¿El escritor?

—Edgar Covington, sí. Llegó sobre las cinco y media. Muy alterado. Se le notaba con solo verle entrar—la gente dice mucho con la forma en que entra en un lugar, ¿no te parece? —Simmons no esperó respuesta—. Exigió ver al señor Hartwick de inmediato. Por unos pagos, dijo. Un dinero que le debían.

—¿Escuchaste su conversación? —preguntó Graham.

—Oh, sí. Todos lo oímos. Aquí las paredes son finísimas; sé mucho más de los problemas digestivos del señor Whitmore de lo que quisiera. —Simmons hizo una mueca—. El señor Covington gritaba que le estaban estafando. Dijo algo de destapar prácticas

fraudulentas en todos los periódicos de Londres. Muy dramático. Muy enfadado.

Clara observó el rostro de Simmons. Disfrutaba con aquello—no del asesinato, sino de la importancia de ser interrogado. De la oportunidad de demostrar sus dotes de observación.

—¿A qué hora llegó el señor Covington? —preguntó Graham.

—Sobre las cinco y media. Yo seguía trabajando cuando entró. —Simmons volvió a empujar sus gafas—. Y los gritos duraron bastante, ¿eh? Quizá veinte minutos. Se oía incluso desde aquí. Sobre todo la voz del señor Covington, diciendo que le estaban engañando, que era un ladrón.

—¿Y cuándo te fuiste?

—A las seis en punto, señor. A mi hora habitual. De hecho, seguían gritando cuando me fui. Pensé que era mejor... bueno. No estar aquí para lo que ocurriera después.

Clara observó a Simmons detenidamente. —¿Así que no sabes cuándo se fue el señor Covington? ¿O si llegó a marcharse?

—No, señorita. Yo ya me había ido. —Simmons parecía incómodo —. Que yo sepa, podría haberse quedado o haber vuelto después. Solo sé que seguía ahí arriba gritando cuando salí.

—¿Alguien más visitó al señor Hartwick esa tarde? —La voz de Graham era cuidadosamente neutral—. ¿Después de que te marcharas?

—Personalmente no lo sé —respondió Simmons—. Yo ya me había ido. Pero—

—¿Pero? —insistió Clara suavemente.

Simmons jugueteó con su pluma. —Bueno. Es solo que... el señor Hartwick a veces recibía visitas por la tarde. Cuando el personal ya se había marchado. Los martes por la tarde, en particular.

Clara mantuvo su expresión cuidadosamente neutral, aunque su mente iba a toda velocidad. Aquello era—la confirmación de lo que el cochero había contado a las Damas.

—¿Qué tipo de visitas? —preguntó Graham.

—No debería... —Simmons miró de reojo a Clara—. No es apropiado hablar de esas cosas, especialmente delante de una

señorita.

—Señor Simmons —dijo Clara en voz baja—, han asesinado a un hombre. La decencia importa menos que la verdad.

Él la miró parpadeando, y luego asintió. —Sí. Sí, por supuesto. Tiene razón. Muy sensata. —Bajó la voz—. Visitas de mujeres. El señor Hartwick recibía visitas de mujeres los martes por la tarde.

El rostro de Graham no cambió, pero Clara notó cómo se agudizaba su atención. —Nos han dicho que el señor Hartwick tenía una amante. Una empleada de aquí. ¿Sabe quién era?

Simmons se subió las gafas tres veces seguidas. —La señorita Dobbs. Lily Dobbs. Trabajaba aquí como administrativa—mecanografía, archivaba, ese tipo de cosas. —Miró de uno a otro—. Todos en la oficina lo sabíamos. Simplemente... nadie lo mencionaba. No era asunto nuestro.

CLARA ARCHIVÓ ESA INFORMACIÓN. Así que la aventura era de dominio público en la oficina—al menos entre el personal. Si Lily Dobbs había sido consciente de que todos estaban hablando de ello, si le había importado... eso estaba por ver.

Y la señora Hartwick lo sabía también—ella había estado pagando las facturas de la sombrerera por esos sombreros. ¿Había sido cómplice? ¿O simplemente estaba atrapada, como tantas esposas, obligada a aceptar lo que no podía cambiar?

—¿Ha venido la señorita Dobbs a trabajar desde el martes? —preguntó Graham.

—No, señor. En absoluto. Pensamos que quizá estaba enferma, pero luego el señor Whitmore mandó a alguien a su pensión ayer. —Los nervios de Simmons iban en aumento—. La casera dijo que se había marchado el miércoles por la mañana, con las maletas. No dijo adónde iba. Simplemente... desapareció.

La mente de Clara repasó la cronología. Edgar Covington llegó a las cinco y media, gritó a Philip durante veinte minutos o más. El cochero vio a un hombre alterado salir sobre las seis—aquél debía de ser Edgar. Luego la mujer llorando a las siete—Lily Dobbs, acudiendo a su "tarde habitual de los martes".

Pero ¿por qué lloraba? ¿Había discutido también con Philip? ¿Lo había encontrado ya muerto—asesinado por Edgar durante la pelea? Entonces, ¿por qué no pedir ayuda? ¿Por qué huir?

A menos que ella misma lo hubiese matado. Utilizando el método del manuscrito de Harriet—el que describía precisamente su situación. Amante embarazada, editor cruel.

Pero eso solo era una teoría. No tenían pruebas de que nadie hubiera usado ese manuscrito. Todavía.

—Tenemos un testigo —dijo Graham con cautela—, que vio a una mujer marcharse de este edificio el martes por la tarde, sobre las siete. Estaba llorando. ¿Podría haber sido la señorita Dobbs?

Simmons vaciló y luego asintió de mala gana. —Supongo que podría serlo. Si fue el martes por la tarde, a esa hora... sí. Probablemente era ella. Era su tarde habitual para la visita.

—¿Y cómo supo todo el mundo lo de ese acuerdo? —preguntó Clara—. ¿Por qué era tan evidente?

—Bueno, señorita... —Simmons parecía avergonzado—. Estaban los regalos. El señor Hartwick le compraba cosas. Sombreros, sobre todo—aquellos enormes franceses, con plumas de pavo real y flores de seda. Terriblemente caros. Ella los llevaba al trabajo. Todos sabíamos lo que significaban.

La atención de Graham se aguzó. —¿Los llevaba a menudo?

—Distintos, pero sí. Casi todos los días. —Simmons se reajustó las gafas—. Eran bastante... estridentes, la verdad. Pero ella parecía orgullosa de ellos.

Clara pensó en la muchacha con aquellas monstruosidades en la cabeza, creyendo que significaban amor. Pero la compasión no iba a ayudar ahora a Lily Dobbs. Solo la verdad lo haría.

—Señor Simmons —dijo Graham, con un matiz más duro en la voz—, ¿qué pensaba la señora Hartwick de esta situación? ¿La empleada de su marido luciendo caros regalos, con todos en la oficina al tanto?

Simmons se removió incómodo. —Oh, bueno... La señora Hartwick está aquí casi todos los días, señor. Ella toma todas las decisiones importantes—todo el mundo lo sabe. Debía de saber lo de la señorita Dobbs.

Clara sintió cómo su atención se enfocaba. ¿La señora Hartwick llevaba el negocio? Pero Caroline había dado a entender que era solo la mujer de Philip, sin participación en el día a día.

—¿La señora Hartwick dirige Hartwick & Sons? —preguntó Graham con cautela.

—Oh, sí, señor. Lleva años haciéndolo. El señor Hartwick se ocupaba de lo público—reunirse con autores, ese tipo de cosas. Pero la señora Hartwick es la auténtica editora. Lee todos los manuscritos, toma todas las decisiones sobre qué publicar. —Simmons se recolocó las gafas—. Todos lo sabíamos, pero... bueno. No convenía decirlo, ¿verdad?

—¿Y trabajaban juntas la señora Hartwick y la señorita Dobbs? —preguntó Clara.

—No, señorita. La señorita Dobbs era mecanógrafa. La señora Hartwick trataba con manuscritos y editores. Pero en una oficina tan pequeña... —Dejó la frase en el aire, cargada de intención.

—Todo el mundo sabía lo del asunto —afirmó Graham, seco.

—Sí, señor. Incluida la señora Hartwick. Aunque nunca dijo nada al respecto. Que yo haya oído.

—¿Estaba la señora Hartwick aquí el martes por la tarde?

Simmons reflexionó un momento. —Creo que ese día se marchó pronto. ¿Sobre las cinco, quizá? Pero no estoy seguro.

Graham tomó nota. Clara observó su expresión—Caroline Hartwick había mentido sobre su implicación en el negocio. ¿Sobre qué más habría mentido?

—Háble me del propio señor Hartwick —dijo Graham—. ¿Qué clase de hombre era?

La expresión de Simmons cambió—la incomodidad mezclándose con algo que casi parecía alivio. —¿Quiere la verdad, inspector? ¿O lo que se supone que hay que decir de los muertos?

—La verdad.

—Era terrible. —Las palabras brotaron atropelladamente—. Con todos. El personal, los autores, los impresores a los que debía dinero. Estos últimos meses había ido a peor. Paranoico. Siempre comprobando cerraduras, sobresaltándose con cualquier ruido. Murmuraba que la gente conspiraba contra él. —Simmons se subió

de nuevo las gafas—. Aunque supongo que si engañas a bastante gente, al final sí acabas teniendo conspiradores.

—¿Había gente conspirando? —preguntó Clara.

—No sé si conspirando, pero desde luego había muchos enfadados. —Simmons contó con los dedos—. El señor Covington y sus amenazas. Los impresores que no había pagado. Los autores exigiendo sus royalties. La señora Hartwick siempre tratando de apaciguar las cosas. —Se detuvo—. Si me preguntara quién quería muerto al señor Hartwick, tendría que decir: todos los que le conocían.

La frase fue pronunciada con tal sinceridad y pragmatismo que Clara estuvo a punto de reír. A punto.

—Vaya lista de sospechosos —dijo Graham con ironía.

—Sí, bueno. —Simmons parecía bastante orgulloso de su observación—. Llevo toda la noche dándole vueltas, como he dicho. Haciendo listas. Considerando móviles. Es fascinante, en realidad, desde un punto de vista lógico. Como un rompecabezas.

—¿Puede acompañarnos al despacho del señor Hartwick? —preguntó Graham.

—¡Por supuesto! Déjeme buscar primero al señor Whitmore. Querrá estar presente. —Simmons subió apresuradamente las escaleras.

La mente de Clara seguía procesando lo que habían averiguado. Edgar Covington, violento y desesperado. Lily Dobbs, la amante que había desaparecido. Caroline Hartwick, la que lo manejaba todo y lo sabía todo—y había mentido sobre ello.

EL SEÑOR WHITMORE apareció unos minutos después, con Simmons flotando tras él—un hombre delgado y grisáceo que parecía haber pasado demasiados años gestionando las crisis ajenas. Estrechó la mano de Graham y luego se volvió hacia Clara con una leve inclinación de cabeza.

—Señorita Wetherly. Una circunstancia poco habitual.

—Tiempos inusuales, señor Whitmore —dijo Clara.

—Ciertamente. —No discutió su presencia, lo que Clara agradeció.— Por aquí, por favor.

Los condujo escaleras arriba por un estrecho tramo. El edificio crujía a su alrededor—madera vieja asentándose, el distante repiqueteo de las máquinas de escribir en otras oficinas. La vida seguía a pesar de la muerte. Clara percibió el aroma de la tinta de imprenta y el pegamento de encuadernar, ese olor tan particular de los lugares consagrados a las palabras.

Whitmore se detuvo ante una puerta en la que figuraba la placa con el nombre de Philip Hartwick.—Nadie ha entrado desde el miércoles por la mañana, cuando vinieron los agentes. Apenas echaron un vistazo; dictaminaron que era fallo cardíaco antes de terminarse el té, hasta donde sé. —Negó con la cabeza.— Y luego llegó la Navidad, claro. La oficina ha estado cerrada.

Abrió la puerta con su llave.

Clara entró y se le cortó la respiración—no por horror, sino por lo corriente que resultaba todo. Simplemente una oficina. Escritorio, silla, estantería, una ventana con vistas a Paternoster Row. El fuego de carbón llevaba días apagado, y la habitación conservaba un frío húmedo que le hizo estremecerse. La luz gris de diciembre se filtraba por los cristales sucios, iluminando motas de polvo que flotaban en el aire inmóvil.

Y allí, junto a la puerta, en un sencillo perchero de madera, colgaba lo que tal vez era el sombrero más feo que Clara había visto en su vida.

Clara mantuvo la mirada fija en el escritorio, sin dejarse mirar directamente el sombrero todavía. No hasta que hubiese pensado exactamente qué estaba buscando.

—Señor Whitmore, gracias —dijo Graham.— Necesitaré intimidad absoluta para el examen. ¿Podría preparar esa lista del personal y visitantes del martes?

—Por supuesto, inspector. —Whitmore se retiró, arrastrando a Simmons con él pese a la visible reticencia del administrativo a marcharse.

La puerta se cerró con un clic.

Graham se dirigió directamente al escritorio, sus movimientos metódicos.—Edgar Covington —dijo, abriendo los cajones.— Es nuestro principal sospechoso. Mal genio, amenazas públicas, le vieron marcharse hecho una furia. Si consigo pruebas de la deuda—

Pero Clara apenas le escuchaba. Su mente trataba de encajar las piezas.

El cochero dijo que la mujer que lloraba se fue a las siete. Si era Lily Dobbs, y se marchó a las siete, pero Philip no fue hallado muerto hasta la mañana siguiente... El asesinato tuvo lugar después de que ella se marchara.

Edgar Covington se fue a las seis, enfadado. Pudo volver tras irse el resto del personal. ¿Pero qué pasó con Lily?

Ella vino para su «martes por la tarde habitual». ¿Encontró a Philip ya muerto? ¿O siguió vivo?

Si estaba vivo, y ella le mató...

La mente de Clara volvió al manuscrito de Harriet. El método era preciso. Se necesitaban conocimientos anatómicos. El lugar exacto en el que golpear, el ángulo preciso. ¿Una joven oficinista sabría eso?

A menos que hubiese leído el manuscrito de Harriet. Los administrativos gestionaban la correspondencia. Archivaban rechazos. Podían ver manuscritos aunque no debieran leerlos.

Si Lily leyó ese manuscrito, sabría perfectamente cómo hacerlo. La historia describía su situación: amante embarazada, editor cruel.

Y si alguien usó ese método, tendría que devolver el arma después. Ocultarla entre otros alfileres de sombrero, donde nadie pensaría buscar.

La mirada de Clara derivó hacia el perchero, hacia el enorme artefacto de seda azul y plumas de pavo real.

—Aquí —dijo Graham, satisfecho.— Las cuentas de Hartwick. Mira esto—Edgar Covington, derechos americanos vendidos, pagos a autores que no aparecen. Se lo embolsó todo.

—Eso es un motivo de peso —dijo Clara, distraída.

—Es un motivo para asesinar. Si Covington volvió después de que todos se marchasen— —Graham hojeaba los libros de cuentas.—

Necesito encontrar más pruebas. Documentos con amenazas, pruebas de otros autores estafados—

Clara se dirigió hacia la estantería como si sólo estuviera examinando la sala mientras Graham trabajaba. Contratos de edición. Correspondencia comercial. Nada que le llamase especialmente la atención.

El sombrero la atraía como un imán.

Realmente era espectacular en su fealdad. La seda azul, dominada por plumas de pavo real que se erguían en ángulos agresivos, como si el ave hubiese muerto a mitad de un grito. Flores artificiales en tonos rosas y amarillos que la naturaleza había evitado sabiamente—estridentes incluso con la luz gris. Pequeños pájaros disecados engarzados entre el caos, sus ojos de cristal captando el escaso resplandor que se colaba por la ventana sucia. El tipo de sombrero que costaba el sueldo de un mes para una oficinista.

El tipo de sombrero que un hombre compra para una mujer a la que utiliza, eligiendo algo que satisface su propia vanidad sin pensar en ella en absoluto.

—Ese sombrero es interesante —comentó Clara con naturalidad, manteniendo un tono ligero.

Graham alzó la vista de los libros de cuentas.—¿Qué? Ah. Sí. Debe de ser de la señorita Dobbs.

—Debe de haber costado una fortuna. —Clara se acercó, ladeando la cabeza como si admirase el trabajo artesanal.— Esas plumas de pavo real. La seda.

—Mm. —Graham ya había vuelto a concentrarse en las cuentas, pasando el dedo por las columnas de cifras.

Clara estiró la mano, sus dedos flotando sobre una de las plumas de pavo real. El corazón le latía con fuerza, pero mantuvo sus movimientos desenfadados. Curiosos. Como si sólo fuese una mujer admirando las pertenencias de otra.

Si de verdad se usó el manuscrito de Harriet. Si de verdad la asesina devolvió el arma a su sombrero. Entonces seguiría ahí. ¿Verdad?

Sus dedos encontraron los alfileres. Largos alfileres de acero atravesando la copa, sujetando toda la elaborada estructura. La seda

se sentía fría y algo áspera bajo las yemas, cara pero estridente. Contó con cuidado, metódicamente, igual que contaba gotas al preparar una tintura. Cinco alfileres en total.

Cuatro tenían cabezas decorativas: cristal de colores atrapando la débil luz de diciembre. Azul como zafiros. Verde como vidrio de botella. Ámbar como miel bañada en sol. Rosa como colorete barato. Cosa bonitas para un sombrero que no lo era en absoluto.

Y UN ALFILER ERA DISTINTO. Más largo que los demás. Acero simple con solo una cuenta azul en la cabeza. Nada fuera de lo común. El tipo de alfiler que podría llevar cualquier mujer. De esos que se confunden entre los otros, invisibles a menos que estuvieras buscando uno en particular.

Excepto.

Clara inclinó ligeramente el sombrero, captando la luz gris del invierno que entraba por la ventana. Allí. En la base de la cuenta azul, justo donde se unía al vástago de acero. Una diminuta mancha. Marrón oscuro, casi negra. Tan pequeña que la habría pasado por alto si no estuviera buscando. Si no supiera que debía buscar.

Pero estaba buscando. Y la vio.

Dejó de respirar. La habitación pareció reducirse solo a esto: el sombrero, el alfiler, esa diminuta y condenatoria mancha oscura.

Oh.

Ya no era una teoría. Era real.

—Inspector —dijo, y su voz sonó más firme de lo que se sentía —. Creo que tenemos el arma homicida.

—Un momento—estoy intentando calcular la cantidad exacta que se le debe a Covington—

—Graham. —Su nombre de pila, pronunciado a propósito. Lo bastante afilado para atravesar su concentración—. Ahora. Por favor.

La urgencia en su voz hizo que él levantara la vista. Clara sostenía el sombrero con cuidado entre ambas manos, inclinado hacia la luz de la ventana. Su rostro estaba pálido bajo la tarde gris, el gesto concentrado.

Cruzó hasta su lado en tres zancadas, el libro de cuentas olvidado en el escritorio. —¿Qué ocurre?

—Los alfileres del sombrero. —Clara señaló sin tocarlos. Tenía la mano firme, pero él podía ver el pulso acelerado en su cuello—. Fíjate en este.

Graham sacó su pañuelo—lino blanco, limpio, que su ama de llaves insistía en que llevase siempre consigo—y lo usó para extraer con sumo cuidado el alfiler sencillo del sombrero. Lo sostuvo frente a la ventana, inclinándolo para atrapar el escaso brillo que ofrecía diciembre.

La diminuta mancha oscura apenas se distinguía. Era solo un punto, en realidad. Marrón oscuro contra la cuenta azul, fácil de pasar por alto. Alguien había limpiado el alfiler, pero había dejado este pequeño rastro justo en la base donde la cuenta se unía al acero.

—Sangre —dijo Graham en voz baja. Su tono se volvió plano, como siempre que las pruebas confirmaban sus peores sospechas.

El estómago de Clara se contrajo. Había esperado, al menos en parte, estar equivocada. —¿Estás seguro?

—Tendré que comprobarlo de manera adecuada. Pero sí. —Examinó el alfiler con atención absoluta, igual que miraba todo lo que era importante—. Mira la longitud. Quince centímetros. Calibre estrecho. Acero simple. Y la punta— —Señaló el extremo con un dedo muy preciso—. Aquí también queda una traza apenas perceptible. Alguien intentó limpiarlo, pero no lo logró del todo.

Ahora estaba muy cerca de ella. Lo bastante cerca como para que Clara percibiera el olor a lana de su abrigo, el leve aroma de jabón y tinta. Lo suficientemente cerca para ver cómo apretaba la mandíbula al asimilar lo que significaba todo aquello.

—El manuscrito de Harriet —dijo Clara en un susurro—. El asesino devuelve el arma a su propio sombrero.

—El sombrero de la señorita Dobbs. —Graham levantó la vista del alfiler, los ojos buscando los de Clara. Durante un momento, ninguno de los dos se movió. La luz gris de la ventana caía entre ellos, cargada de polvo y frío de diciembre—. Ella le mató, puso el

arma homicida de nuevo entre sus alfileres, donde nadie pensaría mirar, y después huyó presa del pánico, olvidando todo el sombrero.

—Habría tenido que leer el manuscrito. Saber el método.

—Es mecanógrafa. Lo habría visto al llegar. Lo archivó tras el rechazo. —Graham se detuvo, dándole vueltas a la lógica—. Y el manuscrito relataba exactamente su situación. Amante embarazada, editor cruel. Debió reconocerse en esas páginas.

Graham envolvió el alfiler despacio en su pañuelo, con movimientos cuidadosos. El lino blanco resaltaba contra la mancha oscura.

Pero algo inquietaba a Clara. Un detalle que no acababa de encajar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Graham, observando su rostro.

—Su motivo —dijo Clara despacio—. Quiero decir... La estaban cuidando. Recibía regalos, como estos sombreros. Mantenía una aventura y parecía conforme con la situación. ¿Por qué iba a planear un asesinato de repente? No tiene sentido.

—¿No lo tiene? —La voz de Graham era prudente—. No sabemos qué cambió. Qué pudo decirle o hacerle esa noche. Quizá le dijo que había terminado. Quizá la amenazó.

—Pero esto no fue un arrebato. —Clara señaló el alfiler que él tenía en la mano—. Esto fue calculado. Preciso. Habría tenido que leer el manuscrito, recordar el método, planear cómo hacerlo. Eso requiere tiempo. Premeditación.

—Sí. —Graham se pasó la mano por el pelo—un gesto de frustración poco habitual en él—. Lo requiere.

—Edgar Covington sí tiene un motivo claro —prosiguió Clara—. Dinero, desesperación, amenazas públicas. Estuvo aquí esa noche, discutiendo con Philip. Eso sí encaja con un asesinato. Pero Lily Dobbs... —Se detuvo.

—Tiene el arma homicida en su sombrero —remató Graham, seco—. Así que es nuestra asesina, independientemente de lo irrevocable o lógico que resulte su motivo.

Miró hacia el alfiler envuelto en su mano, el pañuelo blanco resaltando contra el abrigo oscuro. Cuando volvió a alzar la vista, algo había cambiado en su expresión.

—Tenemos que encontrar a la señorita Dobbs —dijo—. Llevarla a declarar. Ver qué tiene que decir al respecto.

No era exactamente certeza. Pero tampoco pura duda.

Clara asintió despacio. El sombrero descansaba en su perchero, estrafalario y abandonado, las plumas de pavo real atrapando la luz gris de diciembre.

Si Lily Dobbs había leído aquel manuscrito, si había planeado el asesinato usando el método de Harriet, entonces sabía que el sombrero lo era todo. La clave estaba en salir a la calle llevando el arma puesta.

Entonces, ¿por qué seguía aquí?

trece

La casa de Merton Street era estrecha y deslucida, encajada entre la tienda de un comerciante y un edificio que en otro tiempo habría sido algo más grandioso. La pintura se desprendía del marco de la puerta. Un rostro infantil apareció fugazmente en una ventana del piso superior para desaparecer luego tras una cortina raída.

Clara sintió con intensidad el contraste: la entrevista de ayer en la elegante casa de Caroline Hartwick, toda ella madera oscura y compostura controlada, y ahora esto. El hogar de una familia trabajadora, donde la respetabilidad se mantenía a base de esfuerzo constante y, aun así, las grietas salían a la luz.

Graham llamó a la puerta. Esperó.

La puerta se abrió, revelando a una mujer de unos cuarenta años, con mechones grises en el pelo y un delantal espolvoreado de harina. Su rostro mostraba la peculiar cautela de quien ha aprendido a esperar malas noticias.

—¿Mrs. Dobbs? —Graham se quitó el sombrero—. Soy el inspector Redgrave, de Scotland Yard. Esta es la señorita Wetherly. Hemos venido a hablar con su hija.

La mano de la mujer se aferró con fuerza al marco de la puerta. —No se encuentra bien. El impacto de todo esto... la muerte del señor Hartwick... lo ha llevado muy mal.

—Lo comprendo. Pero me temo que no puede esperar.

Por un instante, Clara pensó que iba a negarse; que cerraría la puerta, les impediría el paso, protegería a su hija como siempre han hecho las madres. Pero Mrs. Dobbs era una mujer práctica. Sabía lo que ocurría a las chicas que se negaban a colaborar con Scotland Yard.

—Está en el salón trasero —respondió con voz plana y derrotada —. Ahora la llamo.

Los condujo por un pasillo estrecho que olía a col hervida y a velas de sebo. Un niño pequeño asomó la cabeza por una puerta—el hermano de Lily, quizás, o un sobrino—antes de que una voz femenina y cortante le llamara la atención. La casa estaba llena de personas que intentaban no dejarse ver. Una familia cerrando filas en torno a su miembro herido.

El salón trasero era pequeño pero estaba limpio, amueblado con piezas que habían visto mejores décadas. Un fuego de carbón ardía débil en la chimenea, y alguien había dispuesto el té en una mesa de madera golpeada: un intento de parecer normales que no engañaba a nadie.

—Esperen aquí —dijo Mrs. Dobbs—. Ahora la traigo.

Esperaron. Clara observó la estancia: las cortinas remendadas, los tapetes zurzidos, la única lámina enmarcada con una escena pastoral que probablemente viniera ya con la casa. Un hogar donde cada penique contaba. Donde el trabajo de una hija como empleada de una editorial era motivo de orgullo.

Donde un embarazo de esa misma hija por parte del editor sería una tragedia.

Se oyeron pasos en las escaleras. Lentos. A regañadientes.

Lily Dobbs apareció en la puerta, y a Clara se le cortó la respiración.

Era más joven de lo que Clara había imaginado—veinte años a lo sumo—y tenía un rostro pálido y bonito, ahora hinchado por el llanto. El pelo oscuro recogido con severidad, como si el orden pudiera compensar la vergüenza. El vestido, modesto y de cuello alto, no lograba ocultar la suave curva de su vientre. Cinco meses quizá, tal vez seis.

Pero fueron sus ojos los que más impresionaron a Clara. Enrojecidos y agotados, sí, pero con algo de animal acorralado en la expresión. El pánico de quien sabe que la trampa se cierra.

—Señorita Dobbs —dijo Graham con voz neutra—. Gracias por recibirnos. Por favor, siéntese.

Lily se dejó caer en una silla, moviéndose con la cautela propia de las mujeres embarazadas. Sus manos enseguida se buscaron en el regazo, los dedos entrelazándose.

Su madre se apostó junto a la puerta, brazos cruzados, desafiando a cualquiera a cuestionar su presencia.

—Señorita Dobbs —comenzó Graham—, necesito hacerle unas preguntas sobre la tarde del martes, veintiuno de diciembre. La noche en que murió el señor Hartwick.

Lily se estremeció al oír el nombre. Sus dedos se tensaron.

—YA SE LO he contado a los agentes…—

—Lo sé. Pero necesito oírlo de tus propios labios.—

Clara observó el rostro de Lily mientras ésta se recomponía. La muchacha estaba asustada, sí, pero había algo más bajo esa superficie. Algo que se parecía casi a un alivio por fin al ser preguntada.

—Fui a la oficina esa noche.— Lily hablaba tan bajo que Clara tuvo que inclinarse para escucharla. —Siempre iba los martes. Cuando el personal ya se había marchado a casa. Philip—el señor Hartwick—lo prefería así.—

—¿A qué hora llegaste?—

—Serían las seis y media, quizá. Un poco más tarde. Las calles estaban llenas de gente.—

—¿Y qué ocurrió cuando llegaste?—

Las manos de Lily se quedaron quietas. Las miró como si pertenecieran a otra persona.

—Discutimos.—

—¿Sobre qué?—

Nadie dijo nada. La señora Dobbs se removió junto a la puerta, el rostro convertido en una máscara de angustia contenida. Ella lo

sabía, comprendió Clara. Sabía lo del romance, el embarazo, todo. Y allí estaba, viendo cómo su hija caminaba hacia la horca.

—Le pedí que se casara conmigo.— La voz de Lily se quebró. —Sé cómo suena eso. Sé que ya tenía esposa. Pero pensé... tenía la esperanza...— Se tapó la boca, luchando por recuperar el control. —Estoy esperando un hijo suyo. Creí que tal vez... al menos lo reconocería. Que nos ayudaría. Algo.—

—¿Y qué respondió el señor Hartwick?—

—Se rió.— La palabra salió amarga. Áspera. —Me llamó chica estúpida. Que debería darme por satisfecha con lo que había recibido—los sombreros, los pequeños regalos. Como si fuera una mascota a la que le tira sobras.—

Clara sintió un retorcijón en el pecho. Los sombreros. Esos absurdos y caros sombreros que señalaban a Lily como propiedad de Philip Hartwick igual que si la hubiesen marcado con hierro candente.

—¿Y después?— apremió Graham.

—Dijo que si volvía a mencionar el matrimonio, me encerraría en un manicomio.— La voz de Lily se volvió plana, mecánica. Como si relatara la tragedia de otra persona. —En Bedlam. Dijo que tenía los papeles de insania preparados. Que podía firmarlos cuando quisiera y que no volvería a ver la luz del sol.— Levantó la mirada, cruzando por primera vez la vista con Graham. —Dijo que me quitarían al bebé. Que lo criarían en el hospicio, o algo peor. Y que yo me pudriría en una celda del manicomio, sabiendo que mi hijo estaba en algún lugar, sufriendo, y sería culpa mía por no saber ocupar mi lugar.—

El fuego crepitó en el silencio. La señora Dobbs se volvió de espaldas, una mano cubriéndole la boca.

—¿Qué hiciste?— preguntó Graham en voz baja.

—Lloré. Supliqué. Hice el ridículo.— Lily soltó una carcajada horrible, rota. —Y después me fui. No soportaba verle la cara ni un segundo más. Simplemente... salí corriendo. Bajé las escaleras, salí a la calle. Ni siquiera abotoné bien el abrigo. Un cochero me vio—seguro que pensó que estaba loca, llorando así en el frío.—

—¿A qué hora fue eso?—

—No lo sé exactamente. ¿Las siete? ¿Un poco después?— Lily negó con la cabeza. —No pensaba en la hora. Solo quería escapar.—

—¿Y el señor Hartwick seguía vivo cuando te marchaste?—

—Sí.— La palabra salió con fuerza. Desesperada. —Estaba sentado en su escritorio, riéndose de mí. Estaba vivo. Yo no... Yo nunca...— No pudo terminar la frase.

Clara la observó. El terror parecía real. La desesperación en su voz, el temblor de sus manos, todo parecía auténtico.

Pero que lo pareciera no era una prueba.

Graham metió la mano en el bolsillo y sacó el paquete envuelto en un pañuelo. Lily lo miró, el ceño fruncido por la confusión.

—Señorita Dobbs, necesito enseñarle algo. Quiero que lo mire con atención y me diga si lo reconoce.—

Con movimientos lentos, desenvolvió el pañuelo y mostró la aguja de sombrero—quince centímetros de acero liso con una sencilla cuenta azul en el remate. La diminuta mancha oscura en la base apenas era visible bajo la luz tenue del salón.

Lily se inclinó, entrecerrando los ojos. —Es una aguja de sombrero. Yo no...—

Y entonces lo comprendió.

Clara contempló el momento en que la comprensión la golpeó. Vio su rostro pasar de la confusión a la comprensión y al horror en apenas un latido. Observó su mano volar a la boca mientras todo su cuerpo se sacudía.

—Necesito...— Lily se levantó de un salto, tirando la silla hacia atrás. —Voy a...—

Llegó hasta el cubo del carbón en el rincón antes de vomitar. Su madre corrió a su lado, sosteniéndola, murmurando palabras entrecortadas y desesperadas mientras Lily sollozaba y volvía a vomitar una y otra vez.

Clara desvió la mirada, dándoles toda la intimidad posible. Los sonidos eran terribles—las arcadas, los llantos, los horribles jadeos húmedos de un cuerpo rechazando lo que la mente no podía aceptar.

Cuando terminó, la señora Dobbs ayudó a Lily a volver a su silla. Alguien le alcanzó un paño y un vaso de agua. Lily los aferró con

fuerza, temblando de pies a cabeza, el rostro del color del suero de leche.

—¿ESO fue lo que le mató? —Las palabras salieron entrecortadas, ásperas—. ¿Eso fue lo que alguien usó para…? —Se detuvo. Su rostro cambió— del horror pasó a algo peor. Reconocimiento—. Oh, Dios. El manuscrito. Alguien usó el manuscrito.

Clara se quedó inmóvil. —¿Qué manuscrito?

—Había un relato, una propuesta que llegó a la oficina. Trataba de un editor asesinado con un alfiler de sombrero. Todo el mundo pensó que fue por causas naturales, y el asesino era… —La mano de Lily fue a su vientre, acunando la curva como si protegiera al niño que llevaba dentro—. El asesino era su amante.

—¿Leíste ese manuscrito?

—Casi todo. Pensé que era ingenioso. Pensé que Philip podría publicarlo—era exactamente el tipo de historia sensacionalista por la que Hartwick and Sons era conocida. —La risa de Lily sonó hueca—. Pero él lo detestó. Dijo que era ridículo. Que ninguna mujer podría planear algo tan preciso.

—¿Alguien más lo leyó? —preguntó Graham—. ¿Alguien más en la oficina?

—La señora Hartwick lo lee todo. Ella es la verdadera editora—todo el mundo lo sabe, aunque Philip se llevase el mérito. —Lily jugueteó con un hilo suelto de la manga—. En realidad, a ella le gustó. Oí cómo discutía con Philip por ello. Pensaba que tenía mérito. Él lo llamó "fantasía femenina" y dijo que no publicaría basura que hiciera parecer listas a las asesinas.

Clara intercambió una mirada con Graham. Caroline Hartwick había leído el manuscrito. Lo defendió. Conocía el método.

—¿Alguien más? —insistió Graham.

Lily vaciló. —El señor Covington estaba allí durante una de sus discusiones. El autor… el enfadado, el que siempre grita por dinero.

—¿Edgar Covington?

—Sí. Había venido a reclamar sus derechos de autor, como siempre, y Philip le hizo esperar en la antesala. Las paredes son

finas, se oye todo. —El ceño de Lily se frunció, intentando recordar —. Philip estaba despotricando sobre el método del alfiler, lo absurdo que era, que ninguna mujer podría ejecutar algo así. Y el señor Covington… —Se detuvo—. Se rió y dijo algo como: "Cuidado, Hartwick. Alguien podría tomarse eso como un reto".

Graham envolvió el alfiler y lo guardó en su bolsillo. —Señorita Dobbs, este alfiler se encontró en su sombrero. El de seda azul con plumas de pavo real. Estaba colgado en el perchero del despacho del señor Hartwick.

Lily le miró fijamente. El temblor se había detenido. Su rostro se había quedado muy quieto.

—¿Mi sombrero?

—El que le regaló el señor Hartwick.

—Pero yo… —Negó despacio con la cabeza, la confusión reemplazando al horror—. No llevaba ese sombrero el martes. Llevaba el verde. Siempre llevo el verde los martes, combina con mi vestido bueno.

—El sombrero azul estaba en el despacho del señor Hartwick —repitió Graham—, con este alfiler oculto entre los demás.

—No lo entiendo. —Lily reparó en ellos, su desconcierto tan palpable que dolía verla—. El azul lo guardo en la oficina, sí, a veces me cambio de sombrero antes de volver a casa para que mi madre no pregunte de dónde ha salido algo tan caro. Pero ese alfiler… —Señaló el bolsillo de Graham, temblándole el dedo—. Ese no es mío.

—¿Está segura?

—Completamente segura. —Algo de fuerza había regresado a su voz—. Todos mis alfileres son decorativos. Philip—el señor Hartwick —le gustaban las cosas bonitas. Me compraba alfileres con cristal de colores, con flores pequeñas, con perlas. Uno de acero simple no… —Tragó con dificultad—. No era lo bastante bueno para que su amante lo llevase.

Un alfiler que no era de Lily. En un sombrero que no había llevado. Abandonado por un asesino que debería habérselo puesto para marcharse.

Nada encajaba.

—Señorita Dobbs —dijo Graham—, ¿adónde fue usted tras marcharse de la oficina?

—El coche de punto me llevó a casa. A mi pensión.

—¿Y se quedó allí? ¿El resto de la noche?

Algo pasó fugaz por el rostro de Lily. Clara lo captó—una vacilación mínima, una tensión en torno a los ojos. Luego desapareció.

—Sí. Estaba demasiado alterada para hacer nada. Me fui directa a la cama.

Graham asintió. Pero Clara guardó en la memoria aquella vacilación. Había algo en esa respuesta que no terminaba de cuadrar.

—Señorita Dobbs, necesito pedirle que no abandone Londres. ¿Lo entiende?

—Yo no le maté. —La voz de Lily se quebró en las palabras—. Sé cómo parece. Sé lo que deben de pensar. Pero no lo hice—no podía —él seguía vivo cuando me fui. *Se estaba riendo* de mí.

—Nos pondremos en contacto con usted —dijo Graham levantándose.

La señora Dobbs les acompañó a la salida, el rostro convertido en una máscara de desesperación apenas contenida. En la puerta, atrapó la manga de Clara.

—ES UNA BUENA CHICA —susurró con fiereza—. Haya hecho lo que haya hecho, hayan sido los errores que hayan sido con ese hombre, no es una asesina. No podría hacerle daño a nadie.

Clara no tenía consuelo que ofrecer. Simplemente asintió y siguió a Graham hacia la gris tarde.

CAMINARON en silencio durante medio minuto, sus pasos resonando sobre los adoquines de Clerkenwell.

—Ella no lo hizo —dijo Graham.

Clara dejó de caminar. Se giró para mirarle de frente.

—Normalmente soy yo quien defiende a los sospechosos poco probables y tú quien exige pruebas.

—Entonces quizá he aprendido algo de ti. —Su voz era tranquila. Sincera.

Algo cambió en el pecho de Clara, ese aletazo inoportuno al que seguía negándose a prestar atención. Lo apartó de su mente.

—O quizá simplemente dejas que la emoción nuble tu juicio. Por una vez.

—Clara…

—Tenía motivo. Tenía oportunidad. El arma del crimen estaba en su sombrero. El método venía de un manuscrito que reconoce haber leído. —Clara fue enumerando los puntos con los dedos, su voz más cortante de lo que pretendía—. Todas las pruebas la señalan a ella.

—Y, sin embargo…

—¿Y, sin embargo, qué? ¿Que lloró? ¿Que se encontraba mal? ¿Que parecía sorprendida? —Clara negó con la cabeza—. Las mujeres embarazadas sufren náuseas a todas horas. Y si es lo bastante lista como para planear un asesinato usando el método de un manuscrito poco conocido, también lo es para fingir sorpresa cuando la enfrentan.

Graham estudió su rostro. —No te lo crees.

—Lo que yo crea no importa. Las pruebas…

—Olvida las pruebas un momento. —Se acercó un poco, bajando la voz—. Llevo suficiente tiempo en esto como para saber cuándo alguien me miente. La señorita Dobbs se sorprendió con ese alfiler de sombrero. Su confusión sobre el sombrero era real. La manera en que lo describía—siempre llevaba el verde los martes, dejaba el azul en la oficina, todos sus alfileres tenían la cabeza decorativa—, no era una historia improvisada. Eso era la verdad.

Clara quiso discutir. Quiso resistirse a su certeza, a su instinto.

Pero no pudo. Porque ella también había visto la cara de Lily. Y había algo en esa perplejidad…

—Mentía sobre algo —dijo Clara.

Graham la miró de reojo. —Tú también te diste cuenta.

—Cuando preguntaste si se quedó en casa el resto de la noche. Dudó.

—Sí. —Graham guardó silencio durante un instante—. Pero no creo que mintiera en lo del asesinato.

—¿Entonces sobre qué?

—No lo sé. Pasó algo más esa noche. Algo que no quiere que sepamos. —Negó con la cabeza—. Puede que recibiera una visita. Puede que fuera a algún sitio donde no debía. Hay cien razones por las que una joven en su situación podría mentir sobre cómo pasó la tarde.

—Ninguna buena.

—No. Pero no todas ellas implican un asesinato.

Clara dejó que esas palabras se asentaran. Lily ocultaba algo. Pero ¿el qué?

—Aún queda la cuestión del sombrero —dijo—. Si la señorita Dobbs siguió el método del manuscrito, se lo habría llevado puesto a casa. Ese es precisamente el objetivo: salir con el arma del crimen a la vista de todos.

—A menos que entrara en pánico.

—¿Tanto como para cruzar la sala y esconder el arma en su sombrero de repuesto? Eso no es pánico. Eso es premeditación. —Clara se detuvo de nuevo—. Pero ¿y si el asesino no pudo salir llevando el sombrero?

Los ojos de Graham se entrecerraron. —Un hombre no podría pasear por Paternoster Row con una cofia de señora adornada de plumas de pavo real. No sin que se fijasen en él. No sin ser recordado.

—Así que tendría que dejarlo allí. Esconder el arma y marcharse.

—Covington. —Graham pronunció el nombre despacio.

—Estaba en la oficina esa tarde. Simmons lo confirmó: llegó sobre las cinco y media gritando por dinero. Los gritos seguían cuando Simmons se fue a las seis.

—Y el cochero vio salir a un hombre sobre esa hora. Lo dejó en un pub de Cheapside.

—Si era Covington, se fue antes de que llegara la señorita Dobbs. Hartwick seguía vivo a las siete. —Clara fue rehaciendo el razonamiento—. Pero pudo haber regresado. Después de que ella se marchara. Cuando la oficina estaba vacía.

—Conocía el método. No le faltaban motivos para querer a Hartwick muerto. Y no podía haber salido del edificio con ese

sombrero.

—La señora Hartwick asegura que estuvo con él esa tarde.

—Entonces veamos si él dice lo mismo.

catorce

El Chapter Coffee House olía a humo de pipa y a ambición frustrada.

Clara se detuvo justo dentro del umbral, dejando que sus ojos se acostumbrasen al interior en penumbra. El local estaba abarrotado a pesar de la hora: escritores encorvados sobre manuscritos, editores marcando territorio en las esquinas, aspirantes literarios apurando tazas de café que no podían permitirse volver a llenar. Las hermanas Brontë se habían alojado allí una vez, o eso aseguraba el propietario. Ahora servía de punto de encuentro para quienes seguían persiguiendo ese tipo de inspiración fugaz.

Y allí, en la esquina donde le había visto días atrás—el hombre taciturno. Pelo oscuro, ojeras hundidas, apurando una copa con la intensidad de quien desea que el mundo le deje en paz. Su abrigo era de buena factura aunque gastado en los puños, la corbata floja, el mentón sombreado por la barba de un día. Theodore Whitfield se lo había señalado en aquella primera visita. *Solía escribir para Hartwick & Sons. Algo se torció.*

Ahora conocía su nombre. Edgar Covington.

—Es él —susurró a Graham.

Graham ya avanzaba, abriéndose paso entre las mesas con esa autoridad particular que hacía que la gente se apartase sin saber muy bien por qué. Clara le siguió.

Covington alzó la vista al verlos acercarse. Su rostro mostró primero fastidio, luego reconocimiento—no de ellos exactamente,

sino de lo que representaban. Sus hombros se tensaron.

—¿Señor Covington? —Graham no esperó confirmación—. Soy el inspector Redgrave, de Scotland Yard. Esta es la señorita Wetherly. Necesitamos hablar con usted acerca de Philip Hartwick.

La risa de Covington fue amarga. —Formen fila. Media Londres quiere hablar de Philip Hartwick estos días. La otra mitad finge no haberle conocido nunca. —Señaló las sillas vacías de su mesa—. Siéntense. Imagino que no se irán hasta que hagan sus preguntas.

Tomaron asiento. Covington pidió otro trago con un gesto, sin ofrecerse a pedir nada para ellos.

—Estuvo en Hartwick & Sons el martes por la tarde —dijo Graham—. Veintiuno de diciembre. La noche en que murió el señor Hartwick.

—Así es. —Sin vacilación, sin negar nada—. Llegué hacia las cinco y media. Me fui poco después de las seis. Philip seguía muy vivo cuando me marché: tenía la cara roja y gritaba, si mal no recuerdo.

—¿Sobre qué discutían?

—Dinero. ¿Sobre qué, si no? —La voz de Covington destilaba desprecio—. Philip Hartwick vendió los derechos americanos de mis tres últimas novelas y se quedó con cada penique. Miles de libras que debían ser mías. Se lo reproché.—Bebió un trago largo—. Se rió de mí. Me llamó desagradecido. Dijo que debía sentirme honrado de ser publicado por Hartwick & Sons.

—Los testigos dicen que le amenazó.

—Es cierto. Le dije que denunciaría sus prácticas fraudulentas en todos los periódicos de Londres. Le dije que le vería arruinado. —Covington dejó el vaso con deliberada cautela—. Y lo decía en serio. Pero yo no le maté. Quería que viviera, inspector. Vivo y humillado. Los muertos no sufren vergüenza pública.

Clara estudió su rostro. La rabia era real—latente, pero ardiendo. Aquel hombre había alimentado sus agravios, los había hecho crecer. Pero ¿era un asesino?

—¿A dónde fue después de salir de la oficina? —preguntó Graham.

—A un pub. Necesitaba un trago. Bueno, varios, en realidad.

—¿Y luego?

Covington vaciló. Solo una fracción de segundo, pero Clara lo notó.

—Me reuní con la señora Hartwick. Caroline Hartwick. En The King's Arms.

La expresión de Graham no varió.—¿A qué hora?

—No lo sé exactamente. Llevaba ya tiempo bebiendo a esas alturas. ¿Las ocho? ¿Las nueve? La noche es algo confusa.

—¿Cuánto tiempo estuvieron juntos?

—Una hora. Quizá dos. No lo recuerdo con precisión.

—¿Y de qué hablaron?

—De un asunto privado de negocios. —El gesto de Covington se endureció—. Nada que ver con un asesinato.

—Todo tiene que ver con un asesinato hasta que yo diga lo contrario.

—ENTONCES SE VA A LLEVAR una decepción, inspector. No pienso hablar del contenido de una conversación privada con la señora Hartwick. No tiene ninguna relación con la muerte de su marido.—

Clara observó el intercambio. Covington ocultaba algo—eso era evidente. Pero su evasiva se sentía diferente a la de Lily. Lily había estado asustada, desesperada. Covington, en cambio, se mostraba a la defensiva, reservado. Protegía algo más que a sí mismo.

Graham se inclinó ligeramente hacia delante. —Señor Covington, Philip Hartwick pudo haber sido asesinado en cualquier momento esa noche. El cuerpo no se descubrió hasta la mañana siguiente. Estar con la señora Hartwick una o dos horas no explica toda su velada.—

El vaso de Covington se quedó a medio camino de su boca.

—Me fui a casa después. Finalmente.—

—¿Puede alguien corroborarlo?—

—No.—La palabra salió seca.—Vivo solo, inspector. Mi esposa murió hace tres años. Hay una casera, pero no se queda despierta esperándome.—

—Así que no tiene coartada para las últimas horas de la noche.—La voz de Graham era monótona.—Podría haber regresado a la editorial después de que la señora Hartwick se marchara. Cuando las calles ya estaban vacías. Cuando no había nadie para verle.—

—Yo...—Covington dejó el vaso sobre la mesa. Su compostura se resquebrajó por un instante—un destello de algo que tal vez fuera miedo. Luego desapareció, reemplazado por una especie de desafío cansado.

—No volví. Me fui a casa y me bebí hasta quedarme dormido. Solo. Seguro que le parecerá terriblemente sospechoso, pero resulta que es la verdad.—

—Señor Covington.—Graham metió la mano en el bolsillo.—Philip Hartwick fue asesinado con un alfiler de sombrero. Se lo clavaron en la base del cráneo.—

Covington le miró fijamente. Luego, poco a poco, su expresión cambió. No fue horror. No fue sorpresa.

Divertido.

Se echó a reír—una risa genuina, oscura pero auténtica.—Un alfiler de sombrero. Igual que en ese maldito manuscrito.—

Clara se quedó muy quieta. —¿Sabía lo del manuscrito?—

—Lo sabía toda la oficina. Yo estaba presente cuando Philip gruñía sobre ello—estaba trastornado, de verdad. Una historia sobre un editor asesinado por su amante, haciendo pasar el crimen por muerte natural.— Covington negó con la cabeza, manteniendo esa sonrisa sombría.—No dejaba de decir lo absurdo que era. Que ninguna mujer sería capaz de algo así.—Alzó el vaso en una falsa brindis.—Parece que alguien le demostró lo contrario.—

—¿Le parece gracioso?—La voz de Graham era fría.

—Me parece apropiado.—Covington sostuvo su mirada sin titubear.—Philip Hartwick dedicó su vida a burlarse del trabajo ajeno. Robaba a los escritores. Destruía a quien se interpusiera en su camino. Y al final, ha muerto por un método que él mismo tachó de fantasía.—Terminó su copa.—Sí, inspector. Me resulta bastante irónico.—

El músculo de la mandíbula de Graham se tensó. —El alfiler de sombrero se encontró oculto en el sombrero de la señorita Dobbs. El

azul, el de las plumas de pavo real. Colgaba en el despacho del señor Hartwick.—

—Señorita Dobbs.—La diversión de Covington se atenuó un poco. —La chica. La que él...—Se interrumpió.—Pobre criatura. Philip coleccionaba cosas rotas. Le gustaba romperlas aún más.—

—¿La conocía?—

—La conocía de oídas. Como todos. Philip no era precisamente discreto con sus... acuerdos.—Covington se sirvió otra copa de la botella que había aparecido a su lado.—Si me está preguntando si maté a Philip y escondí el arma en su sombrero para incriminarla... no. No lo hice.—

—Conocía el método,—insistió Graham.—Tenía un motivo. Estaba allí aquella noche.—

—Como media docena más, supongo. Philip hacía enemigos como otros hacen amigos.—Covington se recostó en la silla.—Y además, ¿por qué iba a usar un alfiler de sombrero? ¿De dónde iba a sacar uno siquiera?—

—La señorita Dobbs llevaba varios en ese sombrero.—

—Así que se supone que cogí uno mientras Philip miraba. 'Perdone, Hartwick, sólo cojo esto, no tardo nada'.—La voz de Covington rezumaba sarcasmo.—Y luego, en vez de guardármelo para tirarlo al Támesis, lo escondo cuidadosamente de nuevo en su sombrero para que usted lo encuentre.—

—Tal vez usted…—

—Si hubiera querido ver muerto a Philip Hartwick—y Dios sabe que sí, hace meses que lo deseo—le habría estrangulado con mis propias manos.—Covington alzó sus manos, extendiendo los dedos. Le temblaban levemente.—Un alfiler de sombrero es un arma de mujer, inspector. Empuñada por una mujer. Escondida en el sombrero de una mujer.—

El músculo en la mandíbula de Graham se tensó visiblemente. Clara captó su frustración—la lógica de Covington era impecable, por más que le irritase.

—A menos que,—dijo Clara,—usted utilizara deliberadamente el método del manuscrito.—

La mirada de Covington se posó en ella. La diversión se había desvanecido ya, sustituida por una actitud más cautelosa.

—Sabía lo del manuscrito,—prosiguió Clara, procurando que su voz no temblara.—Oyó a Philip burlarse de él. Incluso bromeó al respecto: 'Cuidado, Hartwick. A ver si alguien toma eso como un reto'.—

El rostro de Covington vaciló. No esperaba que lo supieran.

—Si quería implicar a una mujer—desviar la sospecha de usted mismo—entonces usar un alfiler de sombrero habría sido bastante ingenioso, ¿no cree? Usar el método del manuscrito. Esconder el arma en el sombrero de la señorita Dobbs. Dejar que todos asuman lo evidente.—

COVINGTON LA MIRÓ FIJAMENTE. La cafetería se había quedado en silencio a su alrededor, o quizás solo lo parecía.

—Sí —dijo al fin. Su voz era monótona. Fría—. Eso sería inteligente. Justo lo que haría si quisiera inculpar a alguien.

Se inclinó hacia adelante, sin apartar la mirada de Clara.

—El único problema es que no lo hice.

Silencio.

—¿No nos va a decir de qué hablaron usted y la señora Hartwick? —preguntó Graham.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no es asunto suyo. —Covington volvió a tomar su vaso —. Fue una conversación privada sobre asuntos privados. Nada que ver con la muerte de Philip.

—Eso ya lo decidiré yo.

—Entonces decídalo sin mi ayuda. —Covington bebió un largo trago—. Deténgame, inspector. O déjeme en mi desgracia.

Graham le sostuvo la mirada durante un largo instante. Por fin, se puso en pie.

—No se marche de Londres, señor Covington.

—¿A dónde iba a ir? Philip Hartwick me dejó sin un centavo. —La sonrisa de Covington era fina y cortante—. No podría marcharme

aunque quisiera.

LA TARDE HABÍA DADO paso a la noche mientras estaban dentro. Las farolas de gas parpadeaban a lo largo de Paternoster Row, proyectando charcos de luz amarilla sobre los adoquines húmedos.

Clara caminaba al lado de Graham en silencio, repasando todo lo que Covington había dicho. Su razonamiento sobre el alfiler era sólido—perturbadoramente lógico. ¿De dónde saca un hombre un alfiler de sombrero? ¿Y por qué lo dejaría allí en vez de deshacerse de él? El Támesis estaba ahí mismo, oscuro, profundo y lleno de secretos.

Pero su objeción también era válida. Si alguien quisiera incriminar a una mujer...

—Oculta algo —dijo al fin.

—Obviamente. —La voz de Graham estaba tensa de frustración —. La pregunta es qué.

—La reunión con la señora Hartwick. El "asunto privado" que no quiere comentar.

—Podría ser cualquier cosa. Editores y autores tienen todo tipo de acuerdos que no quieren que salgan a la luz. Deudas. Contratos. Desavenencias personales.

Clara frunció el ceño—Su lógica sobre el alfiler tenía sentido. Pero era muy… pulida. Casi parecía ensayada.

—¿Quieres decir?

—No lo sé. —Negó con la cabeza—. Es listo. Pero ¿lo suficiente para planear un asesinato y crear de antemano un argumento para demostrar que no pudo haberlo cometido?

Graham no respondió. Siguieron caminando en silencio durante un minuto más.

—¿Dónde nos deja esto? —preguntó Clara.

—Con dos sospechosos y ningún arresto. —La frustración de Graham se percibía claramente—. La señorita Dobbs tenía acceso—estaba allí. ¿Pero qué ganaba con la muerte de Hartwick? Él era su protector, por muy mal que la tratara. Sin él, está perdida.

—La amenaza de Bedlam—

—Una amenaza vacía. Hombres como Hartwick las usan para asustar y someter a las mujeres. No lo habría hecho realmente. —Graham negó con la cabeza—. Covington tenía un motivo. Odiaba al hombre, conocía el método. Pero su lógica respecto al arma...

—Era conveniente. O cierta.

Llegaron a la esquina. La calle estaba llena del bullicio vespertino —coches de caballos, peatones y el trasiego habitual de Londres, indiferente a la muerte, a los alfileres y a los escándalos literarios. Las farolas brillaban, el cielo ya estaba completamente oscuro.

—¿Y ahora qué? —preguntó Clara.

—La señora Hartwick. —Graham alzó la mano para llamar un coche—. Covington no nos dirá de qué hablaron. Quizá ella sí.

—¿Esta noche?

—Es tarde para presentarse en casa de una viuda respetable. —La frustración de Graham era evidente—. Mañana por la mañana. Temprano.

Finalmente, un coche paró. Graham le sostuvo la puerta.

—¿Cree que será más sincera? —preguntó Clara, subiendo.

—Creo que quiere que esto se resuelva. Su marido ha muerto, su negocio está en el aire y media Londres cuchichea sobre asesinato. —Graham se acomodó en el asiento frente a ella—. Tiene todos los motivos para colaborar.

—¿Y si tampoco se lo dice a usted?

—Entonces sabremos que se están protegiendo entre ellos. Y querré saber por qué. —La mandíbula de Graham se tensó—. La señora Hartwick no tiene motivo que yo vea. Sabía lo del amorío—de hecho, parecía compadecer a la joven. No la imagino matando por eso.

—No —convino Clara—. Yo tampoco.

—Pero sabe algo. Los dos lo saben.

El coche arrancó bruscamente. Clara contempló cómo las farolas pasaban junto a la ventanilla, charcos de luz en la oscuridad.

—¿Me contará lo que diga?

—Por supuesto. —La voz de Graham se suavizó ligeramente—. Mandaré noticias mañana. En cuanto haya hablado con ella.

Clara asintió. Mañana, entonces. No le quedaba otra que esperar.

Pero nunca se le había dado bien esperar.

quince

Observaciones de Marmalade

DONDE LA TIENDA *sobrevive a la catástrofe, el fantasma encuentra entretenimiento y mi humana por fin recuerda que tiene responsabilidades.*

LA CAMPANILLA sobre la puerta ha sonado catorce veces hoy.

Lo he contado. Siempre lo cuento. Alguien tiene que llevar la cuenta del caos, y desde luego no va a ser la señora Penfield, que ha pasado la tarde revoloteando como una polilla atrapada en una pantalla de lámpara.

Catorce clientes. Catorce oportunidades para el desastre.

Desde mi posición en lo alto del armario de hierbas—que recuperé en cuanto Clara me abandonó esta mañana—he sido testigo del catálogo completo de las carencias de la señora Penfield. No es capaz de encontrar las matricarias, a pesar de que el tarro lleva la etiqueta perfectamente clara con la letra pulcra de Clara. No distingue la manzanilla de la caléndula. Le dijo a la señora Patterson que la tintura para la artritis estaba en algún sitio del fondo, cuando cualquier persona con ojos puede ver que está en la segunda balda, la tercera empezando por la izquierda, donde ha estado siempre.

La señora Patterson se ha ido sin su tintura. Volverá mañana, quejándose de las rodillas, y Clara tendrá que disculparse por las

molestias.

Yo no pienso disculparme. Soy un gato. Pero lo recordaré.

La tienda ha estado cerrada durante tres días. Tres días en los que Clara ha jugado a ser detective con su inspector, correteando por Londres, interrogando a sospechosos, descubriendo cadáveres—o lo que sea que hacen los humanos cuando se olvidan de que tienen un negocio que atender y un gato que alimentar.

Mis arenques ahumados han llegado tarde esta mañana. No digo que esto haya influido en mi valoración de la actuación de la señora Penfield, pero tampoco digo que no lo haya hecho.

La luz vespertina se cuela oblicua por los ventanales de la tienda, atrapando las motas de polvo que la señora Penfield ha removido con tanto ajetreo. Ha reorganizado el expositor del mostrador dos veces. En ambas ocasiones, mal. Además, me ha quitado el sitio junto a la estufa—ha dejado su chal sobre la silla más cálida como si el lugar le perteneciese.

El lugar no le pertenece. El lugar me pertenece a mí. Clara solo paga el alquiler.

Un estruendo desde la trastienda.

Ni me molesto en mirar. Ya sé lo que ha pasado. Es la cuarta vez hoy.

La señora Penfield pasa corriendo a mi lado, murmurando algo sobre corrientes de aire y estanterías inestables. Vuelve un instante después con el manojo de lavanda—el seco que cuelga sobre la estantería de los remedios, el mismo que lleva ahí colgado dos años sin dar problema alguno.

—No lo entiendo—dice para nadie, volviendo a colgar el manojo—. No hay corriente. La ventana está sellada.

Yo lo entiendo perfectamente.

Genevieve está aburrida.

El fantasma se ha mostrado especialmente activo desde que Clara se fue esta mañana. He notado su presencia dentro de las paredes, inquieta y agitada, mucho antes de que empezara su campaña de pequeño acoso. La temperatura bajó en la sala de los remedios hacia mediodía—lo justo para poner la piel de gallina, no tanto para que la señora Penfield lo notara conscientemente. Las

llamas de las velas se inclinaron hacia la puerta sin motivo aparente. Y la lavanda... bueno.

Genevieve no tira las cosas por accidente. Las tira para dar a entender algo.

No tengo del todo claro cuál es su mensaje hoy. Tal vez comparte mi opinión sobre las dotes de la señora Penfield para llevar la tienda. Quizá intenta decir algo respecto a la lavanda en concreto—es el remedio calmante de Clara, el que receta para la ansiedad y el insomnio. Puede que Genevieve piense que alguien necesita tranquilizarse.

O puede que a Genevieve sencillamente le divierta ver a la señora Penfield correteando de un lado para otro.

Los fantasmas tienen su propio sentido del humor. Suele ser pésimo.

La lavanda vuelve a caerse. La señora Penfield levanta las manos al cielo.

—Esto es absurdo. Absolutamente absurdo.

Yo bostezo, mostrando los dientes. No podría estar más de acuerdo.

Suena la campanilla—número quince, por si alguien lleva la cuenta, y alguien la lleva—y la señora Winters entra resuelta, sacudiendo la lluvia de su paraguas. Más trabajo para que la señora Penfield lo estropee. La señora Winters viene a por su polvo para el dolor de cabeza, que la señora Penfield confundirá inevitablemente con el del dolor de dientes, porque, al parecer, leer etiquetas es una habilidad que supera las capacidades humanas.

CIERRO LOS OJOS. Que arda la tienda, me da igual. Mis arenques han llegado tarde, mi humana me ha abandonado, hay un fantasma dejando lavanda y una mujer ocupando mi sitio calentito y—

La campanilla suena de nuevo.

Mis orejas giran antes de que abra los ojos. Reconozco el sonido de ese paso en particular. Ligero pero decidido. Un poco apresurado. Trayendo consigo el aire frío de diciembre.

Clara.

Me estiro—primero una pata, luego la otra, sin ninguna prisa—y abro un ojo.

Parece agotada. Tiene las mejillas sonrojadas por el frío, pero bajo los ojos hay sombras que esta mañana no estaban. Su mirada recorre la tienda—repasando el mostrador, las estanterías, los clientes—y finalmente se posa en mí.

—Marmalade.—Su voz se suaviza.—¿Has mantenido el fuerte?

Sí, lo he hecho. Y no gracias a ella. Pero le permito que me rasque detrás de las orejas, porque soy magnánimo y porque también la he echado de menos, aunque lo negaré si me lo pregunta.

La señora Penfield aparece antes de que Clara pueda siquiera quitarse el abrigo, llevándola directamente hacia la silla junto a la estufa—mi silla, pero supongo que a veces hay que hacer concesiones.

—Siéntate. Pareces medio helada.—Ya está en camino hacia la trastienda.—Voy a poner la tetera. Ay, menos mal que has vuelto—aunque, desde luego, he sabido arreglármelas perfectamente, pero ha habido una pequeña confusión con la matricaria, que no ha sido culpa mía, las etiquetas son diminutas—y el tónico de la señora Thornton sigue esperando—

—Señora Penfield, has estado aquí todo el día. Debería prepararte *yo* el té—

—¡Tonterías! Siéntate. Los recibos están en el mostrador—en realidad bastante bien, hemos estado tremendamente ocupadas—y quiero que me lo cuentes todo.

Clara se hunde en la silla. Mi silla. Pero parece tan cansada que la perdono. Me bajo del armario y me acomodo en su regazo—no porque la haya echado de menos, sino porque su regazo está caliente y mi generosidad es infinita.

Ella acaricia mi pelaje distraídamente, con la mirada perdida.

Conozco esa expresión. Algo le preocupa. Algo que no termina de alcanzar, como un ratón tras el rodapié.

La tetera comienza a silbar. La señora Penfield parlotea desde la trastienda sobre la tintura de la señora Patterson, la confusión de la matricaria y cómo las etiquetas deberían ser mucho más grandes.

Clara sigue acariciando mi pelaje.

Sea lo que sea lo que ha averiguado hoy, la tiene intranquila.

Bien. Las humanas inquietas son humanas atentas. Las humanas atentas recuerdan dar de comer a sus gatos a la hora.

EL TÉ ESTABA CALIENTE y fuerte, justo como siempre lo preparaba la señora Penfield. Clara rodeó la taza con las manos, dejando que el calor le empapara los dedos mientras la señora Penfield iba de un lado a otro por la pequeña cocina.

—No has comido en todo el día, me imagino.—No era una pregunta. La señora Penfield depositó una empanada de carne sobre la mesa, aún templada del puesto al final de la calle, y le cortó a Clara un buen trozo.—Come. Puedes contármelo todo mientras lo haces.

El estómago de Clara gruñó en respuesta. No se había dado cuenta de lo hambrienta que estaba hasta que el olor le llegó. —No tenías por qué—

—¡Tonterías! La he recogido esta tarde, tenía el presentimiento de que la necesitarías.—La señora Penfield se sentó frente a ella, su propio té humeando entre las manos.—Ahora. Cuéntame lo de la chica.

Clara dio un bocado a la empanada—rica y sabrosa, justo lo que necesitaba. ¿Por dónde empezar?

—Es joven,—dijo Clara al fin.—No tendrá más de veinte. Está embarazada. Muerta de miedo.—Pensó en las manos de Lily retorcidas y en la pura desesperación de su voz.—Le pidió a Philip Hartwick que se casara con ella—o al menos que reconociera al hijo. Él se rió de ella. Y después la amenazó con encerrarla en Bedlam si volvía a mencionar el tema. Le dijo que tenía preparados los papeles de locura. Que le quitarían a su bebé.

El rostro de la señora Penfield palideció.—Dios mío.—

—Jura que él seguía vivo cuando se fue. Sentado en su escritorio, riéndose de ella.—Clara dio otro bocado a la empanada.—La creo. O, al menos, creo que ella lo cree.

—¿Pero?—

—Pero el alfiler apareció en su sombrero. Y sabía lo del manuscrito—el método.—Clara negó con la cabeza.—Todas las pruebas la señalan a ella.

Marmalade se removió en su regazo, ronroneando contra sus piernas. Ella volvió a acariciar su pelaje, pensativa.

—¿Qué piensa el inspector Redgrave?—preguntó la señora Penfield.

—Cree que ella no lo hizo. Lo cual no es propio de él—normalmente soy yo quien defiende a los sospechosos improbables y él exige pruebas.—Clara esbozó una leve sonrisa.—Dice que sabe cuándo alguien miente. Y la señorita Dobbs se sorprendió de verdad al ver aquel alfiler.

—¿Pero?—

La sonrisa de Clara se desvaneció.—Pero está mintiendo sobre algo. Cuando él le preguntó si se quedó en casa el resto de la tarde, ella dudó. Solo un instante. Oculta algo—pero no sé qué es.

El fuego crepitaba en la chimenea. En algún lugar de la trastienda, un manojo de hierbas secas susurró suavemente—sin corriente de aire, sin motivo. El aire llevaba un tenue aroma a lavanda y, por un momento, Clara sintió la presencia de su abuela como una mano en el hombro. Atenta. Esperando.

Sabría qué hacer, pensó Clara. Siempre lo supo.

LA SEÑORA PENFIELD la observaba con ojos agudos. —¿Y el otro? ¿El escritor?

—Edgar Covington.— Clara dejó el tenedor sobre la mesa. —Amargado. Ingenioso. Odiaba a Hartwick—Philip le estafó miles en derechos de autor. Sabía lo del manuscrito, incluso bromeó acerca de que alguien usara el método.

—Eso suena condenatorio.

—Debería serlo. Pero su lógica...— Clara frunció el ceño, recordando. —Preguntó por qué iba a usar un alfiler de sombrero si podría haber estrangulado al hombre con sus propias manos. ¿De dónde iba a sacar siquiera un alfiler de sombrero? ¿Y por qué dejarlo ahí en vez de tirarlo al Támesis?

—Quizá quería incriminar a la chica.

—Eso fue lo que le dije. Me miró directamente a los ojos y dijo: 'El único problema es que yo no lo hice'.

El ronroneo de Marmalade se había vuelto más insistente. Golpeó con la cabeza la mano de Clara y luego la miró fijamente. Su cena llegaba tarde. Su paciencia no era infinita.

—Vale, vale.— Clara lo levantó con cuidado y lo dejó en el suelo. Él se dirigió hacia su cuenco con la dignidad de una criatura gravemente agraviada.

Ella se levantó para darle de comer, y la señora Penfield aprovechó el momento para rellenar su té. Cuando Clara regresó a su sitio, la mujer mayor fruncía el ceño, pensativa.

—Esta reunión,— dijo la señora Penfield. —Entre el señor Covington y la señora Hartwick. ¿No dice de qué hablaron?

—No. 'Asunto privado de negocios', dice él. Graham hablará mañana con la señora Hartwick, a ver si nos cuenta algo más.

La señora Penfield frunció el ceño. —¿Y si no quiere?

—Entonces sabremos que esconden algo. Simplemente no sabremos qué.

—O a quién,— dijo la señora Penfield, en voz baja.

Guardaron silencio durante un momento. El fuego crepitó. Marmalade devoró su cena con una satisfacción casi ofensiva.

—Deberías dormir,— dijo por fin la señora Penfield, levantándose para recoger la mesa. —Tienes un aspecto agotado y esta noche ya no se puede hacer nada más.

Clara asintió, aunque sabía que el sueño tardaría en llegar. Demasiadas preguntas. Demasiadas piezas que no terminaban de encajar.

Acompañó a la señora Penfield hasta la puerta, dándole las gracias de nuevo por cuidar la tienda, por el pastel, por escucharla. La señora Penfield minimizó todo aquello con un gesto y desapareció cruzando la calle hacia su alojamiento.

Clara cerró la puerta con llave tras ella. Marmalade había ocupado ya su sitio junto a la estufa, acicalándose como solo lo hace un gato cuya fe en la humanidad se ha restablecido, aunque solo parcialmente.

Mañana, se dijo. Mañana hablaría Graham con Caroline. Mañana podría haber respuestas.

Subió las escaleras a su habitación, el aroma a lavanda de Genevieve flotando suavemente a su paso.

PASARON TRES DÍAS.

La nota de Graham llegó la mañana siguiente a su visita a Covington. Breve y frustrante: la señora Hartwick también se había negado a hablar de la reunión. «Asunto privado de negocios»—las mismas palabras exactas. Protegían algo, o a alguien, pero sin pruebas, no había nada más que pudiese hacer. Continuaría investigando. Se mantendría en contacto.

Eso fue hace tres días. Clara no había vuelto a saber nada desde entonces.

Siguió con su trabajo—preparando remedios, atendiendo a los clientes, reponiendo las estanterías que la señora Penfield había dejado patas arriba. La señora Patterson volvió a por su tintura, aplacada tras las disculpas de Clara. La señora Albright regresó, desconcertada, quejándose de que el somnífero no le había provocado el sueño—más bien lo contrario, había pasado media noche reorganizando su armario de la ropa blanca. Clara descubrió que la señora Penfield le había dado el tónico estimulante. Una solución sencilla, aunque exigió ciertas explicaciones.

Vida normal. Preocupaciones corrientes. Días que deberían haberle parecido apacibles después del caos de la investigación.

Pero, en vez de eso, Clara se sentía distraída. Inquieta. Su mente volvía una y otra vez al caso—a las preguntas que seguían sin respuesta.

Y a Lily Dobbs.

No podía dejar de pensar en la joven. Veinte años, embarazada, atrapada en esa casa angosta mientras su familia la vigilaba, preocupada, esperando el desastre. Esperando ese golpe en la puerta que podría venir a llevársela. La vacilación cuando Graham preguntó si se había quedado en casa. El terror en sus ojos.

¿Qué escondía? ¿Y por qué?

La mañana del tercer día, Clara tomó una decisión.

Cogió su cesta—manzanilla para los nervios, hoja de frambueso para el embarazo, un pequeño tarro de miel, un paquete de jengibre seco para las náuseas. Nada que pudiera dañar a una mujer en el estado de Lily. Todo lo que pudiera ayudarla.

No era entrometerse en la investigación, se dijo. Era simplemente... interesarse por una paciente. Una joven sometida a una tensión terrible, en una situación delicada. Cualquiera que se dedicase a los remedios haría lo mismo.

Marmalade la observaba preparar todo desde su sitio en la encimera, moviendo la cola.

—No me mires así,— murmuró Clara.

Él siguió mirándola exactamente igual.

Se echó el chal sobre los hombros, cogió la cesta y salió al gris mañana de diciembre.

dieciséis

La casa de Merton Street parecía más pequeña a la luz del día. Más deslucida. La pintura en torno a las ventanas empezaba a desconcharse y el peldaño de la entrada estaba gastado en el centro por años de pasos.

Clara cambió la cesta de brazo y llamó a la puerta.

Un rostro apareció tras la ventana—joven, curioso, con manchas que podrían ser de hollín o de mermelada. Un niño de unos ocho o nueve años, con el mismo tono claro de piel que Lily. Observó a Clara durante un largo instante antes de desaparecer.

—¡Mamá! ¡Hay una señora!

Pisadas, una voz amortiguada, y después la puerta se abrió. Mrs. Dobbs parecía más mayor que hace una semana, con las arrugas en torno a la boca más marcadas y las canas en el cabello más visibles. Al ver a Clara—no era un agente, ni el inspector—la confusión sustituyó al temor en sus ojos.

—¿Señorita Wetherly?—Miró por detrás de Clara, como esperando a otra persona.—¿Ha pasado algo? ¿Hay noticias?

—Nada de eso. He venido para ver cómo está su hija.—Clara levantó la cesta.—He traído algunas cosas que pueden ayudar. Para su estado.

Mrs. Dobbs se quedó mirando la cesta y luego a Clara. Por un instante, pareció incapaz de pronunciar palabra.

—Eso es... eso es muy amable.—Retrocedió, abriendo más la puerta.—Por favor. Pase.

El pasillo era estrecho y el papel de las paredes había adquirido un tono marrón indefinido. Clara podía ver hasta una pequeña cocina al fondo, donde una tetera reposaba sobre la cocina. El niño se había refugiado allí y la observaba por el marco de la puerta, medio oculto.

—Thomas, no te quedes merodeando—dijo Mrs. Dobbs.—Ven y saluda como es debido.

El niño avanzó a trompicones, con la vista fija en la cesta de Clara.—¿Qué hay ahí dentro?

—¡Thomas!

—No pasa nada.—Clara se agachó hasta ponerse a su altura.—Remedios. Hierbas y cosas para ayudar a las personas a sentirse mejor.

—¿Como medicina?

—Algo parecido. Pero suelen saber mejor.—Sacó el pequeño bote de miel.—Esto es solo miel. ¿Te gusta la miel?

Thomas asintió, su desconfianza dando paso al interés.

—Entonces quizás tu madre te deje tomar un poco más tarde en el té. Si te portas bien.

El niño miró a Mrs. Dobbs, que logró esbozar una sonrisa cansada.—Ya veremos. Anda, déjame hablar con la señorita Wetherly.

Thomas se retiró hacia la cocina, pero Clara notó que seguía observándola. Se enderezó y siguió a Mrs. Dobbs hacia el pequeño salón de atrás.

—Es buen chico—dijo Mrs. Dobbs en voz baja.—No entiende lo que está pasando, no realmente. Solo sabe que su hermana tiene problemas y que todos están asustados.—Se detuvo en el umbral.—Ella está aquí. Ya apenas sale. Apenas come. Apenas duerme.

—¿Ha vuelto el inspector?

—Todavía no. Pero sabemos que volverá.—La voz de Mrs. Dobbs se redujo a un susurro.—Solo es cuestión de tiempo, ¿verdad? El alfiler estaba en su sombrero. Ella estuvo allí esa noche. ¿Qué más necesita?

Clara no supo qué responder.

EL SALÓN trasero estaba en penumbra, con las cortinas medio corridas para atenuar la fría luz invernal. Era una habitación pequeña, atestada de muebles que conocieron tiempos mejores—un sofá de crin, dos sillas desparejadas, una mesita cubierta con un hule remendado en más de una ocasión. Un pequeño fuego ardía en la chimenea, pero no lograba ahuyentar el frío del ambiente.

Lily estaba sentada en una de las sillas, las manos apoyadas sobre la curva de su vientre. Estaba más delgada de lo que Clara recordaba, con los pómulos más marcados y las ojeras tan profundas que parecían moratones. Su cabello, antes perfectamente recogido, caía suelto sobre los hombros y llevaba un chal que, sin duda, parecía de su madre.

ELLA ESTABA MIRANDO AL VACÍO. Pero cuando Clara entró, giró la cabeza lentamente y algo destelló en sus ojos—miedo, luego reconocimiento, después confusión.

—¿Señorita Wetherly? —Su voz era ronca, como si no la hubiera usado en días—. Ha vuelto. ¿Por qué?

Clara dejó la cesta sobre la mesa y empezó a deshacerla—Le he traído algunas cosas. Manzanilla para los nervios—es segura para el bebé. Hoja de frambuesa para ayudar a fortalecer el útero. Jengibre para las náuseas, y miel para que todo baje mejor.

—No lo entiendo. —Lily la miraba, perpleja—. ¿Por qué iba usted—?

—Porque parecía que necesitaba ayuda. —Clara acercó la otra silla y se sentó frente a ella—. Y porque no podía quitarme de la cabeza su situación.

Los ojos de Lily se llenaron de lágrimas. Se cubrió la boca con la mano, luchando por contenerse.

—Lo siento —susurró—. No sé por qué lloro. No consigo dejar de hacerlo últimamente.

—No tiene que disculparse. Y tampoco tiene que dejar de llorar. —Clara alargó la mano y le tomó la suya. Estaba fría, los dedos temblorosos—. Tiene derecho a estar asustada. Cualquiera lo estaría.

—Nadie viene —dijo Lily—. Los vecinos no nos hablan. Las amigas de mi madre han dejado de llamar. Incluso el tendero me mira como si ya estuviera… —No pudo terminar la frase.

—Lo sé.

—Es usted la primera persona que ha sido amable. Aparte de mi madre. Y ella está tan preocupada que apenas puede mirarme sin echarse a llorar ella también.

Mrs. Dobbs apareció en el umbral.—Voy a poner el agua a hervir. ¿Tomará té, señorita Wetherly?

—Gracias. Y quizás podría mostrarle cómo preparar la manzanilla —es mejor fresca, y le ayudará a dormir.

Mrs. Dobbs asintió y se retiró. Clara la escuchó en la cocina, el tintineo de las tazas, el murmullo de su voz mientras hablaba con Thomas.

—Su hermano parece un buen chico —dijo Clara.

El rostro de Lily se suavizó.—Lo es. No entiende nada de esto, gracias a Dios. Solo sabe que estoy en casa y que estoy triste. —Casi sonrió—. Ayer me trajo un dibujo. Un gato. Dijo que era para animarme.

—¿Funcionó?

—Un poco.

Clara le apretó la mano.—¿Puedo examinarla? Quiero decir, como sanadora. Está muy pálida, y ha adelgazado. ¿Está comiendo?

Lily se encogió de hombros.—Lo intento. Nada se me queda en el estómago.

—Eso es tanto por el miedo como por el embarazo. El jengibre ayudará, y también la manzanilla. Pero debe comer, por el bien del bebé, aunque solo sea por él. —Clara se inclinó hacia ella, observando su rostro, su color, cómo se sostenía—. ¿Cuánto tiempo lleva?

—Cuatro meses. Quizás cinco. —La mano de Lily fue hacia su vientre—. Al principio no llevaba la cuenta. No quería creerlo.

—¿Y ahora?

—Ahora es en lo único en lo que pienso. —Su voz se quebró—. Qué va a ser de él. De las dos. Si me detienen—si… —No pudo decir la palabra.

—Aún no la han detenido.

—Pero lo harán. Todo el mundo lo dice. —Lily la miró con ojos suplicantes—. E incluso si no lo hacen—aunque por algún milagro crean que no lo hice—¿qué pasará entonces? He perdido mi empleo. No tengo dinero. No puedo quedarme en mi alojamiento sin sueldo, y mi madre… —Echó una mirada hacia la puerta, bajando la voz—. Aquí no tiene sitio para mí. Tiene que pensar en Thomas. Esta casa es demasiado pequeña, y apenas llega el dinero desde que murió mi padre. Le mando lo que puedo—lo que podía—pero ahora…

—No tiene a dónde ir.

—No tengo nada. —Las lágrimas se desbordaron—. Sin empleo, sin dinero, sin hogar, sin marido y con un bebé en camino al que no puedo cuidar. Aunque viva, aunque me dejen marchar—¿qué vida es esa? ¿Qué clase de madre puedo ser?

Clara no dijo nada. No había nada que decir. Simplemente le sostuvo la mano y dejó que llorara.

Mrs. Dobbs regresó con el té—tres tazas sobre una bandeja, la tetera humeante. Sus ojos se posaron en el rostro surcado de lágrimas de su hija, y su propia expresión se endureció con la angustia particular de una madre que no puede arreglar lo que está roto.

—Aquí estamos —dijo, forzando un tono animado—. Té. Esto os sentará bien.

Clara se levantó y la ayudó a colocar las tazas.—Déjeme que le enseñe la manzanilla. Hay que dejarla infusionar más tiempo que el té normal—al menos cinco minutos. Y no añada leche, funciona mejor sin ella.

Pesó las flores secas, explicando mientras trabajaba—cuánta cantidad usar, con qué frecuencia, a qué síntomas prestar atención. Mrs. Dobbs escuchaba con intensa atención, agradecida de tener algo práctico que hacer. Thomas se asomó a la puerta, observando.

—¿Puedo poner miel en la mía? —preguntó.

—Thomas, esto no es para ti—

—Está bien —dijo Clara—. Un poco de miel no le hará daño. Y la manzanilla es calmante. Quizá también le ayude a dormir.

SIRVIÓ MIEL en una taza para el chico, que la aceptó con un agradecimiento solemne y se retiró a la cocina para beberla. Lily lo vio marcharse y algo en su rostro se relajó.

—Es un buen chico —dijo de nuevo—. Solía leerle cuentos cuando volvía a casa en mis días libres. Historias de caballeros y dragones. Esas le encantaban.

—Volverás a leerle.

—¿De verdad? —La voz de Lily sonaba apagada—. A veces pienso que no saldré nunca de esta habitación. Que me quedaré aquí sentada, esperando, hasta que vengan a por mí.

—Puede que no vengan.

—Vendrán. —Bajó la mirada a su té, intacto—. Pero aunque no lo hagan... no sé qué haré. Ni adónde iré.

La señora Dobbs emitió un sonido—mitad suspiro, mitad sollozo —. —Nos las apañaremos. Siempre lo hacemos. Yo cogeré más coladas, y tú podrás ayudar con los arreglos cuando estés más fuerte. Encontraremos sitio de alguna manera. Aunque Thomas tenga que dormir en la cocina.

—Mamá—

—Nos las apañaremos. —La voz de la señora Dobbs era firme, pero las manos le temblaban al servirse su propio té—. Eres mi hija. No voy a echarte de casa.

El silencio que siguió era denso por todo lo que permanecía oculto—el miedo, la incertidumbre, las cuentas imposibles de demasiada gente y poco dinero.

Y entonces Lily dijo, en voz baja: —La señora Hartwick dice que puedo volver a trabajar. Después de que nazca el bebé.

Clara se quedó inmóvil.

La señora Dobbs alzó la vista. —¿Qué has dicho?

—La señora Hartwick. —La voz de Lily sonaba más firme ahora, como si se aferrara a ese pequeño atisbo de esperanza—. Dijo que me buscarían un sitio. Que no debía preocuparme por... —

Se detuvo. Algo cruzó su rostro—un destello de comprensión, de miedo.

Clara dejó la taza sobre la mesa. —¿Cuándo hablaste con la señora Hartwick?

Lily abrió la boca y la volvió a cerrar. Sus ojos buscaron a su madre.

—Oh, vino la señora Hartwick —dijo la señora Dobbs, llenando el silencio. No parecía darse cuenta de la repentina tensión de su hija —. El día después de que ocurrió. Antes de que nadie supiese lo del alfiler, antes de que empezara todo esto. Fue muy amable, muy correcta. Trajo dinero—dijo que eran los sueldos que debía el señor Hartwick, aunque no me lo creí del todo. Estuvo un buen rato con Lily, charlando. Me pareció un buen gesto por su parte, teniendo en cuenta... —Negó con la cabeza—. No hay muchas esposas que demuestren tanta bondad hacia la... bueno, ya sabes.

Clara miró a Lily. La chica se había puesto pálida, aferrando la taza como a un salvavidas.

—Fue muy amable por su parte —dijo Clara con cuidado—. ¿De qué hablasteis?

—Sólo... cosas. —La voz de Lily apenas se oía—. Quería asegurarse de que estaba bien. De que tenía lo que necesitaba.

—¿Y te ofreció volver a tu puesto?

—Dijo... —Lily tragó saliva—. Dijo que no me preocupara. Que todo se arreglaría. Que sólo debía... descansar, no alterarme, y que todo iría bien.

Las palabras permanecieron en el aire.

Todo se arreglaría. Todo iría bien.

—Fue amable por su parte —repitió Clara.

Lily asintió sin mirarla a los ojos.

Clara terminó su té en silencio, escuchando a la señora Dobbs hablar de la colada que tenía por hacer, del precio del carbón, de cómo iba Thomas en el colegio. Cosas normales. Preocupaciones cotidianas. Las pequeñas inquietudes de una vida que seguía su curso, aunque algo terrible pesara sobre ella.

Al levantarse para marcharse, Lily le cogió la mano.

—Gracias —dijo—. Por venir. Por los remedios. Por... —Se interrumpió.

—¿Por creer en ti?

Los ojos de Lily volvieron a llenarse de lágrimas. —Yo no lo hice. Sé cómo parece, pero no fui yo.

—Lo sé.

Clara le apretó la mano una vez y la soltó. Se despidió de la señora Dobbs, despeinó a Thomas al pasar por la cocina y salió al aire frío de la mañana.

La puerta se cerró tras ella. Clara se quedó de pie en el escalón, dándole vueltas a todo lo que había escuchado.

Lily había hablado con Caroline Hartwick. El día después del asesinato, Caroline había venido a esta casa, había hablado a solas con Lily y le había dicho que todo se arreglaría.

Y Lily—que antes estaba aterrorizada, delirando con el manicomio, convencida de que su vida había terminado—había dejado de tener miedo.

¿Por qué?

¿Qué le dijo Caroline? ¿Qué le prometió? ¿Y por qué la viuda del hombre asesinado se desvivía por consolar a la amante embarazada?

Clara empezó a caminar, dándole vueltas en la cabeza. Algo no encajaba. Algo que aún no conseguía ver.

Pero comenzaba a intuir su forma.

diecisiete

La mañana había comenzado con tranquilidad.

Clara estaba detrás del mostrador, midiendo lavanda seca para meterla en pequeñas bolsas de muselina, mientras la señora Penfield se sentaba junto al fuego con su té y sus opiniones. Marmalade había reclamado su lugar encima del armario de hierbas, la cola enroscada alrededor de las patas, observándolas a ambas con el porte de un rey que contempla su reino.

—Tienes mala cara —dijo la señora Penfield. No era una pregunta —. Esa visita a Clerkenwell te ha dejado tocada.

—Ha sido difícil —Clara ató una bolsa de lavanda y cogió otro cuadrado de muselina—. La chica está aterrorizada. Toda su familia lo está. Solo están esperando a que caiga la desgracia.

—¿Y caerá?

Clara pensó en el rostro pálido de Lily, en sus manos temblorosas, en la forma en que se agarraba el vientre como si pudiera proteger a la criatura de todo lo que estaba por venir. Pensó en la feroz determinación de la señora Dobbs—*nos las apañaremos, siempre lo hacemos*—y en el pequeño Thomas, con la cara manchada de carbón y su dibujo de un gato.

—No lo sé —dijo—. Espero que no.

La señora Penfield emitió un sonido que podía ser tanto de acuerdo como de escepticismo—. El inspector aún no la ha detenido. Eso debe significar algo.

—Significa que tiene dudas. Pero las dudas no resisten mucho tiempo ante las pruebas.

El fuego crepitaba. Marmalade bostezó, luciendo los dientes. Fuera, la calle empezaba a despertar—el traqueteo de los carros, los gritos de los vendedores, los sonidos cotidianos de una mañana londinense.

Y entonces la campanilla sobre la puerta sonó con violencia y Harriet Collins irrumpió en la tienda.

Estaba pálida, el pelo se le escapaba de las horquillas y el abrigo lo llevaba abrochado de cualquier manera. En su mano apretaba un periódico, arrugado como si lo hubiese tenido sujeto durante horas.

—Clara —su voz era aguda, entrecortada—. Clara, tienes que ayudarme. Alguien me sigue.

Clara rodeó el mostrador en un instante—. Harriet. Siéntate. Cuéntame qué ha pasado.

—No puedo sentarme. No puedo... —Harriet se presionó el pecho, luchando por respirar—. Al principio pensé que lo estaba imaginando. Un hombre en la calle. Pero luego volvió a estar ahí, fuera de mi pensión, simplemente... observando. Y esta mañana…

Le tendió el periódico a Clara. Era el *Morning Chronicle*, la tinta aún fresca.

Clara lo desplegó. El titular la dejó helada.

ASESINATO EN PATERNOSTER ROW: EDITOR ASESINADO CON EL MÉTODO DE SU PROPIO MANUSCRITO RECHAZADO

Alfiler de sombrero usado como arma en un insólito crimen literario Scotland Yard desconcertada mientras se revelan los detalles

Leyó deprisa, con el estómago encogido a cada línea. El alfiler. El manuscrito. El método sacado directamente de un relato inédito. Estaba todo ahí—cada detalle que debería haber quedado en secreto, cada prueba que señalaba a Lily Dobbs, desplegada para que todo Londres la leyera.

—¿Cómo han…? —Clara alzó la vista—. Esto no era de dominio público. ¿Cómo han conseguido esto?

—No lo sé —la voz de Harriet se quebró—. Pero ¿no lo ves? Han mencionado el manuscrito. Han dicho que fue presentado por una

autora anónima. ¿Y si el asesino cree que yo sé algo? ¿Y si vienen a por mí?

La señora Penfield se había levantado de la silla, pálida—. Dios mío. Pobre chica.

—Hay más —Harriet rebuscó en el bolsillo y sacó una hoja de papel doblada—. Esto lo deslizaron bajo mi puerta esta mañana. Antes del amanecer—oí pasos en el pasillo pero, cuando abrí la puerta, ya no había nadie.

Clara cogió la nota. Papel corriente, tinta normal. La letra era clara, pero nada especial.

Sé lo que escribiste. Si quieres hablar de los términos, encuéntrame mañana a las siete en punto en el Chapter Coffee House. Ven sola.

Las palabras eran sencillas. La amenaza que ocultaban no lo era.

—SÉ LO QUE ESCRIBISTE —repitió Harriet, con la voz temblorosa—. Saben que era mi manuscrito. Saben que soy yo quien... quien les dio la idea, el método—

—Tú no has dado nada a nadie —respondió Clara con firmeza—. Escribiste una historia. Lo que hizo otra persona con ella no es culpa tuya.

—¿Pero y si piensan que sé algo? ¿Y si creen que puedo identificarles de algún modo?

—¿Puedes?

—¡No! Nunca he conocido al asesino. No sé quién es. Solo escribí una historia sobre un alfiler de sombrero porque me parecía ingenioso, y ahora... —A Harriet se le quebró la voz. Se cubrió el rostro con las manos. Luego, con esfuerzo visible, las bajó—. Lo siento. No suelo ser así. No soy de las que se desmoronan.

—No te estás desmoronando —dijo Clara—. Estás asustada. Es diferente.

Mrs. Penfield la condujo hacia la butaca junto al fuego. —Siéntate. Respira. Clara, prepárale un poco de té.

Clara ya estaba cogiendo la manzanilla. Mientras medía las hojas, su mente iba a mil por hora. Ya era bastante grave la filtración al

periódico—alguien de Scotland Yard había vendido información y Graham se pondría furioso. Pero esa nota, esa amenaza a Harriet—

Un ruido en la esquina. Un suave aleteo, como si barajasen unas cartas.

Clara se volvió. Su baraja de tarot estaba en la pequeña mesa de lectura donde la había dejado la noche anterior, colocada en un montón ordenado. Pero ahora había una carta boca arriba en el suelo, al lado de la mesa, como si alguien la hubiese empujado.

Cruzó la estancia y la recogió.

La Estrella.

Una mujer arrodillada junto a un estanque, vertiendo agua de dos vasos. Sobre ella, ocho estrellas relucían en el cielo nocturno. Era una carta de esperanza, de calma tras la tormenta, de fe en que todo saldrá bien.

Clara la contempló. Sí, la tienda era fría y con corrientes, pero hoy no soplaba ninguna brisa. La carta no se había caído sola.

—¿Abuela? —musitó.

El aire se agitó—apenas, sólo lo justo para traer el más leve aroma a lavanda.

—¿Qué sucede? —preguntó Mrs. Penfield.

Clara alzó la carta. —La Estrella. Se ha caído de la baraja.

Las cejas de Mrs. Penfield se alzaron. —¿Genevieve?

—Quizás —Clara dio vueltas a la carta entre las manos, frunciendo el ceño. La Estrella era una buena carta. Una carta esperanzadora. No tenía sentido—no con Harriet aterida y temblando junto al fuego, no con una nota amenazante en el bolsillo de Clara, no con el caso en portada de cada periódico de Londres.

¿Qué intentas decirme?, pensó.

Genevieve, como siempre, no respondió.

—¿Clara? —la voz de Harriet era apenas un susurro—. ¿Qué significa?

—No lo sé —Clara dejó la carta sobre la mesa, boca arriba, donde pudiera verla—. Pero mi abuela siempre decía que las cartas saben más que nosotros.

—Eso no es muy reconfortante.

—No —admitió Clara—. No lo es.

Terminó de preparar el té y apretó una taza entre las manos de Harriet. La joven la aferró como un salvavidas, con los ojos aún demasiado abiertos y la respiración demasiado rápida.

—Necesitamos al inspector Redgrave —dijo Clara—. Tiene que ver esta nota. Y debe saber lo del hombre que te ha estado siguiendo.

—¿Me creerá?

—Me creerá a mí —Clara se dirigió a la puerta, la abrió y miró hacia la calle. Un chico holgazaneaba cerca de la esquina—uno de esos niños del barrio que hacen recados por un penique—. —Tú. ¿Puedes llevar un mensaje a Scotland Yard?

El chico espabiló. —Sí, señorita. ¿Para quién es?

—Para el inspector Graham Redgrave. Dile que la señorita Clara Wetherly le necesita urgentemente. Es por el caso Hartwick y ha habido una amenaza.

—Scotland Yard, inspector Redgrave, urgente, Hartwick, amenaza —el chico fue enumerando palabras con los dedos—. Entendido, señorita.

Clara puso una moneda en su mano. —Rápido.

Echó a correr como un rayo, desapareciendo por la esquina. Clara cerró la puerta y volvió junto a las demás.

—Ahora, a esperar —dijo.

Marmalade había bajado del armario y se enroscaba alrededor de los tobillos de Harriet, ronroneando. Ella se agachó para acariciarlo, y una parte de la tensión se disipó de sus hombros.

—Le gustas —dijo Clara.

—Le gusta todo el que está hecho polvo —observó Mrs. Penfield —. Es su talento especial.

Harriet estuvo a punto de sonreír. A punto.

Clara se sentó enfrente de ella, el periódico desplegado sobre las piernas. Volvió a leer el artículo, esta vez con más detenimiento. Los detalles eran precisos—demasiado precisos. Quien habló con la prensa conocía el caso de primera mano. Probablemente un agente, vendiendo información por unas pocas monedas.

Graham iba a estar que echaba chispas.

—¿Quién haría esto? —preguntó Mrs. Penfield, leyendo por encima de su hombro—. ¿Filtrar todo esto a los periódicos?

—Alguien que quiere dinero. O alguien que busca atención —Clara dobló el periódico—. En cualquier caso, ya está hecho. Media Londres conoce el método. Media Londres sabe lo del manuscrito.

—Y LA MITAD de Londres sabe que alguien la escribió —dijo Harriet en voz baja—. No tardarán en descubrir que fui yo. Mi nombre saldrá en los periódicos enseguida. 'Se revela la autora anónima.' Y entonces todos pensarán…—

—No pensarán nada —replicó Clara con firmeza—. Escribiste un relato. Eso es todo.—

Pero incluso mientras lo decía, no estaba segura de que fuera cierto. El tribunal de la opinión pública rara vez era justo, y un caso de asesinato sensacionalista sacaba lo peor de la gente. Si el nombre de Harriet se hacía público, la acosarían los periodistas, la sociedad la rechazaría y la tratarían como si, por el simple hecho de imaginarlo, hubiera provocado el crimen.

La campanilla sobre la puerta sonó de nuevo, esta vez más aguda, más contundente. Clara se levantó, esperando ver a Graham.

Era Graham. Pero no estaba tranquilo.

Tenía la mandíbula apretada y los ojos le brillaban con una furia que Clara rara vez le había visto. Entró en la tienda sin esperar invitación y, cuando habló, su voz apenas contenía la rabia.

—Supongo que habéis visto los periódicos.—

—Los hemos visto. Y hay más.—Clara le tendió la nota.—Alguien dejó esto en la puerta de la señorita Collins esta mañana. Han estado siguiéndola. Observándola. Está aterrada.—

Graham leyó la nota, pero su furia no disminuyó.—Alguien del Yard ha vendido esta historia. Probablemente uno de mis propios agentes, cambiando secretos por unas pintas.—Alzó la vista, la expresión sombría.—Me quedaré con su placa en cuanto descubra quién ha sido.—

—'Discutir los términos' —murmuró, mirando de nuevo la nota—. ¿Qué términos? ¿Qué quiere esta persona?—

—No lo sabemos. Por eso te he llamado.—

Graham miró a Harriet, que se había levantado de la silla y le observaba con los ojos muy abiertos y asustados. Su voz se suavizó.

—Señorita Collins. Cuéntemelo todo. ¿Cuándo se dio cuenta por primera vez de que la seguían?—

Harriet se lo contó. El hombre en la calle, hacía dos días. La silueta frente a su alojamiento la tarde anterior. Los pasos en el pasillo esa mañana, la nota deslizada bajo su puerta.

Graham escuchó sin interrumpir, los brazos cruzados, su expresión ensombreciéndose más a cada palabra. Cuando terminó, volvió a leer la nota y luego alzó la mirada de golpe.

—The Chapter Coffee House. Mañana a las siete.—Su voz era tensa.—No va a acercarse a ese lugar, señorita Collins. Quienquiera que sea, sabe dónde vive. Han estado vigilándola. Esto no es un juego.—

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó Harriet, en voz baja—. ¿Esperar a que vengan a por mí?—

—Enviaré a un agente para vigilar su alojamiento. Y pondré hombres en la cafetería mañana para ver quién aparece esperando encontrarla.—

La señora Penfield frunció el ceño.—Pero si ella no se presenta, ¿no intentarán simplemente volver? ¿O algo peor, presentarse directamente ante ella?—

La mandíbula de Graham se tensó. No respondió, pero hizo falta poco más para entenderlo.

—¿Y si —dijo la señora Penfield despacio— mantiene la cita? Con usted allí para protegerla. Podría esperar cerca y ver quién se acerca.—

Graham la miró fijamente.—En absoluto.—

—¿Por qué no? Usted estaría allí para protegerla. Podría atrapar a quien esté detrás de esto.—

—Porque no voy a utilizar a una joven asustada como cebo.—La voz de Graham era dura.—Es demasiado peligroso.—

Harriet había estado observando el intercambio, los ojos moviéndose de uno a otro. Ahora habló, su voz pequeña pero

decidida.—Quiero saber quién hace esto. No puedo quedarme escondida esperando a que me encuentren.—

—Señorita Collins…—

—The Chapter Coffee House no es precisamente un callejón oscuro —dijo Clara—. Estará lleno de gente. Sea lo que sea lo que quiera esta persona, no va a atacar a Harriet en medio de una sala abarrotada.—

—¿Y si la atraen fuera? ¿A un carruaje? ¿Por una calle lateral?—

—No es una trampa si está usted presente.—Clara sostuvo su mirada.—Mañana por la tarde iré con ella, inspector. Con usted o sin usted. Así que puede estar allí para protegernos, o leerlo mañana en los periódicos.—

La mandíbula de Graham volvió a tensarse. Durante un largo instante no dijo nada. Clara podía ver cómo lo meditaba—su deber de protegerlas luchando contra la certeza de que en realidad no podía impedirlo.

—Es una idea terrible —dijo al fin.—

—Probablemente —admitió Clara—. Pero es la idea que tenemos. —

Graham miró a Harriet.—¿Está segura? No puedo obligarla a hacer esto, y no fingiré que es seguro.—

Las manos de Harriet temblaban, pero su voz era firme.—Estoy segura. Prefiero enfrentarme a quien sea que estar el resto de mi vida mirando por encima del hombro.—

Graham soltó el aire lentamente.—De acuerdo. Pero lo haremos a mi manera. Yo estaré dentro de la cafetería, en el fondo. Señorita Wetherly, usted se queda fuera—a la otra acera, ni un paso más cerca. Si algo sale mal, corre. No intente ayudar. Corre. ¿Entendido? —

CLARA ASINTIÓ, aunque ambas sabían que no haría tal cosa.

—Y señorita Collins. —La voz de Graham se suavizó—. Si cambia de opinión—esta noche, mañana, en cualquier momento antes de las siete—, mande aviso. No hay deshonra en ello. No se harán preguntas.

Harriet asintió.—Lo entiendo.

—De acuerdo. —Graham guardó la nota cuidadosamente en el bolsillo.—Mañana por la tarde, entonces.

Lanzó una mirada al periódico sobre el regazo de Clara, apretando la mandíbula.—Tendré que hablar de nuevo con la señorita Dobbs. Con esto en los periódicos, la presión para detenerla será…

—Sobre eso.—Clara notó cómo le ardían las mejillas.—He ido a ver a Lily Dobbs. Ayer. Por mi cuenta.

Graham se quedó muy quieto.—¿Has hecho qué?

—Le llevé remedios. Por su estado. Está embarazada y aterrada, no come, y pensé…

—Pensaste que ibas a llevar tu propia investigación sin decírmelo.

—Pensé en visitar a una chica asustada que necesitaba ayuda. —Clara le sostuvo la mirada con firmeza.—No soy una de sus agentes, inspector. No necesito su permiso para hacer una visita.

La mandíbula de Graham se tensó. Por un momento creyó que iba a gritar. Pero entonces su expresión cambió—la frustración dio paso a la resignación, y bajo ésta, un respeto a regañadientes.

—¿Qué ha descubierto?

Clara soltó el aire.—Algo raro. Estábamos hablando—Lily, su madre y yo—de su situación. Ha perdido su empleo, no tiene adónde ir, no sabe cómo va a cuidar del bebé. Y entonces dijo algo extraño.

—¿Qué?

—Dijo: 'Mrs. Hartwick dice que puedo volver al trabajo. Después de que nazca el bebé'.

Graham frunció el ceño.—¿Mrs. Hartwick le dijo eso? ¿Cuándo?

—Su madre dijo que Mrs. Hartwick pasó por allí el día después de morir Mr. Hartwick. Trajo dinero—dijo que eran salarios que le debía. Habló con Lily durante una hora a puerta cerrada.

—Al día siguiente. —Graham guardó silencio por un instante, procesándolo—. Eso es... inesperado. ¿Por qué haría algo así?

—No lo sé. Supongo que es un acto amable. O puede serlo. —Clara dudó—. Pero hay algo más. Según su madre, después de esa visita, Lily cambió. Antes estaba histérica—llorando, despotricando

sobre Bedlam y que iban a quitarle al bebé. Pero luego se quedó callada. Tranquila.

Graham no dijo nada, pero su ceño se profundizó.

—Y cuando Lily mencionó la promesa de Mrs. Hartwick sobre el trabajo, se detuvo de golpe. Se puso pálida. Como si hubiera dicho algo que no debía. —Clara negó con la cabeza.—Oculta algo. De eso estoy segura. Pero qué es, o por qué... lo ignoro.

Graham guardó silencio un buen rato. Los carbones crujieron en la chimenea. Marmalade había regresado a su estante y los observaba a todos con ojos fijos, sin parpadear.

—Es extraño —dijo Graham al fin—. Todo esto. Pero lo extraño no es prueba.—Su expresión era sombría—. Y ahora mismo, la única persona con motivo, medios y oportunidad es Lily Dobbs.

—No cree que haya sido ella.

—Lo que yo crea no importa. Las pruebas la señalan a ella. La prensa clama por una detención. El comisario exige respuestas. —La voz de Graham sonaba cargada—. Puede que ya no tenga mucho más margen, Clara. La presión es cada vez mayor. Si no detengo a alguien pronto…

No terminó la frase. No hacía falta.

Clara pensó en Lily, en ese salón en penumbra, con las manos en el vientre y los ojos llenos de miedo y de desesperada esperanza. Pensó en el pequeño Thomas y su dibujo de un gato. Pensó en Mrs. Dobbs diciendo *salimos adelante, siempre lo hacemos*.

—Entonces tenemos que descubrir la verdad —dijo—. Antes de que sea demasiado tarde.

Graham le sostuvo la mirada y asintió una vez—un acuerdo silencioso, una determinación compartida.

—Mañana por la tarde—dijo—. En The Chapter Coffee House. Averigüemos quién anda amenazando a la señorita Collins.

Asintió a Mrs. Penfield, lanzó una mirada cautelosa a Marmalade y se marchó.

La tienda pareció quedar en absoluto silencio tras su marcha. Harriet se sentó junto al fuego, aferrada a su té frío. Mrs. Penfield empezó a poner orden en cosas que no lo necesitaban. Marmalade se acicaló la pata con calculada indiferencia.

Clara recogió la carta de la Estrella y le dio la vuelta entre las manos.

Esperanza. Fe. Calma tras la tormenta.

Su abuela siempre había confiado en las cartas, incluso cuando parecían no tener sentido. Especialmente entonces.—Las cartas ven más allá de lo que vemos nosotros —solía decir—. Confía en ellas, incluso cuando no las comprendas.

Clara miró a la mujer de la carta, arrodillada junto al estanque, vertiendo el contenido de sus vasijas bajo las luminarias estelares. Serena. Segura. Ajena al miedo.

¿Qué intentaba decirle su abuela?

Dejó la carta, sin acercarse a una explicación, y fue a preparar té fresco.

dieciocho

—así que, dice el conde a su cuarta esposa: 'Querida mía, las tres anteriores simplemente no pudieron soportar el clima'.— La señora Penfield alzó un monóculo que había sacado de quién sabe dónde y contempló de forma dramática al joven dependiente atrapado en la mesa contigua. —Pero, por supuesto, NOSOTRAS sabemos lo que les ocurrió. Todo está en mi última obra. *La almena ensangrentada*. A la venta próximamente en todas las librerías de confianza.—

Clara tomó un sorbo de su café—amargo y templado—y se preguntó, no por primera vez en lo que iba de noche, si de verdad había sido sensato traer a la señora Penfield.

—El castillo en sí está inspirado en un lugar real de Baviera —prosiguió la señora Penfield, haciendo sonar sus cuentas de azabache mientras se inclinaba hacia delante con aire de confidencia —. Lo visité en mi juventud. Los lugareños aún susurran sobre lo que pasó en la torre este.—

El joven dependiente asentía frenéticamente, con la mirada saltando nerviosa hacia la puerta.

—Madame Grimshaw ha viajado muchísimo —intervino Clara, apiadándose de él—. Todo en pos de documentarse para sus novelas.—

—Muchísimo.— La señora Penfield se recolocó el chal de encaje negro—que Clara sospechaba prestado de algún baúl teatral en su desván—. —Una no puede escribir sobre ASESINATOS de forma

verosímil sin entender la mente criminal. He hecho todo un estudio sobre ello.—

El dependiente murmuró algo acerca de que tenía que ver a su editor y huyó a toda prisa.

La señora Penfield lo observó marcharse, satisfecha. —Un joven encantador. De lo más atento.—

—Le has asustado.—

—¡Qué tontería! He sido de lo más amable.— Alzó de nuevo el monóculo, escudriñando la concurrida cafetería con intensidad teatral. —Bien. ¿Alguna señal de nuestro villano?—

Clara miró hacia el otro lado de la sala, donde Harriet se sentaba sola en una pequeña mesa con un periódico desplegado ante ella. No había pasado página en veinte minutos. Incluso desde allí, Clara podía ver cómo le temblaban las manos contra el papel.

Ya habían pasado de las siete hacía rato. El reloj de la repisa marcaba ahora casi y cuarto.

—Todavía no —dijo Clara en voz baja.—

En algún rincón al fondo de la cafetería, Graham permanecía sentado en la penumbra. Clara lo había visto fugazmente al llegar—veinte minutos después que ellas—y su rostro fue cambiando a medida que se percataba no solo de su presencia, sino de su ubicación. Dentro. A una mesa. A la vista de cualquiera que entrase.

Ella había prometido esperar fuera. Fuera de la vista. Vigilando, tal vez, desde la otra acera, lista para pedir ayuda si era necesario.

No había prometido que la señora Penfield fuese a colaborar.

—Madame Grimshaw no puede vigilar desde una acera, Clara —había proclamado la señora Penfield cuando el coche las dejó frente a la cafetería—. Esperaremos dentro, como personas civilizadas. Además, Harriet necesita apoyo moral.—

Cuando Graham llegó, la señora Penfield ya estaba metida de lleno en su charla con un dependiente aterrorizado sobre condes bávaros, y Clara estaba atrapada.

La mirada que Graham le había dirigido desde el otro extremo de la sala—breve, incrédula, anticipando cuentas pendientes—le hizo desear desaparecer por una rendija. Pero él no podía montar una

escena sin estropear la trampa, y ella no podía irse sin dejar a la señora Penfield a solas con sus teatralidades.

Así que allí seguían. Y Graham rumiando en silencio en su rincón.

El plan era sencillo. Harriet esperaría. El misterioso remitente llegaría. Graham observaría y actuaría si era necesario.

Según la experiencia de Clara, los planes sencillos rara vez siguen siéndolo.

—Ojalá la señora Winters y la señora Turner estuvieran aquí —murmuró la señora Penfield, dejando por un instante de lado su personaje de Madame Grimshaw—. La señora Winters es tan firme en una crisis... Y el difunto marido de la señora Turner conocía a todo el mundo que valía la pena conocer; quizá hubiese reconocido de inmediato a nuestro villano.—

—Las dos están en el campo por Navidad —le recordó Clara—. Compromisos familiares.—

—La familia.— La señora Penfield resopló. —Como si la familia fuera más importante que atrapar a un asesino.— Alzó de nuevo el monóculo. —No importa. Madame Grimshaw tendrá que ser lo bastante vigilante por las tres.—

La cafetería bullía con el trajín habitual de la tarde: hombres debatiendo sobre tiradas de libros y derechos de autor, manuscritos esparcidos por las mesas, humo de pipa flotando en el aire. El mismo vaho de tabaco, los mismos agravios literarios. La misma sensación de ser observadas por hombres que no terminaban de creerse que las mujeres se hubieran colado en su territorio.

Pero esa noche, todo resultaba más afilado. Más peligroso.

La puerta se abrió.

El corazón de Clara dio un vuelco—pero solo era una camarera, que volvía de algún recado con una cesta en el brazo.

La señora Penfield dejó escapar un pequeño suspiro de decepción. —Falsa alarma. Aunque tiene pinta de envenenadora. Siempre son las silenciosas. Puse una tal cual en *El veneno veneciano*.—

—Todavía no has escrito—

—Quizá lo haga.— Los ojos de la señora Penfield relucieron—. Después de esta noche tendré material para una docena de novelas.

—

La puerta se abrió otra vez.

Esta vez, a Clara se le heló la sangre.

Edgar Covington apareció en el umbral.

Lo reconoció al instante—el mismo cabello oscuro cayendo sobre la frente, la misma expresión amarga en su boca, el mismo abrigo bien cortado ya gastado en los puños. Había estado sentada frente a él en esa misma cafetería cuando Graham le interrogó por el asesinato. Por las regalías que Philip le había robado. Por el "asunto privado" que había tratado con Caroline Hartwick la noche del crimen.

EDGAR HABÍA SIDO EVASIVO ENTONCES—SE negó a explicar de qué había hablado con Caroline, insistiendo en que no tenía nada que ver con el asesinato. Graham insistió, pero Edgar simplemente dijo: *Arrésteme, inspector. O déjeme sumido en mi miseria.*

No le detuvieron. Pero Clara tampoco había dejado de pensar en él.

Él y Caroline se proporcionaron coartadas mutuamente. Ambos rehusaron explicar su encuentro. Y Edgar sabía lo del manuscrito, incluso había bromeado al respecto cuando Philip se burlaba del método. *Cuidado, Hartwick. Alguien podría tomarse eso como un reto.*

¿Y si lo había hecho?

Estuvo en la oficina esa tarde, pensó Clara, notando cómo se le aceleraba el pulso. *Llegó a las cinco y media, según él. Se marchó después de las seis. Tiempo de sobra para discutir con Philip, marcharse y volver más tarde cuando ya no quedase nadie.*

Edgar examinó la sala con ojos agudos, de cazador.

Y la coartada de Caroline solo cubre una parte de la tarde. A las ocho o nueve, dijo él—vago, incierto. ¿Qué ocurrió antes? ¿Qué pasó después?

¿Y si se están protegiendo el uno al otro? ¿Y si uno mató a Philip y el otro le está encubriendo?

La mirada de Edgar se deslizó hacia la mesa de Harriet.

Los dedos de Clara se apretaron en torno a su taza de té. Esta tintineó contra el platillo.

—¿Clara? —el lorgnette de la señora Penfield giró en su dirección —. ¿Qué sucede? ¿Qué te pasa?

Edgar Covington se dirigió directamente hacia Harriet.

La mente de Clara repasó todo lo que sabían. Edgar había estado en Hartwick & Sons la tarde del asesinato—había discutido acaloradamente con Philip, le había amenazado con desenmascararle. Sabía lo del manuscrito, había bromeado sobre que alguien "lo tomase como un reto". Él y Caroline se dieron coartada durante parte de la tarde, pero ¿qué pasaba con las horas que no podían justificar?

Y ahora allí estaba. Caminando hacia la mujer cuyo manuscrito había descrito exactamente cómo cometer el asesinato.

Él envió la nota, pensó Clara, notando el corazón retumbarle. *La ha estado siguiendo. Sabe que ella podría delatarle—que su historia demuestra que alguien usó el método del alfiler deliberadamente. Ha venido a silenciarla.*

—Clara, te has puesto blanca como el papel—

Edgar estaba a tres metros de la mesa de Harriet. A dos. A uno y medio.

La mano de Clara buscó el brazo de la señora Penfield, agarrándolo con fuerza. ¿Debería llamar la atención? ¿Provocar una distracción? ¿Dónde estaba Graham—lo estaría viendo, podría llegar a tiempo?

Harriet alzó la vista de su periódico.

Los ojos de Edgar se encontraron con los de ella.

Clara medio se levantó, preparada para—

Edgar pasó de largo la mesa de Harriet sin aminorar el paso.

Siguió hacia el rincón del fondo de la sala, donde un grupo de hombres se encorvaba sobre sus bebidas y agravios. Alguien le llamó—«¡Covington! Ven aquí, vamos a zanjar de una vez la cuestión de la distribución»—y él se dejó caer en una silla vacía, haciendo una seña a la camarera para pedir lo de siempre.

En cuestión de segundos, ya estaba inmerso en una acalorada discusión sobre algo relacionado con los libreros regionales, con la

atención absorbida por aquella batalla familiar. Ni siquiera había reparado en Harriet. Ni la había reconocido. Ni le había importado.

Clara se dejó caer de nuevo en su asiento. Le temblaban las manos. El corazón le galopaba todavía, resonando en el eco del pánico.

—Querida mía. —La señora Penfield había apartado por completo el lorgnette, la preocupación verdadera eclipsando cualquier teatralidad—. ¿Quién ERA ese hombre?

—Edgar Covington. —La voz de Clara salió fina y aguda—. Un escritor. Graham y yo le interrogamos por el asesinato. Estaba allí aquella noche. Sabía lo del manuscrito. Yo pensé—

No pudo terminar.

—Pensaste que era él.

Clara apoyó la palma abierta sobre la mesa, tratando de estabilizarse—Por un momento, estaba convencida de que venía a por ella.

La señora Penfield la observó durante unos instantes largos—Pero solo está aquí para beber y discutir sobre libreros.

—Como hace cada noche, al parecer. —Clara se rió—un sonido frágil y demasiado agudo—. Ni la miró. Pasó de largo. Por poco provoco un espectáculo por nada.

—Por nada no. —La voz de la señora Penfield se suavizó, desapareciendo toda exageración—. Sigue siendo sospechoso. Sigue teniendo un motivo. Tus instintos no iban desencaminados—solo ha fallado el momento.

Al otro lado de la sala, Harriet no se había movido. Permanecía helada frente a su periódico, el rostro pálido, claramente consciente de que algo había sucedido aunque no supiera qué. Atrajo la mirada de Clara y arqueó las cejas en silenciosa pregunta.

Clara negó levemente con la cabeza. *Falsa alarma.*

Los hombros de Harriet cayeron visiblemente, aliviados.

El reloj marcaba las siete y media.

—Quizá no venga en absoluto —dijo la señora Penfield en voz baja—. Quizá vio al inspector Redgrave y huyó.

—Quizá. —Pero Clara no lo creía. Quienquiera que hubiese deslizado aquella nota bajo la puerta de Harriet quería algo. Lo

quería lo bastante como para asustarla, fijar una hora y un lugar, usar palabras diseñadas para inquietar.

Sé lo que has escrito.

Esa clase de gente no se rinde sin más.

La puerta se abrió.

Entró un hombrecillo enjuto y nervudo. Tendría unos cincuenta años, el pelo clareado y gafas que destellaban a la luz de la lámpara. Llevaba un maletín de cuero maltrecho y se movía con la energía nerviosa de alguien que pasa demasiado tiempo rodeado de libros y muy poco entre personas.

Se detuvo justo al cruzar el umbral, escudriñando la sala—no con la mirada clínica de Edgar, sino con la ansiedad de quien acude a una cita importante y teme estropearlo todo.

Su mirada encontró a Harriet.

Sonrió. Se recolocó las gafas. Miró el reloj de bolsillo. Empezó a dirigirse hacia su mesa.

—Es él —susurró Clara.

—¿El villano? —la señora Penfield se llevó la mano a la garganta —. No TIENE pinta de villano. Parece un oficinista. O un maestro de escuela.

—No sé qué pinta tiene —Clara ya se estaba levantando—. Pero va directo hacia Harriet.

El hombre alcanzó la mesa de Harriet. Se aclaró la garganta.

—¿Señorita Collins? —Su voz era fina y aguda, pero entusiasta. Esperanzada—. ¿Señorita H.J. Collins? ¿La escritora?

A Harriet se le fue el color del rostro—Yo... ¿cómo sabe mi—

—Perdóneme, por favor, discúlpeme, debería presentarme debidamente. —Ya rebuscaba en su maletín, sacando papeles, una tarjetero, algo que parecía un contrato—. Reginald Stromwell, de Stromwell and Company Publishers. Estaba deseando hablar con usted—

UN MOVIMIENTO en la visión periférica de Clara. Graham, emergiendo de las sombras, cruzaba la sala con pasos rápidos y

medidos. Clara y la señora Penfield se apresuraron hacia la mesa de Harriet desde la dirección contraria.

—Señor Stromwell. La voz de Graham cortó el bullicio de la cafetería como una cuchilla—tranquila, controlada y absolutamente autoritaria. —Apártese de la señorita, por favor.

Stromwell se giró en redondo, sujetando los papeles contra el pecho. Las gafas le habían quedado torcidas. —Yo... ¿qué...? ¿quién es usted?

—Inspector Graham Redgrave. Scotland Yard. Graham no alzó la voz. No le hacía falta. Había algo en su porte—la amplitud de sus hombros, la firmeza de su mirada, la particular quietud de un hombre que podría volverse muy peligroso muy deprisa—que hizo que Stromwell retrocediera trastabillando. —Me gustaría saber por qué ha estado siguiendo a la señorita Collins.

—¿Siguiendo? No he estado... Solo quería hablar con ella sobre—

—¿Sobre qué, señor Stromwell?

—¡El manuscrito! La voz de Stromwell se elevó hasta un chillido. Todas las cabezas en la cafetería se volvieron hacia la escena. —¡Quiero comprar el manuscrito!

Graham se quedó completamente inmóvil. —Explique.

—La historia del método del asesinato—todo el mundo en el mundo editorial habla de ello. Las palabras de Stromwell se atropellaron unas a otras en su apuro por explicarse. —Lo mencionaron los periódicos—un manuscrito rechazado que describía exactamente el método usado para matar a Philip Hartwick. Una historia así vendería miles de ejemplares. Decenas de miles. Solo la publicidad—

—Ha enviado usted a la señorita Collins una nota amenazante —dijo Graham en tono seco—. Ha estado acosándola.

—¿Amenazante? Stromwell parecía genuinamente horrorizado. —Yo solo... sí, deslizó una nota bajo su puerta, pidiéndole que se reuniera conmigo. Quería discutir condiciones. ¡Condiciones editoriales! ¡Una oferta para su manuscrito! Sujetó los papeles con más fuerza. —No pretendía asustar a nadie. Simplemente no podía arriesgarme a que otro editor la localizara antes.

—Señor Stromwell. Clara mantuvo la voz cuidadosamente neutral. —¿Cómo encontró usted a la señorita Collins? Su manuscrito fue entregado bajo seudónimo.

Los ojos de Stromwell iban de uno a otro. —Su dirección estaba en los archivos de Hartwick. Los registros de las entregas... tras el asesinato, la gente ha estado revisándolo todo. Empleados, otros editores, periodistas... la información va circulando. Pareció darse cuenta de que aquello no le dejaba en muy buen lugar y se apresuró a añadir: —Solo quería la dirección para poder hacerle una oferta. ¡Una oferta generosa! A la señorita Collins le encantarían mis condiciones, si solo—

—Basta. La voz de Graham podría haber helado el Támesis. —Usted envió una nota deliberadamente ambigua, diseñada para asustar a una mujer y obligarla a reunirse con usted. La siguió. La abordó en público. Fuera cuales fuesen sus intenciones, señor Stromwell, sus métodos han causado una notable angustia.

El rostro de Stromwell se arrugó. —Jamás pretendí... yo solo quería—

—UN EDITOR. La voz de la señora Penfield retumbó con magnífica indignación. —Todo este terror. Toda esta ANSIEDAD. Por un EDITOR. Miró a Stromwell con una mirada capaz de cortar la leche. —Joven, Madame Grimshaw ya ha tenido trato con los de su calaña. En mi novela *La conspiración de Venecia*, un editor muy parecido a usted termina de la forma MÁS desagradable.

Stromwell parpadeó, desconcertado. —¿Yo...? ¿Madame quién?

—Fuera. Graham se hizo a un lado, despejando el camino hacia la puerta. —Ahora. Antes de que decida que el acoso a un testigo material merece una detención.

Thornton recogió los papeles desparramados con manos temblorosas, pero incluso en su humillación, algún instinto profesional se impuso. Hurgó en su tarjetero y colocó una tarjeta en los dedos inertes de Harriet.

—Mi oferta sigue en pie, señorita Collins. Cuando todo este mal trago se resuelva—y estoy seguro de que así será—, confío en que considerará Stromwell and Company. Trataríamos su obra con el

respeto que merece. Cabeceó nervioso. —Me pondré en contacto. Pronto.

Luego huyó, dejando tras de sí un mar de susurros y miradas.

La cafetería bullía de especulaciones. Clara podía sentir decenas de ojos posados sobre ellas, decenas de oídos esforzándose por captar cualquier detalle capaz de alimentar el cotilleo del día siguiente.

—Bueno. La señora Penfield se arregló el chal con dignidad. —Eso ha sido de lo más anticlimático.

Harriet seguía sin moverse. Seguía sentada, con la tarjeta de Stromwell apretada en una mano y el periódico arrugado en su regazo. Tenía el rostro pálido, pero algo más luchaba por asomar bajo el estupor.

Clara se acercó, y le tomó las manos. Estaban heladas.

—Solo era un editor —dijo Clara con suavidad—. Nada más. Un editor que quería tu manuscrito.

—Sabía quién era yo. La voz de Harriet temblaba. —Encontró mi dirección. Me encontró a MÍ. Bajó la mirada hacia la tarjeta en su mano, y su expresión se transformó—la confusión dejando paso a algo parecido al asombro. —Pero él... quiere publicar mi libro. Ha dicho que podría vender decenas de miles de ejemplares.

—Y puede que así sea —dijo la señora Penfield, con la voz más suave—. Cuando pase todo esto, querida, puede que al final seas una autora publicada.

Harriet miró la tarjeta como si pudiera desvanecerse. —Philip lo rechazó. Dijo que era... Se interrumpió, negando con la cabeza. —Y ahora alguien quiere comprarlo.

—La ironía no se me escapa —intervino Graham, acercándose a ellas. Su mandíbula estaba tensa, pero Clara notó que se obligaba a conservar la paciencia—. Sin embargo, tenemos una preocupación más inmediata. El señor Stromwell te localizó a través de los archivos de la oficina de Hartwick. Si un editor ha podido conseguir tu dirección con tanta facilidad, cualquiera podría hacerlo.

—Cualquiera —repitió Harriet, el asombro borrado por el miedo —. Cualquiera en absoluto.

—Lo que más me inquieta —continuó Graham, bajando la voz— es cómo supo Stromwell del manuscrito a esas alturas. Según él, lo mencionaron los periódicos.

Clara frunció el ceño. —Los periódicos no deberían saber nada del manuscrito. Ni de la identidad de Harriet. Esa información era—

—Confidencial. Sí. El rostro de Graham se había vuelto de hielo. —Como también lo era el detalle del alfiler de sombrero. Y, sin embargo, ambos aparecieron en prensa.

—¿A qué se refiere, inspector? —preguntó la señora Penfield—. Seguramente los periódicos simplemente... ¿investigaron?

—El detalle del alfiler de sombrero solo lo conocíamos yo, mi sargento y los agentes que registraron el alojamiento de la señorita Dobbs. Graham apretó los puños a los costados. —Parece que tenemos una fuga en Scotland Yard. Alguien se está sacando un dinero extra vendiendo información a la prensa.

—¿COMPLEMENTAN sus sueldos? —preguntó Clara.

—Es un problema conocido. Los agentes cobran poco, y los periodistas pagan bien por detalles exclusivos. —Su voz era cortante, cargada de una furia apenas contenida—. Está prohibido, por supuesto. Pero ocurre lo bastante a menudo como para que los superintendentes hagan la vista gorda... salvo que comprometa una investigación.

—Y esto ha comprometido la tuya —dijo Clara en voz baja.

—Esto ha convertido mi investigación en un circo. —Graham inspiró hondo, visiblemente esforzándose por controlarse—. Cuando regrese a Scotland Yard, pienso descubrir exactamente quién ha estado hablando con la prensa. Y lo pagará.

Antes de que pudiera continuar, la puerta de la cafetería se abrió de nuevo.

Un joven agente apareció en el umbral, recorriendo el local con la mirada, los ojos urgentes. Llevaba el uniforme algo desaliñado, como si hubiese estado corriendo. Al ver a Graham, su rostro se iluminó de alivio.

—Inspector Redgrave, señor. —Avanzó con rapidez, sorteando las mesas—. Le he estado buscando por todas partes. Hay un mensaje urgente de la comisaría.

La postura de Graham cambió: se irguió ligeramente, una nueva tensión en sus hombros. —¿Qué mensaje?

El agente miró a Clara, a la señora Penfield, a Harriet. Quería, claramente, dar su noticia en privado, pero la expresión de Graham no admitía demora.

—Es sobre la investigación Hartwick, señor. Las pruebas que recogimos de la oficina... los oficiales las han estado catalogando, y encontraron algo entre los papeles del escritorio privado del señor Hartwick.

—¿Qué han encontrado?

—Papeles de ingreso en un manicomio, señor. —La voz del agente se hizo más queda, como si hablar más bajo pudiese amortiguar el golpe—. Para la señorita Lily Dobbs. Ya firmados por dos médicos. Solo faltaba la firma del señor Hartwick.

El rumor del café pareció apagarse. Clara sintió cómo la sangre se le escapaba del rostro.

Dijo que si volvía a mencionar el matrimonio, me ingresaría en un manicomio.

La voz de Lily, temblorosa en aquel salón en penumbra. Sus manos sobre el vientre. Los ojos desorbitados de terror.

No eran amenazas vacías. No eran palabras crueles para asustar. Eran papeles reales. Médicos reales. Planes reales para encerrarla de por vida.

—Hay más, señor. —El agente parecía desolado, como un hombre obligado a comunicar malas noticias—. El superintendente ha visto los documentos. Dice que demuestran que la señorita Dobbs tenía un motivo—el mejor motivo de todos. Unido al alfiler hallado en su poder...

—No. —La palabra se le escapó a Clara antes de poder contenerla.

La voz de Graham sonó muy baja. —¿Cuáles son mis órdenes?

—Arrestar a la señorita Dobbs, señor. Mañana por la mañana, a primera hora. —El agente cambió el peso de un pie al otro—. El

superintendente dice que ya ha habido bastantes retrasos. La prensa hace preguntas. Quiere a alguien bajo custodia.

Un largo silencio.

—Entiendo. —El rostro de Graham se volvió completamente imperturbable—liso como el mármol, sin dejar traslucir nada—. Vuelva a la comisaría, agente. Diga al superintendente que he recibido su mensaje y cumpliré sus órdenes.

—Sí, señor. —El agente salió de allí a toda prisa.

Clara esperó a que se marchara antes de hablar. —Graham.

Él no la miró.

—Graham, no puedes dejar que la detengan. Ella no lo hizo.

—Lo sé. —Las palabras salieron planas. Pesadas. La voz de quien está atrapado entre lo que cree y lo que debe hacer.

—Entonces detenlo. Dile a tu superintendente que se equivoca. Dile que las pruebas son circunstanciales, que cualquiera podría haber dejado ese alfiler allí, que—

—¿Que le diga qué, exactamente? —Por fin Graham la miró a los ojos, y Clara vio la angustia allí—controlada con esfuerzo, pero presente—. ¿Que mis instintos me dicen que es inocente? ¿Que algo no cuadra? A mi superintendente no le importan los instintos, Clara. Le importan las pruebas. Y las pruebas señalan a Lily Dobbs.

—El alfiler podría haberlo colocado cualquiera—

—Podría haber sido. Quizá lo fue. Tal vez. —Negó con la cabeza —. Eso no son argumentos. Son esperanzas. Y las esperanzas no impiden detenciones. —Inspiró hondo—. Lo único que podría evitar esto ahora es encontrar al verdadero asesino. Y conseguir que confiese. Si no, mi superintendente ni siquiera considerará la posibilidad de que la señorita Dobbs es inocente.

—Entonces encontraremos al verdadero culpable —dijo Clara.

—¿Para mañana por la mañana? —La voz de Graham era suave, pero la verdad resultaba demoledora—. Clara, llevo días investigando este caso. Si tuviera pruebas que señalaran a otro sospechoso—pruebas reales, no sospechas—, las usaría. Pero no las tengo.

La señora Penfield preguntó suavemente: —¿Qué le ocurrirá?

—La llevarán a Newgate a la espera de juicio. —La voz de Graham se tornó ahora clínica, distante. El tono de quien recita

hechos para no sentirlos—. Dadas las pruebas y la repercusión pública, el juicio será rápido. Si la condenan... —Se interrumpió.

No hacía falta que terminara la frase. Todos sabían lo que ocurría a los condenados por asesinato.

—El bebé —susurró Harriet. Era lo primero que decía desde la llegada del agente—. ¿Qué pasará con el bebé?

Nadie respondió.

Clara quería gritar. Quería sacudir a Graham, sacudir al superintendente, sacudir toda la maquinaria de la justicia que avanzaba inexorable para aplastar a una mujer inocente.

Pero podía ver la verdad en el rostro de Graham. Sus manos estaban atadas. Era un engranaje más en la máquina, y la máquina ya había decidido.

—Debo volver a la comisaría. —La voz de Graham se había vuelto formal. Profesional. La máscara deslizándose de nuevo sobre su rostro.

—Graham—

—Clara. —Alzó una mano—. Por favor. Ahora no.

La mirada que le dirigió era sombría, agotada, completamente desprovista de esperanzas.

Entonces se dio la vuelta y salió a la noche.

LA TIENDA ESTABA a oscuras cuando Clara entró.

Los aromas familiares la envolvieron—lavanda y manzanilla, rosas secas y madera añeja. La tienda había sido de su abuela y, antes de ella, de su bisabuela. Tres generaciones de mujeres mezclando remedios y esperanza a partes iguales.

Esa noche, Clara no tenía esperanza que ofrecer.

Encendió una sola lámpara con los dedos temblorosos. La llama prendió, proyectando una luz cálida sobre el mostrador abarrotado, las hileras de tarros de cristal, los ramilletes de hierbas secas colgando de las vigas.

MARMALADE APARECIÓ desde las sombras cerca de la chimenea, enroscándose alrededor de sus tobillos con un maullido exigente.

—Lo sé —le dijo Clara—. Lo siento. Todo está mal.

Se dirigió mecánicamente hacia la habitación trasera, hacia los platos y la lata de pescado que guardaba para él. Marmalade la siguió, sus quejas vocales e insistentes. Le dio de comer en la cocina en penumbra, apenas dándose cuenta de sus propios movimientos. Su mente estaba en otra parte—en una celda de Newgate que aún no existía, observando el rostro de Lily cuando vinieran a arrestarla. Contemplando cómo la esperanza se desvanecía de sus ojos.

Todo se arreglará, le había prometido Caroline. *Todo irá bien.*

¿Qué había querido decir? ¿Qué le había prometido en realidad? Y por qué—por qué—Lily le había creído?

Clara volvió a la tienda, demasiado cansada para subir las escaleras a sus habitaciones. Demasiado inquieta para sentarse. Se quedó de pie en medio del suelo, rodeada por el legado de su abuela, y se sintió absolutamente, completamente perdida.

Mañana por la mañana, arrestarían a Lily.

Y Clara no tenía ni idea de cómo evitarlo.

LAS OBSERVACIONES DE MARMALADE

En las que mi humana demuestra, una vez más, que no puede resolver los problemas más sencillos sin intervención felina.

EL PESCADO ERA ACEPTABLE.

No bueno. No de la calidad que merezco tras las indignidades de esta noche—abandonado durante horas, la cena indecentemente retrasada, mi humana regresando oliendo a humo de tabaco y ansiedad humana. Pero aceptable. He aprendido a calibrar mis expectativas.

Clara está de pie en medio de la tienda como un ser perdido. Hace esto a veces—deja de moverse, deja de pensar, simplemente existe en una niebla de confusión humana. Resulta agotador presenciarlo. Si yo me quedase quieto en medio de una habitación, mirando a la nada, estaría cazando. Clara, en cambio, es simplemente inútil.

Ahora está murmurando para sí misma. Algo sobre Lily. Algo sobre el arresto. Algo sobre no saber qué hacer.

Yo sí sé qué hacer. Siempre sé qué hacer. La pregunta es si mi humana es capaz de seguir instrucciones sencillas.

La respuesta, históricamente, es no.

Termino mi pescado—cada bocado, porque desperdiciar es ineficiente—y regreso a la tienda caminando con paso suave. Clara no se ha movido. Está mirando la chimenea fría como si allí se escondieran las respuestas. No las hay. Solo contiene ceniza y el leve recuerdo del calor, ninguno de los cuales resolverá su problema actual.

El manuscrito reposa en la mesa de lectura, como lleva días haciendo. Ese montón de páginas con el que Clara no deja de trastear, leyéndolo y releyéndolo como si las palabras fueran a reorganizarse en algo útil.

Los humanos y sus palabras. Piensan que si contemplan lo suficiente los garabatos en el papel, el significado acabará por surgir. Los gatos sabemos más. El significado surge de la observación. De la paciencia. De prestar atención a lo que realmente está, en vez de a lo que deseas ver.

Clara no está prestando atención.

No la ha prestado en días.

Salto sobre la mesa de lectura—un movimiento sencillo, elegante en su economía—y me acomodo directamente sobre el manuscrito. Las páginas crujen bajo mi peso. Satisfactorio.

Clara no se da cuenta.

Por supuesto que no.

Comienzo a acicalar mi pata izquierda. Metódico. Sin prisas. Si no va a hacer caso a las pistas evidentes, simplemente esperaré hasta que ella…

La temperatura desciende.

No gradualmente, como cuando se apaga el fuego. De golpe. Con precisión. Como cuando Genevieve anda enredando.

Me detengo en mitad del lametón, una pata en alto.

El aroma de lavanda invade la tienda. Más fuerte de lo habitual. Más insistente.

Ah. El fantasma tiene opiniones.

No suelo colaborar con los muertos. Genevieve y yo tenemos un acuerdo—ella ronda la tienda, yo la patrullo, y no invadimos el territorio ajeno. Pero, de vez en cuando, nuestros intereses coinciden.

Esta noche, al parecer, es una de esas ocasiones.

Un atadillo de lavanda seca cae de su gancho. Aterriza sobre la mesa de lectura, justo a mi lado, esparciendo pequeñas flores moradas sobre las páginas del manuscrito.

Clara se gira.

—¿Abuela?

Por fin. Atención.

Pero está mirando la lavanda, no a mí. Ni al manuscrito que tengo debajo. Los humanos ven lo que esperan ver, y Clara espera una interferencia fantasmal. No espera que su gato sea la fuente de la revelación.

Su error.

La temperatura desciende aún más. El pelo se me eriza a lo largo del lomo—no por miedo, jamás por miedo, sino por la particular irritación de la intromisión sobrenatural. Genevieve está siendo dramática. Siempre lo fue, incluso en vida. La muerte no la ha mejorado.

Cae otro atadillo de lavanda. Esta vez aterriza sobre el hombro de Clara.

—No lo entiendo —dice Clara al aire vacío—. ¿Qué intentas decirme?

Le está preguntando al fantasma. El fantasma que no puede hablar, ni señalar, ni hacer nada útil más que tirar hierbas y enfriar la habitación.

Yo, en cambio, estoy sentado justo sobre la respuesta.

Maúllo. Fuerte. Con intención.

Clara me lanza una mirada.—Ahora no, Marmalade.

Ahora no. AHORA NO. Llevo días esperando que esta humana ridícula se percate de lo que tiene justo delante, y dice AHORA NO.

Me pongo en pie. Doy una vuelta sobre el manuscrito, asegurándome de arrugar las páginas lo más ruidosamente posible.

Me siento de nuevo, esta vez con más peso, con mayor presencia deliberada.

—Marmalade, por favor. Estoy intentando pensar.

Está intentando pensar. Lleva días intentando pensar, ¿y de qué le ha servido? De nada. Mañana arrestarán a una inocente, y Clara sigue intentando pensar.

Yo no tengo tiempo para intentos.

Clavo mi garra en la página superior del manuscrito y tiro de ella.

La página se rasga un poco—un pequeño sacrificio por el bien mayor—y se desliza del montón. Cae al suelo flotando.

Clara suspira.—Marmalade.

Se agacha para recoger la página, y aprovecho para desparramar tres más. Caen al suelo como pájaros heridos, posándose sobre las tablas formando un patrón que tendría sentido si Clara tuviese el buen juicio de verlo.

Las recoge con la paciente resignación de una mujer que ha convivido con gatos demasiado tiempo como para sorprenderse ya de nada.

—ESTAS SON las páginas de Harriet. Necesito mantenerlas en orden. —

Orden. Como si el orden importara cuando la respuesta está justo ahí, escrita en palabras que Clara misma ha leído una docena de veces.

Pero ahora sostiene las páginas. Las mira.

Progreso.

El fantasma, aparentemente insatisfecho con el ritmo de los acontecimientos, derriba un tarro de manzanilla seca. Se rompe en el suelo con un estrépito que hace que Clara dé un salto y yo me suba de un brinco a lo alto del armario de hierbas.

Innecesario. Teatral. Típico de Genevieve.

Pero eficaz. Clara está totalmente alerta ahora, con las páginas apretadas entre las manos, mirando a su alrededor en la tienda con los ojos muy abiertos.

—Está bien—dice ella—. Está bien. Escucho. ¿Qué se supone que debo ver?—

Le está preguntando de nuevo al fantasma. Pero está mirando las páginas en sus manos.

Desciendo del armario—con gracia, como corresponde a mi dignidad—y me enrosco alrededor de sus tobillos. No es cariño. Es orientación. Me froto contra su pierna, luego camino deliberadamente hacia la mesa de lectura donde todavía está el resto del manuscrito.

Clara me sigue. Bien.

Salto de nuevo a la mesa. Me siento otra vez sobre el manuscrito —en la sección central esta vez, las páginas que la he visto leer más a menudo. Las páginas a las que vuelve una y otra vez, frunciendo el ceño, como si guardaran un secreto que no termina de comprender.

Deja las páginas dispersas. Mira dónde estoy sentado.

—La escena del asesinato—dice despacio—. ¿Quieres que lea otra vez la escena del asesinato?—

Quiero que entienda la escena del asesinato. Pero leer es un comienzo.

Me incorporo, permitiéndole acceder a las páginas, y me traslado a la esquina de la mesa, donde puedo observar. El fantasma se ha quedado en silencio—la temperatura vuelve a subir, el aroma a lavanda se desvanece. Incluso Genevieve sabe cuándo hay que dar un paso atrás y dejar trabajar a un profesional.

Clara se sienta. Acerca la lámpara. Empieza a leer.

Observo su rostro. Cómo sus ojos recorren las palabras. El leve surco entre sus cejas.

Ya ha leído esto antes. Muchas veces. Pero nunca lo ha visto de verdad.

No levantó la vista cuando ella entró.

Los labios de Clara se mueven apenas, formando las palabras.

¿Por qué lo haría? Ella pertenecía allí tanto como los tinteros y los libros de contabilidad. Siempre había pertenecido allí.

El ceño se le marca aún más.

—Ella pertenecía allí—murmura Clara—. La asesina pertenecía a esa oficina.—

Sí. Por fin.

—Philip Hartwick fue asesinado en su escritorio. Sin forcejeo. Sin señal de que hubiera visto venir el peligro.—La voz de Clara gana fuerza ahora, la niebla se disipa—. Estaba cómodo. Tranquilo. Ni siquiera levantó la vista.—

Deja la página. La mira fijamente.

—Lily no pertenecía allí. Era su amante, sí, pero también era su problema. Su complicación. Si Lily hubiera entrado en esa oficina, sobre todo después de amenazar con desvelar su aventura, Philip habría estado en guardia. Precavido. Habría levantado la vista.—

Empiezo a acicalarme la pata otra vez. El trabajo casi ha terminado.

—Pero Caroline...—la voz de Clara baja a un susurro—. Caroline manejaba todo. Ella estaba allí cada día. Llevaba las cuentas, tomaba las verdaderas decisiones. Philip no pensaría dos veces en que entrara en su despacho. Ni siquiera la notaría.—

El fantasma se agita de nuevo—solo una bocanada de aire frío, un susurro de lavanda. Aprobación, quizá. O simplemente satisfacción.

Clara se incorpora de golpe, a punto de volcar la lámpara.

—Caroline—dice—. Fue Caroline. Tenía que serlo. Ella leyó el manuscrito—era la editora real, lo leía todo. Conocía el método. Tenía acceso al despacho, al alfiler del sombrero—.—Se detiene. Su rostro cambia.—El sombrero. El sombrero azul con las plumas de pavo real. Era el de Lily, sí, pero Caroline podría haber colocado allí el alfiler. Ella tenía acceso a todo. Podía haberlo dejado allí, incriminado a Lily——

Ahora va y viene por la habitación, con las palabras saliéndole a borbotones, cada vez más deprisa.

—La reunión con Edgar. El "asunto privado" que ninguno supo explicar del todo. ¿Y si Caroline estaba organizando su coartada? ¿Y si le pidió a Edgar que se reuniera con ella justo para tener un testigo durante parte de la tarde?—

Observo su ir y venir. De un lado a otro, de un lado a otro, como una criatura atrapada que por fin ve la salida.

—Una esposa despechada.—La voz de Clara se vuelve dura.—Todos esos años, gestionando sus asuntos, guardando sus secretos, sacando adelante su negocio mientras él tenía amantes y engendraba hijos con otras mujeres. Caroline debió de estar harta al fin. Decidió acabarlo—y asegurarse de que otra cargara con la culpa.—

La tienda ha vuelto a calentarse. El fantasma se ha retirado, su trabajo concluido.

Clara me mira. Me mira de verdad, por primera vez en toda la noche.

—Lo sabías—dice—. Has estado intentando decírmelo.—

Llevo días intentando decírselo. Pero esa es la naturaleza humana—solo ven lo que están preparados para ver.

Parpadeo despacio. Reconocimiento. Perdón, en cierto modo.

Clara se dirige hacia la puerta, buscando su abrigo.

—Tengo que decírselo a Graham. Antes de que arresten a Lily mañana. Tengo que——

Se detiene. Baja la mano.

—No me va a creer. No tengo pruebas. Solo un pasaje en un manuscrito y una intuición.—

Se queda inmóvil, con una mano en el abrigo, atrapada entre la certeza y la impotencia.

He hecho cuanto podía. La he guiado hacia la comprensión. Pero no puedo resolver el problema de las pruebas, de la evidencia, de esa maquinaria de la justicia humana que avanza sin importar la verdad.

Hay cosas que están fuera incluso del alcance de un gato.

Clara regresa al manuscrito. Vuelve a leer el pasaje, murmurando las palabras.

—Sé quién lo hizo—le dice a la tienda vacía—. Solo que no puedo demostrarlo.—

El reloj sobre la repisa da las doce.

En menos de ocho horas, arrestarán a Lily Dobbs por un asesinato que no ha cometido.

Y mi humana, a pesar de todos mis esfuerzos, sigue sin saber cómo evitarlo.

Me acomodo en mi sitio, junto al hogar frío. No hay nada más que hacer esta noche. Mañana traerá lo que tenga que traer.

Pero al menos, por fin, Clara conoce la verdad.

Si la verdad es suficiente... eso está por ver.

diecinueve

La casa Hartwick se alzaba gris y silenciosa bajo la luz tenue de la mañana.

Clara estaba de pie en la acera, su cesta de remedios colgada en un brazo, observando cómo su aliento se condensaba en el aire de diciembre. La corona negra seguía colgando de la puerta. Las cortinas de luto aún tapaban las ventanas. Nada había cambiado desde que estuvo allí con Graham, días atrás.

Todo había cambiado.

No había dormido. Tras la intervención de Marmalade, cuando por fin todas las piezas encajaron, se quedó sentada en su oscura tienda hasta que el reloj dio las tres, luego las cuatro, después las cinco. Pensando. Planeando. Intentando encontrar otra salida.

No había otra salida.

Graham necesitaba al verdadero asesino. Necesitaba una confesión. Y Clara era la única que podía conseguirla.

La calle estaba tranquila a esa hora—las siete y media, demasiado pronto para visitas elegantes, demasiado tarde para los quehaceres de los sirvientes. Un carro lechero pasó traqueteando por la esquina. En algún lugar cercano, una puerta se abrió y se cerró. Londres comenzaba a despertar, pero lentamente, a regañadientes, como si la propia ciudad temiera lo que depararía el día.

A primera hora de la mañana, había dicho el agente. *El superintendente quiere a alguien bajo custodia.*

Quizá Lily ya estuviera en una celda. O tal vez los agentes seguían de camino a su pensión, dispuestos a sacar de la cama a una mujer embarazada. Clara no sabía qué era peor: si pensar que ya se habían llevado a Lily, o la imagen de ella esperando, sin saberlo, el golpe a la puerta que destrozaría su vida.

De un modo u otro, a Clara se le acababa el tiempo.

Ajustó el agarre de la cesta. Raíz de valeriana, manzanilla, lavanda—un remedio para el insomnio y los nervios alterados. La excusa perfecta para una visita matutina a una viuda afligida.

La mentira perfecta para poder atravesar la puerta.

Clara subió los escalones y llamó.

LA DONCELLA que abrió no era la joven de aspecto almidonado que les había recibido en otra ocasión. Esta era mayor, de cabello gris, con la mirada recelosa de quien ha visto demasiado y ya confía muy poco.

—La casa no recibe visitas —dijo. Su mano ya se movía para cerrar la puerta.

—Por favor —Clara avanzó un paso—. He traído un remedio para la señora Hartwick. Para los nervios—el insomnio, la tensión de estos días.

Los ojos de la doncella se fijaron en la cesta, luego volvieron al rostro de Clara. Evaluando.—La señora Hartwick no ha pedido ningún remedio.

—Soy boticaria. De Hawthorne y Wetherly, en Bloomsbury. He hablado con la señora Hartwick cuando el inspector Redgrave…

—Sé quién es usted —replicó la doncella, en un tono que no invitaba a entrar—. Los remedios pueden esperar hasta una hora más respetable, señorita. La señora aún no está vestida para recibir visitas.

La puerta empezó a cerrarse.

—El remedio puede esperar —apresuró Clara—. Lo que no puede esperar son las noticias urgentes sobre la señorita Dobbs.

La puerta dejó de moverse.

En el gesto de la doncella hubo un cambio—¿reconocimiento?, ¿alarma? Clara no podría asegurarlo, pero la mujer retiró la mano del pomo.

—Espere aquí —dijo—. En el vestíbulo. Veré si la señora Hartwick está disponible.

Se hizo a un lado, permitiendo que Clara entrara en el vestíbulo en penumbra.

EL CRESPÓN negro seguía cubriéndolo todo. Los espejos, tapados aún, la tela oscura ocultando el cristal como si la reflexión misma fuese indecorosa. El aire olía a flores de invernadero pasadas de fecha—lirios con los bordes marchitos, cuyo dulzor viraba hacia la podredumbre.

La doncella desapareció escaleras arriba sin mediar palabra, y sus pasos se fueron perdiendo en el silencio del piso superior.

Clara se quedó sola en el vestíbulo, el corazón latiendo demasiado deprisa bajo las costillas. Había arriesgado y el riesgo había funcionado. El solo hecho de mencionar a Lily le había abierto la puerta.

Ahora tocaba esperar.

Examinó lo que la rodeaba, intentando recuperar la calma. Los retratos que cubrían las paredes—antepasados, suponía, aunque no podía decir si Hartwick o Ashford. Una mesita auxiliar con tarjetas de visita sobre una bandeja de plata, intactas. El luto guardado al pie de la letra.

Pero algo no encajaba. No era descuido exactamente—los suelos estaban pulidos, el crespón recién colgado. Pero la casa tenía la cualidad hueca de un decorado. Como si el duelo se estuviera representando, no sintiendo.

Arriba, escuchó un murmullo de voces. El tono de la doncella, sumiso. Y otra voz—más grave, medida—demasiado baja para distinguir las palabras.

Los dedos de Clara se cerraron con fuerza en el asa de la cesta. ¿Qué estaría decidiendo Caroline allá arriba? ¿Verla? ¿Llamar a un agente? ¿Salir huyendo?

El reloj del salón dio y cuarto.

Después, pasos en la escalera. La doncella reapareció, el rostro cuidadosamente inescrutable.

—La señora Hartwick la recibirá. Sígame.—

NO HACIA EL SALÓN, Clara se dio cuenta. La doncella no giró hacia las habitaciones formales de la planta baja, sino hacia las escaleras.

Clara la siguió, sus botas silenciosas sobre los peldaños alfombrados. La escalera estaba en penumbra, las lámparas de gas apagadas a esa hora, y la tenue luz matinal que se filtraba por la ventana del rellano apenas conseguía disipar la oscuridad. Más retratos vigilaban desde las paredes. Más sombras.

Arriba, al llegar a la parte superior de las escaleras, la doncella giró por un pasillo que Clara no había visto antes. Pasaron ante puertas cerradas, ante una ventana que daba a la gris calle abajo, hasta que llegaron a una puerta al fondo del corredor.

La doncella llamó suavemente. —Señorita Wetherly, señora.

—Hágala pasar.

La doncella abrió la puerta y se hizo a un lado, su expresión seguía sin delatar nada. Clara entró.

No era un dormitorio, sino una salita privada—más pequeña que el salón formal de la planta baja, y mucho más íntima. El fuego ardía bajo en la chimenea. Pesadas cortinas bloqueaban casi toda la luz del día, dejando la estancia en una cálida penumbra ambarina. Un escritorio de escritura se apoyaba junto a la ventana, con papeles apilados ordenadamente. Un diván, una butaca, una mesita donde descansaba una taza de té fría.

Ese era el espacio de Caroline. Su santuario. La habitación donde no necesitaba actuar.

La puerta se cerró tras Clara con un suave clic. Los pasos de la doncella se alejaron por el pasillo.

Estaban solas.

Caroline Hartwick estaba de pie junto a la ventana, una mano apoyada en la cortina, como si hubiera estado observando la calle. Se dio la vuelta al entrar Clara.

No vestía para recibir visitas. Una bata de seda azul oscuro le envolvía la figura, y su pelo—entremezclado de plata, suelto—caía libre por sus hombros. Sin el peinado severo que Clara había visto antes, sin la armadura del luto riguroso, parecía mayor. Más dulce. Más humana.

Y agotada. Las ojeras bajo sus ojos hablaban de noches en vela. Las líneas alrededor de su boca se habían acentuado. Su mano, donde descansaba sobre la cortina, temblaba casi imperceptiblemente.

No era la viuda controlada y serena que las había recibido en el salón días atrás. Era una mujer al límite de sus fuerzas.

—Señorita Wetherly.— La voz de Caroline era, al menos, firme. Soltó la cortina y se giró del todo hacia Clara. —Usted mencionó a la señorita Dobbs.

No fue un saludo. No una invitación a sentarse. Iba al grano.

Fuera cual fuese la fachada que hubiera entre ellas, Caroline ya no tenía paciencia para fingir.

—Sí.— Clara se mantuvo firme justo dentro de la puerta. —Van a detenerla esta mañana. Quizá ya lo hayan hecho.

El rostro de Caroline no cambió. Pero algo titiló en sus ojos—una tensión, una sombra que pasó fugaz.

—¿Detenerla?— repitió en voz baja.

—Por el asesinato de su marido. Las pruebas contra ella son contundentes.— Clara hizo una pausa, dejando que el peso de las palabras calara. —La colgarán, señora Hartwick.

El silencio se extendió entre ambas. Caroline se dirigió al sofá y se sentó en él con la cuidadosa precisión de quien solo sigue en pie por pura fuerza de voluntad. No invitó a Clara a sentarse.

—Ya veo—dijo Caroline—. ¿Y usted ha venido a decírmelo por... cortesía?

Clara se acercó a la mesita y dejó allí su cesta. —Le he traído un remedio para los nervios. Valeriana, manzanilla y lavanda. Para el insomnio y los pensamientos inquietos.

—Qué considerada.

—Aunque ambas sabemos que no es por eso por lo que estoy aquí.

La mirada de Caroline se cruzó con la suya. Firme. Esperando.

—No. No lo es.

Una pausa.

—¿Por qué ESTÁ aquí, señorita Wetherly? ¿Qué es lo que quiere?

Clara no desvió la mirada. —He estado leyendo el manuscrito de la señorita Collins. El que su marido rechazó.

Algo cambió en la postura de Caroline. Una quietud que antes no estaba ahí.

—El manuscrito de la señorita Collins—repitió Caroline—. ¿Qué ocurre con él?

—Hay un pasaje que me inquieta.— Clara mantuvo la voz serena. —Sobre el asesinato en sí. "Él no levantó la vista cuando ella entró. ¿Por qué habría de hacerlo? Ella pertenecía allí tanto como los tinteros y los libros de cuentas".

Caroline no dijo nada.

—En el relato de la señorita Collins, la amante mata al editor,— continuó Clara.— Pero ese pasaje—no describe a una amante que visita el despacho de su amante. Habla de alguien que estaba allí todos los días. Alguien invisible. Alguien que formaba parte del lugar.

Siguió el silencio. Caroline permanecía inmóvil en el diván, las manos enlazadas sobre el regazo.

—A su marido lo mataron en su escritorio,— dijo Clara.— Sentado cómodamente. Relajado. Sin señales de lucha ni indicios de que presintiera el peligro. Ni siquiera levantó la vista.

Dejó que las palabras calaran antes de continuar.

—Si Lily Dobbs hubiera entrado en ese despacho—su amante embarazada, la mujer que amenazaba con desenmascararle, el problema del que él estaba desesperado por librarse—él habría estado precavido. Alerta. Habría levantado la vista.

Clara entrelazó las manos delante de sí, manteniendo la voz suave. Casi compasiva.

—¿Pero usted, señora Hartwick? La mujer que dirigía su negocio, que estaba allí cada día, que pertenecía a esa oficina como el propio mobiliario... Él no habría reparado en usted ni un instante. Ni siquiera la habría notado entrar.

El fuego crepitó suavemente en la chimenea.

Las manos de Caroline seguían enlazadas sobre el regazo. Su rostro no delataba nada.

Entonces, poco a poco, exhaló. La línea rígida de sus hombros se relajó. Algo en su expresión cambió—no era un derrumbe, ni una confesión, sino una especie de cansado reconocimiento. Como si hubiera estado cargando un peso durante mucho tiempo, y por fin alguien lo hubiera visto.

—Es usted más lista de lo que supuse, señorita Wetherly.

Clara soltó un suspiro que no sabía que estaba conteniendo. Había acertado. Lo había presentido, lo sentía en sus entrañas—but oír la confirmación era otra cosa bien distinta.

—Me preguntaba,— dijo Caroline en voz baja,— cuánto tardaría alguien en verlo.

veinte

El silencio se estiraba entre ellas, pesado como el terciopelo.

Caroline permanecía inmóvil en el sofá, la verdad reconocida entre ambas. Clara seguía de pie, con las manos aún entrelazadas delante de ella, sin saber qué hacer ahora que la farsa se había derrumbado.

—Siéntese, señorita Wetherly —la voz de Caroline sonaba cansada—. Se lo ha ganado, al menos eso.

Le indicó la butaca frente a ella. Clara dudó un instante, pero luego cruzó la habitación y se dejó caer en ella. El fuego crepitaba suavemente entre las dos. Dos mujeres, solas con un asesinato.

—Usted lo mató —dijo Clara. Las palabras salieron con más dureza de la que pretendía—. Y cargó la culpa sobre Lily Dobbs.

La cabeza de Caroline se alzó de golpe.

—Su amante embarazada —prosiguió Clara—. La mujer con el motivo más evidente. Usted puso el alfiler en su sombrero. Dejó que la arrestaran. —Se detuvo—. La dejaría colgar.

Algo cruzó el rostro de Caroline: no era culpa, ni defensa, sino algo que se parecía mucho al dolor.

—¿Cree que la incriminé? —la voz de Caroline era apenas un susurro—. ¿Cree que sería capaz de dejarla morir en la horca?

—El alfiler estaba en su poder. Todas las pruebas la señalan a ella. Y usted no ha dicho nada.

Caroline cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo, brillaban con algo que Clara no supo nombrar.

—Nunca quise incriminarla —las palabras salían despacio, como si cada una le costara un mundo—. Nunca pensé que nadie investigaría.

Se inclinó hacia delante, con la mirada fija en el rostro de Clara.

—¿Sabe lo que iba a hacerle ese hombre a la pobre muchacha?

Un escalofrío recorrió a Clara. Caroline lo sabía. Siempre lo había sabido.

—Scotland Yard encontró unos papeles —dijo Clara con cautela —. En su escritorio. Papeles de ingreso en un manicomio para la señorita Dobbs. —Se detuvo, sintiendo cómo la comprensión se le helaba en el estómago—. Usted lo sabía. Antes del asesinato. Sabía lo que él planeaba.

Caroline soltó una carcajada amarga, rota—. ¿Saberlo? Me los enseñó él mismo. Presumiendo. Orgulloso, como si esperase que aplaudiera su ingenio —sus manos se tensaron en su regazo—. Dos médicos ya habían firmado. Iba a entregarlos a la mañana siguiente.

Se incorporó de golpe y fue hacia la ventana, dándole la espalda a Clara.

—Iba a destruirla. A quitarle a su hijo. A encerrarla para siempre en algún manicomio perdido de donde nadie oiría sus gritos —la voz de Caroline permanecía firme, pero sus hombros temblaban—. He aguantado sus infidelidades durante veinte años, señorita Wetherly. Su crueldad. Su condescendencia. Que se apropiara de mis logros mientras exhibía a sus amantes en sociedad.

Se volvió para mirar a Clara.

—Eso no fue lo que me rompió.

El fuego chisporroteó. Un leño cambió de sitio en la chimenea.

—¿Pero esto? —la voz de Caroline bajó aún más—. ¿Destruir a una muchacha inocente solo porque tuvo la osadía de amarle? ¿De llevar a su hijo? ¿De creer en sus promesas? —negó despacio con la cabeza—. No podía permitirlo.

Clara permanecía muy quieta, mientras las piezas se recolocaban en su mente. Todo lo que había supuesto—la esposa celosa, la incriminación calculada, el asesinato a sangre fría—todo estaba equivocado.

—Usted mató a su marido —dijo lentamente—, ¿para proteger a su amante?

Caroline sostuvo su mirada sin vacilar—. Maté a un monstruo para salvar a una muchacha inocente.

Las palabras flotaron en el aire entre las dos. Clara sintió que el suelo temblaba bajo la certeza de todo lo que creía.

—Pero si lo hizo para salvarla —dijo Clara—, ¿por qué incriminarla? ¿Por qué poner el arma en su sombrero?

—No pretendía incriminarla —Caroline regresó al sofá y se dejó caer en él con el cansancio de quien ha cargado un secreto demasiado tiempo—. Mi intención era devolver el alfiler a mi propio sombrero y marcharme. Tal y como el manuscrito describía. Sin pruebas. Sin sospechas. Una muerte natural.

SE DETUVO, bajando la mirada hacia sus manos.

—Pero entonces... no pude hacerlo. Me quedé allí, con el alfiler de sombrero en la mano, y no podía soportar la idea de volver a colocarlo en mi sombrero. De llevarlo puesto. De sentirlo cada día contra mi pelo, sabiendo lo que había hecho con él.

Su voz se volvió más queda.

—Así que lo puse en el sombrero de Lily. Estaba allí, en la oficina —lo había dejado días antes. Nadie miraría allí, pensé. Nadie tendría jamás motivo para hacerlo.

—Y funcionó —dijo Clara.

—A la perfección —la sonrisa de Caroline era amarga—. Pensaron que fue por causas naturales. Su corazón, dijeron. El estrés de los negocios. Lily estaba a salvo. Todo era como debía ser.

Alzó la vista hacia Clara.

—Si la señorita Collins no hubiera reconocido el método por su propio manuscrito... si no hubiera acudido al inspector Redgrave con sus sospechas... nadie habría mirado jamás. Lily estaría a salvo. Libre. Viviendo su vida junto a su hija.

—Pero la señorita Collins lo reconoció.

—Sí —la voz de Caroline era plana—. Y aquí estamos.

Clara se inclinó hacia delante en la silla.—¿Qué le hizo utilizar el método del manuscrito? ¿Un simple alfiler de sombrero?

Por primera vez, algo parecido a una oscura satisfacción cruzó el rostro de Caroline.

—Bien merecido lo tenía —su voz era baja pero feroz—. Rechazó ese manuscrito. Se burló de él. Dijo que el método era absurdo—que ninguna mujer podría tumbar a un hombre así. Que no éramos lo bastante listas, decía. Que era una tontería.

Miró a los ojos de Clara.

—Se equivocaba.

La chimenea crepitó en el silencio que siguió.

Clara respiró hondo.—Señora Hartwick. Usted sabe tan bien como yo que no la ahorcarán por esto.

La expresión de Caroline vaciló.

—Su padre es influyente. Su familia, respetada. El jurado oirá que su marido estaba a punto de internar a su amante embarazada en un manicomio, robarle el hijo, destruirle la vida—y que usted lo detuvo. Quizá lo llamen justicia. Puede que ni siquiera la condenen.

Clara hizo una pausa, dejando que sus palabras calasen.

—Pero Lily Dobbs no tiene nada. Ni familia, ni contactos, ni un padre influyente que interceda por ella. Es una mujer caída que lleva en su seno el hijo de su amante casado.—La voz de Clara se endureció.—La ahorcarán, señora Hartwick. No se equivoque. La ahorcarán.

Caroline no dijo nada.

—Todo lo que hizo para salvarla —dijo Clara en voz baja— no habrá servido de nada. A menos que hable.

El silencio se instaló en la sala.

Caroline se levantó despacio del sofá. Se acercó a la ventana y allí permaneció, contemplando la luz grisácea de la mañana. Su mano descansaba contra el cristal, y Clara pudo ver que temblaba.

—Le maté por ella.

Las palabras apenas eran audibles. Caroline podría haber estado hablándose a sí misma, a la ventana, o al fantasma del hombre al que había asesinado.

—Arriesgué todo. Mi vida. Mi alma. Mi sitio en el cielo.—Su voz se quebró.—Y ella morirá por ello.

Clara esperó. Podía ver el reflejo de Caroline en el cristal—la lucha que se dibujaba en su rostro, el peso de la decisión abatiéndose sobre ella.

—Ya la salvé una vez —susurró Caroline—. Y todo será en vano.

El fuego se desplazó y asentó en la chimenea.

Entonces, algo cambió en la postura de Caroline. El temblor cesó. Enderezó los hombros. Cuando se giró hacia Clara, su expresión se había transformado en una calma casi serena.

—Si confieso —dijo Caroline—, quiero algo a cambio.

Clara mantuvo su mirada.—¿Qué?

—Ese manuscrito. El relato de la señorita Collins. El que el señor Stromwell está tan ansioso por conseguir.—Caroline regresó hacia el sofá, pero no se sentó.—Quiero que lo cambie.

—¿Cómo quiere que lo cambie?

—En su historia, la amante mata al editor. Un crimen pasional. Celos. Desesperación.—La voz de Caroline era firme ahora, decidida. —Quiero que lo reescriba. Que sea la esposa. Que sea la esposa la que vea lo que su marido va a hacerle a una joven inocente—el manicomio, el hijo arrancado, la vida destrozada—y lo detenga.

Se detuvo.

—No por celos. No por rabia ante sus infidelidades. Por decencia. Por la simple negativa a quedarse de brazos cruzados mientras destrozan a una inocente.

Clara la estudió.—Quiere que cuenten su historia.

—Quiero que exista al menos una versión verdadera. Aunque esté disfrazada de ficción. Aunque la mayoría de lectores jamás lo sepa.—Caroline alzó el mentón.—Que el mundo lea la historia de una esposa que no pudo soportar más. Que decidan ellos si fue asesinato o justicia.

Clara permaneció callada un largo rato. Después asintió despacio. —Hablaré con la señorita Collins.

—Y yo iré con usted —la voz de Caroline era tranquila. Final—. A Scotland Yard. Para salvarla una vez más.

veintiuno

Las tazas de té ya estaban preparadas.

Clara se quedó en el umbral de su cocina, el chal aún envuelto sobre sus hombros para resguardarse del frío de enero, y contempló la mesa. Dos tazas esperaban sobre sus platillos—las de los delicados rosales pintados en el borde. Las tazas de su abuela, reservadas solo para ocasiones especiales.

Clara no las había puesto.

Un tenue aroma a lavanda flotaba en la habitación, aunque en esa época del año no había lavanda colgada a secar en la cocina. Sobre la encimera, El Hojal Dorado yacía abierto, sus páginas mostrando una ilustración que Clara conocía bien. Dos figuras, dos tazas alzadas entre ellas. El Dos de Copas.

Alianza. Conexión. Un encuentro de corazones.

Clara cerró el libro con suavidad, sus dedos deteniéndose un instante sobre la desgastada tapa de cuero.

—Lo sé, abuela —murmuró—. Lo sé.

Puso la tetera al fuego y sacó el pastel que la señora Penfield le había enviado el día anterior—un denso pastel de frutas, oscuro por las grosellas y empapado de brandy.—Para el año nuevo —había dicho la señora Penfield, entregándoselo a Clara—. No se puede empezar un año nuevo sin algo dulce.

Clara cortó dos porciones y las puso en platos. Después, esperó.

LLAMARON a la puerta trasera justo cuando la tetera empezó a silbar.

Clara se detuvo, la mano sobre la tetera. La puerta trasera. No la del establecimiento, por donde él solía entrar, sino la privada, la que llevaba directamente a sus estancias.

Alisó sus faldas, se apartó un mechón rebelde detrás de la oreja y fue a abrir.

Graham Redgrave aguardaba en su umbral, el sombrero en las manos. Fuera de su entorno profesional parecía distinto—menos inspector, más hombre. El viento le había revuelto el pelo oscuro y en su expresión se leía una inseguridad que Clara jamás había visto durante una investigación.

—Señorita Wetherly. —Se aclaró la garganta—. Espero no interrumpir.

—En absoluto, inspector. Pase, por favor.

Él entró y, antes de que Clara pudiera cerrar la puerta, de las sombras de la tienda surgió una figura naranja bien conocida. Marmalade se enredó entre los tobillos de Graham, con la cola en alto.

Graham miró hacia abajo, sorprendido. El gato apenas le había tolerado durante la investigación—todo eran miradas recelosas y distancias deliberadas. Ahora, Marmalade casi parecía darle la bienvenida.

—Creo que has sido admitido —dijo Clara.

Graham se agachó y ofreció la mano, palma hacia abajo, para que Marmalade olisqueara. No intentó acariciarle—simplemente esperó. Marmalade olió, reflexionó y luego le dio un breve cabezazo en los dedos antes de avanzar hacia la cocina con el porte de un anfitrión que conduce a su invitado al salón.

—Todo un honor —dijo Clara—. No suele conceder ese privilegio a cualquiera.

—Me siento honrado.

Le acompañó hasta la cocina, donde la tetera ya silbaba con fuerza. Graham se acomodó en la silla que, de alguna manera, se había convertido en la suya—la más cercana al fuego y desde la que se veía perfectamente la puerta. Instinto de detective, incluso aquí.

Marmalade saltó al alféizar y empezó a acicalarse con fingida indiferencia, aunque sus ojos no perdieron de vista la estancia en ningún momento.

Clara sirvió el té en las tazas de rosas y dejó un trozo de pastel en el plato de Graham.

—De la señora Penfield —explicó—. Insistió en que no podía afrontar el nuevo año sin ello.

—La señora Penfield es una mujer sabia.

Conversaron de cosas banales mientras Graham comía—el frío intenso que se había instalado en Londres, el silencio de las calles en Año Nuevo. Clara le observaba al otro lado de la mesa, a aquel hombre en su cocina, bebiendo el té en las tazas de su abuela, y no se permitió analizar la emoción que subía en su pecho.

Todavía no.

Esperó hasta que él terminó el pastel, hasta que dejó el tenedor y cerró las manos en torno a la cálida taza, antes de preguntar.

—¿Y la señorita Dobbs?

La expresión de Graham se suavizó.—Liberada. Completamente exonerada. Se ha marchado a casa de unos familiares en el campo—primos en Hertfordshire, creo. Un lugar tranquilo, lejos de Londres. Lejos de todo lo que ha sucedido aquí.

—Eso está bien. —Clara pasó un dedo por el borde de su taza—. Va a necesitar tranquilidad. Para ella y para el niño.

—Ha recibido un regalo también. Una suma generosa, entregada de forma anónima para el cuidado del pequeño. Lo suficiente para vivir cómoda durante años.

Clara alzó la vista.—¿Caroline?

Graham asintió.

Incluso ahora, pensó Clara. Incluso ante su propio destino, Caroline se había asegurado de que a Lily no le faltara nada. Una última vez, la había salvado.

GRAHAM GUARDÓ silencio durante un momento. Luego alargó la mano por encima de la mesa y tomó la mano de Clara entre las suyas.

El contacto fue breve—sus dedos, cálidos y firmes alrededor de los de ella; la palma, áspera de callos. El aliento de Clara se le atascó en la garganta.

—Si no fuera por ti —dijo Graham en voz baja—, esa chica habría acabado en la horca.

Clara no fue capaz de hablar. El peso de su mano, el calor, la forma en que sus ojos se aferraban a los suyos—

Pero no soltó su mano. No todavía.

—Clara. —Utilizó su nombre de pila sin parecer darse cuenta—. Lo que hiciste—ir sola a casa de la señora Hartwick, enfrentarte a ella sin decirle a nadie dónde estabas—. —Su mano se cerró alrededor de la de ella casi imperceptiblemente—. Podrías haber muerto.

—Ella no iba a hacerme daño.

—No lo sabías. No podías saberlo. —Sus ojos recorrieron el rostro de ella, y Clara vio en ellos algo que no esperaba. Miedo. Un miedo antiguo, aún vivo—. Prométeme que no volverás a hacerlo. Lanzarte así al peligro sin—

—No puedo prometerlo.

Las palabras salieron de sus labios antes de que pudiera detenerlas. Sinceras. Quizás demasiado sinceras.

Graham la miró fijamente. Clara sostuvo su mirada.

—No puedo prometer quedarme de brazos cruzados mientras personas inocentes sufren —dijo en voz baja—. No puedo prometer esperar permiso cuando la vida de alguien pende de un hilo. No voy a hacer una promesa que no podría cumplir.

Entre ellos se extendió un largo silencio. Clara esperaba enfado, o al menos frustración. En su lugar, Graham exhaló lentamente, y en la comisura de sus labios asomó algo que casi parecía una sonrisa.

—No —dijo—. Supongo que no lo harás.

—¿Eso te inquieta?

Se quedó pensando en la pregunta—realmente la pensó, de ese modo tan meticuloso suyo.

—Sí —dijo por fin—. Y no. Me aterra. Y es una de las cosas que yo... —Se detuvo de golpe, le soltó la mano y apartó la mirada—. Eres así.

El corazón de Clara hizo algo complicado en su pecho. No le pidió que terminara la frase. No estaba segura de querer oír cómo terminaba.

Clara se pasó las manos por el regazo, intentando calmar los latidos de su corazón.

—¿Y la señora Hartwick? —preguntó—. ¿Qué será de ella?

La mandíbula de Graham se endureció. —Su padre actuó con rapidez. Es un hombre influyente, con conexiones en todos los lugares apropiados. —Hizo una pausa—. Caroline ha sido llevada a la finca familiar en Devonshire. Permanecerá allí, bajo el cuidado de su padre. Indefinidamente.

—¿No a Newgate? ¿No habrá juicio?

—No habrá juicio. Ni escándalo público. Su padre ha conseguido que la declaren... —vaciló—. Perturbada. Incapaz. Los ricos tienen maneras de gestionar estas cosas con discreción. No pisará una prisión ni un manicomio. Simplemente... desaparecerá. En el campo. En el silencio.

Clara pensó en Caroline de pie junto a la ventana de su sala privada, la mano temblorosa contra el cristal. *La salvé una vez. Y todo será en vano.*

No había sido en vano. Lily era libre. Pero Caroline pasaría el resto de su vida presa igualmente—solo que en una jaula dorada, en vez de una celda.

—¿Eso te inquieta? —preguntó Clara.

Graham reflexionó. —La justicia es imperfecta, señorita Wetherly. Y la ley más aún. Una mujer de la posición de Caroline Hartwick jamás tendrá que afrontar las mismas consecuencias que una como Lily Dobbs. —Movió lentamente la taza entre sus manos—. Pero una mujer inocente es libre. Un niño nacerá sin la sombra del patíbulo sobre su cabeza. Eso debe contar para algo.

—¿Y la mujer culpable?

—Tendrá que vivir con lo que ha hecho. En cierto modo, quizá sea castigo suficiente.

Clara asintió lentamente. Pensó en los papeles del manicomio, el ingreso que nunca llegó a tramitarse. Philip Hartwick pretendía encerrar a Lily para siempre. Ahora su esposa sufriría un destino

similar—aunque cómodo, también confinado. Había una simetría amarga en ello.

—La señorita Collins ha aceptado los cambios —dijo Clara al cabo de un momento—. Al manuscrito. El señor Stromwell sigue adelante con la publicación.

—La esposa en vez de la amante.

—Sí. La historia de Caroline, oculta en la ficción. La verdad, para quien sea lo bastante perspicaz como para verla.

Graham casi sonrió. —Bastante apropiado, ¿no te parece? El manuscrito que causó tanto revuelo se acabará publicando. Y nadie sabrá nunca que cuenta una historia real.

—Algunos lo sabrán.

—Sí. —Sus ojos se encontraron con los de ella—. Algunos sí.

El fuego chisporroteaba suavemente. Clara se levantó para echar otro tronco y, cuando se giró, vio que Graham la observaba con una expresión que no supo interpretar del todo.

—Señorita Wetherly. —Se aclaró la garganta de nuevo—Clara se dio cuenta de que parecía hacerlo a menudo en su presencia—. Mi madre lleva un tiempo sufriendo. Insomnio. Nervios alterados. Me preguntaba si quizá... esto es, si tienes remedios que pudieran ayudarla.

Clara volvió a su asiento disimulando la sonrisa. La tienda había estado tranquila estas últimas semanas. Los clientes habían evitado el local durante la investigación, y no todos habían regresado. Graham lo sabía.

—Estoy segura de que podré preparar algo adecuado —dijo—. Valeriana y manzanilla, seguramente. Quizá algo de lavanda.

—Te lo agradecería mucho. Y pensé que quizá... —se detuvo—. Podríamos acordar un encargo periódico. Mensualmente, tal vez. El insomnio suele volver cuando cambia el tiempo.

Orgullo y sentido práctico encontrándose a medio camino.

—Estaré encantada —dijo Clara—. Muy encantada, de hecho.

Graham asintió, aliviado—aunque Clara no supo decir si era por la perspectiva de ayudar a su negocio o por haber sorteado el hombro la incomodidad de la propuesta.

Permanecieron sentados en un silencio cómodo mientras la luz de la tarde se fundía en la penumbra del crepúsculo. En algún momento, Graham había acercado su silla al fuego, y Clara había hecho lo mismo, de modo que ahora se sentaban uno junto al otro, en vez de frente a frente. Ella sentía el calor de él a su lado—sólido, firme, presente.

AFUERA, el primer día del nuevo año estaba llegando a su fin. Un año nuevo, pensó Clara. Nuevos comienzos. El caso estaba cerrado, Lily estaba a salvo y la tienda se recuperaría. La vida seguiría adelante.

Y Graham Redgrave estaba sentado en su cocina, bebiendo té en las tazas de su abuela, como si fuese el lugar al que pertenecía.

No analizó ese sentimiento. No todavía. Ya habría tiempo.

Un soplo de lavanda agitó el aire, aunque las ventanas estaban cerradas y no se colaba ninguna corriente. El fuego titilaba, cálido y dorado, y Clara sintió que algo se asentaba en su pecho. Satisfacción. Plenitud.

Aprobación.

Gracias, abuela, pensó. *Por las tazas de té. Por la carta. Por saber, como siempre, lo que necesitaba antes de que yo misma lo supiera.*

El Dos de Copas. Asociación. Conexión.

Quizá, pensó Clara, observando cómo la luz del fuego jugaba sobre el perfil de Graham, las cartas tenían razón después de todo.

OBSERVACIONES DE MARMALADE

En las que el orden se restablece, mi humana demuestra ser un poco menos insensata de lo habitual y yo noto algo que los humanos han pasado por alto.

SUPE que algo iba mal en el momento en que llegó el hombre grande.

No era nada malo con él. Llegó a la puerta trasera, lo cual era nuevo—antes siempre había usado la entrada de la tienda como todo visitante decente. La puerta trasera es privada. Familia. El

hecho de que la eligiera hoy me indica que algo ha cambiado entre él y mi humana, aunque ninguno de los dos parece haberse dado cuenta todavía.

Los humanos son extraordinariamente despistados.

No, lo que no encajaba venía de fuera. Del callejón.

Cuando mi humana abrió la puerta para dejar pasar al hombre grande, yo capté un olor en el aire frío. Algo que no cuadraba. No eran los olores habituales del callejón—col acelga podrida, polvo de carbón, las marcas territoriales del gato pelirrojo que cree que es el dueño de esta calle (no lo es). Esto era diferente. Cuero de botas. Tabaco. Algo agudo por debajo, como metal pegado a la piel.

El olor de un hombre. El olor de alguien esperando.

Me deslicé entre sus tobillos antes de que la puerta se cerrara, colocándome en la ventana de la cocina, donde podía vigilar tanto la habitación como el callejón. Mi humana pensó que solo buscaba el calor del alféizar. No entiende que siempre estoy trabajando.

Ahí. En las sombras donde no alcanza la luz de la farola.

Una figura. De pie, inmóvil, pegada a la pared del fondo, encajada en el hueco entre el cobertizo del carbón y la verja del vecino. Sin moverse. Apenas respirando, por lo que puedo discernir. Solo... mirando. Observando la puerta trasera por donde había entrado el hombre grande.

Puedo ver en las sombras mejor que cualquier humano. Distingo su silueta—y es un hombre, lo sé por el porte de los hombros, por la manera de mantenerse. Alto. Paciente. Quieto como un gato al acecho.

Ha seguido al hombre grande hasta aquí. Estoy segura de ello. Lo persiguió por las calles, esperó mientras él llamaba, lo observó desaparecer en el interior.

El hombre grande no lo sabe.

Mi humana no lo sabe.

Solo yo lo sé.

Mantengo un ojo en la figura durante toda la tarde. Los humanos hablan. Beben té en las tazas antiguas decoradas con rosas de la anciana—vi al fantasma prepararlas esta mañana, moviéndose con ese brillo del que solo yo soy testigo. Hablan de la chica que casi se

ahorcó, de la mujer que mató para salvarla, de la justicia y de sus imperfecciones.

El hombre grande toma la mano de mi humana. El corazón de ella se acelera—puedo oír esas cosas, es un don propio de los de mi clase. Él le habla del miedo, de promesas que ella no puede hacer. Ella se niega a mentirle. Bien. Las mentiras tienen olor, y no soporto su rastro en mi casa.

El fantasma aprueba al hombre grande. Se queda junto al fuego, casi invisible incluso para mí, observando a su nieta con algo parecido a la esperanza. La casa está adoptando una nueva forma. Dos humanos en vez de uno. Esto es aceptable. Se cuidan mutuamente y, lo que es aún más importante, es menos probable que se olviden de dar de comer al gato.

Pero afuera, en el callejón, la figura sigue ahí.

Se mueve una vez, dos, cuando la tarde cae. Cambia de postura. Patea el suelo para combatir el frío, aunque intenta hacerlo sin hacer ruido. Es paciente, este observador. Disciplinado. Pero incluso los hombres disciplinados se hielan en enero.

El hombre grande se levanta para marcharse mientras anochece. Lo veo acercarse a la puerta trasera, veo cómo mi humana lo sigue para despedirle. La figura en el callejón vuelve a quedarse inmóvil. Alerta. Preparado.

La puerta se abre. El hombre grande sale al frío, se vuelve para decirle algo a mi humana—algo suave, algo a lo que no presto atención porque estoy vigilando el callejón.

La figura se retira. Se esconde más aún entre las sombras. El hombre grande no se percata. Mira a mi humana con esa expresión que cree que nadie ve.

La puerta se cierra. Mi humana se apoya un instante en ella, la mano pegada a la madera, con una leve sonrisa en los labios.

En el callejón, la figura espera hasta que los pasos del hombre grande se desvanecen. Entonces se mueve. Se despega de la pared y lo sigue, silencioso como el humo, escabulléndose entre las sombras.

Desaparecido.

Me siento en el alféizar y reflexiono.

El hombre grande tiene un enemigo. O un vigilante. Alguien lo bastante interesado como para quedarse horas en un callejón helado, paciente como un gato, esperando y observando. Alguien con la habilidad de seguir sin ser visto.

Esto no ha terminado.

Mi humana cree que la Desagradable Situación ha pasado. Se está acomodando en la satisfacción, en el calor del fuego y la promesa del regreso del hombre grande. El fantasma está en paz. La tienda vuelve a oler como debe.

Pero yo sé más.

Escondo mis patas bajo el cuerpo y mantengo los ojos en la ventana, en el callejón, en las sombras más allá.

Seguiré vigilando.

Al fin y al cabo, es mi propósito.

nota de la autora

Aunque *Murder by Manuscript* es una obra de ficción, las circunstancias históricas que conforman su historia son, por desgracia, demasiado reales.

MUJERES Y INTERNAMIENTO EN MANICOMIOS

En la Inglaterra victoriana, internar a una mujer en un manicomio era terriblemente sencillo. La Ley de Locura de 1845 requería solo dos certificados médicos—firmados por médicos, cirujanos o incluso boticarios—para que una paciente privada pudiera ser retenida indefinidamente. Un marido, padre o hermano podía iniciar el proceso con muy poca supervisión.

Los motivos por los que se internaba a las mujeres abarcaban desde lo grave hasta lo absurdo: «histeria», «trastornos uterinos», «excesiva actividad mental», «lectura de novelas» o incluso «entusiasmo religioso». Bastaba con que una mujer discutiera con su marido, buscara formación o sencillamente expresara sus opiniones para ser calificada de «moralmente insana». Como comentó un médico tras visitar un internado de señoritas en 1858: —Parece que están formando a las niñas para el manicomio.—

El caso de Rosina Bulwer Lytton en 1858 ejemplificó el peligro. Cuando ella criticó públicamente a su marido separado, el novelista Edward Bulwer-Lytton, él la hizo encerrar gracias a las firmas de un cirujano ocular y un boticario. Solo se la liberó tras la protesta pública, pero su caso impulsó una (lenta) reforma.

De haber seguido adelante el plan de Philip Hartwick para internar a Lily Dobbs—una mujer soltera y embarazada, sin familiares que pudieran defenderla—, habría tenido prácticamente éxito asegurado. La «imbecilidad moral» era un diagnóstico habitual para madres solteras, y una vez dentro del manicomio, no existía posibilidad de recurso ni casi esperanza de salir.

MUJERES EN EL MUNDO EDITORIAL

Cuando Charlotte Brontë envió su poesía al poeta laureado Robert Southey en 1837, su respuesta fue demoledora: —La literatura no puede ser el oficio de una mujer, ni debería serlo.—

No es de extrañar, pues, que cuando Charlotte, Emily y Anne Brontë publicaron su primera colección de poesías en 1846, lo hicieran como Currer, Ellis y Acton Bell. Como más tarde explicó Charlotte: —No quisimos presentarnos como mujeres, porque teníamos una vaga impresión de que las autoras son vistas con prejuicio.—

Mary Ann Evans publicó bajo el nombre de George Eliot por motivos similares: deseaba ser tomada en serio y evitar el supuesto de que las mujeres solo podían escribir novelas románticas ligeras. Incluso cuando se supo su verdadera identidad, el seudónimo permaneció.

La decisión de Harriet Collins de firmar como «H.J. Collins» refleja esta realidad. Una mujer que escribiese sobre métodos de asesinato, aunque fuera ficción, hubiera afrontado aún más escrutinio y desdén. Las iniciales masculinas ofrecían una débil protección en un mundo que dudaba de que las mujeres fueran capaces de crear literatura seria.

CLASE SOCIAL Y LA JUSTICIA VICTORIANA

El destino de Caroline Hartwick—confinada discretamente en la finca familiar en vez de enfrentarse a un juicio—refleja la dura realidad del privilegio de clase en la era victoriana. Las familias acomodadas podían considerar a sus parientes problemáticos como «perturbados» y mantenerlos en privado, evitando así el escándalo de los manicomios públicos o los procesos penales.

Ese mismo privilegio habría protegido a Caroline incluso en caso de juicio. Los jurados solían mostrar comprensión hacia las mujeres

cuyos crímenes eran «en represalia», especialmente contra maridos abusivos o monstruosos, y una mujer de buena familia, con padres influyentes, podía esperar un trato indulgente.

Lily Dobbs, en cambio, no contaba con ninguna de estas ventajas. Soltera, sin familia, embarazada de su amante casado, representaba todo lo que la sociedad victoriana condenaba. Si hubiera sido juzgada por asesinato, difícilmente habría encontrado compasión entre los miembros del jurado. La diferencia entre los destinos probables de ambas mujeres—una recluida en la comodidad, la otra en la horca—ilustra la brutal desigualdad de la justicia victoriana.

THE CHAPTER COFFEE HOUSE

The Chapter Coffee House en Paternoster Row fue un establecimiento real, conocido como lugar de encuentro para el mundo literario y editorial. Las hermanas Brontë efectivamente se alojaron allí durante una visita a Londres, y fue punto de reunión informal para escritores, editores y aspirantes a literato durante toda la época victoriana.

Para quienes deseen profundizar en estos temas, recomiendo Inconvenient People: Lunacy, Liberty, and the Mad-Doctors in England, de Sara Wise, *y* The Invention of Murder: How the Victorians Revelled in Death and Detection and Created Modern Crime, de Judith Flanders.

la carta del tarot

DOS DE COPAS

De The Gilded Leaf: A Victorian Guía de Tarot

El Dos de Copas muestra dos vasos sostenidos en equilibrio, con los bordes casi rozándose. En algunos mazos, unas manos emergen de las nubes para sostenerlos; en otros, flores se entrelazan entre ellos. La imagen habla de ofrecer y recibir en igual medida—el instante en que dos cosas separadas se unen y crean algo mayor que cualquiera de ellas por sí sola.

Significado**:** El Dos de Copas habla de asociación, atracción y el encuentro de almas afines. Sugiere una conexión que va más allá de lo puramente social—un lazo construido sobre el respeto mutuo, la comprensión compartida y el reconocimiento de algo valioso en la otra persona.

En asuntos del corazón, esta carta señala los primeros brotes del afecto, el momento en que dos personas comienzan a verse de verdad. No promete un desenlace; más bien, marca un comienzo. Las copas están alzadas pero aún no se han tocado. La relación se está forjando, pero todavía no se ha consolidado del todo.

Cuando aparece esta carta, aconseja paciencia. Hay conexiones que no pueden apresurarse. Deben dejarse crecer a su propio ritmo, permitiendo que cada persona llegue a comprender a la otra poco a poco, de manera natural, sin presiones ni exigencias.

Invertido**:** Cuando aparece del revés, el Dos de Copas puede indicar una conexión bloqueada o demorada—no necesariamente

rota, pero sí en espera. Circunstancias externas, temores internos o simplemente el momento, pueden impedir que dos personas reconozcan plenamente lo que existe entre ellas. La carta no aconseja desesperar, ni tampoco precipitarse, sino confiar en que lo que tenga que ser sucederá cuando llegue el momento oportuno.

Nota de Genevieve: *Algunos tés deben infusionarse lentamente. Algunos remedios funcionan mejor si se les da tiempo. Y algunas relaciones—las más verdaderas—no pueden saltarse etapas. Las copas ya están alzadas. Por ahora, eso basta.*

UNA NOTA SOBRE EL TAROT EN LA ERA VICTORIANA

The Gilded Leaf es una obra de ficción, pero la abuela de Clara habría formado parte de un auténtico florecimiento del interés por el tarot y el ocultismo durante la época victoriana.

Durante siglos, las cartas del tarot se habían utilizado principalmente para jugar—aún hoy sigue esa tradición en algunas partes de Europa. No fue hasta finales del siglo XVIII cuando los ocultistas franceses empezaron a asociar las cartas con la adivinación y antiguas tradiciones místicas. Hacia la década de 1860, el influyente escritor francés Éliphas Lévi había transformado el tarot, pasando de ser un entretenimiento de salón a convertirse en una herramienta seria de estudio esotérico, vinculando las cartas a la Cábala, la astrología y otros sistemas místicos.

Este renacimiento ocultista cruzó el Canal de la Mancha en la segunda mitad del siglo XIX. En 1888, se fundó en Londres la Orden Hermética de la Golden Dawn, atrayendo a poetas, artistas e intelectuales que buscaban una sabiduría oculta en los símbolos antiguos. Los miembros de la Golden Dawn desarrollaron complicados sistemas de interpretación del tarot, aunque sus enseñanzas eran secretas y solo se compartían entre los iniciados.

Las barajas de tarot que había en la época de Genevieve serían muy distintas a las que conocen los lectores actuales. El Tarot de Marsella, la baraja más común de la época, mostraba los Arcanos Menores—incluidas las cartas numeradas del palo de Copas—como sencillas disposiciones de símbolos del palo adornadas con filigranas decorativas, en lugar de las escenas ricamente ilustradas que tendrían las barajas posteriores. Una lectora como Genevieve

recurriría mucho más a la intuición, la numerología y la interpretación personal, más que a las imágenes.

La famosa baraja Rider-Waite, con sus detalladas ilustraciones para cada carta, no se publicaría hasta 1909—mucho después de los acontecimientos de esta historia. Las interpretaciones de Genevieve, como las de muchas lectoras victorianas, estarían formadas tanto por su propia sabiduría y experiencia como por cualquier tradición publicada.

índice de remedios herbales

TÉ TRANQUILIZANTE DE CLARA

Para noches inquietas y corazones apesadumbrados

Cuando la madre del inspector Redgrave sufre insomnio y nervios alterados, Clara prepara esta suave mezcla. La raíz de valeriana alivia la tensión e invita al sueño, mientras la manzanilla calma la mente inquieta. La lavanda aporta su fragancia relajante y un poco de miel suaviza el sabor terroso de la valeriana.

Este remedio funciona mejor si se toma una hora antes de acostarse, en una habitación tranquila y sin asuntos urgentes rondando la cabeza. Hay preocupaciones, por supuesto, que no se desvanecen solo con té—pero una taza caliente entre las manos y el ritual conocido de infusionar y remover pueden aportar consuelo incluso cuando las soluciones parecen fuera de alcance.

LA RECETA

Ingredientes:

- 1 cucharadita de raíz de valeriana seca
- 1 cucharadita de flores de manzanilla secas
- ½ cucharadita de capullos de lavanda culinaria secos
- 1 taza (240 ml) de agua recién hervida
- Miel al gusto (opcional)

Método:

1 Coloca la raíz de valeriana, las flores de manzanilla y los capullos de lavanda en una tetera o infusor.

2 Vierte el agua recién hervida sobre las hierbas. Cubre enseguida—esto es fundamental, ya que evita que los aceites volátiles se evaporen con el vapor.

3 Deja infusionar de 10 a 15 minutos. La valeriana requiere más tiempo que la mayoría de las hierbas para liberar sus nutrientes beneficiosos. No tengas prisa en este paso.

4 Cuela en una taza. El líquido tendrá un color marrón dorado y un aroma terroso muy característico.

5 Añade miel si lo deseas. El sabor fuerte y algo amargo de la valeriana resulta más agradable para muchos cuando la endulzan.

6 Bebe despacio, al menos entre 30 minutos y una hora antes de ir a dormir. Siente cómo el calor se expande por tu cuerpo. Respira hondo. Deja que las preocupaciones del día empiecen a soltarte.

Nota sobre el momento de la toma: Para obtener los mejores resultados, toma esta infusión siempre a la misma hora cada noche. Si bien algunos notan relajación después de una sola taza, los estudios sugieren que los efectos plenos de la valeriana suelen desarrollarse tras una o dos semanas de uso regular.

LAS HIERBAS Y SUS PROPIEDADES

Valeriana (*Valeriana officinalis*)

La valeriana es una planta perenne originaria de Europa y Asia, aunque actualmente crece silvestre en gran parte de Norteamérica. Su nombre proviene del latín *valere*, que significa «ser fuerte» o «estar bien»—un origen más que apropiado para una planta que, desde la Antigüedad, se valora por su capacidad para calmar los nervios y favorecer el sueño reparador.

La valeriana era bien conocida en la época victoriana. Aparecía en libros de remedios caseros y preparados de botica a lo largo del siglo XIX, recomendada para todo tipo de dolencias nerviosas e incluso la histeria. También conocían bien su mayor inconveniente: el olor. La raíz fresca de valeriana tiene un perfume agradablemente terroso, pero, una vez seca, adquiere un aroma penetrante que algunos comparaban con calcetines sin lavar o queso curado. Curiosamente, los gatos encuentran este olor irresistible; el compuesto responsable, el ácido valeriánico, les afecta de forma similar a la nepeta o hierba gatera.

A pesar de su aroma desafiante, la valeriana siguió siendo un clásico en la estantería del boticario por su eficacia. Las investigaciones actuales empiezan a revelar por qué: parece que la valeriana interactúa con los receptores de ácido gamma-aminobutírico (GABA) en el cerebro, los mismos que actúan con muchos somníferos de farmacia. Sin embargo, a diferencia de esos medicamentos más fuertes, la valeriana actúa de manera suave y no suele provocar somnolencia al despertar cuando se usa en las cantidades recomendadas.

Lo que nos dice la investigación: Los estudios clínicos indican que la valeriana puede mejorar la calidad del sueño y acortar el tiempo necesario para conciliarlo, aunque los investigadores advierten que los efectos varían según la persona. Una revisión sistemática de ensayos constató que la mayoría de los participantes dormían mejor y sin efectos secundarios significativos. La evidencia, aunque prometedora, nos recuerda que los remedios herbales funcionan de modos distintos en cada individuo—la paciencia y la constancia son más importantes que una sola taza.

Uso seguro: Se considera que la valeriana es segura para un uso a corto plazo (hasta seis semanas). Aquellos que estén tomando sedantes, medicamentos para la ansiedad u otras sustancias que actúan sobre el sistema nervioso central deben consultar a su médico antes de utilizarla, ya que la valeriana puede potenciar estos efectos. No se recomienda su uso en mujeres embarazadas o en periodo de lactancia, ni en menores de doce años. Si notas que recurres a la valeriana de forma habitual durante más de un mes, conviene hablar con un profesional sanitario sobre posibles problemas de fondo con el sueño.

Manzanilla (*Matricaria chamomilla*)

Si la valeriana es el caballo de batalla de la estantería de remedios para dormir, la manzanilla es su compañera más suave: lo bastante delicada para los niños, lo suficientemente agradable como para beberla sólo por placer, y a la vez tan eficaz que se ha ganado su lugar en tradiciones curativas que abarcan miles de años.

Los antiguos egipcios dedicaron la manzanilla a su dios solar Ra, considerándola más valiosa que cualquier otra planta. Los griegos la llamaron *khamaimelon* —«manzana de tierra»— por el dulce aroma a manzana que desprenden sus flores al aplastarlas. Durante la Europa medieval, se esparcía manzanilla por el suelo para perfumar las habitaciones y se plantaba junto a los senderos de los jardines, donde las pisadas liberaban su fragancia. Los victorianos tomaban té de manzanilla para aliviar problemas digestivos, nerviosismo e insomnio, y la administraban sin reparos a los niños inquietos.

El poder de la manzanilla reside en parte en un compuesto llamado apigenina, que se une a los mismos receptores cerebrales que responden a los medicamentos ansiolíticos —aunque de forma mucho más suave. Esto puede explicar por qué a la manzanilla se la ha llamado desde antiguo «la madre del estómago»: calma tanto el aparato digestivo como la mente preocupada, reconociendo lo que los herbolarios siempre han sabido: que ambos están íntimamente conectados.

Lo que dice la investigación: Los estudios han encontrado que la manzanilla suele ser segura y posiblemente útil para la ansiedad y el sueño, aunque las pruebas siguen siendo preliminares. En un estudio realizado con adultos mayores, quienes bebieron té de manzanilla dos veces al día durante dos semanas reportaron menos ansiedad y mejor estado de ánimo que el grupo de control. La observación más común en los estudios es que la manzanilla se tolera de forma excepcional, siendo los efectos secundarios poco frecuentes y leves.

Uso seguro: La manzanilla es segura para la mayoría de personas cuando se consume en forma de infusión. Sin embargo, quienes tengan alergias a plantas de la familia de las margaritas (Asteraceae), como la ambrosía, los crisantemos y las caléndulas, deben ser precavidos, ya que pueden darse reacciones cruzadas. En casos raros, la manzanilla puede provocar reacciones alérgicas en personas sensibles. A las mujeres embarazadas a menudo se les recomienda limitar su consumo o consultar con un profesional sanitario, ya que la manzanilla puede tener efectos leves sobre el útero. Aquellos que tomen medicamentos anticoagulantes también

deberían consultar a un médico, porque la manzanilla podría potenciar el efecto de estos fármacos.

Lavanda (*Lavandula angustifolia*)

Ninguna planta captura la esencia de la calma como la lavanda. Su propio nombre se ha vuelto sinónimo de relajación: hablamos de «aroma a lavanda» cuando queremos evocar tranquilidad. Los victorianos llenaban bolsitas con lavanda seca para guardar entre las sábanas, la añadían a sales aromáticas para las damas propensas a desmayarse y la quemaban en las habitaciones de enfermos para purificar el aire. La abuela de Clara, Genevieve, siempre guardaba ramilletes de lavanda seca colgando de las vigas de su tienda, cuyos cabezales de tono violeta-gris soltaban su fragancia con cada corriente de aire.

Los romanos aromatizaban sus baños con lavanda —el propio nombre deriva del latín *lavare*, «lavar»—. A lo largo de la historia, la lavanda ha servido como medicina, perfume, hierba culinaria y elemento doméstico habitual. Su aceite esencial contiene compuestos, especialmente linalol y acetato de linalilo, que parecen ejercer auténticos efectos calmantes sobre el sistema nervioso.

Importante: Al utilizar lavanda para infusiones o en la cocina, debes emplear **lavanda de calidad culinaria**, específicamente *Lavandula angustifolia* (lavanda inglesa). Las variedades ornamentales pueden haber sido tratadas con pesticidas o contener niveles más elevados de alcanfor, lo cual puede causar molestias digestivas. Jamás consumas aceite esencial de lavanda: es demasiado concentrado para su uso interno y puede resultar tóxico. Los capullos secos, bien seleccionados, son tus aliados; el aceite, no.

Lo que dice la investigación: Se ha estudiado la aromaterapia con lavanda para la ansiedad, la depresión y el sueño, con resultados generalmente positivos. Cuando se consume como infusión, la lavanda parece segura en cantidades culinarias, aunque la investigación sobre su ingestión es menos extensa que la de la aromaterapia. Un estudio halló que los adultos mayores que bebieron té de lavanda dos veces al día durante dos semanas

experimentaron una mejor calidad del sueño. Los efectos calmantes parecen reales, aunque suaves.

Uso seguro: La lavanda culinaria es considerada generalmente segura cuando se emplea en cantidades normales de cocina (hasta 1-2 cucharaditas de capullos secos al día). Empieza con pequeñas cantidades: el sabor de la lavanda puede resultar dominante, y su consumo en exceso podría causar dolor de cabeza o molestias digestivas en personas sensibles. Quienes estén embarazadas, en periodo de lactancia o tomen medicamentos sedantes deben consultar con un profesional antes de su uso regular. Mantén el consumo de lavanda en cantidades moderadas, pues algunos estudios sugieren que podría tener ligeros efectos hormonales.

CÓMO CONSEGUIR HIERBAS DE CALIDAD

—El remedio comienza mucho antes de que hierva el agua de la tetera—, solía decir Genevieve. *—Empieza con las manos que cultivaron las plantas, la tierra que las nutrió y el esmero con el que fueron recolectadas y secadas. Una hierba descuidada da lugar a una cura descuidada.—*

Las hierbas que elijas son tan importantes como la receta en sí. Las hierbas de baja calidad —mal secadas, contaminadas con pesticidas o adulteradas con rellenos— darán resultados pobres e incluso pueden causar daño. Así es como puedes encontrar hierbas dignas de tu tetera:

Qué debes buscar

Certificación ecológica: Busca hierbas certificadas como ecológicas por el USDA o entidades equivalentes en tu país. La certificación ecológica garantiza que las plantas se cultivaron sin pesticidas, herbicidas ni abonos químicos sintéticos. Esto cobra especial importancia en el caso de las hierbas que vas a consumir de manera habitual, ya que los residuos pueden acumularse con el tiempo.

Análisis por terceros: Los mejores proveedores de hierbas someten sus productos a pruebas independientes para detectar contaminantes como metales pesados (plomo, mercurio, cadmio, arsénico), residuos de pesticidas y contaminación microbiana (moho,

bacterias). Las empresas de confianza mencionan estas pruebas en sus páginas web e incluso pueden compartir los resultados si los solicitas.

Nombres botánicos claros: Los proveedores de calidad indican el nombre botánico en latín junto al nombre común. —Manzanilla— podría referirse a varias plantas distintas; *Matricaria chamomilla* (manzanilla alemana) te indica exactamente lo que compras. Para la lavanda, busca *Lavandula angustifolia*, explícitamente etiquetada como apta para uso culinario.

Apariencia y aroma: Las buenas hierbas secas conservan su color y fragancia. Las flores de manzanilla deben tener un tono dorado pálido con centros amarillos visibles, no marrones ni polvorientas. Los capullos de lavanda deben desprender aroma al aplastarlos suavemente. La raíz de valeriana ha de oler a tierra y ser penetrante (sí, el olor es señal de frescura, aunque sea poco agradable). Si las hierbas han perdido su aroma, probablemente también han perdido su eficacia.

Abastecimiento ético: Muchos proveedores de calidad participan en programas de Comercio Justo o se abastecen en fincas sostenibles. Esto garantiza no solo la calidad, sino también que las personas que cultivaron tus hierbas han sido tratadas con justicia.

Dónde comprar

Proveedores especializados en hierbas: Empresas como Mountain Rose Herbs, Frontier Co-Op y Traditional Medicinals se han labrado una reputación por su calidad y transparencia. Suelen ofrecer información detallada sobre el origen de las hierbas y realizan pruebas rigurosas.

Tiendas de alimentación natural: Muchos comercios ecológicos venden hierbas a granel y tisanas de calidad. Busca las certificaciones mencionadas arriba y asegúrate de que el envase incluya el nombre botánico e información sobre la procedencia.

Herbolarios y boticarios locales: Si tienes la suerte de contar con un herbolario o boticario en tu zona, pueden ser una fuente excelente. Un herbolario con experiencia puede responder a tus preguntas sobre el origen y ayudarte a escoger las hierbas más adecuadas para ti.

Mercados de agricultores: Algunos productores de hierbas venden en mercados locales. Así puedes consultarles directamente sobre sus métodos de cultivo e incluso visitar la finca de donde proceden tus hierbas.

Qué evitar

Hierbas de tiendas de manualidades: Las flores secas vendidas para popurrí o manualidades no son aptas para el consumo y pueden contener colorantes, conservantes o pesticidas.

Etiquetado poco claro: Si un producto no expresa claramente su composición, procedencia o si es apto para consumo, busca otra opción.

Precios sospechosamente bajos: Cultivar, recolectar y procesar hierbas de calidad cuesta dinero. Si el precio es excesivamente bajo, puede tratarse de hierbas viejas, adulteradas o cultivadas con prácticas dudosas.

Productos sin fecha de caducidad: Las hierbas secas pierden su eficacia con el tiempo. Normalmente conservan sus propiedades de uno a dos años si se almacenan bien. Sin la fecha, no hay forma de saber lo que compras.

Cómo almacenar tus hierbas

Cuando hayas encontrado hierbas de calidad, consérvalas bien para mantener su potencia:

• Guarda las hierbas secas en recipientes herméticos, alejados de la luz, el calor y la humedad

• Los tarros de cristal con tapa hermética son ideales; evita el plástico, que puede absorber y transferir olores

• Consérvalas en un armario fresco y oscuro, nunca encima de la cocina ni cerca de las ventanas

• Etiqueta los recipientes con el nombre de la hierba y la fecha de compra

• La mayoría de las hierbas secas conservan su eficacia entre 1 y 2 años; reemplázalas cuando pierdan el aroma

UNA PALABRA FINAL

Esta infusión es un remedio suave, no una panacea. Puede aliviar levemente el insomnio y calmar una mente inquieta, pero no sustituye la atención médica. Quienes sufran dificultades

persistentes de sueño, ansiedad significativa u otros problemas de salud deben consultar con un profesional sanitario cualificado.

Los remedios a base de plantas funcionan mejor como parte de un enfoque global del bienestar: hábitos de sueño regulares, tiempo al aire libre, relaciones significativas y atención a las preocupaciones que nos desvelan. La infusión es una herramienta—una que ha servido a las personas durante siglos—pero funciona mejor en manos que también trabajan el autocuidado.

Y recuerda, como diría Genevieve: *—Los mejores remedios son los que se preparan con intención. Las hierbas hacen su parte, sí, pero también la hace el cuidado con el que se recolectan, la atención con la que se infusionan y el cariño con el que se entregan.—*

Descargo de responsabilidad: Esta información sobre hierbas se proporciona con fines educativos y no pretende sustituir el consejo médico. Consulta siempre a un profesional sanitario cualificado antes de iniciar cualquier tratamiento con plantas, especialmente si estás embarazada, en periodo de lactancia, tomas medicamentos o padeces alguna afección. Cada persona responde de forma distinta a las hierbas; lo que le va bien a una quizá no conviene a otra.

acerca del autor

SOBRE LA AUTORA

Zia Bellamy se inspira en una vida entera de fascinación por la historia botánica y el misterio victoriano para dar vida al mundo lleno de atmósfera de Clara Wetherly. Con formación especializada en herbolaria histórica y años dedicados a investigar prácticas medicinales olvidadas, Bellamy aporta autenticidad a cada detalle botánico de su serie Tarot & Tea Leaves Mystery.

Cuando no está recreando tinturas del siglo XIX en su taller de jardín, Bellamy suele explorar colecciones de botica antigua por toda Europa o descifrar recetarios desvaídos en los archivos de los museos. Su escritorio, situado bajo una ventana con vistas al Mediterráneo, está rodeado de hierbas prensadas, ilustraciones botánicas antiguas y una colección en constante crecimiento de frascos de farmacia de la época victoriana.

Apasionada desde siempre por la novela policiaca clásica, desde Christie hasta Sayers, Bellamy impregna sus relatos de una meticulosidad histórica capaz de transportar a los lectores directamente a las calles envueltas en niebla del Londres de 1850.

Vive en Sicilia con su familia, incluidos dos gatos extraordinariamente perspicaces que sirven de inspiración para las asombrosas perspectivas de Marmalade.